

CIENCIA Y FILOSOFÍA: UNA NUEVA MIRADA*

Eulalia Pérez Sedeño
Universidad del País Vasco/EHU

RESUMEN

En este trabajo se da cuenta de las relaciones, siempre difíciles, que se establecen entre las ciencias y las mujeres. Se analizan los diversos factores de la exclusión de las mujeres del conocimiento científico y de la tecnología y cómo el enfoque feminista ha afectado a la filosofía de la ciencia, es decir, a la forma en que se entienden actualmente ciencia y tecnología.

PALABRAS CLAVE: ciencia, tecnología, valores, feminismo, filosofía, discriminación.

ABSTRACT

This work registers the vexed issue of science and women. An analysis of the various factors accounting for the exclusion of women from scientific and technological research is provided. The feminist contribution to the philosophy of science is also assessed.

KEY WORDS: science, technology, values, feminism, philosophy, discrimination.

La ciencia moderna inauguró nuevas maneras y métodos de aproximación a la *naturaleza*. A partir de ese momento, se explicita la reflexión en torno al método científico y aparece en primer plano la pregunta acerca de cuáles sean los principios regulativos que permitan adquirir el tipo de conocimiento natural denominado científico, o, dicho de otro modo, cuál es el *buen* método científico.

Salvo raras excepciones, como la de Francis Bacon, son las propias personas de ciencia quienes se plantean la pregunta sobre el método, cuyos máximos exponentes de esta época serían Galileo y Newton. Esa reflexión —que en un principio se limita al método— predomina hasta bien entrado el siglo XIX y constituye una imagen que podríamos resumir de la siguiente manera: la ciencia —y luego la tecnología— es una manera de entender y manipular el mundo. La forma adecuada de ver la naturaleza toma como modelo la físico-química que, en una suerte de romanticismo científicista, se convirtió en modelo a imitar por todas aquellas disciplinas que quisieran adquirir el prestigio y estatus que ésta tenía.

En el siglo XIX la filosofía de la ciencia se constituye como disciplina autónoma separada de la búsqueda misma de conocimiento que tiene su origen en la



Revolución Científica. En este período se prefiguran algunos de los problemas y tendencias que constituirán el núcleo de la filosofía de la ciencia, y luego de la tecnología, en el siglo XX, en especial, la tensión entre el carácter normativo y el descriptivo, así como la sistematicidad racionalista-lógica y el historicismo.

Se suele considerar que *A Preliminary Discourse on the Study of Natural Philosophy* (1830), de John Herschel, es el primer intento sistemático por parte de un científico de explicitar los métodos de la ciencia. La idea general que se presenta en dicha obra es que el método científico consiste en procedimientos abstraídos de la práctica de aquellas personas que se ocupan de la adquisición de conocimiento científico. El interés de Herschel se centra en el descubrimiento de las hipótesis, no en la justificación del proceso, que piensa es inductivo, estableciendo así la dicotomía entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación. Dicha distinción tajante es plenamente asumida por la filosofía de ciencia del positivismo lógico, hasta el punto de considerar que al filósofo le compete únicamente este último, quedando el primero para historiadores, sociólogos o psicólogos.

Se considera que la carta fundacional de la filosofía de la ciencia fue el manifiesto programático del Círculo de Viena, elaborado con ocasión del Primer Congreso de Epistemología de las Ciencias Exactas, celebrado en 1929 y titulado *Wissenschaftliche Weltanschauung. Der Wiener Kreis (El punto de vista científico del Círculo de Viena)*. En dicho manifiesto, Rudolf Carnap, Hans Hahn y Otto Neurath exponían las líneas a seguir por el positivismo o empirismo lógico que marcarían el desarrollo de la filosofía de la ciencia, bien por ser dominantes o por las críticas suscitadas. En dicho manifiesto, consideraban estar influidos por filósofos empiristas y positivistas como Hume, Comte, Mill, Avenarius y Mach; por las reflexiones sobre la ciencia de Helmholtz, Riemann, Poincaré, Duhem o Einstein; por lógicos como Leibniz, Frege, Russell, Whitehead o Wittgenstein; axiomatistas como Peano, Pieri y Hilbert; o por moralistas y sociólogos como Epicuro, Hume, Mill, Comte, Feuerbach, Marx y Herbert Spencer entre otros. De este modo reconocían su deuda para con los empiristas británicos, la metodología de la ciencia, el convencionalismo, el operacionalismo y la sociología; y, por supuesto, la lógica que completaba su denominación.

Schlick (1882-1936) había estudiado física en la Universidad de Berlín con Max Planck, doctorándose a la edad de 22 años con una tesis sobre la reflexión de la luz en un medio no homogéneo. Pero los intereses filosóficos de Schlick, unidos a su conocimiento del proceder del científico, le hacían disentir de la epistemología neokantiana, imperante en las universidades alemanas, y de la fenomenología de Husserl. Su interés principal, qué hay que entender por «conocimiento», le condujo a dirigir críticas lógicamente precisas contra la filosofía tradicional. Basándose en las ideas de E. Mach, H. von Helmholtz y H. Poincaré y, sobre todo, en los conceptos

* Este trabajo ha sido realizado, en parte, gracias al proyecto de investigación PB98-0495-C08-02 financiado por la DGESIC.



y supuestos de las ciencias empíricas particulares, llegó a la conclusión de que el objeto de la filosofía no era la obtención de conocimiento y su presentación de forma sistematizada, sino la aplicación de un método. Tal método permitía analizar conceptos, enunciados y problemas de las ciencias, mediante el uso sistemático de la lógica matemática (e incluso se podría aplicar a otro tipo de cuestiones, como más tarde haría el propio Schlick en ética).

La aparición, o descubrimiento, de las antinomias de la teoría de conjuntos había provocado una crisis de fundamentos en la matemática que terminó convirtiendo la filosofía de la matemática en metamatemática. Esa crisis puso de relieve la necesidad de formalizar y precisar el objeto de estudio de la filosofía de la matemática. Las ideas intuitivas del pensamiento matemático se convirtieron en objetos describibles de una forma exacta, transformándose la filosofía de la matemática en investigación de fundamentos matemáticos. De ese modo surgieron disciplinas tan precisas como la propia matemática, que a la larga fueron consideradas como parte de ella.

El caso de las ciencias «empíricas» era, no obstante, diferente al de las matemáticas, pero en ciertos aspectos semejante. En ellas no había habido una crisis de fundamentos, por lo que no se vio la necesidad de transformar sus conceptos y teorías en objetos apropiados para estudios metateóricos exactos. El prestigio de la matemática hizo pensar que los pasos seguidos por ella debían ser los adecuados no sólo para las ciencias empíricas, sino también para la filosofía. Si bien los filósofos discrepaban acerca de la solución a determinados problemas (incluso sobre la naturaleza misma de su objeto de estudio), los positivistas lógicos podrían remediarlo y *poner a la filosofía en la senda segura de la ciencia*¹.

Así pues, la filosofía de las ciencias empíricas aceptó una de las ideas más fundamentales de la lógica y de la metamatemática: las teorías son determinados sistemas o clases de enunciados y *el objeto fundamental de la filosofía de la ciencia es investigar las relaciones lógicas existentes entre dichos enunciados*. Como hemos dicho antes, el contexto de descubrimiento quedaba fuera del ámbito de la filosofía de la ciencia. El instrumento empleado para ello debía ser la lógica formal o matemática que serviría para analizar y reconstruir los lenguajes científicos, sistemas conceptuales y teorías.

La filosofía de la ciencia se desarrolló en este siglo, basándose en esos supuestos. Algunos filósofos discreparon pronto de ciertos aspectos del positivismo lógico y sus discusiones con los miembros del Círculo ejercieron un poderoso influjo en el pensamiento de este grupo. Éste fue el caso, por ejemplo, de L. Wittgenstein, cuyo ascendiente sobre el Círculo no se debe sólo a su *Tractatus Logico-Philosophicus*,

¹ No hay que olvidar, en este sentido, que uno de los más influyentes miembros del Círculo de Viena, R. Carnap, había estudiado matemáticas en Jena con G. Frege. También hay que tener en cuenta la coincidencia entre la elaboración del manifiesto del Círculo de Viena y la celebración del *Congreso de Epistemología de las Ciencias Exactas*, conectado al *Quinto Congreso de Físicos y Matemáticos*.



sino al estrecho contacto que mantenía con Schlick. Igualmente las polémicas habidas entre K.R. Popper, sus seguidores, y los integrantes del Círculo contribuyeron sobremanera a perfilar no sólo las posturas del Grupo sino también la propia concepción popperiana de filosofía de la ciencia.

Por supuesto, la filosofía de la ciencia no se agotó en el Círculo de Viena y el positivismo lógico. Con la dispersión de sus componentes², esta nueva forma de hacer filosofía se extendió y proliferaron artículos, libros, críticas, y contracríticas sobre los que se consideraban problemas nucleares de la filosofía de la ciencia, y que se limitaban a su parte sincrónica y justificativa. La ausencia de análisis diacrónicos y, en especial, de factores contextuales o no cognitivos para «explicar» la aceptación o validación de hipótesis o teorías, condujo a una rebelión *contra* la filosofía de la ciencia, que acabó siendo *de* la propia filosofía de la ciencia. La publicación por T.S. Kuhn de *The Structure of Scientific Revolutions*, en 1962, encendió la mecha, aunque antes ya se habían alzado voces que indicaban lo que se avecinaba.

Las críticas que estos rebeldes efectuaban a la filosofía de la ciencia «ortodoxa» iban dirigidas fundamentalmente a la manera de encarar los problemas. Si la filosofía de la ciencia utiliza la lógica como instrumento de análisis, argumentaban, sus resultados tendrían poco valor informativo: la lógica se ocupa de la *forma*, no del *contenido*, por lo que mediante su aplicación sólo se llegará a enunciados válidos para todas las ciencias posibles; se podrá averiguar la forma lógica de todas las explicaciones científicas posibles, de todas las leyes lógicas posibles, se conseguirá averiguar cuál es la estructura lógica de todas las teorías, pero dejará de lado un aspecto fundamental: su desarrollo. Si se quería realizar un análisis adecuado y completo de la ciencia había que sustituir el método lógico por el histórico, pues sólo éste podía dar cuenta de la génesis y discurrir de la ciencia. Sólo mirando la historia podemos ver que los científicos no argumentan como dicen los filósofos. Según Kuhn, por ejemplo, jamás se han seguido en la historia esquemas tales como el de falsación de una teoría mediante la experiencia. Llegados a este punto, no resulta extraño que los más importantes iniciadores de esta revuelta sean, o reputados historiadores como en el caso de T.S. Kuhn y S. Toulmin, o grandes conocedores de la historia, como N.R. Hanson y P.K. Feyerabend.

Pero no era éste el único reproche que le hacían a la filosofía de la ciencia. Sus supuestos empiristas tampoco escapaban a las críticas. Consideraban, por ejemplo, que la idea de que todas las ciencias que se ocupan de la realidad tienen una base empírica-observacional ha conducido a muchos errores. Ha llevado a los filó-

² En 1936, Schlick fue asesinado a tiros por un estudiante mientras daba clase y ésta pareció la señal para la dispersión de los miembros del Círculo. Debido a la situación sociopolítica de Austria y Alemania, y por uno u otro motivo, sus componentes fueron abandonando la ciudad que los había unido, acabando la mayoría en el exilio (sobre todo en Gran Bretaña y EEUU). De este modo, la filosofía de la ciencia de corte lógico-empirista se extendió por el mundo, en especial por los países de habla inglesa.

sofos de la ciencia a dividir el lenguaje en teórico y observacional y a intentar explicar aquél en términos de éste, el único comprensible y fiable. Fue Hanson uno de los primeros en formular serias críticas a esa dicotomía al hablar del «tinte teórico» —o la «carga teórica» como se dice usualmente— de todas las observaciones. Según esa idea no hay un observador neutral, alguien que no interprete sus observaciones según una teoría, alguien que no observe «con los ojos de una teoría». Una afirmación que posteriormente se ampliaría a preconcepciones ideológicas o factores de otro tipo.

El siglo XX vio un auge espectacular de la ciencia y la tecnología. Pero también vio los peligros e implicaciones que muchas de esas prácticas podían conllevar, permitiendo nuevas miradas y abriendo el paso a perspectivas críticas justo antes o a la par de las primeras críticas desde la propia filosofía de la ciencia. Pero el impacto de la ciencia y la tecnología en la sociedad del siglo XX tuvo consecuencias inmediatas. Las consecuencias de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, los desastres ecológicos de mano del uso de insecticidas o talas indiscriminadas o la industrialización forzada de ciertas zonas sin prever su desarrollo sostenible, por citar unos pocos ejemplos, hicieron que el público en general prestara atención a la ciencia y a la tecnología de una manera no vista hasta la fecha. Lo que hasta entonces había sido dominio y competencia de científicos y filósofos pasó a ser objeto de atención del público gracias, entre otras cosas, a las críticas que movimientos como los pacifistas, ecologistas o feministas efectuaban a la ciencia y la tecnología.

¿Qué supuso la irrupción del feminismo en la ciencia? En primer lugar, las investigaciones se centraron en el escaso número de mujeres presentes en la historia de la ciencia y la tecnología, logrando recuperar a mujeres olvidadas por la historia de la ciencia tradicional y la identificación de patrones de discriminación explícitos e implícitos. Por ejemplo, se ha podido comprobar cómo las mujeres suelen dedicarse a determinadas disciplinas consideradas más «femeninas» (discriminación denominada *territorial*) y cómo ocupan los lugares más bajos del escalafón profesional (discriminación *jerárquica*), a la vez que se ha constatado que el prestigio de una disciplina es inversamente proporcional al número de mujeres que la practican. Ello ha provocado toda una serie de propuestas y estrategias de transformaciones pedagógicas destinadas a fomentar el estudio de disciplinas científicas y tecnológicas por parte de las mujeres³.

³ Para un repaso más amplio de todos estos aspectos y la bibliografía más relevante, véase, por ejemplo, E. PÉREZ SEDEÑO, «Las amistades peligrosas», en A. GÓMEZ RODRÍGUEZ y J. TALLY (eds.), *La construcción cultural de lo femenino*, Tenerife, Ediciones del Instituto Canario de la Mujer, Consejería de Empleo y Asuntos Sociales del Gobierno de Canarias, 1998, pp. 171-210; E. PÉREZ SEDEÑO, «El poder de una ilusión? Ciencia, género y feminismo», en T. LÓPEZ DE LA VIEJA (ed.), *Feminismo: del pasado al presente*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2000; E. PÉREZ SEDEÑO, «And the Winner Is...: Algunas reflexiones que pueden llevar a una visión más ajustada de la ciencia», en Q. RACIONERO y S. ROYO (eds.), *Filosofía en el fin de siglo: materiales para un análisis del pensamiento del siglo XX*, Madrid, Endosa: Series Filosóficas, vol. 12 (2000).

También se han analizado las divergentes carreras científicas entre hombres y mujeres desde una perspectiva psicosociológica. ¿Acceden *realmente* en igualdad de condiciones? Aunque la educación formal de niños y niñas fuera igual⁴, los factores socioculturales, educativos y psicológicos que conforman la experiencia vital e intelectual de las mujeres desde niñas pueden afectar sus logros futuros, por lo que no llegan a la educación superior en igualdad de condiciones que los varones. Por ejemplo, a los niños se les suele dar juguetes que tienden a desarrollar y subrayar la separación entre sujeto y objetos y su manipulación en el espacio, mientras que a las niñas se les ofrece otros distintos que desarrollan habilidades verbales y relaciones personales.

Por otro lado, los estereotipos sexuales, presentes en nuestras vidas desde el momento en que nacemos, atribuyen a los varones características tales como las de racionalidad, dominación, independencia, frialdad y objetividad —asociadas «necesariamente» a la ciencia—, mientras a las mujeres se les asigna propiedades tales como la irracionalidad, pasividad, dependencia, ternura, emotividad y subjetividad. Como se considera que estas características son «femeninas», en oposición a las «masculinas» y son minusvaloradas, se convierten en un obstáculo para la prosecución de una carrera científica. Ése es uno de los motivos por los que muchas mujeres optan por la vida privada en vez de continuar una carrera científica, plena de dificultades desde la misma idea básica de lo que es ciencia. Pero, ¿es realmente una *elección* personal? Por otro lado, si se tratara sólo de rendimiento personal, ante igual estatus familiar de los investigadores debería haber igual progreso en sus carreras; quienes optaran, en cambio, por la vida familiar deberían producir menos que los que no y, ante igual cantidad y calidad de trabajo investigador, publicaciones, etc., hombres y mujeres deberían alcanzar igual posición en la carrera científica. Sin embargo, los pocos estudios que hay al respecto⁵, no sólo muestran lo contrario, sino que, además, señalan la existencia de un techo de cristal que las mujeres no pueden sobrepasar o, tal vez, un pegajoso asfalto del que no se pueden despegar.

De hecho, podría considerarse que, una vez que se ha logrado la igualdad social, y gracias a las políticas coeducativas y de intervención seguidas en la mayoría de los países occidentales en las dos últimas décadas, ese problema está en vías de

⁴ Que no lo es, como han mostrado numerosos estudios que han indagado en las diferentes expectativas que tienen los profesores/as con respecto a chicos y chicas, los distintos tiempos asignados en las clases, las diferencias en la posibilidad de interrupción del discurso del otro/a, etc. Véase, por ejemplo, M. SUBIRATS, «La coeducación: Avancar desde les escoles». *Guix*, vol. 241 (1998), pp. 45-48; M. SUBIRATS y C. BRULLET, *Rosa y Azul: La transmisión de los géneros en la escuela mixta*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1992; M. SUBIRATS y A. TOMÉ, *La educación de niños y niñas: recomendaciones institucionales y marco legal*, Barcelona, Institut de Ciències de l'Educació, Universidad Autónoma de Barcelona, 1992; M. SUBIRATS y A. TOMÉ, *Pautas de observación para el análisis del sexismo en el ámbito educativo*. Barcelona, Institut de Ciències de l'Educació, Universidad Autónoma de Barcelona, 1992.

⁵ Por ejemplo, E. PÉREZ SEDEÑO, «Family versus Career in Women Mathematicians», EWM, Copenhague/Madrid, 1996, y «Las amistades peligrosas». Véase también G. SONNERT y G. HOLTON, *Who Succeeds in Science?* Nueva York, Rutgers University Press, 1995.



solución. La idea general ha sido que, dada la imposibilidad de que las mujeres se instruyeran en ciencia, no resultaba extraño que su número fuera escaso. La consecuencia lógica del acceso de las mujeres *en igualdad de condiciones* a los estudios sería un aumento espectacular en su participación. Sin embargo, la participación de las mujeres haciendo ciencia y tecnología sigue siendo inferior a lo que podría esperarse, dada la masa crítica existente. En un reciente informe de la Unión Europea se muestra que, mientras la proporción de estudiantes hombres y mujeres es similar, e incluso superior a favor de las mujeres en algunas disciplinas, los hombres ocupan la gran mayoría de puestos de profesor de dedicación completa. Ese mismo informe indica que, incluso en los países de la UE donde la discriminación es menor (Finlandia, Francia y España), las mujeres representan sólo entre el 13 y el 18% de los *full professors* (profesores titulares) en las universidades. En Holanda, Alemania y Dinamarca, este porcentaje baja al 6,5%. Si pasamos a la posición de catedráticas o profesoras de investigación (su equivalente en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas), el porcentaje es aún más escandaloso: en España, sólo el 5%⁶. A la discriminación por sexo hay que añadirle la variable edad. Como mostró Paloma Alcalá⁷, cuando las mujeres llegan al escalafón más alto han tardado una media de 16 a 20 años más que los varones y se aprovecha su acceso para introducir a *los* colegas que, de otro modo, jamás lo habrían conseguido.

A pesar de estas discriminaciones jerárquicas y territoriales, lo cierto es que, con ciertas variaciones, cada vez es mayor el número de mujeres que estudian y practican profesionalmente la ciencia y la tecnología. ¿Está teniendo eso algún tipo de impacto sobre problemas, métodos, contenidos teóricos y desarrollos científicos y tecnológicos?

Una de las disciplinas en que más impacto ha tenido el feminismo ha sido la historia de la ciencia. La recuperación de figuras excepcionales cuyas contribuciones quedan fuera de toda duda ha dado lugar a historias de mujeres en disciplinas concretas (matemáticas, biología, medicina) o a historias generales de las mujeres científicas. Pero, sobre todo, ha servido para prestar atención a fenómenos hasta entonces dejados a un lado. Así por ejemplo, la gran presencia de mujeres en el momento del nacimiento y constitución de disciplinas científicas tales como la botánica o la geología, cuyo número disminuye a medida que la disciplina se profesionaliza o

⁶ Véase E. PÉREZ SEDEÑO, «Filosofía de la ciencia y feminismo: Intersección y convergencia». *Isegoría*, vol. 12 (1995). Aunque los datos que ahí aparecen son de 1993, el porcentaje apenas ha variado e incluso hay áreas de conocimiento en nuestro país donde no hay ninguna catedrática, ni ninguna emérita. Con respecto a los puestos de responsabilidad, basta saber que sólo hay dos rectoras en todo nuestro país, donde hay más de cincuenta universidades. Y en países como los iberoamericanos la situación es incluso peor. Véase, por ejemplo, E. PÉREZ SEDEÑO (ed.), *La situación de las mujeres en el sistema científico-tecnológico: Estudios de casos*. Madrid, Organización de Estados Iberoamericanos, 2001.

⁷ En el seminario «El sexo de la Ciencia» celebrado en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad del País Vasco, San Sebastián, 1 y 2 de marzo de 2000.

institucionaliza y adquiere prestigio; su preeminencia en el ejercicio de otras, como la psicología o la primatología; el cambio de perspectiva que supone la incorporación de la mujer para una determinada disciplina (como ha quedado probado en antropología o medicina), o la aparición en determinadas épocas de fenómenos sociológicos íntimamente relacionados con ellas, como la popularización o divulgación científica, ya sea en forma de libros o en revistas; su papel en el grupo de benefactores o mecenas de la ciencia; o el desfase con el que se han incorporado a las instituciones científicas y las consecuencias que ello ha tenido y tiene⁸.

Es decir, el hecho de que, en los últimos años, las mujeres hayan pasado a ser *investigadoras* ha supuesto que se conviertan en personas que deciden qué problemas o hipótesis plantean, determinan qué lenguaje usar (qué conceptos, metáforas, etc.), qué experimentos o experiencias contrastadoras son relevantes o no, qué explicaciones razonables o adecuadas, etc. Se ha producido, pues, un cambio que no sólo tiene que ver con las cuestiones/objeto de investigación, sino también con la legitimidad/autoridad que se confiere a ciertos problemas que antes eran «cosas de mujeres» y cuya difusión se limitaba en la mayoría de los casos a «revistas de mujeres» y que ahora, en cambio, son legítimos problemas de investigación⁹. Esto es algo común prácticamente a todas las disciplinas, aunque la proporción de la incorporación haya variado de unas a otras.

Por ejemplo, durante años, la estructura social de los mandriles de la sabana —su mente jerárquica y con roles sexuales relativamente rígidos— fue objeto de estudio prioritario en primatología. Diversas autoras¹⁰ han mostrado cómo la entrada en la disciplina de investigadoras con preocupaciones feministas varió la idea de universalidad del liderato masculino en las jerarquías de dominación entre los primates, al dedicarse al estudio de los chimpancés o de los gibones, que mantienen relaciones no tan jerárquicas y menos susceptibles de concordar con los estereotipos de lo masculino y lo femenino. Otras¹¹ modificaron el modelo que atribuía impor-

⁸ Véase, por ejemplo E. PÉREZ SEDEÑO, «Mujer, ciencia e Ilustración», en C. AMORÓS PUENTE (ed.), *Feminismo e Ilustración*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, Universidad Complutense de Madrid, 1992. Pero las consecuencias de la incorporación de las mujeres al sistema de ciencia y tecnología no son sólo sociales e institucionales, sino también epistemológicas. Para una panorámica véase E. PÉREZ SEDEÑO, «¿El poder de una ilusión?...», «*And the Winner Is...*» e «Institucionalización de la ciencia, valores epistémicos y contextuales: Un caso ejemplar». *Cuadernos Pagu*, vol. 15 (2000), pp. 77-103; S.L. HARRIS, «Who Studies Sex Differences?». *American Psychologist*, vol. 27 (1997), pp. 1.077-1.078.

⁹ Debo introducir aquí, no obstante, una nota escéptica, pues me planteo de dónde procede *de facto* tal legitimidad y autoridad. ¿No la confiere la academia que es mayoritariamente masculina?

¹⁰ D. HARAWAY, *Primate Visions*. Londres, Routledge, 1989; L. LEIBOWITZ, *Females, Males, Families: A Biosocial Approach*. Belmont, Duxbury, 1975; S.V. ROSSER, «Are There Feminist Methodologies Appropriate for the Natural Sciences and do They Make a Difference?». *Women's Studies International Forum*, vol. 15, núms. 5-6 (1992).

¹¹ S.L. SLOCUM, «Woman the Gatherer: Male Bias in Anthropology», en S. JACOBS (ed.), *Women in Perspective: A Guide for Cross-Cultural Studies*, Urbana, University of Illinois Press, 1974; A. ZIHLMAN, «Women as Shapers of Human Adaptation», en F. DAHLBERG (ed.), *Woman the Gatherer*,



tancia evolutiva a la caza (masculina) frente a la recolección (femenina). La conciencia política —feminista— de estas mujeres les ha hecho replantearse las teorías en las que han sido entrenadas y plantear alternativas que no son meras correcciones feministas: debido a sus creencias feministas se plantean considerar la evidencia de otro modo. Lo interesante es que su pertenencia a la comunidad científica y a la no científica —los valores y creencias adquiridos en ellas— permite crear una alternativa mejor porque discrimina y atiende a la complejidad de las especies de primates en un caso, y porque incorpora a ambos sexos en el proceso evolutivo, en el otro.

La incorporación de las mujeres a las ciencias sociales produjo pronto frutos, pues rápidamente las mujeres se dieron cuenta de que esas disciplinas constituyen una expresión de las experiencias masculinas que se presentan como las experiencias de toda la especie humana¹². De todas ellas, seguramente la economía es una de las más impermeables a las cuestiones de género. Y aunque eso sea debido en parte al hecho de que es una profesión sumamente *masculina*¹³, la resistencia viene dada también por una serie de supuestos básicos de la disciplina. El primero de todos es que la actividad económica consiste en la libre interacción entre seres *racionales* a quienes les interesa comprar y vender bienes y servicios para aumentar su bienestar/ventaja material. Así pues, la racionalidad de los agentes impide que reparen en el sexo de las personas con las que intercambian dichos bienes y servicios. Pero incluso la gente más racional puede tener actitudes estereotipadas, en especial con relación a la capacidad o habilidad de las mujeres, influida por la tradición, la religión, etc. Y algo debe haber cuando las mujeres cobran menos salario que los hombres por igual trabajo, se les da empleos de inferior cualificación que para los que están capacitadas, o apenas llegan a cargos directivos.

Por otro lado, siempre se ha sabido que hombres y mujeres han desempeñado papeles económicos muy diversos, lo que producía una gran diferencia en sus vidas. Sin embargo, la mayoría de los economistas no consideraban que tuviera interés desde el punto de vista profesional hasta que aparece la economía feminista contemporánea, en los años 60, cuando se reevalúan las ideas marxistas y neoclásicas sobre los roles sociales de las mujeres. Una de las primeras reacciones fue responder a los análisis neoclásicos mostrando que, cuando se intentaba entender el empleo de las mujeres, había una noción previa que impregnaba todas las tesis, a saber, la de que los hombres son quienes ganan el salario principal, son los proveedores del sustento, mientras que los sueldos de las mujeres son secundarios. Las economistas feministas argumentaban sobre todo que esa imagen no se corresponde con la reali-

New Haven, Yale University Press, 1981; A. ZIHLMAN, «Gathering Stories for Hunting Human Nature». *Feminist Studies*, vol. 1 (1985), pp. 365-83.

¹² B.R. BERGMAN, «The Task of a Feminist Economics: A More Equitable Future», en FARNHAM (ed.), *The Impact of Feminist Research in the Academy*, Bloomington, Indianápolis, Indiana University Press, 1987; E. KUIPER y J. SAP (eds.), *Out of the Margin: Feminist Perspectives in Economy*. Nueva York y Londres, Routledge, 1995.

¹³ Obsérvese, además, que no hay mujeres premios Nobel en economía.

dad, ya que los ingresos de muchas mujeres son fundamentales y esenciales para sostener sus familias.

Así pues, la economía pasa a ocuparse de las mujeres y de las implicaciones de los roles sexuales para la economía. Los teóricos proceden de dos tradiciones distintas, la feminista y la no feminista. Estos últimos tratan de justificar la diferencia existente en el antiguo régimen y mantienen la carencia de sentido económico de las propuestas feministas¹⁴. Los economistas feministas, por su parte, han documentado los problemas de las mujeres en la vida económica, intentando idear un futuro más equitativo y propuestas para conseguirlo¹⁵, dados los cambios que se han producido en las últimas décadas, fundamentalmente el aumento de mujeres en el trabajo remunerado, el de mujeres solas criando hijos, la consideración del trabajo no asalariado del hogar como parte del producto interior bruto y el renacimiento del feminismo que clama por políticas de igualdad.

La denominada «nueva economía doméstica», desarrollada en la Universidad de Chicago, fue la primera en ocuparse de muchas de estas cuestiones, aunque no estuvo exenta de críticas. Por ejemplo, se prestó especial atención a la división sexual del trabajo dentro del hogar, considerando que el hecho de que las mujeres *optaran* por especializarse en el trabajo doméstico se debía a que eso suponía para ellas una «ventaja comparativa», a semejanza del modo en que se explicaba la exportación e importación de bienes y la especialización de determinados países en ciertas líneas de producción y no en otras. Pero esa «ventaja comparativa» no es en absoluto explicativa, sino que es una consecuencia de la discriminación de las mujeres en el mercado laboral y del hecho de que los hombres no comparten el trabajo doméstico: así pues, cuando la mujer trabaja fuera del hogar, la «ventaja» se convierte en desventaja debido a la doble jornada.

También se ha indagado en las causas del cambio de los roles sexuales económicos. Aunque la principal causa aducida es el cambio tecnológico provocado por la revolución industrial y las fuerzas económicas desencadenadas por ella, hay otras muchas. Dicho cambio tecnológico exigía, a largo plazo, un aumento de productividad, lo que suponía disponer de más mano de obra. De ese modo, muchas mujeres dejaron el trabajo doméstico asalariado, en primer lugar, y el que hacían en el propio hogar, después. También se ha invocado la mayor disponibilidad de electrodomésticos y otro equipamiento del hogar —lo que facilitó el trabajo doméstico y aumentó el tiempo libre de las mujeres en el hogar—, el aumento de trabajos considerados aptos para mujeres¹⁶, el acceso a la educación, el aumento de divor-

¹⁴ Un ejemplo típico es *A Treatise on the Family* (1981) de Gary Becker, que glorifica y justifica la diferenciación de roles en función del sexo.

¹⁵ Los libros fundamentales y pioneros de esta tradición son: B.R. BERGMAN, *The Economic Emergence of Women*, 1986, y F. BLAU y M. FERBER, *The Economics of Women, Men and Work*, 1986.

¹⁶ La primera y la segunda guerras mundiales fueron fundamentales para ello. Véase E. PÉREZ SEDEÑO, «Ciencia y valores en tiempos de guerra», en J. ECHEVERRÍA y A. IBARRA (eds.), *Ciencia, guerra y valores*, Madrid, Biblioteca Nueva, Organización de Estados Iberoamericanos, 2002.

cios, o la fertilidad. Otra de las causas aducidas parece contradecir las mejoras obtenidas por los hombres en salarios y otras prestaciones en la segunda mitad del siglo xx. Pero el deseo de consumir nuevos productos disponibles puede ser uno de los aspectos que expliquen la necesidad de tener más de un ingreso en la familia, porque lo cierto es que las familias que disponen de uno sólo tienen un nivel de vida inferior a las de dos ingresos, en el mismo grupo social. Y por último, aunque no se suele citar por ser una característica que no se considera femenina y se disfraza de «aportar beneficios a la familia», no hay que olvidar la ambición de las mujeres por convertirse en profesionales o lograr nuevos objetivos, ya sean materiales o no.

Como acabo de mencionar, la fertilidad —una cuestión antes privada— también se ha convertido en objeto de la economía, pues las cuestiones implicadas son muchas. Por un lado, en los países occidentales preocupa el descenso de la tasa de natalidad, que se considera a la vez causa y efecto de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo. Lo cierto es que el descenso no es algo reciente, sino que ha sido continuado a lo largo de los últimos doscientos años, por lo que difícilmente podemos atribuir un papel determinante al aborto y los anticonceptivos, sólo disponibles muy recientemente. La explicación económica es mucho más plausible. Por un lado, la disminución de la población agrícola y el paso de empresas familiares a grandes empresas capitalistas ha disminuido la «ventaja» o el beneficio de tener hijos. Por otro lado, los sistemas de seguridad social gubernamentales o los planes de pensiones hacen innecesario que tengamos hijos que nos mantengan en la vejez. Por otro, el aumento de jóvenes que estudian en la universidad encarece su cría y educación. Y, finalmente, las mujeres que trabajan o los tienen tarde (una vez que ya han alcanzado cierta posición profesional, lo que limita el tiempo biológico disponible para embarazos), o quieren pocos, porque los hijos disminuyen las oportunidades de trabajo y salariales.

Con respecto al análisis que se hace del mercado de trabajo, las distintas escuelas económicas coinciden en que las mujeres tienen menos éxito que los hombres en él, pero difieren en las respectivas explicaciones. Como vimos, un supuesto básico en economía es el de que el *homo oeconomicus* [sic] es un ser racional que busca maximizar sus beneficios. Así pues, si las mujeres son igual de productivas que los hombres, obtendrán contratos y, aún más, si cobran menos por igual trabajo. Por tanto, si las mujeres no se incorporan a algunas parcelas es por baja productividad o porque debe haber alguna incompatibilidad con sus responsabilidades (hogareñas, por supuesto). A veces se admite discriminación, pero debido al individuo que la practica.

Pero las feministas dicen que la discriminación no es una cuestión individual, sino que se deriva del sistema de organización social, que tiene sesgo de género y considera que el papel de la mujer es el de sirvienta del hombre¹⁷. Por eso, objeti-

¹⁷ Esta idea puede parecer trasnochada, pero está en la base misma de las creencias cristianas, sumamente arraigadas en la cultura occidental: a pesar de que en la *Biblia* se presentan dos mitos





vos fundamentales de las feministas son demostrar las formas de discriminación, concretar las prácticas en que se encarnan y medir sus efectos en hombres y mujeres.

No son éstas las únicas críticas que se han hecho a la «nueva economía doméstica». Se le acusa de utilizar categorías que ya no se pueden aplicar, como la de «el cabeza de familia» y su «inagotable benevolencia», que, en su opinión no debería aparecer ni en la teoría económica, ni en la sociológica, ni siquiera en el censo¹⁸. Pero sobre todo, se le acusa de que al avanzar muchas de esas cuestiones y al disponer de una metodología sofisticada, muchas economistas se incorporaron a esta corriente, retardando la formulación de una auténtica economía feminista.

También en psicología, la incorporación de las mujeres ha supuesto un cambio importante¹⁹. La psicología como disciplina autónoma nace de tres tradiciones diferentes. En primer lugar, la filosófica o individual, que tiene como uno de sus primeros representantes en Wilhelm Wundt: según esta tradición, la finalidad de la psicología es entender la mente o el comportamiento del ser individual, que corresponde al prototipo del varón blanco. No interesa la variación que pueda haber de un individuo a otro o en el mismo individuo, según la situación o contexto. La segunda tradición responde al modelo médico de lo normal frente a lo anormal, que tiene su origen en el estudio de los desórdenes psiquiátricos. Tampoco aquí interesa la variación entre los sujetos normales y la que se da entre los anormales, sólo si presenta un nuevo tipo de anormalidad

La tercera tradición surge de las pruebas educativas y presenta un modelo que atiende a las diferencias individuales y pretende medir su variabilidad. En los primeros tests de Alfred Binet en Francia y de Lewis Terman y Stanford-Binet en Estados Unidos, las mujeres se convirtieron en objeto de estudio, sucediendo que las chicas puntuaban más alto. La existencia de diferencias sexuales, aunque sea ocasionalmente, hizo que pasara de los tests educativos al núcleo de la psicología, ampliándose el terreno. El hecho de que los investigadores descubrieran diferencias al estudiar la motivación, la memoria y la percepción, hizo más difícil ignorar la variación entre los individuos normales y contribuyó, por tanto, a eliminar la idea de un solo individuo ideal, subyacente a las dos primeras tradiciones. Así pues, la incorporación de las mujeres como objeto de estudio ha cambiado la psicología —al igual que otras disciplinas— al variar, entre otras cosas, las cuestiones planteadas: áreas

de los orígenes de los seres humanos, con la creación de Adán y Eva, uno en que hombre y mujer son creados temporal, material y metafísicamente a la vez («...y creó un ser humano, hombre y mujer los creó»), el que ha pasado a la tradición es aquél en que Eva es creada de una costilla de Adán (por tanto, material y temporalmente es posterior) y como su sirvienta («ayudante» en las interpretaciones feministas más benevolentes).

¹⁸ Un buen ejemplo de este tipo de análisis crítico aplicado al sistema tributario español lo tenemos en P. DE VILLOTA, «Análisis de la política fiscal en España desde una perspectiva de género», en J.A. LÓPEZ CEREZO y J.M. SÁNCHEZ RON, *Ciencia, tecnología, sociedad y cultura en el cambio de siglo*, Madrid, Biblioteca Nueva, Organización de Estados Iberoamericanos, 2001.

¹⁹ C.N. JACKLYN, «Feminist Research in Psychology», en C. FARNHAM (ed.), *op. cit.*

que antes no eran contempladas por la disciplina son ahora objeto legítimo de estudio, como la violencia familiar, la sexualidad femenina o la ansiedad ante las matemáticas.

Estos y otros muchos ejemplos²⁰ muestran cómo, por un lado, los científicos no se plantean todas las cuestiones accesibles a través de la metodología y cómo se seleccionan los objetos de estudio que refuerzan preconcepciones²¹ de los investigadores. No es necesario que haya premeditación o mala intención: como no hay tiempo ni dinero para estudiar *todo*, hay que elegir. Pero ¿quién y por qué se elige? Por lo general, y como veremos más adelante, la elección depende del interés, de la curiosidad de las personas de ciencia y los organismos que las financian (sean públicos o privados), además, por supuesto, de las técnicas disponibles. Pero, además, sólo se aceptan las respuestas congruentes con los supuestos implícitos que están en la base de su conocimiento del mundo.

El lenguaje en que se presentan las preguntas y respuestas o resultados también es importante. Seguramente los insectos sobre los que más se ha indagado son las abejas y las hormigas. El lenguaje «conceptual» que aún se utiliza en su estudio constituye un conjunto de metáforas que refuerzan estructuras humanas sociales que eran «naturales» en el siglo XIX, del que proceden: reinas, soldados, obreras, etc. Emily Martin ha analizado el lenguaje médico y biológico que describe el óvulo (pasivo y receptivo) y el esperma (activo y luchador en un viaje lleno de peligros) de tal modo que las metáforas usadas constituyen estereotipos de nuestras definiciones de lo masculino y femenino y contribuyen a reforzarlos; y R. Bivins²² también ha mostrado la utilización de metáforas sexuales en un terreno al que parecería difícilmente aplicable, como es la genética de las bacterias, seres unicelulares y carentes de sexo. Evelyn Fox Keller²³ ha mostrado, también, cómo la metáfora de la molécula rectora dirigió la investigación en biología celular, biología evolutiva y genética.

También es importante la forma gramatical en que se presentan los resultados de las investigaciones. Por ejemplo, el uso de la voz pasiva o la ocultación del agente da como resultado un discurso investido de autoridad que impide la reflexión y la crítica. Cuando en un libro de psicología se afirma «castigar la conducta sexual cambia el comportamiento sexual», se ha eliminado el sujeto, ese «alguien» que castiga, y se esconden preguntas tales como quién castiga, con qué propósito, bajo qué condiciones, en interés de qué o quién.

²⁰ La bibliografía es extensísima y se pueden encontrar referencias en los artículos panorámicos citados a lo largo del texto.

²¹ Que pueden ser ideológicas —de género o de otro tipo— o «científicas». Por ejemplo, durante siglos las investigaciones físicas incorporaban preconcepciones aristotélicas, lo que llevó a desechar por «acientífica» la idea de una tierra en movimiento o las manchas de la Luna, que suponía poner en tela de juicio la separación entre mundo sublunar y supralunar.

²² *Acupuncture, Expertise and Cross-cultural Medicine*. Basingstoke, Palgrave, 2000.

²³ *Is There an Organism in this Text?* Londres, London School of Economics, Centre for Philosophy of the Natural and Social Sciences, 1995.





Así pues, las mujeres han influido en distintos aspectos en diversas disciplinas. Por un lado, como acabamos de señalar, en el lenguaje, pues al señalar las implicaciones de ciertas metáforas o de ciertos conceptos, como el de «cabeza de familia», se arroja luz sobre aspectos parciales, ideológicos, etc., de las distintas disciplinas. Por otro lado, al convertirse en investigadoras, pues si bien la situación determina en parte cómo actúa la gente en esa situación, también cambios significativos en los tipos de participantes varían la situación. Eso se ve muy claro en las investigaciones que se han realizado acerca de los *procesos de investigación*. En la base de estas investigaciones hay, al menos, tres supuestos. El primero, y como siempre, incluye una motivación práctica: como las mujeres han estado excluidas de esos procesos, un mejor conocimiento de su funcionamiento puede ayudar a cambiar la proporción de hombres y mujeres en ellos. El segundo parte de la idea de que las mujeres pueden tener una mejor comprensión de los procesos de investigación porque han estado excluidas de ellos y, desde fuera, los pueden ver con mayor «objetividad» y distanciamiento²⁴. El tercero, que también incorpora un aspecto práctico, pero con importantes implicaciones epistemológicas: ¿cómo son esos procesos y a dónde nos llevan? Y, sobre todo, si la investigación fuera hecha por mujeres, ¿sería de otra manera?, ¿sería diferente la ciencia? Dicho de otro modo, ¿serán los objetivos de la ciencia diferentes cuando la incorporación de las mujeres sea plena?

Como hemos visto, tanto cuando las mujeres se convierten en investigadoras, como cuando son objeto de investigación, son muchos los aspectos de los procesos de investigación que se ven afectados debido a los sesgos, valores e intereses²⁵, en especial la generación de problemas, que es uno de los más susceptibles a intereses y valores. En efecto, estudiamos e investigamos las cosas que nos interesan, que son relevantes para nuestra vida y en función del contexto, esto es, de nuestra formación²⁶.

²⁴ Esta postura es muy similar al enfoque en epistemología de las denominadas teóricas del «punto de vista» (*standpoint theorists*), de tradición marxista. El conocimiento autoritario, adecuado a las normas, procede de una parte muy concreta y pequeña de la población: varones blancos, educados y de clase media. En consecuencia, las mujeres se hallan en una posición epistémica marginal y oprimida. Pero esa posición se puede convertir en una de privilegio ya que las clases dominadas o excluidas pueden entender de manera más objetiva el orden social por no tener interés personal en su mantenimiento: el conocimiento que las mujeres tienen de la cultura dominante, de la masculina, y de sus propias experiencias y percepciones necesariamente desviadas les dará una mayor amplitud de conocimientos. La consecuencia obvia para muchas teóricas es que la investigación científica hecha por mujeres incorporará este punto de vista privilegiado, lo que repercutirá en la identificación de problemas, y en la atención a datos, relaciones, modelos teóricos o alternativas metodológicas invisibles desde la perspectiva masculina dominante. Algo con lo que no estoy de acuerdo como he señalado en varios lugares, como E. PÉREZ SEDEÑO, «Filosofía de la ciencia y feminismo...», y en «Las amistades peligrosas».

²⁵ La bibliografía sobre cómo la ciencia se ve afectada por valores de muy diversos tipos (cognitivos y no cognitivos o contextuales), véase, por ejemplo, H. LONGINO, *Science as Social Knowledge*. Princeton, Princeton University Press, 1990; y E. PÉREZ SEDEÑO, «*And the Winner Is...*» y «Institucionalización de la ciencia...».

²⁶ La medicina es, sin duda, una de las disciplinas en las que mejor se aprecia: el cáncer de mama, la principal causa de muerte en mujeres mayores de cincuenta años, sólo ha sido objeto de



Pero los procesos de investigación se ven afectados de otras maneras más sutiles. Por ejemplo, algunos estudiosos han señalado que el sexo del investigador se relaciona significativamente con los estudios en que se presentan diferencias sexuales, sea cual fuere el campo de estudio. Eso ha llevado a examinar de nuevo estudios sobre la percepción animal, el lenguaje humano, porque se sospecha, y a veces se confirma, que se pueden plantear preguntas diferentes y, por tanto, dar respuestas distintas.

Parlee²⁷, por su parte, ha mostrado cómo la manera de conceptualizar y operacionalizar un área puede variar según las ideas del investigador, así como los niveles y tipos de variables, la selección de sujetos y operacionalización de variables y las categorías de las respuestas, además de la interpretación de resultados. En psicología, por ejemplo, cuando el método empleado es el de la entrevista, los sujetos pueden ser clasificados como «pasivo», «resistente», «agresivo», «desviado», «otro». Y en numerosas ocasiones, cuando una mujer desempeña un papel activo en el intercambio, se la codifica como «agresiva», «desviada» u «otro»²⁸. Y eso no es una característica peculiar de la psicología, pues se encuentran ejemplos en disciplinas muy diversas, como hemos visto anteriormente. Evidentemente, cuando en las propias categorías de investigación se construyen los sesgos (sean de género o no), resulta más patente lo absurdo de afirmar que la ciencia está libre de valores.

También ha quedado claro que la entrada de las mujeres en ciertas disciplinas supuso el planteamiento de nuevas o diferentes preguntas que dieron lugar a respuestas distintas, pero sobre todo en el sentido de que las viejas preguntas se podían contestar de otros modos, y que, por tanto, el género es un factor —aunque no el único— a tener en cuenta en los procesos de investigación. Es decir, cuando en la investigación intervienen personas —mujeres— con determinados valores e intereses, la conformidad con respuestas/conclusiones ya establecidas puede variar y, de hecho, lo hace.

Es cierto que la reacción o respuesta a un estudio no es sencilla ni única. Por ejemplo, a veces, los científicos que no están de acuerdo con los resultados de una investigación simplemente la ignoran²⁹, mientras que otras intentan refutarla con la

estudio recientemente, tras la incorporación de las mujeres a esa área. Pero también en aspectos no relacionados con las mujeres: el hambre y las enfermedades conexas (la principal causa de mortalidad en el mundo) no se estudian/financian en Occidente, frente a los millones empleados en el SIDA en la misma zona.

²⁷ M.B. PARLEE, «Psychology». *Signs*, 1, (1975), pp. 119-138.

²⁸ Véase WENNER *et al.*, «Emotional Problems in Pregnancy». *Psychiatry*, vol. 32 (1969), pp. 389-410; O.P.B. BART, «Sexism and Social Science: From the Gilded Cage to the Iron Cage, or, Perils of Pauline». *Journal of Marriage and the Family* (1971), pp. 734-45.

²⁹ Por ejemplo, el informe Kingsley (al igual que los trabajos de Master y Johnson) disponía de todos los datos para refutar la tesis freudiana sobre los dos y únicos tipos de orgasmos femeninos, pero, a pesar de que los psicoanalistas lo conocían como la gran mayoría del público, lo ignoraron e ignoran aún y siguen hablando de *los dos* tipos de orgasmos.



ejecución de otro estudio³⁰. Es decir, habrá variación en el tiempo que se investiga, cuándo se considera que se ha resuelto un problema o se ha confirmado una hipótesis, etc., y dependerá de lo que se denomina *umbral de convencibilidad*, que es la posibilidad de variación en el convencimiento que tenemos de nuestras creencias, según concuerde más o menos con nuestros prejuicios, supuestos o tesis previas, sean éstas «científicas», «ideológicas», etc. Debido a ello, tendemos a esforzarnos más por rebatir aquellos trabajos o ideas con los que no estamos de acuerdo que con los que nos sentimos conformes.

El umbral de convencibilidad también se ha aplicado a lo que se ha dado en llamar «el método científico», claramente masculino según ciertas autoras y perjudicial para una auténtica integración de las mujeres en la ciencia, por lo que muchas teóricas han abogado por la inclusión de estrategias de investigación alternativas a las de los varones. Así pues, si lo que se ha criticado es la separación tajante entre objeto y sujeto, se proponen métodos que aproximen el objeto de estudio. Ése fue el método empleado por Barbara McClintock en sus investigaciones sobre la estructura genética del maíz: la premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1983 tenía, según Fox Keller, una manera de investigar que no diferenciaba (ni jerarquizaba) claramente entre objeto/sujeto, como es tradicional en la ciencia, sino que *sentía* una cierta *empatía-simpatía* con/por el material investigado³¹.

Otro ejemplo típico es el de Rae Carlson, quien propone seguir estrategias que no impongan un orden que no es natural y muy simplificado, sino que busque entender el orden natural y complejo de las cosas como son³². Y en ese sentido propone cambiar la estrategia del agente que es «separadora, ordenadora, cuantificadora, manipuladora y controladora», que es típicamente masculina, por otra femenina y comunitaria que supone la «observación natural, sensibilidad con respecto a patrones cualitativos e intrínsecos de los fenómenos estudiados y mayor participación de las personas investigadoras». Por supuesto que este tipo de estrategias plantea muchos problemas, algunos de los cuales aparecen ya en la propia formulación. No está nada claro qué sea la «observación natural» o el «orden natural de las cosas como son». Como tampoco lo es si el método comunitario es siempre mejor: seguramente sí lo que queremos es hacer estudios descriptivos, del tipo de los que se hacen en antropología, etología o psicología evolutiva, puede ser conveniente aceptar estrategias de ese tipo, pero habrá que ser muy cautas con ellos, pues no olvidemos que los métodos —como los instrumentos— nos dictan las preguntas.

³⁰ Tal es el caso de los estudios de Parlee sobre el síndrome menstrual y otros muchos sobre diferencias sexuales. M.B. PARLEE «The Premenstrual Syndrome». *Psychological Bulletin*, vol. 80 (1973), pp. 454-465.

³¹ Véase, por ejemplo, E. FOX KELLER, (1985) *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991, y E. PÉREZ SEDEÑO, «*And the Winner Is...*».

³² R. CARLTON, «Understanding Women: Implications for Personality Theory and Research». *Journal of Social Issues*, vol. 28 (1972), pp. 17-32.

Pero también se proponen argumentos a favor de investigaciones cargadas de valores —algo en principio contrario a toda buena práctica científica—, siguiendo la línea de pensamiento que mantiene que es imposible eliminar los valores de la práctica científica³³, pues guían la investigación, determinan qué hipótesis seleccionar, qué método de contrastación vamos a usar...; determinan, en suma, qué vamos a aceptar como conocimiento científico justificado o autorizado. En este caso se va más allá, pues se pasa de considerar inevitable la aparición de valores contextuales a la idea de que conviene que aparezcan ciertos valores, en especial el de la responsabilidad de los efectos sociales de la propia investigación.

No quiero terminar estas páginas sobre la ciencia, desde la filosofía y como persona con convicciones feministas, sin hacer una breve reflexión sobre los objetivos de la ciencia y de los estudios de género. Se suele considerar que una finalidad fundamental es eliminar los sesgos de género, conseguir no engendrar teorías sexistas. Para ello, deberemos luchar con los mismos instrumentos de la ciencia; tendremos que poner al descubierto los argumentos lógicamente no válidos, las hipótesis no justificadas, en muchos casos porque alguna de las premisas en que se apoyan no son sino prejuicios históricos; deberemos sacar a la luz los malos experimentos, bien porque se han diseñado mal, bien porque se realizan sobre una muestra pequeña, bien por otras razones; las extrapolaciones insostenibles, las explicaciones circulares, etc.³⁴. Pero el umbral de convencibilidad también supone admitir que los argumentos que hacemos a favor de ciertas evidencias dependen del contexto y que consideramos que ciertos datos son una prueba a favor o en contra de ciertas hipótesis sólo con respecto a ciertas hipótesis o supuestos previos. Eso tiene una importante implicación epistemológica, a saber, que la construcción del conocimiento es una práctica social; por eso, la investigación conlleva valores e ideología, aunque tal cosa no suponga que haya que tolerar de forma indiscriminada las preferencias subjetivas individuales, pues la objetividad se logra gracias a la crítica social a la que todos los productos de la investigación están sometidos (sin renunciar a la evidencia empírica) y que desvelan el androcentrismo incluso en la «buena ciencia»³⁵. Adoptando esta perspectiva, se considera que los factores externos son importantes a la hora de analizar y entender lo que el proyecto científico implica, y contribuyen a aclarar su naturaleza. Así, delimitaríamos un espacio teórico en el cual se acepta que es cierto que, igual que en cualquier otra práctica, en la ciencia hay valores extrínsecos e intrínsecos, en grados y formas diversas y en diferentes momentos del proceder científico. Es otra manera de entender la ciencia: una práctica que tiene lugar en

³³ El debate sobre el papel de los valores en la ciencia ha originado una abundante bibliografía en las dos últimas décadas, pero véase, por ejemplo, J. ECHEVERRÍA y A. IBARRA (eds.), *Ciencia, guerra y valores*. Madrid, Biblioteca Nueva, Organización de Estados Iberoamericanos, 2002; R.C. LEWONTIN, S. ROSE y L. KAMIN,, *No está en los genes: racismo, genética, e ideología*. Barcelona, Crítica, 1987 (1ª ed. 1984); H. LONGINO, *op. cit.*; E. PÉREZ SEDEÑO, «*And the Winner Is...*».

³⁴ De todo ello hay abundantes ejemplos en la bibliografía feminista.

³⁵ H. LONGINO, *op. cit.*

un contexto particular y es evaluado con respecto a determinados fines; es una actividad de las comunidades científicas insertas en contextos sociohistóricos concretos en cuyo seno encontramos valores personales, sociales y culturales, preferencias de grupos o individuales, de tipo cultural social, que inciden en diversos modos y grados, o que pueden incidir sobre la práctica científica, aunque sin negar la importancia de otros componentes de la ciencia (que no puede reducirse a mera influencia determinista de lo externo, de la sociedad): razonamiento, observación, experimentación, serán importantes aspectos, sobre los que, como ya he señalado, deberemos estar alertas, sin olvidar que hay otros componentes que pueden ser considerados interna o externamente, como en el caso de las estructuras de laboratorio, o las relaciones que se dan entre los científicos (sean éstas competitivas o cooperativas), etc.

Si el feminismo consigue ese objetivo, nos erigiremos en guardianas de la «buena ciencia», en el sentido de que una ciencia no sexista será una ciencia mejor, que construye una más incluyente o, si se prefiere, que da cuenta mejor de la realidad. Pero también es una ciencia más democrática, en el sentido de que abarca a todas las personas, no excluye a nadie ni como objeto ni como sujeto.



CONTRIBUCIONES DE LA TEORÍA DE GÉNERO A LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

María Luisa Femenías
Universidad Nacional de La Plata
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El objetivo de este artículo es revisar las contribuciones que la perspectiva de género ha producido al analizar el sesgo androcéntrico de la antropología filosófica. Se detecta, a este respecto, la contradicción entre la pretensión irrestricta de la universalidad que acoge todo lo humano y la constante en la historia de la filosofía de excluir a las mujeres de la igual consideración como seres humanos. Más que de antropología deberíamos hablar de andrología. Dada esta exclusión, los resultados de la indagación acerca del ser humano quedan lastrados. El tratamiento de la historicidad, de la materialidad y de la experiencia de las mujeres son las zonas no exploradas con anterioridad que emergen al analizar cómo ha operado la diferencia sexual. La perspectiva de las mujeres filósofas es imprescindible para revisar la misma noción de sujeto y lograr erradicar su predeterminación masculina.

PALABRAS CLAVE: género, antropología filosófica, universalidad, sujeto.

ABSTRACT

The aim of this paper is to revise the androcentric bias found in philosophical anthropology, especially the presumption of universality and the constant tendency in the history of philosophy to disallow women the same consideration as men. Instead of anthropology it may be called «andrology». Such exclusion thwarts the very goals of philosophical anthropology. Only with the treatment of the historicity, materiality and experience of women, unexplored areas thus far, will allow an effective analysis of the operations of sexual difference. The perspective of women philosophers is crucial for rethinking the notion of the subject unhampered by androcentrism.

KEY WORDS: gender, philosophical anthropology, universality, subject.

En su clásica *Antropología filosófica*, Ernest Cassirer se interroga sobre *qué es el hombre* y, tentativamente, responde:

Se dice que es una criatura constantemente en busca de sí misma, que en todo momento de su existencia tiene que examinar y hacer el escrutinio de las condicio-

nes de la misma. En este escrutinio, en esta actitud crítica respecto de la vida humana radica —precisamente— el valor de esta vida. Una vida no examinada —dice Sócrates en su Apología (38 a)— no vale la pena vivirla.

En principio, rescato la valoración que hace Cassirer de la actitud socrática de respeto por el examen de la vida humana, como un valor inalienable de toda vida que merece ser vivida. Asimismo, como aquí cabe entender «hombre» en el sentido genérico de varón y de mujer, rescato también para ellas, las mujeres, el derecho a dicho examen basado, obviamente, en sus propias experiencias de vida. Es decir, en los términos socráticos que Cassirer retoma, que las vidas de las mujeres sean dignas y merezcan ser vividas *humanamente* en términos del genérico de la especie¹.

Ahora ya podemos rescribir la pregunta ¿Qué es el Hombre? —paradigmática, al menos desde Kant, de la Antropología Filosófica— en términos de ¿Quiénes históricamente han vivido una vida que merezca ser vivida? O, dicho en otras palabras, ¿Sólo Sócrates o también Xántipa deben vivir vidas dignas de ser vividas?

Examinemos la cuestión desde una perspectiva kantiana. Es sabido que, en al menos dos de sus obras, Imanuel Kant agrega a las tres famosas preguntas de la *Crítica* (¿Qué puedo saber?, ¿Qué debo hacer?, ¿Qué me es dable esperar?) una cuarta, en el marco de lo que denomina *filosofía en su significación mundana*. Precisamente, cuando se interroga por *¿Qué es el Hombre?* abre un espacio teórico nuevo que caracteriza como Antropología, y que diferencia cuidadosamente de la Psicología porque prescinde de abordar la cuestión de si el hombre tiene alma o no. Justamente, apelando a la etimología del término *psyche*, Kant considera que un punto de vista psicológico es *aquel en el que se cree percibir un alma y se la toma representándosela como una nueva facultad de sentir y de pensar, entendiéndola como una sustancia particular que habita en el hombre*. Según Kant, el conocimiento pragmático del hombre se ocupa, por el contrario, de investigar lo que éste, como ser racional que obra libremente, hace, puede y debe hacer de sí mismo, entendido como «ciudadano del mundo».

Dejemos de lado la paradójica situación de que las obras que constituyen la Antropología kantiana abordan ampliamente aquellos temas que más tarde serían considerados propios de la Psicología. Ahora sólo me interesa recordar que Kant se propone excluir toda restricción espacio-temporal, racial, étnica o estamentaria de su consideración de lo humano, manifestando expresamente en el tratamiento antropológico una intención global y panhumana. Este universalismo implica no sólo la superación de todo etnocentrismo, sino también de cualquiera otro tipo de discriminación, pues tiene por objetivo sentar las bases del cosmopolitismo al que

¹ Este trabajo ha sido realizado gracias a un subsidio otorgado por la Agencia Nacional de Investigaciones en el marco del Programa de Actualización Científica (PICT 04-06587). Una versión breve fue leída en el x Congreso Nacional de Filosofía, en Córdoba (Argentina), en diciembre de 1999.



dedicó algunos escritos². A pesar de todo, la Antropología kantiana quedó —como se sabe— presa del sesgo sexista, generando una difícil articulación con los principios universales de la ética, tal como ya lo señalaran sus contemporáneos Theodor von Hippel y Amalia Holst y, más recientemente, numerosas estudiosas feministas³.

Es decir, que siguiendo a Kant, si el carácter distintivo de lo humano es la razón y la libertad, y si la meta de los esfuerzos del hombre no puede ser otra que el cabal desarrollo de esos «gérmenes» que la Naturaleza ha puesto en el ser humano, el hombre debe gobernarse por la razón, no por el instinto, incluso en el logro de su propia felicidad. Por tanto, el uso y el desarrollo de la razón implican una profunda transformación: el paso de *la tutela de la Naturaleza al estado de Libertad*, condición por igual de *todos* los seres racionales, *cualesquiera que fuere su rango*. Esta condición hace que nadie deba ser usado como medio, sino que debe ser un fin en sí mismo. Se ve beneficiado, por tanto, con un mismo trato y una idéntica valoración⁴.

Sin embargo, a pesar de afirmar la condición racional e igualitaria de *todos* los humanos, en *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*, Kant despliega una serie de argumentos sobre las diferencias que existen entre éstos. No se trata de diferencias individuales respecto del carácter o del color de los ojos (como sería de esperar), sino entre los caracteres de los pueblos y entre los de los sexos. Así, en *En torno al auténtico carácter del ser humano*, deja en claro «que la debilidad femenina es algo impuesto por la naturaleza, tal y como el vigor es propio de los hombres»⁵.

En este sentido, los sentimientos que embargan a los seres humanos dependen tanto de la diferencia entre los sexos como del lugar de nacimiento. Es decir,

² Cito de las versiones castellanas en uso: I. KANT, «Definición de raza humana», en *Filosofía de la historia*, Buenos Aires, Nova, 1964, e «Ideas para una historia universal en clave cosmopolita», en R.R. ARAMAYO (ed.), *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos*, Madrid, Tecnos, 1987.

³ Especialmente, en *Antropología*, § II b «El carácter del sexo». Cfr. T.G.V. VON HIPPEL, *Über die bürgerliche Verbesserung der Weiber*, Frankfurt, 1977 (1ª ed. 1793); *Über die Ehe*, Berlín, SW. 1828. Cf. L. PÉREZ CAVANNA, «La *Aufklärung* en las figuras de T.G.V. Hippel y Amalia Holst», en C. AMORÓS (coord.) *Feminismo e Ilustración*, Universidad Complutense de Madrid, 1992. Asimismo, cfr. C. AMORÓS, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos, 1985; G. LLOYD, *The Man of Reason*. Londres, Routledge, 1993; K. GREEN, *The Woman of Reason*. Nueva York, Continuum, 1995; L. POSADA KUBISSA, «Cuando la razón práctica no es tan pura: a propósito de Kant», en C. AMORÓS (comp.) *Isegoría*, vol. 6, 1992; C. ROLDÁN, «El reino de los fines y su gineceo: las limitaciones del universalismo kantiano a la luz de sus concepciones antropológicas», en R.R. ARAMAYO, J. MUGUERZA y A. VALDECANTOS (eds.), *El individuo y la historia*, Barcelona, Paidós, 1995; y C. ROLDÁN, «Del universalismo ético kantiano y sus restricciones antropológicas», en R. ARAMAYO y F. ONCINA (comps.), *Ética y antropología: un dilema kantiano*, Granada, Comares, 1999.

⁴ I. KANT, *Filosofía de la historia*. México, FCE, 1978, pp. 44-46, 76. Cfr. M.J. PALACIOS, «'Todos' no es 'todas': acerca de un ejemplo de universalidad restringida». *Cuadernos de Humanidades*, Universidad Nacional de Salta, 2001.

⁵ I. KANT, *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*. Madrid, Alianza, 1990, y *Antropología Práctica*, Madrid, Tecnos, 1990.

hay sentimientos «propios» de varones y sentimientos «propios» de mujeres, modelizados en todo caso según la nación de origen: como los ingleses son flemáticos, afirma Kant, sus mujeres tienen más posibilidades de hacer lo que quieren. Aunque, en general, la razón es «propia» de los hombres, que deben guiar la voluntad de las mujeres, y a éstas la debilidad les es «propia» y constituye su femineidad⁶.

Asistimos a ciertos deslizamientos fáciles de detectar. En efecto, nos damos cuenta de inmediato de que «hombre» significa tanto «ser humano» cuanto «varón». En tanto que «varón», «hombre» excluye para las mujeres las cualidades propias de «hombre» entendido como «humano», y válidas para varones y mujeres en general. Falacia *pars pro toto* indigna de Kant, salvo por ceguera genérica, la que a la vez lo lleva a elaborar complejas hipótesis *ad hoc*, supletorias o complementarias de alguna infraconsideración de lo humano en las mujeres. Estas características que se distancian de la definición (normativa) de lo humano (encarnada en el varón) suelen ser entendidas como una «segunda naturaleza» (o una naturaleza de segunda, no nos queda muy en claro la diferencia), como claramente quedaba de manifiesto en la obra de J.J. Rousseau.

Por cierto, a fin de reforzar nuestro argumento, debemos tener en cuenta que *las razones de nacimiento* fueron seriamente puestas en entredicho, y finalmente rechazadas, por todos los pensadores ilustrados de los siglos XVII y XVIII que apelaron al principio de igualdad de todos los seres humanos. En consecuencia, respecto de la esclavitud o de la herencia de sangre, la apelación al nacimiento fue terminantemente denunciada y rechazada como un modo espúreo de legitimación. Curiosamente, no sucedió lo mismo respecto de los caracteres de nacimiento de las mujeres. En estos casos, salvo excepciones, no se irrationalizó su discriminación, violatoria de la premisa de igualdad universal, ni se ilegitimó la apelación al nacimiento. Las marcas del sexo femenino subsistieron como diferencia inferiorizada, sostenida en muchos casos «científicamente» por posiciones biologicistas que hicieron depender su inferioridad precisamente de las marcas que las definen como tales⁷.

En este sentido, la exclusión de las mujeres de las definiciones normativas de racionalidad o de autonomía, y sus derivaciones ético-políticas, se produjeron hasta bien avanzado el siglo XX, y subsisten aún en demasiados lugares del planeta (*malgré* las identidades culturales que las reivindicán). Para la legitimación de la discriminación de las mujeres se utilizan, por lo general, dos estrategias argumentativas claramente identificables: la primera, la inferiorización sin más; la segunda, la apelación a la excelencia. Como ha señalado Cèlia Amorós, un buen ejemplo del primer tipo de argumentos es el libro de Otto Weininger *Sexo y carácter* (1903); mientras que del segundo, la conocida obra de Georg Simmel *La cultura femenina* (1911). En ambos casos se sostiene un conjunto de argumentos contrapuestos que arguyen

⁶ *Ibidem*, pp. 42-43.

⁷ Cfr. G. FRAISSE, *Musa de la razón*. Madrid, Cátedra, 1991, y T. LAQUEUR, *La construcción del sexo*. Madrid, Cátedra, 1994.

fundarse en la naturaleza; es decir, en características del orden de lo biológico. El fundamento biologicista, entonces, tanto vale para legitimar la inferioridad intelectual como la superioridad intuitiva o moral de las mujeres; excluyéndoselas por ambos expedientes de las definiciones que toman a los varones como paradigma y que legitiman el derecho a la igualdad legal y económica y el acceso a la esfera pública y el reconocimiento⁸.

Por consiguiente, ya sea a causa de este origen genéricamente sesgado, o por cualesquiera otras razones, cuyo examen excede los objetivos de este trabajo, la Antropología Filosófica con la que actualmente solemos enfrentarnos padece de algunas limitaciones genéricas que merecen revisarse. En efecto, si es menester entender «hombre» en el sentido cosmopolita kantiano, hay que liberarlo de su *ceguera genérica*. Esta *ceguera* lleva aún a muchos filósofos a entender «hombre» y «varón» como meros sinónimos, produciéndose, en consecuencia, un solapamiento que los lleva a excluir a las mujeres de sus conceptualizaciones de lo humano. La identificación de esta falacia y su desarticulación permite a la Teoría de Género contribuir con algunas precisiones interesantes.

En efecto, los aportes de la Teoría de Género son ciertamente inestimables a la hora de desarticular falacias, sesgos e inconsecuencias sexistas, potenciados solidariamente por la lógica de la dominación, el uso de doble-criterio y las jerarquizaciones valorativas, sin que importe ahora investigar si la dependencia lógica del sistema es también jerárquica o en red. En principio, en las páginas que siguen, entenderé «género» como la institucionalización social de la diferencia biológica de los sexos. Se trata de una categoría construida social, histórica, cultural y filosóficamente. No es pues sólo una categoría descriptiva sino, antes bien, normativa y prescriptiva. Por tanto, ni es meramente empírica ni meramente simbólica. En ese sentido limitado, también entenderé la femineidad y la masculinidad como las construcciones que hace (socio-históricamente) una sociedad para perpetuar su estructura y su funcionamiento⁹.

Precisamente por ello, la Antropología Filosófica, en tanto que disciplina filosófica, debe plantearse, al menos, los siguientes problemas:

1. ¿Cómo procede esta construcción/inscripción socio-histórica de los géneros? ¿Cómo, dada la exclusión histórica de las mujeres, se instala su contribución a la problemática de la Antropología Filosófica? Si, por ejemplo, para responder a la pregunta de Cassirer (*supra*) aceptáramos sin más, de manera genéricamente acrítica, una de las tantas definiciones al uso de «hombre» (pongamos por caso, la de Aristóteles, Rousseau, Kant o Hegel), de inme-

⁸ Cf. G. LLOYD, *op. cit.*, y Ph. Rooney, «Gendered Reason». *Hypatia*, vol. 6, núm. 2 (1991).

⁹ M.I. SANTA CRUZ *et al.*, «Aportes para una crítica a la teoría de género», en *Mujeres y Filosofía*, Buenos Aires, CEAL, vol. 1, p. 49; R. COBO-BEDIA, «Género», en *Diez palabras claves sobre mujer*. Navarra, EVD, 1995.

diato nos encontraríamos con que «hombre» se superpone con «varón». Excluiríamos así de nuestras apreciaciones sobre qué es el hombre a la mitad de la especie. Es decir, por causas no modificables por el cambio de estructuras económico-socio-religiosas, como puede suceder en otros casos de discriminación, el cincuenta por ciento de la especie se vería excluida. Históricamente, ninguna otra discriminación ha involucrado a tantos individuos y ha pasado tan desapercibida.

2. Además, en tanto que filósofos/as deberíamos preguntarnos por el fracaso de la Antropología Filosófica como disciplina del «hombre» (universalmente entendido), y mera impostación de una verdadera *Andrología* Filosófica. Es decir, de una reflexión androcéntrica que a lo sumo ha pensado a las mujeres como la «diferencia» connotada, por lo general, como «el pecado», «la carne», «el sexo», «lo inferior», «el complemento», o «la reserva moral», según la época, el autor y el modo imperante de tecnologías y argumentaciones de exclusión al uso¹⁰. No podemos simplemente tildar de «descuidada» a la filosofía, y suponerla producto de una época «en la que nada diferente podía pensarse». Los escritos de T. von Hippel y A. Holst, del Marqués de Condorcet y J.S. Mill son buenos ejemplos de lo contrario. Incluso, si fuera mero descuido o negligencia filosófica, habría que preguntarse por sus causas: tal descuido compete a la mitad del género humano de manera tal que sus consecuencias son sistemáticas y a lo largo de toda la historia. Se trata, por cierto, de un descuido muy bien protegido, al que las teóricas feministas denominan «mecanismo de invisibilización». Esta invisibilización es difícil de desarticular, y depende de complejos juegos de complicidades voluntarias e involuntarias, como ya observó Simone de Beauvoir. Por ello, algunas estudiosas sugieren que sólo un verdadero cambio de paradigma, es decir, la instauración de un paradigma no androcéntrico, permitiría dar cuenta acabada del porqué de la invisibilidad, y de su improcedencia.
3. Las dos cuestiones anteriores nos enfrentan necesariamente a una tercera: ¿podemos comprender la naturaleza humana, lo que el Hombre es, si las mujeres quedan excluidas? Si la primera observación ponía su énfasis en el aspecto cuantitativo de la exclusión, ahora nos interesa subrayar el aspecto cualitativo. En efecto, basada en listados dicotómicos normativos y *a priori* de los rasgos *proprios* de varones y de mujeres, la naturaleza humana, entendida como la del varón, se reduce a las características propias de éstos; de las que las mujeres participan por defecto, carencia o contranaturalidad. Este aspecto de nuestra falacia circunscribe la razón a los varones y la emoción a las mujeres, en una maniobra doble de sobre-especificación. Además, aun cuando todas las mujeres tuviéramos efectivamente una razón imperfecta y una

¹⁰ M.L. PÉREZ CAVANA, «Diferencia», en *op. cit.*

emotividad pronta, ¿no convendría a la especie humana que igualmente fuéramos visibles? Imponer silencio supone —en la línea argumentativa de John Stuart Mill— un robo a la especie humana, a la posteridad y a la generación presente. De modo más particular, un robo a quienes disienten de una cierta opinión estatuida, y aun a quienes la sustentan. En efecto, si la opinión es justa, se priva al resto de dejar el error por la verdad; si es falsa, se pierde lo que no es un beneficio menor: una percepción más clara y una impresión más viva de la verdad, producida por el choque con el error¹¹.

La exclusión es, pues, cuantitativa y cualitativa: se excluyen individuos y se excluyen características; la invisibilización y el silencio histórico sobre las mujeres sesga doblemente nuestras respuestas acerca de *Qué es el Hombre*. Y como se parte de premisas y definiciones sesgadas, las conclusiones vician, en consecuencia, el concepto universal de «hombre», del que se quiere dar cuenta. Se impone, por tanto, incorporar la reflexión de género para restituir esa universalidad tan anunciada. En consecuencia, los Estudios de Género intentan, como hemos repetido, subsanar esta situación. De por sí, esto constituye la novedad filosófica más significativa de las últimas décadas y, singularmente, de la Antropología Filosófica. En general, su aporte consiste en, al menos, tres novedades insoslayables; a saber: la historicidad, la materialidad y la experiencia de las mujeres como punto de partida de la actividad filosófica¹². Pasamos a explicarlas:

a) Contra los modelos tradicionales de ver a las mujeres como las portadoras de la «esencia» o «el eterno» femenino —ontologización que bloquea todo cambio e inscripción en la historia—, la Teoría de Género introduce *la historicidad*. En primer lugar, por el hecho de que, en general, los escritos críticos de las mujeres se refieren a formas históricas de racionalidad y de legitimación de la exclusión, lo que muestra que los mismos varones definieron a la mujer en virtud de las necesidades y problemas de sus propias teorías. Por contraposición, esto denuncia modelos históricos de ciencia, de validación discursiva y de verificación, entre otros. En pocas palabras, modelos epistemológicos cuyos argumentos se basan en la *naturalización* de rasgos culturales, históricos o sociales, cuyas consecuencias a la hora de juzgar las acciones y las omisiones de los individuos son manifiestas, y que dan lugar a falacias e inconsecuencias lógicas. La noción misma de género rompe con modelos estáticos y pone de relevancia el peso de la construcción en «lo que de más natural» tienen los individuos. Asimismo, denuncia el lugar de la

¹¹ J.S. MILL, *Sobre la libertad*, § II, vol. X, 1969; A. DE MIGUEL, *Cómo leer a John Stuart Mill*. Madrid, Júcar, 1994.

¹² M.L. MARCIL-LACOSTE, *La raison en procès*. Utrecht, Her Publishers, 1986; IPAZIA «El interés que nosotras aportamos a la Filosofía». *Debate Feminista*, vol. 1, núm. 2 (1990).

construcción cultural de los sexos y de los sujetos, su jerarquización histórica, y los diversos modos —también históricos— de entablar y analizar complejos sistemas de vínculos, donde a partir de relaciones que se enuncian como formalmente simétricas se descubre que no lo son. Precisamente, la condición material de los cuerpos permite analizar ese entorno de vínculos complejos, que revelan relaciones jerárquicas formalmente invisibilizadas, que abren entre la definición formal y la situación real de las mismas una brecha amplia y difícil de zanjar.

- b) Llegamos así al tema de la *materialidad*. La materialidad se introduce por el hecho ineludible del cuerpo marcado sexualmente, y se despliega en diversas direcciones. En principio, es la condición material del cuerpo sexuado la que distingue a mujeres y a varones, e irrumpe como el problema de la *diferencia sexual*. En efecto, sea que se considere el dimorfismo sexual como el principio de la inteligibilidad occidental (F. Hèritiér), sea que se prefiera hablar en términos de heterosexualidad compulsiva (A. Rich), sea aun que se lo considere una construcción discursiva factible de ser deconstruida o parodiada (J. Butler), lo cierto es que —apelando a la noción de *tecnologías* y de *disciplinamiento del deseo*, en sentido foucaultiano— incluso el sexo y la sexualidad han dejado de ser meramente naturales. Históricamente, se ha opuesto materia (cuerpo) a «alma», «mente» o «razón», dualismo que marca casi por completo la trayectoria filosófica, donde la razón queda ligada al varón y el cuerpo a la mujer. Entra en juego, de otro modo, la peculiaridad de *ser mujer*, y muestra una vez más el incumplimiento de las definiciones (pretendidamente) universales de «Hombre». «El alma no tiene sexo», decían las monjas neoplatónicas medievales que reivindicaban el uso de su razón; sin embargo, las marcas de su cuerpo eran prioritarias y las limitaban, por definición, en el uso de la razón, circunscribiéndolo, en el mejor de los casos, al claustro. Sea como fuere, recordemos que el reconocimiento de la marca «ser mujer» no implica la necesidad de postular ningún tipo de esencialismo, a la manera de la Escuela Italiana. Por el contrario, varones y mujeres poseen cuerpos sexualmente marcados, y en esto consiste precisamente su simetría. Sostener un sano y moderado nominalismo —como advierte Cèlia Amorós— resulta altamente útil en estos casos. Ahora bien, la materialidad introduce también dos de las controversias actuales más interesantes. La primera, en torno a la categoría de «sujeto» y su sesgo sexista, de la que nos ocuparemos más adelante. La segunda, respecto de la noción de experiencia del cuerpo propio, lo que nos lleva al siguiente inciso.
- c) Si bien el tema de la experiencia (base —se dice— de toda reflexión) excede el tema del cuerpo propio, éste resulta ser, actualmente, uno de los más interesantes, junto quizá con el de la experiencia de dominación y de exclusión. Tomemos entonces a modo de ejemplo la primera de estas cuestiones. Ahora bien, todo análisis del cuerpo, hasta épocas muy recientes, tomaba como punto de partida sólo la experiencia masculina, conectada por supuesto a un cuerpo masculino. Esto excluía *ex initio* la experiencia de las mujeres respecto de su corporalidad, con todas las particularidades del caso. Por

tanto, *lo que todas las personas tienen como su primera e inalienable propiedad, el cuerpo, y sus decisiones respecto de él* —como enunció John Locke hace siglos— adquiere una significación muy diferente si la aplicamos a un cuerpo femenino o en uno masculino¹³. Por ejemplo, los problemas relativos a la inviolabilidad e integridad de la persona, la autonomía del sujeto, la definición de racionalidad o las conceptualizaciones en torno al deseo y el placer siguen aún hoy mayoritariamente el paradigma masculino. Si el cuerpo propio es el *locus* de las experiencias humanas, la de la procreación, por ejemplo, estrechamente vinculada a políticas demográficas y a las restricciones económicas, afecta de manera diversa a los varones y a las mujeres. El propio proyecto de vida muestra también sus limitaciones genéricas, tal como ya lo señaló Simone de Beauvoir hace más de cincuenta años. Esto último desemboca en el tema del compromiso y de los valores, porque tanto los escritos cuanto las actitudes de quienes se involucran con la Teoría de Género suponen una toma de posición clara contra cierto tipo de discriminación y cierto cúmulo de problemas que hasta ahora habían quedado oscurecidos o desestimados.

En síntesis, la Teoría de Género no sólo aporta una nueva explicación del mundo, sino que descubre una zona antes no explorada, que obliga al compromiso. Efectivamente, una vez iluminado ese espacio teórico, mal podría satisfacernos un esquema interpretativo que dejara fuera, por ignorarla, una región completa de la realidad: la zona densamente poblada que se oculta tras el sesgo genérico. Desde este punto de vista, la Teoría de Género se manifiesta como uno de los últimos desarrollos de la Filosofía y aporta no sólo un desmentido general a la incapacidad que históricamente algunos filósofos atribuyeron a las mujeres, sino que abre rutas inexploradas de reflexión.

Hemos pasado revista a una serie de innovaciones que no juzgamos intrascendentes, pues cuanto menos denuncian la *heterodesignación* de la mitad de la población del mundo. Y la toma de conciencia de la que hablamos obliga a las filósofas a inventar nuevos métodos y adoptar nuevas perspectivas. Si queremos alcanzar un autoconocimiento crítico, que incluya el reconocimiento de las estructuras de privilegio y de dominación que constituyen nuestra propia marginalidad y determinan, a la vez, nuestras experiencias de extrañamiento y de alienación, debemos replantearnos la tarea filosófica. Pero, *¿Quiénes son filósofas?*

Muchas mujeres que han filosofado figuran, como es sabido, en los catálogos de «Misceláneas» o de «Escritoras». No son reconocidas como filósofas. En cam-

¹³ J. LOCKE, *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*. § 27; Cf. G. LLOYD, *op. cit.*; Th. Laqueur, *op. cit.* Sólo recientemente, con L. IRIGARAY, se plantea la posibilidad de una libido femenina. Cfr. *Speculum*, París, ed. de Minuit, 1974; A. RICH, *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona, Icaria, 1978.



bio, otras, muy pocas, y sólo recientemente, son identificadas como tales. ¿Qué hace que algunas sean filósofas y otras no?¹⁴ «La calidad filosófica de sus trabajos» parece ser una respuesta fácil que elude algún núcleo denso de la cuestión. ¿Se las identificó como «filósofas» porque pensaron ciertos temas tal y como los varones los definieron? Si esto fuera así, supondríamos una definición sesgada de quehacer filosófico en términos de «el modo en que filosofan los varones». ¿Reivindicar, en cambio, la propia reflexión sobre su condición de mujeres *qua* filósofas y su consiguiente situación de «reinas del hogar» y «excluidas de la *polis*» —como hacen algunas estudiosas— es tarea filosófica? Algunas teóricas suponen haber detectado en los escritos de las mujeres un modo específico de hacer filosofía. Metodológicamente —afirman— el dominio principal de los análisis de las mujeres no puede reconocerse ni como meramente formal ni como exclusivamente empírico en el sentido clásico de los términos. En efecto, lejos de las dicotomías y los binarismos vigentes, su originalidad reside, sobre todo, en el modo en que examinan las relaciones entre las normas y los hechos, entre las propiedades formales y los cuantificadores, entre las peticiones últimas y las generalizaciones empíricas, entre los casos típicos y los ejemplos. ¿Nos hace filósofas el ideal de cuestionar y revisar nuestros presupuestos (o prejuicios) básicos en cuestiones relativas al género-sexo? En este sentido, debemos reconocer que identificamos mejor nuestros prejuicios raciales y religiosos que los de género, donde nuestra tarea está en ciernes, aunque reavivar el fuego del debate no es tarea menor. En esa línea ofrecemos una contribución mínima, retomando desde una perspectiva iluminada por la Teoría de Género un problema propio de la Antropología Filosófica: el tema del sujeto.

Considerado desde la postmodernidad una más de las estructuras normativas, la categoría de sujeto tiene singular importancia para la Antropología Filosófica, y su examen ha sufrido otro vuelco notable a partir de las aportaciones de la Teoría de Género. En efecto, no sólo se abandonan enfoques tradicionales más o menos psicologistas o introspectivistas, sino que, de la mano de Irigaray y sus seguidoras, se comienza a examinar la categoría «sujeto» en tanto que tal. En ese sentido, no sólo se revisa la presunta neutralidad genérica de la misma, sino que también se ponen en cuestión los modos históricos de subjetivación.

En general, hay acuerdo en que el «sujeto», como categoría filosófico-política, surgió con la modernidad. Su desarrollo y sus análisis involucran a los filósofos desde Descartes a Bergson, y desde Hobbes a Habermas. Aunque, no obstante sus profundas diferencias, los filósofos en general suponen un sujeto que es, en principio, un varón blanco y libre. Sobre estas características se construye un sujeto cognoscente, agente de elecciones voluntarias, moral y legalmente responsable. El mundo es *para* el sujeto, en tanto conciencia fundante y autoconstituyente, imagen, objeto, espectáculo o representación. En consecuencia, como se vio, el constructo «sujeto»,

¹⁴ J. HODGE, «Subject, Body and the Exclusion of Women from Philosophy», en M. GRIFFITHS y M. WHITFORD, *Feminist Perspectives in Philosophy*, Indiana University Press, 1988.

considerado universal y abstracto, mostró no sólo sus limitaciones étnicas y de clase sino el sesgo sexista desde el que la modernidad y la Ilustración lo constituyeron. Pronto las virtualidades emancipatorias de la propia Ilustración pusieron al descubierto esta maniobra.

Por eso, hasta Beauvoir, las mujeres abogaron por constituirse en sujetos políticos, jurídicos, éticos, cognoscentes, deseantes, entre otros, a la par que los varones. Incluso la irrupción de la crítica postmoderna, que desafió los grandes mitos de la Ilustración y que cuestionó la noción de un sujeto estable y monolítico fragmentándolo como a un espejo roto no logró sino —en palabras de Irigaray— reproducir en cada fragmento ese mismo sujeto varón. La crisis del sujeto moderno nos enfrenta, entonces, al descentramiento y a la fragmentación: ya no hay «sujeto», sino «sujetos». Sin embargo, ese descentramiento y esa fragmentación sólo multiplican *una división fantasmática /.../ que extrae su fuerza del mismo modelo, del modelo (de lo mismo por homologación*¹⁵.

Si ya muchos criticaban el *sujeto* por ser un constructo político que respondía al modelo del varón blanco de clase media, es precisamente Luce Irigaray la que denuncia la imposibilidad de las mujeres de alcanzarlo. En efecto, eso implicaría una *mera homologación al sujeto masculino*, con lo que quedaría fuera, precisamente, toda la especificidad del «ser mujer»; signada históricamente como «la diferencia» inferiorizada y naturalizada en la domesticidad por el sistema político que debería haber facilitado su emancipación. Irigaray entiende que la construcción *sujeto* es deudora de *la lógica de lo mismo* (la lógica del principio de identidad), según la cual todo aquello que *es*, es idéntico a sí mismo. De aquí que, en la interpretación de Irigaray, lo Otro no pueda ser pensado a menos que se lo reduzca a lo Mismo (es decir, el sujeto masculino). Por esta maniobra de homologación, la mujer o bien queda reducida a ser lo no-idéntico de lo Mismo o bien debe homologarse a él para constituirse en sujeto: el varón se autoinstituye como lo que es el saber de sí, la razón y la norma. La mujer es, en consecuencia y simultáneamente, lo otro del varón, de la norma, de la razón. Por tanto, la mujer sólo puede rescatar para sí lo alóxico, lo que no tiene un *logos* capaz de expresarla en su ser¹⁶.

Si Heidegger para preguntar por la cuestión del ser comienza por la *pregunta que investiga sobre aquello que se pregunta*, Irigaray centra el punto de partida de su análisis en el orden simbólico que, a su juicio, se ha construido a partir de una concepción masculina de la libido expresada en el lenguaje, lugar lacaniano de inscripción de los sujetos. Basada en el proyecto crítico postmoderno que considera las categorías de pensamiento como un producto histórico, Irigaray acusa tanto a modernos como a postmodernos de sostener y legitimar un sesgo sexista. En efecto, el

¹⁵ Desarrollo este tema en mi libro *Sobre sujeto y género: lecturas feministas de Beauvoir a Butler*. Buenos Aires, Catálogos, 2000. También en «Modelizaciones en torno al problema de la construcción del sujeto». *Sociológica*, vol. 4 (2001).

¹⁶ M. DA CUNHA, «La subjetividad como privilegio en la Lógica de lo Mismo», en II Jornadas de Investigación en Psicología, Universidad Nacional de La Plata (FHCE), 5 y 6 de noviembre de 1999.



sujeto, en tanto constructo emergente de las narrativas, no puede ni debe ser homologado por las mujeres; más bien, se lo debe rechazar de plano.

En pocas palabras, por un lado, el pensamiento moderno sólo reconoce —estrictamente hablando— sujetos varones, al punto de que es posible equiparar, según vimos, sujeto y varón. Por el otro, la postmodernidad tiende a disolver la noción misma de sujeto en términos de una variable emergente en un discurso que es falocéntrico. De ahí que el sujeto —en palabras de Susan Bordo— sea un «producto» del mito masculino del autoalumbramiento y deba desestimarse¹⁷. En esta misma línea, Teresa de Lauretis, siguiendo también a Irigaray, concluye que, como el sujeto (= varón) reelaboró su posición como una construcción personal a partir de su acceso a los códigos de la ciudad, las mujeres, privadas de esa posibilidad, no ocuparon nunca el lugar de «sujeto de semiosis». Consecuentemente, fueron invisibilizadas, ausentadas, extrañadas y sus experiencias silenciadas. Como no tienen códigos propios, las mujeres sólo pueden transgredir los códigos de los varones, desconocerlos, crearles problemas, provocarlos, pervertirlos, abrirse paso en los intersticios de la sintaxis y rechazar la igualdad como una de las trampas de la homologación. De ahí que el lugar del *sujeto femenino* en el discurso sea un imposible. En síntesis, dado que «sujeto» y «varón» son sinónimos, las mujeres *no pueden ni deben* constituirse —como quería Simone de Beauvoir— en sujetos, sino que su lugar está fuera de, en los márgenes¹⁸.

Ahora bien, ¿debemos aceptar, sin más, que sujeto y varón son sinónimos y, en consecuencia, rechazar esa categoría para las mujeres? ¿No estamos moviéndonos en planos diferentes? En efecto, desarrollos más recientes rescatan la pertinencia, al menos política, de un polo subjetivo. Tomemos por caso la evolución del pensamiento de Judith Butler. En sus primeros trabajos, Butler pretende disolver cualquier resabio esencialista que perdure en concepciones tales como cuerpo, mujer, sujeto, a la vez que niega los beneficios de un género construido de modo estable como *locus* de la identidad. El género debe ser realizativo, una parodia y, por ende, ni expresivo ni prescriptivo: la fantasía de una fantasía. Este género paródico no debe remitir a un original; la noción misma de género o de original son ya *paródicas*. Ahora bien, si los sujetos son sujetos (y los cuerpos, cuerpos) en la medida en que se los nombra como tales, e independientemente de cualquier resabio esencialista, la «mujer» (como el «varón») lo es en tanto se la nombra como tal y no depende de ningún sustrato: es un mero nombre que no representa¹⁹.

Ahora bien, Butler parece suavizar este intento radical de deconstrucción en la reciente elaboración de la noción de «agencia no subjetiva»; perifrasis forzosa

¹⁷ S. BORDO, «The Cartesian Masculinization of Thought». *Signs*, vol. 2, núm. 3 (1986).

¹⁸ Compartimos con Célia Amorós nuestras dudas respecto de si «no puede ni debe» o «no debe porque no puede» dadas las tensiones falocéntricas de poder que constituyen la trama del discurso en el que los sujetos se inscriben.

¹⁹ J. BUTLER, *Bodies that Matter*. Nueva York y Londres, Routledge, 1993.



que, a nuestro juicio, trata de eludir la imposibilidad de pensar la política sin sujetos²⁰. Cabe preguntarnos si este agente no subjetivo «subyace» (o es previo a) los géneros paródicos o si él es también paródico. Si lo entendemos de esta última manera, Butler sería consecuente con su deconstrucción radical de todo esencialismo, aunque se seguirían algunos problemas, al menos en términos de identidad y de continuidad legal y jurídica del agente. Si lo entendemos en el primer sentido, Butler caería en el mismo tipo de círculo que le critica a Beauvoir. Parafraseando su propia crítica, habría un *locus* previo no paródico desde el cual se parodia²¹.

En efecto, Butler entiende la explicación de Simone de Beauvoir de «llegar a ser mujer» en términos de proyecto y como un constructo. «Llegar a ser» un género, lo concibe tanto como una elección cuanto como una aculturación, donde el sexo sería el *locus* corpóreo de las posibilidades culturales tanto recibidas como innovadas del género. «Elegir» un género debe entenderse —según la interpretación de Butler— como el incarnamiento de sus posibilidades dentro de una red de profundas e intrincadas normas culturales. Ahora bien, entendida de este modo la posición de Beauvoir, Butler reconoce que la noción de que «elegimos nuestros géneros» supone un rompecabezas ontológico porque, en principio, parece imposible que podamos ocupar una posición fuera de un género desde la cual elegir nuestro género presente. Si siempre estamos generizadas/os, inmersos en un género, entonces, ¿qué sentido tendría decir que elegimos lo que ya somos? Butler juzga que la tesis de Beauvoir no sólo es tautológica sino que, en la medida en que postula *un agente que elige anterior al género elegido*, parece también adoptar estructura egológica que vive y crece con anterioridad al lenguaje y a la vida cultural²². Este argumento responde claramente a la misma estructura que ella utiliza respecto de la relación agente/géneros paródicos y, en consecuencia, su circularidad es la misma.

¿No es más sencillo despojar la categoría de sujeto de los rasgos materiales de la masculinidad que aún sustenta, y entenderla como una variable vacía o como un constructo sin marcas materiales de ningún tipo? El debate al respecto también se ha planteado en términos de quienes se enrolan en la línea ilustrada de la igualdad o en la postmoderna de la diferencia. Para las primeras, las mujeres pueden y deben constituirse en sujetos plenos, y entienden, por tanto, «sujeto» a la manera de una categoría formal y vacía que puede ser «suplida» por una mujer, un varón o cualquier individuo que cumpla con ciertos requisitos mínimos de, por ejemplo, autorreflexión, responsabilidad, racionalidad, etc.

Desde ciertas posturas como la de Nancy Fraser, se sostiene que una democracia sustentable requiere de algún tipo de constructo *more* «el sujeto». Aceptan con reticencia esta necesidad los últimos trabajos de Butler, pensados básicamente en diálogo con marxistas críticos como Ernesto Laclau y Slavoj Zizek, en torno a la

²⁰ J. BUTLER, E. LACLAU y S. ZIZEK, *Contingency, Hegemony, Universality*. Londres, Verso, 2000.

²¹ J. BUTLER, «Género y sexo en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir». *Mora*, vol. 4 (1998).

²² J. BUTLER, *Gender Trouble*. Londres, Nueva York, Routledge, 1993.

cuestión de cómo formar hegemónicos. Este sensible corrimiento de Butler supone, por un lado, la suavización de posiciones cuasi-anarquistas en las que reivindicaba la marginalidad y la abyección como únicos modos factibles de hacer política. Por otro, supone la defensa fuerte de la concepción de un «agente» sin marcas de género o, más precisamente, con marcas paródicas de género. Si esto fuera así (y no estamos seguras de haber entendido completamente su pensamiento, aún en desarrollo), habría una suerte de nueva invisibilización de las mujeres reales, oscurecidas por los modos paródicos de la genericidad. Sea como fuere, estos debates constituyen una renovación de la Antropología Filosófica desde la Teoría de Género.

Me interesa ahora retomar la pregunta que dio origen a estas páginas sobre las contribuciones de la Teoría de Género a la Antropología Filosófica. Si aún tenemos presente la afirmación de Sócrates —en cita de Cassirer— de que una vida no examinada no merece ser vivida, podemos entrever la importancia fundamental que ha tenido para las mujeres encontrarse con lo que podríamos llamar —parafraseando a Virginia Woolf— *una voz propia*. Esta voz propia, en un esquema del tipo autonomía/heteronomía; autodesignación/heterodesignación; uno/otra; activo/pasivo; sujeto (de deseo)/objeto (de deseo), por mencionar solamente algunas dicotomías histórica y filosóficamente relevantes, enfrenta a las mujeres con el examen de su propias vidas y con la experiencia de reconocer los condicionamientos de género que operan y han operado históricamente sobre ellas: por eso, han de encontrar, como señaló Carol Gilligan, *su voz diferente*. Diferente a la meramente homologada y diferente a la tradicional autoasignada a las mujeres.

Por eso, la relación de las mujeres con la herencia filosófica es compleja y fluctuante: va desde su total rechazo por tacharla de falocéntrica, hasta la aceptación más o menos enriquecida de ciertas herramientas conceptuales y nociones heredadas de la tradición filosófica. Ahora bien, ¿qué filosofía están haciendo las mujeres? ¿Es diferente por la sola inclusión de la historicidad, de la materialidad de los cuerpos y de sus marcas, o por el compromiso vital que representa? Reconozcamos en principio que las aportaciones son de diversa índole, aunque la incipiente incorporación de las voces de las mujeres no es un aporte menor: a la luz de la visibilización de la materialidad, han cobrado relevancia cuestiones en torno a la definición de individuo, de experiencia, de cuerpo, de diferencia, de reconocimiento y de poder. Asimismo, se han examinado viejas polarizaciones, tradicionalmente aceptadas de manera acrítica como básicas, ontológicamente fundadas y excluyentes. Incluso, se han aportado nuevas concepciones de la diferencia no inferiorizada, elaborándose conceptualizaciones de las mujeres no referidas a los varones sino centradas en sí mismas y en vistas de construir un orden simbólico no androcéntrico.

En síntesis, de acuerdo con lo que brevemente hemos esbozado, los logros para la superación o la contrastación de las limitaciones de la Antropología Filosófica tradicional gracias a las aportaciones de la Teoría de Género, responden en buena medida de la adopción metodológica de la perspectiva del «marginal interno» (*outsider within*), en la denominación de Naomi Scherman. Esta doble pertenencia de las mujeres a los ámbitos público, con su frágil condición de iguales, y privado, con la transformación que está sufriendo este ámbito, favorece una doble perspectiva enriquecida. Esta peculiar situación facilita, bien entendida, la possibili-

dad de alcanzar un autoconocimiento crítico de los modos de dominación, constitutivos de la propia marginalidad de las mujeres, y que determinan sus experiencias de extrañamiento y de alienación. Es decir, aceptar, en principio, la posibilidad de ocupar los lugares estructuralmente predeterminados, pero de modo lo suficientemente diferente y trasgresor como para que se alcance su reconocimiento a partir de los cambios logrados en el ejercicio de una función que intenta constantemente *homologarlas* como uno de *ellos* según la lógica de la identidad²³.

El carácter transversal de la Teoría de Género y, en cierta medida, de la Antropología Filosófica permite, a mi entender, un fructífero encuentro, del que la presentación que acabo de realizar de algunos de los debates actuales es sólo un ejemplo.



²³ N. SCHERMAN, *Engenderings*. Nueva York, Routledge, 1993. Introducción cap. 20.

LA PSICOLOGÍA DEL GÉNERO EN EL SIGLO XXI

María Jayme Zaro

Universitat de Barcelona

RESUMEN

El género es un constructo que ha sido contemplado desde diferentes disciplinas científicas, como herencia de la importancia que la dicotomía hombre-mujer ha tenido en todas las culturas desde la Antigüedad hasta nuestros días. Construido como un instrumento social, no sólo tiene efectos colectivos —en tanto ha definido dos grupos de seres humanos con diferentes roles y espacios respectivos— sino también individuales —al constituir el núcleo de la identidad personal de cada individuo—. La Psicología, junto con otras ramas de la ciencia, se ha encargado de su estudio a ambos niveles, acumulando un conjunto de conocimientos que han definido una nueva disciplina así llamada Psicología del Género, como área encargada del estudio de la conducta humana considerando este constructo como un factor determinante de la misma. Desde este ámbito, el género tiene unos contenidos propios cuyos efectos se observan a cualquier nivel de la realidad humana: biológica, sociocultural y psicológica.

PALABRAS CLAVE: sexo, género, identidad, estereotipos, roles, masculinidad, feminidad.

ABSTRACT

Traditionally subject to the analysis of diverse scientific disciplines, gender is a construct that records the relevance that all cultures have granted to the dichotomy man-woman since Antiquity. Conceived of as social instrument, gender has cast its [ideological] constraints both upon groups and individuals. It has assigned such different roles and spaces that almost two separate species of human beings have emerged and settled the basis of personal identity. Psychology has approached gender both in its collective and individual dimensions, branching off into a new psychological discipline, Psychology of Gender, which highlights the overriding role of gender in human behaviour. These new studies attribute gender to particular contents which manifest themselves in biological, social, cultural and psychological aspects of reality.

KEY WORDS: sex, gender, identity, stereotypes, roles, masculinity, femininity.

1. EL FENÓMENO DE LAS DIFERENCIAS ENTRE HOMBRES Y MUJERES DESDE LA PSICOLOGÍA

En las dos últimas décadas el concepto de «género» se ha extendido por todo el ámbito científico, reconociéndose así la importancia que tiene en la vida



tanto social como individual de los seres humanos. Ello ha motivado que pase a ser una cuestión académica integrada dentro de diversos programas, que incluyen asignaturas generales y específicas, cursos de postgrado, tesis doctorales o investigaciones realizadas desde muy diversos enfoques. No es un hecho casual que en la actualidad editoriales de renombre publiquen y/o mantengan colecciones abiertas sobre el tema; que revistas especializadas de indudable prestigio científico publiquen artículos y monográficos e incluso la prensa no especializada sea sensible a cualquier noticia relacionada con la dualidad hombre/mujer.

Ciertamente, las diferencias entre hombres y mujeres, resultado de la pertenencia a una especie mamífera caracterizada por el dimorfismo sexual, han constituido un fenómeno de tal magnitud que, desde los inicios de las sociedades humanas, han penetrado en el pensamiento como tema de conocimiento, reflexión y evaluación. A partir de una diferencia de base anatómica y biofisiológica, conceptualizada bajo la categoría *sexo*, todas las sociedades humanas han ido configurando modelos de comportamiento vinculados, en sus orígenes, a dicha diferencia. Transmitidos por distintas vías no sólo cognitivas, sino afectivas, emocionales y conductuales, a lo largo de los siglos dichos modelos han ido consolidando unos contenidos que, en la actualidad, se engloban bajo una categoría taxonómica de uso relativamente reciente, el *género*. Así, hallamos referentes a la especulación sobre las diferencias de sexo y sus consecuencias a lo largo de toda la historia de la humanidad: desde el pensamiento mítico, el arte, el discurso filosófico, y la psicología, se constata que el fenómeno está presente en todos los tiempos y culturas, articulado como una diferencia impuesta e inevitable que ha sustentado todo un sistema socioeconómico en constante transformación, extendiéndose incluso a culturas muy diversas.

Siendo muy variadas las disciplinas que han abordado científicamente el constructo, desde la biología a la sociología, la educación, la antropología o la historia, y entendiendo por dicho abordaje la descripción sistematizada del fenómeno y las referencias hipotéticas a sus causas, en el seno de la psicología se trata formalmente desde principios del siglo XX. Después de la inteligencia, área a la que mayor cantidad de investigación se ha dedicado, son los trabajos con metodología científica referidos a las diferencias de sexo-género los que mayor atención han recibido desde este ámbito¹. Y es precisamente lo que podríamos llamar la universalidad del fenómeno lo que ha promovido su estudio psicológico, ya que con relación a la conducta normal, las diferencias de sexo-género se manifiestan en cualquier dimensión psicológica. No podemos reducirlas, en consecuencia, a ninguna conducta o variable específica, y mucho menos explicarlas basándonos en un único modelo o sistema teórico determinado. En mayor o menor medida, las variables sexo y género ejercen un determinado efecto en todo el sistema psicológico del individuo, lo que

¹ J.H. PLECK, «Masculinity-Femininity. Current and Alternative Paradigms». *Sex Roles*, vol. 1, pp. 161-178.



explica que inicialmente fuera la perspectiva diferencialista la que mayor cantidad de investigaciones haya realizado sobre esta variable, con el consiguiente sesgo de primar la diferencia y reafirmar así la clásica oposición dualista masculino-femenino, hombre *versus* mujer. No obstante, lo cierto es que la mayoría de instrumentos diseñados para la evaluación psicológica pone de manifiesto la existencia de tales diferencias. Así, las pruebas psicométricas destinadas a diferentes evaluaciones psicológicas ofrecen baremaciones para hombres y mujeres por separado, puesto que con las muestras utilizadas para estandarizar los resultados se han constatado la presencia de diferencias de sexo estadísticamente significativas. Lo observamos en los cuestionarios de personalidad (*ej.*, 16 PF de Cattell), pero también en aquellas pruebas diseñadas para medir capacidades cognitivas (*ej.*, Test de Aptitudes Diferenciales de Bennet *et al.*); en las de estilos cognitivos (*ej.*, Test de Figuras Enmascaradas de Witkin *et al.*); o en la medida de estado de ánimo (*ej.*, Inventario Diferencial de Adjetivos para el Estudio del Estado de Ánimo, de Tous y Andrés)².

Tal es la magnitud del fenómeno de las diferencias aparentes entre hombres y mujeres, que éstas se extienden al ámbito clínico. En primer lugar las observamos en el área de salud en general, donde se establecen con relación a la esperanza de vida al nacer, más elevada en las mujeres y que plantea lo que hoy podríamos denominar una *feminización de la vejez*, que exige una consideración especial de todo un colectivo humano con unas características propias. También se constatan en el tipo de trastornos y enfermedades más comunes en cada sexo, muy vinculadas a las características biofisiológicas diferenciales de hombres y mujeres. En segundo lugar, las diferencias se extienden al área de la conducta anormal, que se manifiestan ya desde la infancia³ y se mantienen en la vida adulta, estructurándose en torno a cuadros esquizofrénicos, trastornos sexuales y toxicomanías diversas en los hombres, y neurosis, trastornos de adaptación y conducta, y trastornos afectivos, en las mujeres. Evidentemente, estos datos responden también a razones socioculturales, marcadas por la idea de género, y que tradicionalmente ha asociado el bienestar físico y psicológico a la total identificación de los individuos con sus respectivos géneros, lo que marca además una adaptación plena a la sociedad.

En definitiva, los datos aportados por las baremaciones de las más destacadas pruebas de evaluación psicológica, suficientemente replicados en los distintos estudios que han tenido lugar desde principios del siglo XX hasta el recién estrenado siglo XXI, junto con los datos epidemiológicos y clínicos, son la constatación empí-

² G.K. BENNET, A.G. SEASHORE, y A.G. WESMAN, *Manual for the Differential Aptitudes Tests*. Nueva York, Psychological Corporation, 1974; H.A. WITKIN, P.K. OLTMAN, E. RASKIN, y S.A. KARP, *A Manual for the Embedded Figures Tests*. Palo Alto (CA), Consulting Psychologists, 1971; J.M. TOUS, y A. ANDRÉS, *Inventario diferencial para la autoevaluación del estado de ánimo (IDDA-EA)*. Madrid, TEA, S.A., 1991.

³ M.C. ROLDÁN, y M.J. BÁGUENA, «Psicopatología de la mujer», en A. BELLOCH, A. y P. BARRETO (eds.), *Psicología clínica: trastornos bio-psico-sociales*, Valencia, Promolibro, 1986.

rica de la importancia que el sistema sexo-género tiene dentro del ámbito de las diferencias individuales psicológicas. Y ésta es la base que da lugar a lo que hoy se denomina «Psicología del Género», y que tuvo como antecedentes inmediatos los estudios sobre la mujer y la denominada psicología de la mujer, originada en Estados Unidos en la década de los setenta, promovida desde el feminismo y centrada en la subjetividad femenina y las características propias de la mujer exclusivamente.

Históricamente, hasta que la Psicología, como saber independiente, no se gesta como ciencia a finales del siglo XIX, cuando se aplica el método científico-natural a la psique o mente humana⁴, la mujer no había sido incluida en la reflexión y el estudio científico, prevaleciendo una visión androcéntrica de la realidad. La Filosofía, el instrumento aplicado del conocimiento —desde la especulación inicial al racionalismo sistemático—, había denegado a la mujer el derecho a constituir un objeto de conocimiento en sí mismo, como en el hombre. La justificación de tal hecho discriminatorio obligó a desarrollar toda una serie de argumentos basados en diferencias físicas (en términos de fortaleza-debilidad respectivas) de tal modo articuladas que tan particular situación fue prolongada durante siglos. No se trataba entonces de oponer hombre y mujer, sino de describir la situación de subordinación que esta última había ocupado, respecto a aquél, desde tiempos remotos, concebida como consecuencia de la propia naturaleza (o de la divinidad, según el modelo de pensamiento aplicado en cada etapa histórica): la mujer es inferior al hombre, física e intelectualmente; es *lo otro*, lo diferente al hombre⁵. La mejor razón, argumento utilizado con profusión hasta nuestros días, se basaba en destacar la aparente ausencia de la mujer en la vida pública de la Historia: la visión androcéntrica que ha interpretado ésta desde sus orígenes destaca que la mujer no ha hecho ninguna aportación intelectual considerable⁶ hasta prácticamente el siglo XX (aunque gracias a los estudios de género hoy conocemos el nombre de muchas mujeres cuyas aportaciones intelectuales o artísticas son dignas de mención). Pero en el siglo XIX diferentes corrientes y teorías continuaron sustentando la vieja idea de la inferioridad mental de la mujer y sus diferencias respecto al hombre, guiadas por un determinismo biológico empeñado en buscar evidencias en la morfología o anatomía cerebral (*ej.*, craneometría, frenología): tamaño cerebral, lóbulos, distribución de posibles áreas cerebrales que sustenten distintas facultades, todo fue examinado, con la instrumentación de la época, para obtener los ansiados datos. Fueron los inicios de una línea de investigación que se mantiene vigente en la actualidad, enriquecida por un desarrollo tecnológico impresionante.

⁴ A. CAPARRÓS, *La Psicología y sus perfiles: Introducción a la cultura psicológica*. Barcelona, Barcanova, 1985.

⁵ R.T. HARE-MUSTIN y J. MARECEK (eds.), *Marcar la diferencia: Psicología y construcción de los sexos*. Barcelona, Herder, 1994.

⁶ C. FERNÁNDEZ VILLANUEVA, «La mujer y la psicología», en M.A. DURÁN, *Liberación y utopía*, Madrid, Akal, 1982.

2. LA PSICOLOGÍA DEL GÉNERO

Es comprensible que con tales antecedentes la Psicología, al principio, estuviera determinada por la experiencia y el hacer de los hombres, y así lo observado en ellos se generalizara, a veces sin más reflexión, a la conducta femenina, de modo que al hallar contradicciones entre los datos de unos y otras, se desestimara el estudio en éstas por considerarlas excepciones a la norma, la conducta masculina. Por ello en la mayoría del área de investigación, la mujer fue excluida como objeto de estudio, al igual que hiciera, durante siglos, la Filosofía en cuanto a objeto de reflexión. En realidad, la Psicología del Género surge como resultado de la acumulación de datos sobre las diferencias entre hombres y mujeres, la evidencia de una naturaleza sociocultural muy determinante en éstas a la par que su inevitable raíz biológica y el hecho de que el sistema sexo/género afecta profundamente a la psique de los individuos, promoviendo en ellos unos rasgos de personalidad y unas conductas en la mayoría de los casos predeterminadas.

Aceptada por derecho propio como una disciplina científica más dentro de la Psicología, la denominada Psicología del Género recoge el estudio del comportamiento humano a través de la consideración de que la variable género —e inevitablemente, el sexo— tiene una responsabilidad en la formación de la conducta, aunque esté por determinar la magnitud de la relación. Así se estudian desde los aspectos biológicos a los propiamente psicológicos, que hacen referencia al funcionamiento cognitivo, conativo y emocional del ser humano, desde esa doble vertiente ya comentada, colectiva e individual. No se trata únicamente de confrontar, en consecuencia, dos colectivos definidos por el género, hombres y mujeres, y definir así sus semejanzas/diferencias; más bien de entender cómo los propios individuos, esos hombres y mujeres, construyen sus identidades personales desde que son asignados a uno de ambos grupos al nacer, considerando en dicho análisis tanto los determinantes biológicos como los socioculturales, encargados de transmitir los valores y contenidos de la masculinidad/feminidad y conformar una sociedad estructurada en función de unas expectativas y roles asociados al género que limitan las oportunidades de los seres humanos para desarrollarse plenamente.

Inevitablemente, como se ha mencionado con anterioridad, la Psicología del Género está influida por la perspectiva de análisis de la variabilidad del comportamiento entre hombres y mujeres, hecho innegable y cuyas causas aún no están definidas satisfactoriamente; así ha heredado parte del conocimiento aportado por la Psicología Diferencial, que ha considerado el sexo/género como una variable de diferenciación asignada y definitoria de dos grupos. Pero, como nos recuerda Halpern⁷, entre otras, este particular enfoque ha primado la diferencia por encima de la semejanza, considerando las comparaciones en términos jerárquicos que han situa-

⁷ D. HALPERN, «Sex Differences in Intelligence. Implications for Education». *American Psychologist*, vol. 52, núm. 10 (1997), pp. 1.091-1.102.



do a un género por encima del otro, con las consecuencias sociales evidentes que ello ha tenido hasta la actualidad.

En la actualidad la perspectiva psicológica del género plantea su análisis desde diferentes perspectivas y modelos teóricos. Siguiendo a Barberá⁸, considera el género desde: a) su aspecto social, en cuanto a categorización de los individuos en dos grupos amplios al modo de otras variables como raza o edad; b) su aspecto subjetivo, en cuanto a que interviene en la construcción de la subjetividad individual, articulada como identidad vivida en función de ser hombre o mujer; c) su definición como un macrorrasgo de personalidad que engloba diferentes características y, en consecuencia, define tendencias de conducta estables y consistentes en hombres y mujeres, pero diferentes respectivamente; d) su consideración como proceso psicológico que interviene en el procesamiento de información, induciendo sesgos y afectando a todos los sistemas cognitivos y emocionales de los individuos; e) como variable estímulo, que elicitaba respuestas diferenciales en el contexto de la interacción social, ayudando a sustentar la clasificación social de la masculinidad-feminidad; y f) como proceso psicosocial, en interacción con los contextos sociales, para explicar actitudes, expectativas, etc., desde un enfoque dinámico.

3. MÁS ALLÁ DEL SEXO: EL GÉNERO

Desde la década de los años setenta hasta la actualidad se ha producido la paulatina aparición y consolidación del término «género» para referirse a hombres y mujeres, término que ha llegado a sustituir parcial o totalmente a su antecesor, «sexo», que desde el principio había servido para distinguir a hombres de mujeres y viceversa.

Como dato representativo, el término «sexo» se introdujo en el tesoro de la base de datos psicológica PsycLit en 1967, siendo definido en ésta como «término conceptualmente amplio, referido a las características estructurales, funcionales o conductuales de machos y hembras en determinadas especies». Para la comparación entre sexos humanos se nos remite a «diferencias sexuales» y como términos asociados presentan los siguientes: alteraciones genitales, pornografía, conducta psicosexual, desarrollo psicosexual, cambio de sexo, cromosomas sexuales, discriminación sexual, impulso sexual, educación sexual, hormonas sexuales, ofensas sexuales, actitudes de rol sexual, terapia sexual, actitudes sexuales, desarrollo sexual, reproducción sexual, sexualidad. En cambio, género e identidad de género no se introdujeron hasta 1985, asociándolo a otros términos tales como «personalidad», «desarrollo psicosexual», «autoconcepto», «roles sexuales» y «transexualismo». La diferencia entre sexo y género es, vista así, notable.

⁸ É. BARBERÁ, *Psicología del género*. Barcelona, Ariel, 1998.



Y si bien ambos constructos sirven para categorizar a los seres humanos en dos grupos bien definidos⁹, no se refieren al mismo fenómeno, aunque al principio fueran utilizados como sinónimos y, en la actualidad, todavía se confundan y apliquen indistintamente pues, como señala Fernández¹⁰, la diferenciación entre sexo y género resulta compleja. ¿Cómo surgió la variable género? No sólo desde la propia Psicología sino desde disciplinas ajenas, que también han dotado al género de un contenido, como la Sociología, la Filosofía o la Economía, se empezó a denunciar la insuficiencia del término «sexo» para referirse a la compleja realidad de las diferencias entre hombres y mujeres. En 1982 Sherif publicó un artículo, «Conceptos necesarios en el estudio de la identidad de género», en el que puntualizaba cómo el análisis del sexo y el género debiera comenzar con el reconocimiento de que el género es un sistema con categoría social¹¹. Poco después, Ann Deaux¹² identificó una aproximación al estudio de las diferencias de sexo entendido éste como una categoría social, en oposición con anteriores líneas de investigación que se habían centrado en inteligencia y personalidad (articulada en la dicotomía masculinidad-feminidad).

Aun existiendo muchas definiciones de la variable sexo, desde el contexto psicológico se entiende en general que dicha variable hunde sus raíces en el fenómeno biofisiológico del dimorfismo sexual, y en este sentido las múltiples definiciones aplicadas dependen del nivel de análisis en que nos situemos (*ej.*, cromosómico, gonadal, hormonal, morfológico, asignado...): con el término «sexo» puede describirse desde la composición cromosómica de los seres humanos a su apariencia física en función de sus características secundarias adultas. Con acierto, Sternberg¹³ nos recuerda que la expresión «biología» remite a fuentes de variación programadas genéticamente, cuyos efectos están determinados en el instante mismo de la concepción, aunque tarden cierto tiempo en manifestarse. Pero precisamente esa naturaleza biológica oculta un aspecto que no parece haber sido suficientemente contemplado a nivel semántico, y que ha obligado a recurrir a una variable diferente, el género. En 1973, Hans J. Eysenck destacaba la existencia de una naturaleza socio-cultural implícita en el sexo, que ha servido para reforzar las diferencias biofisiológicas entre hombres y mujeres¹⁴. Seis años después, Rhoda Unger publicó un artículo en el que ponía de manifiesto las dificultades inherentes al uso de los términos «sexo» y

⁹ A.O. ROSS, *Personality: The Scientific Study of Complex Human Behaviour*. Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1987.

¹⁰ J. FERNÁNDEZ, *Varones y mujeres: Desarrollo de la doble realidad del sexo y el género*. Madrid, Pirámide, 1996.

¹¹ A. SHERIF «Needed Concepts in the Study of Gender Identity». *Psychology of Women Quarterly*, vol. 6 (1982), pp. 375-398.

¹² A. DEAUX, «From Individual Differences to Social Categories: Analysis of a Decade's Research on Gender». *American Psychologist*, vol. 39 (1986), pp. 105-116.

¹³ R.J. STERNBERG, «What is the Relation of Gender to Biology and Environment? An Evolutionary Model of How What Your Answer Depends on just What You Ask», en A.E. BEALL y R.J. STERNBERG, (eds.), *Psychology of Gender*, Nueva York, The Guilford Press, 1993.

¹⁴ H.J. EYSENCK, *Handbook of Abnormal Psychology*. Londres, Pitman, 1973.

«género», otorgando al primero la categoría de variable biológica y al segundo, la de variable social¹⁵. Éstos, y otros autores, plantearon la necesidad de entender la clásica dicotomía hombre-mujer como una instancia de las relaciones intergrupales¹⁶, es decir, del contexto sociocultural, pero basada en la identidad de género individual como núcleo de las diferencias. En consecuencia, como categoría social el género describiría todos aquellos componentes del sexo que son resultado de prescripciones culturales sobre lo adecuado para hombres y mujeres respectivamente, reforzando de este modo las categorías masculina y femenina, así como el sistema de roles de género. Este entorno sociocultural sería el trasfondo necesario que hace que hombres y mujeres atraviesen distintas experiencias de socialización durante la infancia, experiencias privadas que darán un contenido de categoría psicosocial al sexo, más allá de lo biofisiológico que inicialmente basara la primera definición de éste. El género recoge, así, los tres aspectos básicos que explican hombre y mujer, masculino y femenino: lo biológico, lo sociocultural y lo psicológico.

Barberá¹⁷ sistematiza cómo ha sido entendido el género desde diferentes enfoques psicológicos. Para la psicología diferencial ha sido una respuesta estable, propia de hombres *versus* mujeres, fomentando un enfoque de medición de características y comparación entre grupos basado en las medias grupales y la significación estadística de sus diferencias. Esta perspectiva ha reforzado una visión de igualdad intragrupo y diferenciación entre grupos que ha contribuido a mantener la desigualdad jerárquica tradicional entre hombres y mujeres. Otros enfoques, influidos por la psicología cognitiva, lo han considerado un proceso psicológico, referido a los procesos cognitivos y afectivo-emocionales que intervienen en la construcción activa del género, dando lugar a teorías como la conocida de Bem¹⁸ sobre el género como un esquema cognitivo que interviene en el procesamiento de información. La psicología social, por su parte, destacó el aspecto de un sistema de clasificación social ya comentado anteriormente y que tiene especial relevancia a la hora de analizar la realidad sociocultural en áreas como el trabajo, el estatus social, el liderazgo, el poder o la propia estructuración social. En este ámbito destaca el análisis de estereotipos y roles de género, como fuente pública de su contenido subjetivo en tanto que cada individuo se conforma, en mayor o menor medida, a ellos (lo que Maccoby¹⁹ denominara «tipificación sexual»). Pero también la psicología evolutiva, ocupada del estudio del desarrollo psicológico desde el nacimiento hasta la vejez, ha aportado datos sobre la influencia del género y su desarrollo, en especial con rela-

¹⁵ R. UNGER, «Toward a Definition of Sex and Gender». *American Psychologist*, vol. 11 (1979), pp. 1.085-1.094.

¹⁶ K. DEAUX y L.L. LEWIS, «Components of Gender Stereotypes». *Psychological Documents*, vol. 46 (1983), pp. 991-1.004.

¹⁷ *Op. cit.*

¹⁸ S. BEM, «The Measurement of Psychological Androgyny». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, vol. 42 (1974), pp. 155-162.

¹⁹ E. MACOBY, *El desarrollo de las diferencias sexuales*. Madrid, Morata, 1972 (1ª ed. 1966).



ción a la construcción de la identidad de género; así como el modelo dinámico, al abordar el estudio de su contenido subjetivo desde su particular enfoque, aportando conceptos como el de identificación; o las teorías del aprendizaje social y el desarrollo cognitivo. Y, por último, no hay que olvidar los enfoques de carácter más psicobiológico, que al analizar el sexo desde el desarrollo ontogénico en adelante, ha contribuido a entender la relación entre el determinismo biológico y el género, especialmente en el análisis comportamental de las personas afectadas de síndromes sexuales, o del colectivo transexual, de especial interés en el estudio del desarrollo de la identidad de género y de los factores biológicos y socioculturales.

Pero si inicialmente la propuesta de género nació en un contexto eminentemente sociológico, motivado por los efectos restrictivos que los roles sociales han impuesto tradicionalmente a hombres y mujeres mediante un proceso rígido de asignación de los individuos a la masculinidad versus la feminidad, la Psicología es quien se encarga de otorgar un contenido individual de significados subjetivos atribuidos a la compleja realidad biofisiológica descrita por el sexo, completando de este modo el sentido del término género con un importante concepto, el de identidad. Todos nacemos con un sexo asignado, en concordancia con los genitales externos, y esa asignación implica automáticamente otra, la de género. Desde ese momento, el individuo recién llegado al mundo adquiere una marca masculina o femenina que, a medida que se desarrolle su capacidad cognitiva, irá construyendo ya no pasiva sino activamente²⁰, recibiendo los contenidos de los estereotipos de género y aprendiendo los roles correspondientes, a través de la influencia decisiva de los agentes socializadores, encargados de vigilar el normal desarrollo de la identidad de género. Los estereotipos se aprenden como parte del desarrollo de la persona en un determinado contexto sociocultural, a través de la interacción social, y se instauran en la identidad personal, siempre en respuesta a la presión que la sociedad ejerce para mantener dos grupos de seres humanos en ámbitos diferentes, contemplando a hombres y mujeres como poseedores de unas características propias. Más importante aún, cabe contemplar todo el proceso de socialización como un aprendizaje de lo que es lícito por ser hombre o mujer, entendiendo siempre que lo relegado a la mujer está menos valorado, en el espacio público, puesto que el sexo femenino está subordinado a su función reproductora, entendida como una exigencia ineludible incluso más allá de lo fisiológico²¹.

4. ¿CÓMO SE ENTIENDE EL GÉNERO DESDE LA PSICOLOGÍA?

Como hemos visto, la tradición psicológica hizo que el género se entendiera como una variable asociada a la manera de ser de hombres y mujeres, capaz de indu-

²⁰ M. JAYME, «La identidad de género». *Revista de Psicoterapia*, vol. 10, núm. 40 (2000), pp. 5-22.

²¹ M. JAYME y V. SAU, *Psicología diferencial del sexo y el género*. Barcelona, Icaria, 1996.



características estables y consistentes, rasgos de personalidad, definitorias del comportamiento respectivo, lo que los clásicos denominaran «masculinidad» y «feminidad», y que sirviera de base para establecer tipologías. Es lo que se considera la conceptualización del género como una variable sujeto: masculinidad y feminidad, entendidas como un conjunto de atributos subyacentes al género que define cada individuo, desde una visión innatista que refuerza las diferencias entre hombres y mujeres, homogeneizando las semejanzas de los miembros integrantes de cada macrogrupo. Durante la década de los años treinta se definió la dicotomía M-F como un continuo con dos polos opuestos, según el cual cada persona ocuparía una posición, lo que podría medirse evaluando el grado con que mostrara o se identificara con una serie de características y conductas específicas del género al que perteneciera. Se exigía ideológicamente una correspondencia exacta entre dimorfismo sexual e identidad de género. En esta época proliferaron muchas escalas de M-F, cuestionarios de respuesta cerrada que obligaban a optar por una de dos respuestas posibles. En realidad, lo que se reflejaba eran los estereotipos de género más clásicos, tales como la emocionalidad (las mujeres son más emocionales que los hombres, diferencia atribuible a sus características biofisiológicas, especialmente en lo relativo al funcionamiento hormonal); agresividad (el hombre es más agresivo), dominancia (el hombre es dominante, la mujer sumisa; y este rasgo tiene especial importancia en el análisis del liderazgo y sus consecuencias profesionales), dependencia (la mujer es dependiente, necesita el apoyo emocional de otros), actividad (la mujer es pasiva, en relación a su dependencia), o intereses y actitudes, área muy interesante porque a través de ellos se podían definir claramente las esferas independientes de la M-F y reforzar la división de un espacio público, masculino (evidenciado por preferir actividades que exijan esfuerzo físico, riesgo, racionalidad, creatividad, expansión...), respecto a un espacio privado, femenino (preferencias por actividades sedentarias, con carácter asistencial). La consecuencia de este enfoque psicológico es que se aceptó que el género implicaba unas diferencias temperamentales y, por tanto, difícilmente mutables.

Hasta prácticamente finales de la década de los sesenta, este modelo psicológico que entendía el género como fuente de rasgos de personalidad rígidos (conocido como «modelo clásico o de congruencia»), se mantuvo vigente. Pero los cambios sociales que se iban sucediendo, y la presión de las psicólogas feministas y otras teóricas que pusieron de manifiesto cómo los roles de género limitaban la vida de las personas²², obligaron a analizar el contenido más social del género en un intento por cambiar su hasta entonces aceptado determinismo. La Psicología Social fue especialmente importante en esta época, al analizar el concepto de grupo respecto al género y definir los estereotipos de género como aquellas creencias consensuadas sobre las diferentes características de hombres y mujeres que son consideradas normales en la

²² S. BEM, «Beyond Androgyny: Some Presumptuous Prescriptions for a Liberated Gender Identity», en D.J. SHERMAN y F.L. DENMARK (eds.), *The Psychology of Women: Future Directions in Research*, Nueva York, Psychological Dimensions, 1978.



sociedad²³. Deaux y Lewis²⁴ señalaron cuatro grandes áreas de estereotipos: rasgos de personalidad, roles, profesiones y apariencia física, que determinan distintos roles de género y apoyan una división desigual del espacio público. Así, el estudio de los roles de género es igualmente importante; la historia se había encargado de que el orden social de cada momento prescribiera unas conductas propias y adecuadas para cada individuo, que Parsons describió en la familia a través de los conceptos de «rol instrumental» (orientación masculina hacia el éxito y el logro) y «rol expresivo» (orientación femenina hacia las relaciones sociales a través de la afectividad y la emoción)²⁵. Estas y otras reflexiones promovieron la aparición de otro modelo de masculinidad-feminidad, el conocido como androginia, del que fuera principal artífice Sandra Bem, al publicar en 1974 un artículo titulado «La medida de la androginia psicológica»²⁶, que aportó una nueva forma de entender el constructo, al conceptualizarlo como una realidad bidimensional (masculinidad y feminidad como rasgos presentes en un mismo individuo con independencia de su sexo/género) y ortogonalidad (entendidas como dimensiones independientes). El nuevo modelo iba más allá de la mera categorización de las personas según su grado de tipificación sexual, y proponía la conveniencia de una sociedad en que no existieran las diferencias basadas en el género, substituyéndose por un tipo de personas andróginas, capaces de identificarse con los rasgos definidos en la masculinidad-feminidad clásica sin distinguirlos por su marca de género. Así, el andrógino es el individuo más flexible conductualmente y, también, más adaptado psicológicamente, al contrario que el tipificado sexualmente, capaz de identificarse únicamente con los contenidos preestablecidos para el género al que pertenece. Bem desarrolló un instrumento de medición nuevo, el Inventario de Roles Sexuales (BSRI)²⁷, basado en estas premisas, y que ha servido de modelo para otros cuestionarios de androginia que, hasta la actualidad, han ido diseñándose siguiendo sus presupuestos, con el objeto de medir, en una misma persona, su masculinidad y feminidad. No obstante, este modelo ha sido también objeto de críticas y no ha colmado las expectativas que, en su momento, generara.

5. PANORAMA ACTUAL DE LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS DEL GÉNERO

El estudio psicológico del género se ha articulado, desde los años setenta, a partir de las revisiones de estudios, instrumento básico de la investigación y que

²³ P.S. ROSENKRATZ, R.S. VOGEL *et al.*, «Sex-role Stereotypes and Self-concepts in College Students». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, vol. 32 (1968), pp. 187-195.

²⁴ *Op. cit.*

²⁵ T. PARSONS, «Age and Sex Roles in the Social Structure of the United States». *American Social Review*, vol. 7 (1958), pp. 604-616.

²⁶ *Op. cit.*

²⁷ *Op. cit.*

tiene su referente clásico en el trabajo de Maccoby y Jacklin²⁸, primero en sistematizar los datos acumulados desde principios del siglo XX y en proponer conclusiones generales en lo que respecta a las grandes áreas de estudio del género: personalidad e inteligencia, lo que supuso el fin, aún hoy no totalmente aceptado, de multitud de estereotipos y creencias carentes de fundamento científico. Pero no es hasta la década de los ochenta, con la aplicación de las técnicas meta-analíticas, cuando comienza a evaluarse la magnitud de las diferencias entre hombres y mujeres, su significación social (o repercusión real) en oposición a la significación estadística. Se suceden en primer lugar revisiones de estudios sobre capacidades cognitivas: verbal, matemática y espacial, principalmente²⁹. A través de estos trabajos, se confirma que en inteligencia hombres y mujeres no son tan diferentes como se pensaba, y que las mayores y más consistentes diferencias se centran en el área de la capacidad espacial y, concretamente, en el de la rotación mental. En esta área la experiencia durante el proceso de socialización es esencial para un buen rendimiento adulto, siendo el género un factor importante pues había inducido en las actividades lúdicas a la preparación académica una diferencia clara entre niños y niñas.

En segundo lugar, se realizaron revisiones de estudios sobre personalidad, área en la que el género también ha marcado una importante oposición a través de los constructos de masculinidad-feminidad. Si inicialmente Maccoby y Jacklin³⁰ habían constatado con su revisión mayor agresividad y dominancia masculina y mayor ansiedad femenina, los meta-análisis realizados posteriormente confirmaron estos datos, pero revelando una magnitud menor de la otorgada³¹ (ej., Eagly y Steffen, 1986; Hyde, 1985; Hall, 1984; Feingold, 1994) y, en consecuencia, una repercusión social inferior a la que la definición de género ha estado atribuyendo histórica-

²⁸ E. MACCOBY y C.L. JACKLIN, *The Psychology of Sex Differences*. Stanford, Stanford University Press, 1974.

²⁹ Véanse al respecto: J.S. HYDE, «How Large Are Cognitive Gender Differences? A Meta-analysis Using w2 and d». *American Psychologist*, vol. 36 (1990), pp. 892-901; J.S. HYDE, E. FENNEMA y S.J. LAMON, «Gender Differences in Mathematics Performance: A Meta-analysis». *Psychological Bulletin*, vol. 107 (1990), pp. 139-155; J.S. HYDE y M.E. LINN «Gender Differences in Verbal Ability: A Meta-analysis». *Psychological Bulletin*, vol. 104 (1988), pp. 53-69; M.E. LINN y A.C. PETERSEN, «Emergence and Characterization of Sex Differences in Spatial Ability: A Meta-analysis». *Child Development*, vol. 56 (1985), pp. 1.479-1.498; D. VOYER, S. VOYER y M.P. BRYDEN «Magnitude of Sex Differences in Spatial Abilities: A Meta-analysis and Consideration of Critical Variables». *Psychological Bulletin*, vol. 117 (1995), pp. 250-270.

³⁰ *Op. cit.*

³¹ Véanse al respecto: A. EAGLY y R. STEFFEN, «Gender and Aggressive Behaviour: A Meta-analytic Review of the Social Psychological Literature». *Psychological Bulletin*, vol. 100, núm. 3 (1986), pp. 309-330; A.C. HYDE, «Productivity Management for Public Sector Organizations». *Public Personnel Management*, vol. 14, núm. 4 (1985), pp. 319-332; J.A. HALL, «On Explaining Gender Differences: The Case of Nonverbal Communication», en P. SHAVER y C. HENDRICK (eds.), *Sex and Gender*, Newbury Park, Sage, 1987, pp. 177-200; A. FEINGOLD, «Gender Differences in Personality: A Meta-analytic Review of the Social Psychological Literature». *Psychological Bulletin*, vol. 100, núm. 3 (1986), pp. 309-330.

mente, en especial a cuestiones de autoestima o asertividad. Por otra parte, y entendiendo el género como una variable estímulo, se tratan temas de relevancia social como es el trabajo (promovido no por la incorporación de la mujer al mercado laboral, sino porque al haber alcanzado un nivel educativo superior opta ahora por puestos que, hasta hace poco, le estaban vetados precisamente por su falta de formación), las relaciones de poder que se establecen en la interacción social a cualquier nivel, las actitudes hacia el género y los roles de género...

Por último, la posibilidad de entender las diferencias cognitivas entre hombres y mujeres se orienta al estudio de los procesos cognitivos (evaluación de estímulos *versus* respuestas), la rapidez y precisión de respuesta (tiempo de reacción) o las estrategias aplicadas por los sujetos al realizar diferentes tareas. No se trata tanto de distinguir hombres y mujeres respecto a determinadas capacidades cognitivas o rasgos de personalidad, sino de diferenciarlos en función de cómo procesan la información, respecto a los procesos integrantes (atención, memoria...), las operaciones efectuadas y los resultados obtenidos. Se entiende que hombres y mujeres participan de las mismas estructuras básicas de los sistemas de cognición y motivación, proviniendo las diferencias del propio funcionamiento de tales sistemas, de la aplicación de los distintos elementos implicados en ellos e interpretados desde diferentes modelos teóricos. Esta perspectiva, por tanto, aleja el género de las concepciones tipológicas tradicionales de masculinidad y feminidad, y lo aproxima a un enfoque cognitivo no exento de la influencia sociocultural, puesto que se ha constatado que las estrategias de respuesta (modo o estilo en que se organiza la información para dar una respuesta) se aprenden durante toda la etapa de desarrollo, y que es especialmente en la escuela, uno de los mayores agentes de socialización de género, donde se introduce sutilmente una diferenciación entre niños y niñas que les orienta a adquirir estrategias diferenciales.

Consecuentemente, muchos son los modelos teóricos que han afrontado las causas y efectos del género, desde diferentes perspectivas, determinando así el contenido de la Psicología del Género, y poniendo de manifiesto las limitaciones y sesgos metodológicos que han caracterizado su estudio desde hace décadas. La disciplina pone el acento en entender cómo se consolida y evoluciona la idea de género en los individuos, y en revelar las influencias tanto biológicas como socioculturales capaces de determinar su estructuración. La actualidad, en definitiva, responde a una sociedad en plena transformación, que mantiene vigente el género como un instrumento de diferenciación entre hombres y mujeres, pero que va variando sus contenidos en función de las necesidades sociales, inexorablemente dirigidas por el desarrollo tecnológico, la mejora de las condiciones de vida en el mundo occidental, y la cada vez mayor integración de la mujer al espacio público, lo que ha promovido, por una parte, la disminución de algunas de esas diferencias consolidadas históricamente pero, por otra, la aparición de otras que afectan directamente a las identidades tradicionales de la masculinidad y feminidad. Hombres y mujeres, hoy, buscan un nuevo modelo con el que identificarse y que responda a la realidad social de un mundo para el que el género sigue siendo un modo necesario de ordenar la existencia, pero cuyas fronteras se están desdibujando y confundiendo, convirtiéndose en una cuestión de poder entre hombres y mujeres. Temas



de análisis tan preocupantes como la violencia contra la mujer revelan que los cambios, siendo ciertos, no son tan sencillos como la evolución social pudiera sugerir.



GÉNERO, CLASE Y RAZA EN LA ECONOMÍA FEMINISTA

Rafael Domínguez Martín
Universidad de Cantabria

RESUMEN

Este artículo es un repaso histórico de los conceptos de «género», «clase» y «raza» en su utilización por la recientemente institucionalizada economía feminista. Después de trazar los orígenes y propósitos de esta nueva corriente de la ciencia económica, se analizan los posibles entrelazamientos y jerarquizaciones entre género, clase y raza, a partir de la vasta literatura generada por la economía feminista en los últimos años, principalmente en Estados Unidos. El balance del estado de la cuestión supone una llamada a romper con la idea heredada de la teoría del patriarcado de que las mujeres son una especie de clase explotada, para integrar el análisis fragmentario del género en un esquema más amplio de interpretación de la realidad, basado en las estructuras de constreñimiento.

PALABRAS CLAVE: género, clase, raza, patriarcado, economía feminista, posmodernismo filosófico.

ABSTRACT

This is a historical review of the concepts of gender, class, and race employed in recently institutionalised feminist economics. After tracing the origins and objectives of this new branch in economics, we analyse the interlinks and hierarchies between gender, class and race, based on the wide literature concerning feminist economics appearing mainly in the United States in recent years. Weighing the results encourages a calling into question of the inherited idea of patriarchy, namely, that women are an exploited class, in order to integrate the fragmentary analysis of gender into a wider interpretation of reality based on structures of constraint.

KEY WORDS: gender, class, race, patriarchy, feminist economics, philosophical postmodernism.

En este artículo¹ me propongo hacer un repaso histórico de los conceptos de «género», «clase» y «raza» tal y como los ha utilizado la recientemente institucionalizada economía feminista. Después de trazar los orígenes y propósitos de esta nueva corriente de la ciencia económica, analizaré los posibles entrelazamientos y jerarquizaciones entre género, clase y raza, a partir de la vasta literatura generada por la economía feminista en los últimos años, principalmente en Estados Unidos.



El mensaje que se deduce del estado actual de nuestros conocimientos es una llamada a la «unidad a través de la diversidad»² coincidente con las propuestas en favor de un feminismo global procedentes de la filosofía y la ética feminista³. Es decir, se trataría de romper con la idea heredada de la teoría del patriarcado de que las mujeres son una especie de clase explotada, para integrar el análisis fragmentario del género en un esquema más amplio de interpretación de la realidad. Una realidad en la que las desigualdades entre hombres y mujeres no pueden seguir ocultando las desigualdades entre mujeres de distintas clases sociales, orígenes raciales y geográficos, y orientaciones sexuales, en el mundo cada vez más multicultural y globalizado en que vivimos.

La institucionalización de la economía feminista es un hecho reciente. Sus antecedentes proceden del *women's caucus* que se formó dentro de la *Union of Radical Political Economy*, la asociación norteamericana de economistas heterodoxos, en 1971. Dos años después, se creó dentro de la *American Economics Association* un Comité sobre el Estatus de las Mujeres en la Profesión de Economista (CSWEP) para impulsar, por medio de la acción afirmativa, la incorporación de la mujer a la academia económica. A pesar de la labor del Comité en favor de la integración de las mujeres, la economía fue la única de las ciencias sociales en la que no se organizó un *caucus* feminista separado durante los años setenta y, por tanto, se perdieron casi dos décadas hasta que la insatisfacción con la labor del CSWEP llevó a la constitución, en 1992, de la *International Association for Feminist Economics*. Actualmente la IAFFE agrupa a unos 600 miembros (hombres y mujeres) de 40 países y publica desde 1995 su propia revista, *Feminist Economics*⁴.

La economía feminista nació con una vocación instrumental: repensar la disciplina de la economía con el fin de mejorar la condición económica de las mujeres. Como resultado de ese replanteamiento, la economía feminista ha producido en los últimos años un importante valor añadido, concretado en la mejora de la teoría y de la política económica, a través de la crítica de la ideología sexista oculta en la doctrina económica recibida⁵. En este sentido, la economía feminista no es una economía ginocéntrica, una disciplina practicada únicamente por mujeres, ni una economía femenina, es decir, una economía que aporta una determinada sensi-

¹ Este artículo es una versión revisada de mi intervención en el VII Seminario del Aula de la Mujer, celebrado en Las Palmas de Gran Canaria, en marzo de 2001. Agradezco a Rosa Pérez del Molino su amable invitación, gracias a la cual me sometí a la dura disciplina de la escritura.

² D. BROWN, «Capitalism», en J. PETERSON y M. LEWIS (eds.), *The Elgar Companion to Feminist Economics*, Cheltenham, 2000, p. 38. En adelante citaré por *ECFE*.

³ M.J. GUERRA, «Género: debates feministas en torno a una categoría». *Arenal: Revista de historia de las mujeres*, vol. 7, núm. 1 (2000), p. 229.

⁴ J. SHACKELFORD, «International Association for Feminist Economics (IAFFE)», en *ECFE*, pp. 486-489; y R.L. BARTLETT, «Committee on the Status of Women in the Economics Profession (CSWEP)», en *ECFE*, pp. 64-70.

⁵ M.H. STROBER, «Rethinking Economics Through a Feminist Lens». *American Economic Review*, vol. 84, núm. 2 (1994), pp. 143-144.

bilidad a las técnicas y modelos de la disciplina. La economía feminista arguye que la corriente principal, la teoría económica ortodoxa que se enseña en la mayoría de las facultades de económicas del mundo, en la medida en que proyecta un ideal distorsionado de masculinidad en sus modelos, métodos, tópicos y pedagogía, es empobrecedora para el desarrollo de la ciencia económica. La economía feminista se propone, pues, ampliar (en la versión del feminismo liberal) o subvertir (en la versión marxista o posmoderna) la corriente principal de la economía desde la perspectiva del género para hacer de la economía una ciencia más potente desde el punto de vista teórico y de su aplicación práctica⁶. Veamos, pues, en qué consiste dicha perspectiva, analizando en primer lugar el concepto de «género».

1. EL GÉNERO COMO MADRE DE TODOS LOS DUALISMOS

La revolución del género, que afectó a las ciencias sociales a fines de los sesenta y en la década de los setenta, formó parte del proceso de fragmentación del conocimiento paralelo a la crisis de las grandes narrativas y de la filosofía de la ciencia en esos años. La difusión del término «género» se encontró con diversos problemas, uno de los cuales es que en muchos idiomas cultos (español, francés, italiano o alemán) suponía una transposición de un concepto gramatical a otro sociocultural de carácter más amplio, lo que no ocurre en inglés, que es donde más profundamente logró arraigar. En cualquier caso, la categoría género se difundió con fuerza como alternativa a la categoría sexo, que la biología había puesto en circulación desde el siglo XIX para dar crédito científico a la vieja creencia de que los hombres carecen de género (es decir, constituyen un universal), mientras que las mujeres son palabras de Simone de Beauvoir, «el segundo sexo», o más precisamente el sexo por antonomasia. En este sentido, la biología sirvió históricamente para justificar la desigualdad social y política entre hombres y mujeres y para defender el juicio de valor de que la igualdad debería ser otorgada sólo a los físicamente iguales. Ello permitió excluir de las ciencias sociales a las mujeres y, también, a los grupos étnicos no blancos, negándoles no sólo el derecho a ser iguales, sino el derecho a ser diferentes: el género y la raza quedaron fuera de las ciencias sociales y no es de extrañar que el marxismo (dada la utilización por Marx del libro de Darwin como canon científico) contribuyera decisivamente a ese programa con su énfasis monotématico en la clase social⁷.

⁶ J. NELSON, «Feminism and Economics». *Journal of Economic Perspectives*, vol. 9, núm. 2 (1995), pp. 134-146; J. Shackelford, «Feminist Pedagogy: A Means for Bringing Critical Thinking and Creativity to the Economics Classroom». *American Economic Review*, vol. 82, núm. 2 (1992), pp. 575-576; R.L. BARTLETT, «Attracting 'Otherwise Bright Students' to Economics 101». *American Economic Review*, vol. 85, núm. 2 (1995), pp. 364-365; y J. SEIZ, «Feminism», en *ECFE*, pp. 350-356.

⁷ J. SCOTT, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis». *American Economic Review*, vol. 91, núm. 5 (1986), p. 1054; G. BOCK, «La historia de las mujeres y la historia del género:





La distinción entre género y sexo resultó así central en el feminismo contemporáneo. Desde el llamado feminismo de la igualdad (defendido por feministas liberales y socialistas) se asumió la separación analítica sexo/género, considerando el sexo (macho/hembra) como variable independiente, es decir, determinada de manera exógena por factores hormonales y genéticos, mientras que el género (masculino, femenino o neutro) se pensó como una construcción cultural que funcionaba a la manera de una variable de rango medio: dependiente de los factores que inciden en los estereotipos, modelos y espacios de género; e independiente cuando se estudia el modo en que esos estereotipos, modelos y espacios afectan a los comportamientos sociales de los individuos. En cambio, desde el feminismo de la diferencia (asumido por las feministas posmodernas) se consideró que tanto el género como el sexo son construcciones culturales, por lo que distinguir analíticamente ambos conceptos era seguir una estrategia destinada a masculinizar a las mujeres, convirtiéndolas en seres andróginos disociados de su propio cuerpo. De hecho, el término «género» empezó a usarse en la década de 1960 sin una perspectiva crítica del sexismo, sino como una secuela de esta ideología de la supremacía masculina. En concreto, el psicólogo Robert Stoller empleó el concepto «género» para designar el malestar de ciertos individuos por vivir en un cuerpo equivocado: individuos sexualmente machos se sentían y comportaban como mujer y otros sexualmente hembras se sentían y comportaban como hombres. Este «sentirse y comportarse como» lo denominó género y atribuyó el malestar de estos pacientes a la falta de correspondencia entre sexo y género, recomendando en algunos casos que el sujeto cambiara de sexo para hacer efectiva esa correspondencia⁸.

La definición canónica de género en las ciencias sociales llegó en la década de los ochenta de la mano de la historiadora Joan Scott. Según ella, el género era un «modo de significar las relaciones de poder», que con el uso del concepto quedarían supuestamente en evidencia, en un ejemplo típicamente posmoderno de cómo el lenguaje crea la realidad y, por tanto, puede desestructurarse para transformarla. Pero el género también resultaba ser un «elemento constitutivo de las relaciones sociales», que incluye una serie de conceptos normativos e interpretativos del significado de los símbolos culturalmente disponibles, conceptos que suelen adoptar la forma de opo-

aspectos de un debate internacional». *Historia social*, vol. 9 (1991), pp. 59-65; y M.J. GUERRA, *op. cit.*, pp. 208-210.

⁸ F.D. BLAU, «Gender», en J. EATWELL, M. MILGATE y P. NEWMAN (eds.), *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, Londres, Cambridge University Press, 1987, vol. II, p. 492; M.J. IZQUIERDO, «¿Son las mujeres objeto de estudio para las ciencias sociales?». «*Papers*»: *Revista de Sociología*, vol. 30 (1988), pp. 60-64; V. BEECHY, «Género y trabajo: Replanteamiento de la definición de trabajo», en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *La mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales*, Madrid, FUEM, 1990, pp. 441, 446; G. BOCK, *op. cit.*, p. 67; J. NELSON, «Gender, Metaphor and the Definition of Economics». *Economics and Philosophy*, vol. 8 (1992), p. 105, y «Value-Free or Values? Notes on the Pursuit of Detachment in Economics». *History of Political Economy*, vol. 25, núm. 1 (1993), p. 122; y G.J. HEWITSON, *Feminist Economics. Interrogating the Masculinity of Rational Economic Man*. Cheltenham, Edgar Edward Elgar, 1999, p. 9.

siciones binarias típicas del discurso religioso, filosófico y científico, y que generalmente son el resultado de un amplio consenso⁹. A partir de estas oposiciones binarias, la economista feminista Julie Nelson propuso en los noventa una desestructuración reivindicativa del término «género» como auténtica «Madre de todos los dualismos»¹⁰. Para Nelson, el término «género» escondería una metáfora muerta de dualismo jerárquico (en realidad se trata de una analogía), utilizada históricamente dentro de las ciencias sociales para atribuir a la economía los valores masculinos, frente a las otras disciplinas que compartirían valores femeninos. Estos valores se produjeron culturalmente ayudando a reproducir la división entre ciencias y humanidades desde el siglo XVII (y entre ciencias naturales y ciencias sociales desde el siglo XIX) hasta la crisis de las metodologías prescriptivas de la ciencia en la década de 1960.

En el siglo XVII se produjo un cambio en la percepción de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza que asumió el dualismo jerárquico medieval localizador de la facultad racional, la creatividad, el control y lo bueno en la parte superior del cuerpo, mientras que la facultad concupiscente, la receptividad, la sujeción y lo malo se situaban en la parte inferior¹¹. La analogía que expresó ese cambio fue «la naturaleza es a lo femenino como la ciencia es a lo masculino» y el carácter jerárquico de la misma consistía en que lo ausente, lo femenino, era construido como un objeto pasivo, conectado e inferior, y lo presente, lo masculino, como un sujeto activo, separado y superior¹². En el siglo XVIII, la medicina, la ciencia natural, la ciencia política y la filosofía moral, de la que formaba parte la economía política, convergieron en la construcción de ese dualismo jerárquico, con el fin de devaluar sistemáticamente a las mujeres o lo que metafóricamente se entendía como femenino, con: a) lo racional y lo emocional como términos últimos de las metáforas filosófico-morales; b) lo público y lo privado como términos últimos de las metáforas políticas; c) lo mercantil y lo familiar como términos últimos de las metáforas económicas, y d) la mente y el cuerpo como términos últimos de las metáforas biomédicas. De todas estas metáforas filosófico-morales, políticas, económicas y biomédicas lo masculino y lo femenino eran los sujetos respectivos¹³.

⁹ J. SCOTT, *op. cit.*, pp. 1.056-1.069.

¹⁰ D.N. MCCLOSKEY, «Some Consequences of a Conjective Economics», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics*, Chicago, Chicago University Press, 1993, p. 75.

¹¹ D. JACQUART y C. THOMASSET, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*. Barcelona, Labor, 1989, p. 3; G.J. HEWITSON, *op. cit.*, p. 88.

¹² J. NELSON, «Gender...», pp. 106, 108, «Value-Free...», pp. 126-127, y «Feminism and Economics», pp. 133-135; M. FERBER y J. NELSON, «Introduction: The Social Construction of Economics and the Social Construction of Gender», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, p. 10; J. SEIZ, «Feminism and the History of Economic Thought», *History of Political Economy*, vol. 25, núm. 1 (1993), p. 185.

¹³ J. SCOTT, «French Feminists and the Rights of 'Man': Olympe de Gouges's Declarations», *History Workshop Journal*, vol. 28, 1989, p. 4; J. NELSON, «The Study of Choice or the Study of Provisioning? Gender and the Definition of Economics», y A.N. JENNINGS, «Public or Private?



Luego, en los siglos XIX y XX, la ciencia moderna se construyó para conformar una determinada imagen de la masculinidad, en la que se asociaba por similitud lo científico con una serie de características que servían para infravalorar lo humanístico, términos últimos de las metáforas asimétricas en las que los sujetos eran respectivamente lo masculino y lo femenino¹⁴. Las ciencias sociales, que se autonominaron durante este mismo período, fueron asociadas a los valores femeninos como ciencias blandas, frente a las ciencias duras de la física y las matemáticas. Según Nelson, esto «presentaba un problema para aquellos economistas que, quizá para mantener una clara imagen de su propio género, necesitaban ver su trabajo como consistentemente masculino»¹⁵.

CLASIFICACIÓN JERÁRQUICA DEL GÉNERO EN LOS DISCURSOS DE FINES DEL XVIII¹⁶

TÉRMINOS DE LA METÁFORA

racional (+)	emocional (-)
egoísmo	simpatía
universal	particular
público (+)	privado (-)
libertad	obligación
individual	social
mercantil (+)	familiar (-)
independencia	dependencia
productivo	improductivo
trabajo	crianza
mente (+)	cuerpo (-)
pensamiento	sexo
hombre	naturaleza
histórico	natural

SUJETOS DE LA METÁFORA

masculino (+)	femenino (-)
---------------	--------------

Institutional Economics and Feminism», ambos en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, pp. 33, 116, 120-121; SUTHERLAND, «Adam Smith's Master Narrative: Women and the *Wealth of Nations*», en S. COPLEY y K. SUTHERLAND (eds.), *Adam Smith's Wealth of Nations: New Interdisciplinary Essays*, Manchester, Manchester University Press, 1995, p. 112; y M. PUJOL, *Feminism and Anti-feminism in Early Economics Thought*. Cheltenham, Edward Elgar, 1998, pp. 18, 22-23.

¹⁴ J. NELSON, «Gender...», pp. 111-115, «Value-Free...», p. 122 y «Feminism...», p. 133; D.N. McCLOSKEY, *La retórica de la economía*. Madrid, Alianza, 1990, p. 69, y «Some Consequences...», p. 75.

¹⁵ J. NELSON, «Gender...», pp. 108-109.

¹⁶ Se entiende por «sujeto» de una metáfora, el «polo de la analogía que se toma como punto de partida y del que por tanto se extrae información»; el «término» de la metáfora es «aquel

CLASIFICACIÓN DUALISTA JERÁRQUICA DEL CONOCIMIENTO
EN LA METODOLOGÍA PRESCRIPTIVA DE LA CIENCIA

TÉRMINOS DE LA METÁFORA

científico (+)	humanístico (-)
lógica	metáfora
cuantitativo	cualitativo
riguroso	intuitivo
preciso	vago
abstracto	concreto
hechos	valores
verdad	opinión
objetivo	subjetivo
imparcial	comprometido
duro	blando

SUJETOS DE LA METÁFORA

masculino (+)	femenino (-)
---------------	--------------

La economía también quiso convertirse en una ciencia dura que pudiera dominar a las ciencias sociales blandas. Y para ello se sirvió de una metáfora principal de carácter androcéntrico: el mercado como lugar ideal del intercambio. Esta metáfora es androcéntrica porque los agentes que actúan en el mercado se identifican con el individuo egoísta masculino, el hombre económico racional, un sujeto nacido completamente formado, con preferencias abstractas (deseos) plenamente desarrolladas, totalmente activo e independiente, y sobre el cual el entorno no influye. Es el *homo economicus*, el personaje central de una novela en la que el protagonis-

otro polo sobre el que recae el desplazamiento metafórico». La metáfora funciona así «como un mecanismo cognitivo que traslada al término el saber adquirido sobre el sujeto, prestando a aquél perfiles y contenidos que propiamente pertenecen a éste». Véase LIZCANO, «La metáfora como analizador social». *Empiria: Revista de metodología de las ciencias sociales*, vol. 2 (1999), p. 35. En consecuencia, las clasificaciones dualistas del género y del conocimiento representan sendas analogías en donde las proporciones son los cocientes entre cada término y su sujeto, que quedarían igualados matemáticamente para cada uno de los dos lados de la tabla. Por ejemplo, racional/masculino = emocional/femenino; es decir, lo racional es al género masculino como lo emocional es al género femenino. Los supuestos para que funcione dicha analogía es que debe haber alguna semejanza entre los sujetos y sus términos; éstos deben ser parte de aquéllos; y que el término género implique una consideración positiva para lo masculino y negativa para lo femenino, o si se quiere, un valor constante proporcionalmente mayor para lo masculino que para lo femenino.





ta, Robinson Crusoe, vive en completo aislamiento¹⁷, un «yo separado» (*separative-self*) como lo ha denominado Paula England. Ahora bien, todo este andamiaje teórico se sostiene sobre el supuesto implícito de que en la familia los individuos, y en particular los hombres, son altruistas: lo que se niega para su comportamiento en el mercado, se afirma para su comportamiento en la esfera separada de la familia¹⁸.

Esta dualidad de comportamientos (egoísmo en el mercado, altruismo en la familia), que convertía al hombre económico en un personaje verdaderamente esquizofrénico, se construyó en la tradición del individualismo posesivo y las teorías del contrato social del siglo XVII¹⁹. Pero, como he intentado demostrar en otra parte, esa dualidad entre las esferas de lo público y lo privado no se pudo levantar sin la analogía previa, lo racional es al hombre como lo concupiscente es a la mujer, que se remonta a las mitologías fundacionales del pensamiento occidental y llega con plena vigencia al siglo XVI. Dicha analogía, basada en una metáfora jerárquica del cuerpo, fue la que permitió, después de la revolución científica, arrinconar el cuerpo femenino en la naturaleza, excluir a las mujeres de la sociedad civil y dejar fuera del discurso de la economía política al trabajo doméstico y a la familia²⁰.

La economía feminista empezó a denunciar esta exclusión y puso en tela de juicio los supuestos sexistas acerca de las mujeres que la ciencia económica, desde la época de Adam Smith, había mantenido incólumes: que las mujeres están casadas y tienen hijos o su destino es ése; que las mujeres son o deberían ser dependientes de un familiar masculino; que las mujeres son improductivas como fuerza de trabajo; y que las mujeres son irracionales y no pueden tomar decisiones económicas²¹. A pesar de la resistencia de la economía a tratar las cuestiones de género, la economía feminista alcanzó un notable desarrollo teórico, como no podía ser de otra manera en un mundo en el que se estaba produciendo una acelerada feminización de la fuerza de trabajo desde la década de 1950, que continuó a partir de la crisis económica de los setenta bajo fórmulas de feminización de la pobreza. Cuestiones antes

¹⁷ J. NELSON, «Gender...», pp. 115-116, 120, y «The Study...», pp. 29, 33; D. STRASSMANN, «Feminist Thought and Economics; Or, What Do the Visigoths Know?», *American Economic Review*, vol. 84, núm. 2 (1994), p. 153; G.J. HEWITSON, *op. cit.*, pp. 4, 69, 71.

¹⁸ P. ENGLAND, «The Separative Self: Androcentric Bias in Neoclassical Economics», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, pp. 41, 47-49; N. FOLBRE y H. HARTMANN, «The Rhetoric of Self-Interest: Ideology and Gender in Economic Theory», en A. KLAMER, D.N. MCCLOSKEY y R.M. SOLOW (eds.), *The Consequences of Economic Rhetoric*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 185, 188, 190-192; G.J. HEWITSON, *op. cit.*, pp. 73-75.

¹⁹ C. PATEMAN, *The Sexual Contract*. Cambridge, Polity Press, 1988, pp. 1-3, 110-113, 168-171; P. ENGLAND, *op. cit.*, p. 40; A.N. JENNINGS, *op. cit.*, pp. 117-118, 120; R. DOMÍNGUEZ, «Teorías de la división del trabajo y enfoque del género», *Arenal: Revista de historia de las mujeres*, vol. 7, núm. 1 (2000), pp. 182-183.

²⁰ R. DOMÍNGUEZ, «¿Por qué la economía es una ciencia tan misógina? Una relectura de los clásicos desde la economía feminista», *Política y Sociedad*, vol. 36 (2001).

²¹ M. PUJOL, «Into the margin!», en E. KUIPER y J. SAP (eds.), *Out of the Margin: Feminist Perspectives in Economics*, Londres, Routledge, 1995, p. 18.

no abordadas, como la segregación ocupacional, la discriminación en el empleo, el diferencial salarial, la revisión de los microfundamentos del comportamiento, la definición de los conceptos de egoísmo, familia o trabajo, empezaron a tratarse gracias a la labor de estas economistas en campos como la economía laboral, la economía de la educación, la historia del pensamiento económico o la metodología y la didáctica de la economía²².

2. LAS MUJERES COMO CLASE EN EL FEMINISMO NEOMARXISTA

En ese contexto, las primeras economistas feministas intentaron desde el feminismo socialista acomodar el concepto de «género» a la teoría del materialismo histórico de Marx. Así, bajo la fórmula «relaciones de género» se equiparó la categoría género, como elemento constitutivo de las relaciones sociales, a las relaciones sociales de producción del materialismo histórico, que para los estructuralistas (la corriente filosófica dominante en la década de 1970) eran la esencia del modo de producción. En el campo de la economía feminista se plantearon dos opciones. Por un lado, las feministas marxistas consideraban que las relaciones de género (aunque parte de estas autoras preferían referirse al concepto marxista ortodoxo de «división sexual del trabajo») se podían insertar en el esquema original de Marx dominado por los intereses de clase: la mano de obra femenina era un auténtico «ejército de reserva», de manera que la desigualdad de género resultaba un producto de la dinámica del capitalismo, único beneficiario del trabajo doméstico, no productivo aunque socialmente necesario, protagonizado por las mujeres. La segunda fue la de las feministas neomarxistas, para quienes las relaciones de género quintaesenciaban un modo de producción separado (el patriarcado, el modo de producción doméstico) cuyos beneficiarios y, por tanto, enemigos principales, eran los cabezas de familia que se apropiaban del trabajo doméstico de las mujeres²³.

El debate entre las feministas marxistas y las neomarxistas sobre el trabajo doméstico tiene sus precedentes en una serie de estudios de psicología social desarrollados en Estados Unidos que, ya en la década de 1950, mostraban los problemas de inadaptación y estrés de las amas de casa, debido al aislamiento, la falta de conexión social y de estímulos personales y la dependencia económica, en definitiva, a la alienación que producía el trabajo doméstico. Estos estudios empezaron a cuestionar las políticas de «vuelta al hogar» tras el importante papel desempeñado por las mujeres como trabajadoras industriales durante la II Guerra Mundial. A principios de los sesenta, a medida que crecía la participación laboral de las mujeres casadas en los países desarrollados, diversas investigaciones mostraron que los niveles de estrés de las amas de casa eran superiores a los de las trabajadoras asalariadas. La publica-

²² D. STRASSMANN, «Feminist Economics», en *ECFE*, pp. 360-373.

²³ J. SEIZ, «Feminism», pp. 350-351.



ción en 1963 del libro de Betty Friedan, *La mística de la feminidad*, y la Ley de Derechos Civiles norteamericana de 1964 supusieron entonces una revitalización del movimiento feminista liberal centrado en la igualdad de derechos y de oportunidades para las mujeres. Esta segunda oleada del feminismo liberal, igual que la primera (la que reivindicó el derecho de propiedad y de sufragio para las mujeres a fines del siglo XIX) no cuestionaba las estructuras básicas de la economía capitalista, que —según el feminismo socialista— estaban en la base material de la subordinación de las mujeres. Así, desde el feminismo socialista se puso en tela de juicio la familia como la estructura que más inmediatamente facilitaba la opresión de las mujeres, lo que llevó a una teorización acerca de la función económica del trabajo doméstico²⁴.

En 1970, Christine Delphy («El enemigo principal») criticó abiertamente el carácter secundario atribuido por el marxismo ortodoxo a la opresión de la mujer. Según esta autora, el trabajo doméstico se consideraba como carente de valor de cambio por la única razón que el ama de casa no cobraba un salario, mientras que el tipo de producción que efectuaba estando socializada sí tenía valoración monetaria. En consecuencia, las mujeres casadas, que realizan gratuitamente tareas domésticas, estaban explotadas por sus maridos, principales beneficiarios de esa situación. El trabajo doméstico constituía, así, un modo de producción específico, en el que los hombres, a través del contrato matrimonial, explotaban la fuerza de trabajo de sus mujeres a cambio exclusivamente de proveer su subsistencia. El contrato matrimonial despojaba a las mujeres del derecho a «controlar su propia fuerza de trabajo», puesto que no eran libres de venderla y lo que hacían con ella y con sus productos quedaba subordinado a la voluntad de sus maridos, auténtica clase de explotadores. En el caso de que las mujeres estuvieran incorporadas al trabajo asalariado, seguían desempeñando el trabajo doméstico sin recibir nada a cambio, ya que ganaban directamente su subsistencia en el sector asalariado: estaban, pues, doblemente explotadas. Esta posición contractual compartida constituiría el fundamento de la condición de clase común de las mujeres. De tal planteamiento, Delphy dedujo que en la sociedad contemporánea coexistían un modo de producción industrial, definido por las relaciones capitalistas de producción, y un modo de producción patriarcal, definido por las relaciones de producción patriarcales/familiares. Ambos modos eran autónomos, ya que la abolición del primero no implicaba la abolición del segundo, como mostraba la pervivencia entonces de las relaciones patriarcales en los países del socialismo real. El corolario político de esa situación era que las mujeres debían movilizarse de manera autónoma para liberarse de la explotación²⁵.

²⁴ T. BOTTOMORE (ed.), *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid, Tecnos, 1984, p. 753; J. SEIZ, «Feminism», pp. 348-349; B. WOODY, «Affirmative Action», en *ECFE*, p. 1; S. HIMMELWEIT, «Domestic Labour», *ECFE*, p. 127.

²⁵ Cfr. M. MOLYNEUX, «Más allá del debate sobre el trabajo doméstico», reproducido en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *op. cit.*, pp. 116-118; y en la misma obra, C. BORDERÍAS y C. CARRASCO, «Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas», p. 27.

En la estela de la aportación de Delphy y en abierta polémica con el marxismo ortodoxo, Morton («El trabajo de las mujeres no se acaba nunca», 1970) afirmó que el trabajo doméstico era productivo, ya que su función fundamental consistía en reproducir la fuerza de trabajo masculina, mercancía de la que se extraía la plusvalía en el modo de producción capitalista. Utilizando este argumento, James y Dalla Costa (*Las mujeres y la subversión de la comunidad*, 1972), desafiaron el principio socialista de la liberación de la mujer a través del trabajo asalariado, al señalar que «la esclavitud en la línea de montaje no es modo de liberarse de la esclavitud del fregadero de la cocina». En consecuencia reivindicaron la implantación de un «salario para el ama de casa» con el fin de que las mujeres tuvieran un poder de negociación frente a sus maridos asalariados. Esta reivindicación, que era táctica, se confundió por parte de algunas militantes con una cuestión estratégica, lo que generó un gran conflicto dentro del movimiento feminista socialista, hasta el punto de que una parte del mismo rechazó el salario para el ama de casa ante el peligro de consolidación del trabajo doméstico como trabajo exclusivamente femenino, considerando que la estrategia políticamente correcta era conseguir la socialización del trabajo doméstico²⁶.

En 1973, el primer hombre que intervenía en este debate, Harrison (*Economía política del trabajo doméstico*), señaló que el modo de producción doméstico era un modo de producción clientelar o subsidiario del capitalismo, no autónomo como había teorizado Delphy. Muy influido por el marxismo estructuralista, Harrison consideraba que el modo de producción doméstico contribuía a la reproducción de la fuerza de trabajo aportando los valores necesarios para su subsistencia, pero el trabajo excedente (la diferencia entre lo que la mujer aporta como servicios domésticos y de reproducción, y lo que recibe, que es simplemente su subsistencia) afloraba como valor excedente (plusvalía) no en ese modo de producción doméstico, sino en el modo de producción capitalista: esta transferencia se producía por el pago, por parte del capitalista, «de salarios que están por debajo del valor de la fuerza de trabajo» para la mano de obra asalariada. Lo cual era posible porque el ama de casa, con su trabajo, reducía el valor de la fuerza de trabajo, aportando servicios que, de ser adquiridos en el mercado, elevarían el coste de la subsistencia y, en consecuencia, los salarios. La existencia del modo de producción doméstico tenía, además, otras consecuencias ambivalentes para el modo de producción dominante, el verdadero enemigo de las mujeres según Harrison: al apartarlas de la fuerza de trabajo, mejoraba la posición negociadora de los trabajadores masculinos, pero, a la vez, creaba un ejército de reserva de mujeres potencialmente susceptible de debilitar su poder negociador²⁷.

²⁶ E. MALOS, «Trabajo doméstico y política de liberación de la mujer». *Zona Abierta*, vol. 18 (1979), pp. 59, 68-75; cfr. C. BORDERÍAS y C. CARRASCO, *ibidem*, p. 28; y S. HIMMELWEIT, *op. cit.*, p. 129.

²⁷ Cfr. M. MOLYNEUX, *op. cit.*, pp. 120-121, 128.



El debate sobre el trabajo doméstico continuó en los años siguientes como una discusión acerca de la aplicabilidad o inaplicabilidad de los conceptos marxistas referidos al trabajo. Al empeñarse en seguir utilizando el bagaje teórico de Marx, ciego ante el género, el feminismo socialista fracasó en su propósito original de descubrir la base material del sexismo. Además, las participantes en el debate sobre el trabajo doméstico universalizaron el problema del ama de casa blanca occidental que no trabajaba fuera de casa cuando ésta era una realidad cada vez menos frecuente en Estados Unidos y los países más desarrollados de Europa²⁸. Esto condujo al feminismo neomarxista a resituar la explotación de las mujeres en su condición de madres (en la esfera de la reproducción) más que en su papel como esposas (en la esfera del trabajo doméstico), sin olvidar además que también tenía lugar en la esfera de la producción, dada su creciente incorporación al mercado laboral. Se cuestionó entonces el postulado de Marx de que la esfera de la reproducción estaba determinada por la esfera de la producción, reconociendo que la reproducción tenía una autonomía relativa y que la interacción entre ambas esferas debía analizarse históricamente. E incluso se asumió la posibilidad de que existiera explotación de las mujeres dentro de la familia campesina y de la clase obrera, lo que implicó una redefinición de las relaciones familiares «patriarcales» en términos de conflicto y negociación entre sexos y entre generaciones²⁹.

Así, el debate sobre el trabajo doméstico dio paso al debate sobre el patriarcado. Un debate sobre modos de producción en el que la literatura del feminismo neomarxista se decantó por un grupo de teorías de sistemas duales que, frente a quienes intentaban negar el carácter autónomo del modo de producción doméstico, concebían el capitalismo y el patriarcado como sistemas separados o semiautónomos de dominación social, en la misma línea que ya había apuntado Delphy en el debate sobre el trabajo doméstico. De la misma manera que el capitalismo se caracterizaba por la diferenciación de clases y la explotación de los trabajadores por los dueños del capital, el patriarcado lo hacía por la diferenciación de géneros y la opresión de las mujeres por los hombres³⁰. La autora más importante en este sentido fue Heidi Hartmann. Según su definición, el patriarcado era «el sistema de opresión de

²⁸ S. HIMMELWEIT, *op. cit.*, pp. 31-132.

²⁹ Cfr. M. MOLYNEUX, *op. cit.*, pp. 114-115, 126, 141-148; L. BENERÍA, «Reproduction, Production and the Sexual Division of Labour». *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3 (1979), pp. 203-207, 209-211, 222; N. FOLBRE, «Exploitation Comes Home: A Critique of Marxian Theory of Family Labour». *Cambridge Journal of Economics*, vol. 6 (1982), p. 324, y «Cleaning House: New Perspectives on Households and Economic Development». *Journal of Development Economics*, vol. 22, núm. 1 (1986), pp. 20-22; T. BOTTOMORE (ed.), *op. cit.*, p. 755; C. BORDERÍAS y C. CARRASCO, J. HUMPHRIES y J. RUBERY, «La autonomía relativa de la reproducción social: su relación con el sistema de producción», y D. COMBES y M. HAICAULT, todos ellos en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *op. cit.*, respectivamente pp. 29-31, 407-410, 536-539; J. HUMPHRIES, «Women and work», en J. EATWELL, M. MILGATE y P. NEWMAN (eds.), *op. cit.*, vol. IV, pp. 927-928; J. MATTHAEI, «Patriarchy», en *ECFE*, p. 595.

³⁰ S. HIMMELWEIT, *op. cit.*, p. 132; J. SEIZ, «Feminism», p. 351; J. MATTHAEI, *op. cit.*, p. 595.

las mujeres por los hombres», cuya base material derivaba del control masculino del trabajo de las mujeres en el hogar y en el mercado de trabajo, si bien la familia seguía siendo «la arena primaria donde los hombres ejercitan su poder patriarcal sobre el trabajo de las mujeres». Para demostrar estas afirmaciones, Hartmann aportó una serie de datos basados en los estudios sobre asignación de tiempo dentro de la familia de finales de la década de los sesenta en Estados Unidos: las amas de casa trabajaban una media de más de 50 horas semanales en el hogar, mientras sus maridos apenas sobrepasaban las 10 horas, cantidad que no variaba cuando aumentaba el número de hijos, que suponía una carga de trabajo adicional para las mujeres, o cuando las esposas eran asalariadas fuera del hogar, las cuales seguían dedicando al trabajo doméstico más de 30 horas, con lo que llegaban a computar jornadas semanales que sobrepasaban las 75 horas. Esta falta de respuesta de los maridos a colaborar en el trabajo del hogar, y su baja y selectiva participación en esas tareas, les convertía en explotadores de la fuerza de trabajo de sus mujeres: la mejor prueba era que, para el mismo tamaño familiar, las mujeres solas con hijos trabajaban en el hogar menos horas que las casadas asalariadas. Los resultados, además, eran muy similares para distintos estratos de ingreso, independientes del origen racial de los componentes de la familia, y bastante estables en el tiempo. La situación, finalmente, no era exclusiva del capitalismo, sino que también se daba en la Unión Soviética, donde el 90% de las mujeres mayores de edad eran asalariadas: el patriarcado, según Hartmann, no sólo había sobrevivido al capitalismo, llegando a un compromiso histórico con ese sistema, sino al estadio de transición hacia la sociedad comunista³¹.

La teoría feminista del patriarcado intentó en su posterior desarrollo responder a las críticas de quienes la acusaban de convertir en independientes formas de opresión (como las de género y clase) que estaban relacionadas, o de minimizar la opresión racial asociada al capitalismo. A fines de los ochenta la socióloga marxista Walby definió el patriarcado como «un sistema de estructuras y prácticas sociales en el que los hombres dominan, oprimen y explotan a las mujeres». Las estructuras que, según Walby, constituían el sistema de patriarcado operaban en distintos niveles. En el nivel económico, el modo de producción patriarcal permitía que el trabajo excedente de las mujeres en el hogar (en forma de servicios domésticos no pagados y de fuerza de trabajo reproducida) fuera expropiado por sus maridos: pese a que las mujeres trabajaban muchas más horas que los hombres tenían una menor participación en el consumo de bienes y ocio dentro del hogar. Las relaciones patriarcales en el trabajo asalariado consistían en la exclusión cíclica de las mujeres del mercado de trabajo y su segregación ocupacional crónica, que se manifestaba en términos verticales (las mujeres ocupaban los lugares más bajos de la jerarquía ocupacional), hori-

³¹ H. HARTMANN, «Capitalismo, patriarcado y segregación de los empleos por sexos», en C. BORDERÍAS, C. CARRASCO y C. ALEMANY (comps.), *op. cit.*, p. 256, y «The Family as the Locus of Gender, Class, and Political Struggle: The Example of Housework». *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 6, núm. 3 (1981), pp. 372, 378-391.

zontales (las mujeres estaban separadas frecuentemente dentro de las mismas jerarquías ocupacionales de los hombres) y temporales (las mujeres eran contratadas principalmente a tiempo parcial mientras que los hombres a jornada completa). El resultado más tangible de todo ello era la existencia de importantes y persistentes diferenciales salariales³².

La tercera estructura del patriarcado, que operaba en nivel político, era el Estado patriarcal. Un Estado que excluía a las mujeres del acceso a sus recursos y al poder político, lo que se traducía en una legislación estatal poco sensible a cambiar las relaciones patriarcales prevalecientes en campos como el matrimonio y el divorcio, el control de la natalidad y el aborto, la discriminación salarial o la violencia masculina. Este último fenómeno de la violencia, lejos de ser un elemento aleatorio que operaba a nivel psicológico individual, era una práctica social. Como tal, la violencia masculina constituía una forma de poder de los hombres sobre las mujeres: las mujeres estaban condicionadas en sus acciones por las expectativas que generaba la existencia de esa subcultura de la violencia masculina, en la que se incluía la violación, los malos tratos, el incesto y el acoso sexual. Dado que, como mostró Max Weber en su momento, el Estado moderno tiene el monopolio teórico de la violencia, la cesión de ese monopolio a los hombres legitimaba en la práctica —a través de los fallos y las lagunas en la legislación para penalizarla— la violencia masculina, de manera que se podría considerar ésta como parte del aparato del Estado. Las dos últimas estructuras del patriarcado operaban en el nivel cultural. Así, las relaciones patriarcales en la sexualidad primaban la heterosexualidad sobre otras opciones sexuales, con el fin de orientar a las mujeres hacia el matrimonio; mientras que la cultura patriarcal incluía una serie de discursos entre los que estaban desde las grandes narrativas de las ciencias sociales desde sus orígenes, hasta la religión, el sistema educativo o los medios de comunicación de masas³³.

3. CLASE Y RAZA EN LA ECONOMÍA FEMINISTA POSMODERNA

Aunque la teoría de Walby fue explícitamente fundamentada para blindarse contra las críticas a la concepción universalista y ahistórica del patriarcado, la respuesta de quienes dentro del feminismo veían en ella una fuente de problemas teóricos y peligrosas derivaciones prácticas no se hizo esperar. Al concebir el patriarcado como sistema, es decir, como algo que se explica por sí mismo o que se perpetúa a sí mismo, el concepto fue denunciado porque no podía servir para interpretar la realidad, tan sólo podía describirla, además de conducir a una aceptación fatalista de su inevitabilidad. La teoría del patriarcado seguía concibiendo las relaciones de género como independientes de las relaciones de clase y de raza y de otros modos de

³² S. WALBY, «Theorising Patriarchy». *Sociology*, vol. 23, núm. 2 (1989), pp. 214-223, 227.

³³ *Ibidem*, pp. 224-227.



diferenciación social, con lo que su mensaje podía ser acomodado en el discurso liberal de la igualdad de oportunidades para las mujeres. Usar el término «patriarcado» era entendible en términos emotivos —su apelación al simbolismo de la dominación masculina—, pero como categoría analítica las relaciones de género debían ser dependientes de su ubicación en el sistema capitalista de clases a nivel nacional e internacional y en las jerarquías raciales³⁴. En definitiva, había llegado el momento de detenerse a analizar las desigualdades de clase y raza entre las mujeres y dejar de ver el género femenino como si fuera una clase social.

El concepto clave de «estructuras de constreñimiento» propuesto por la economista Nancy Folbre puede ser un buen punto de partida para analizar esta reubicación del concepto de «género» como dependiente, o interdependiente al menos, del de clase y raza. El género es siempre una parte de una construcción social compleja de identidades, jerarquías y diferencias en las que la raza, el origen geográfico, la clase social y la orientación sexual, como estructuras de constreñimiento, categorías también socialmente construidas, intersectan con el género para determinar el comportamiento de los individuos y su inserción en la sociedad³⁵. En los últimos años la economía feminista ha prestado creciente atención a dichas estructuras (especialmente las de clase y raza), ya que de otras, como la orientación sexual, apenas ha empezado a tomar conciencia, aunque ya se apuntan algunas reflexiones. Por ejemplo, se ha considerado que el concepto de género, con su énfasis en los problemas familiares y laborales de las mujeres heterosexuales, ignora las dificultades de los grupos de distinta orientación sexual como gays y lesbianas: los derechos de las familias formadas por parejas del mismo sexo se encuentran ante un contexto legal, político y cultural generalmente hostil del que apenas se ha ocupado el análisis de género, pese a las importantes contribuciones de las lesbianas a la teoría y la política del primer feminismo³⁶.

Lo mismo cabe decir con respecto a las mujeres negras que tuvieron un protagonismo destacado en la segunda ola feminista de la década de 1960, con personalidades como Phyllis Wallace, economista jefe de la *Civil Rights Commission* en la lucha por la igualdad de derechos³⁷. Precisamente, las críticas más duras contra la teoría del patriarcado provinieron del feminismo negro adscrito a las corrientes filosóficas posmodernas. El feminismo posmoderno rechazaba, al igual que su filosofía de referencia, las grandes narrativas de la historia humana derivadas de la Ilustración (la idea de progreso asociada al liberalismo y al marxismo) y enfatizó la diversidad de

³⁴ S. ROBOTHAM, «Lo malo del 'patriarcado'», en R. SAMUEL (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 249-250; A. POLLERT, «Gender and Class Revisited; or the Poverty of 'Patriarchy'». *Sociology*, vol. 30, núm. 4 (1996), pp. 642-646, 651-652; J. MATTHAEI, «Patriarchy», p. 595; E. MCCRATE, «Class», en *ECFE*, p. 57.

³⁵ D. BARKER, «Gender», *ECFE*, p. 391; J. MATTHAEI, «Race», *ECFE*, p. 656.

³⁶ D. BARKER, «Gender», p. 394; R. CORNWALL y L. BADGETT, «Sexual Orientation», *ECFE*, p. 671.

³⁷ B. WOODY, *op. cit.*, p. 1; J. MATTHAEI, «Race», p. 655.



los grupos sociales y de las identidades. En un principio, el feminismo posmoderno subrayó las diferencias entre hombres y mujeres, en vez de perseguir la igualdad de derechos y oportunidades del individuo, como el feminismo liberal, o de considerar que las mujeres eran una clase que tenía como interés objetivo la emancipación, como el feminismo socialista. El feminismo posmoderno era, pues, un feminismo que apostaba por las diferencias, que defendía una especie de orgullo femenino, reivindicando incluso el lesbianismo con lección política; frente a la concepción andrógina de la mujer que proponían el feminismo liberal y el socialista, el feminismo posmoderno era ginocéntrico. Pero en la década de 1980, las feministas negras empezaron a preocuparse de las diferencias entre las propias mujeres basadas en sus orígenes raciales y de clase y acusaron a las feministas blancas de hacer lo mismo que el pensamiento patriarcal: si los hombres habían escrito de los asuntos humanos reduciéndolos a los del género masculino, las mujeres blancas de clase media del movimiento feminista en las décadas de 1960 y 1970 habían generalizado como feminidad sus propias experiencias, excluyendo las de las mujeres negras. Al definir que el problema central de las mujeres era su confinamiento en el hogar habían olvidado, por ejemplo, que, desde los días de la abolición de la esclavitud, la mayor parte de las afroamericanas casadas tenían elevadas tasas de participación en el mercado de trabajo (muchas de ellas como criadas de las mujeres casadas blancas de clase media y alta, que delegaban una gran parte de sus tareas domésticas y de crianza de los hijos), y que los hombres negros nunca habían cobrado un salario familiar (el que permitía a los trabajadores blancos mantener a su mujer como ama de casa), puesto que una gran parte de las mujeres de color trabajaban fuera de casa³⁸.

Para estas autoras de la corriente feminista posmoderna, capitalismo y patriarcado no eran sistemas independientes sino que compartían la característica común de ser modos predatorios de producción. Lo mismo que las sociedades patriarcales se caracterizaban por la glorificación de la guerra y las luchas por dominar y explotar a los otros, sobrevalorando la masculinidad e infravalorando las actividades domésticas y de reproducción de las mujeres, el impulso de dominación a través de la guerra y la colonización era parte esencial del nacimiento de las primeras economías capitalistas y estaba en la raíz de la construcción del moderno concepto de «raza»³⁹. Dicho concepto, como el de «género», también fue una construcción social. Se basó en las diferencias físicas percibidas y racionalizadas como naturales a lo largo de los siglos XVII al XIX, a medida que los europeos colonizaban el resto del mundo. Al principio, el concepto de «raza» se intentó acomodar dentro de la cosmovisión cristiana del mundo: al revés que los europeos, los pueblos bárbaros no eran descendientes de Adán y Eva y, por tanto, no tenían los mismos derechos. Con

³⁸ R.M. WILLIAMS, «Race, Deconstruction, and Feminist Economic Theory», en M.A. FERBER y J. NELSON (eds.), *op. cit.*, p. 148; J. SEIZ, «Feminism», p. 352-355; J. MATTHAEI, «Patriarchy», p. 595 y «Race», p. 654-655; E. MUTARI, «Family Wage», *ECFE*, p. 344; M.J. GUERRA, *op. cit.*, pp. 213, 220.

³⁹ J. MATTHAEI, «Patriarchy», p. 596.



el proceso de secularización de la ciencia en el siglo XIX, el discurso sobre la desigualdad de las razas se remitió directamente a la biología, que clasificó las razas humanas en una jerarquía en la que los europeos blancos tenían el derecho y el deber de dominar a las otras razas, consideradas como salvajes, a las que había que civilizar. Dichas teorías se utilizaron para justificar la colonización y la esclavitud, los elementos que de hecho convirtieron a las distintas razas en desiguales, de manera que el racismo igual que el sexismo vio autocumplidas sus profecías. De hecho, el racismo y el sexismo intercambiaron sus principales categorías con el objetivo de fortalecer sus respectivos discursos de legitimación de la dominación colonial y patriarcal: así, se hablaba de las razas inferiores como el tipo femenino de la especie humana o de las mujeres como la raza inferior del género, mientras los craneómetros buscaban comparaciones entre los cerebros de los varones negros y las mujeres blancas con el fin de dar legitimidad científica a la reacción antifeminista que tuvo lugar a fines del XIX y a las teorías sobre la inferioridad intelectual de los negros a principios del XX⁴⁰.

No es de extrañar, pues, que el movimiento norteamericano de los derechos civiles de la década de 1960 agrupara las reivindicaciones de las minorías raciales y de las mujeres, y que las medidas de acción afirmativa que se consiguieron fueran parejas para ambos colectivos. Sin embargo, los resultados de la política de acción afirmativa en los setenta ya fueron insatisfactorios para las mujeres negras frente a los avances alcanzados por las mujeres blancas⁴¹. En las décadas siguientes, la evolución de la feminización de la pobreza y el desempleo, el *glass ceiling* y la feminización de la población activa asociada al proceso de globalización y a las políticas de ajuste estructural, dieron la razón a las activistas que defendían que las mujeres tenían experiencias de opresión de género diferentes en función de su clase social, raza u origen geográfico. Veámoslo.

El modelo de opresión femenino por el cual los maridos se apropiaban del excedente del trabajo doméstico de las mujeres no era aplicable al fenómeno de feminización de la pobreza, un término que alude a la creciente presencia de las mujeres solteras y con hijos, muchas de ellas de raza negra, en las listas de pobres de Estados Unidos, en una proporción que pasó de un tercio a la mitad entre los setenta y los noventa⁴². La promoción laboral de la mujer a través de las políticas de acción afirmativa, que permitió acercar los salarios de las mujeres al salario de los hombres desde el 62% en 1970 al 75% en 1995, arrojó, después de treinta años, resultados muy distintos para las mujeres de las minorías raciales con respecto a las blancas. Por ejemplo, el fenómeno del paro aumentó entre 1970 y 1990 para las trabajadoras negras, que vieron empeorar sus oportunidades de empleo mientras mejoraban las de las trabajadoras blancas⁴³. En el otro extremo del mercado de

⁴⁰ R.M. WILLIAMS, *op. cit.*, pp. 148-149; J. MATTHAEI, *op. cit.*, pp. 653-654.

⁴¹ B. WOODY, *op. cit.*, pp. 1-3.

⁴² E. MCCRATE, *op. cit.*, p. 60; J. PETERSON, «Feminization of Poverty», *ECFE*, pp. 373-374.

⁴³ K. SOSIN y J.M. RIVES, «Unemployment and Underemployment», *ECFE*, p. 713.

trabajo, el fenómeno del *glass ceiling* (término acuñado en Estados Unidos para designar las barreras invisibles que bloquean la promoción de las mujeres a los puestos de decisión en el mundo laboral) era mucho más intenso entre las mujeres hispanas y negras que entre las blancas; por lo mismo, las primeras se refugiaban en el sector público donde dichas barreras resultaban más permeables⁴⁴. Por su parte, el proceso de globalización y las políticas de ajuste estructural que lo acompañaban tendieron a precarizar el trabajo a medida que se feminizaba la población activa en los países subdesarrollados. En ellos la participación laboral de las mujeres aumentó pero a costa de dejarlas fuera de la protección de las regulaciones estatales sobre las condiciones del empleo de las que gozan las mujeres en los países desarrollados, en los que las condiciones de máxima precariedad se reservan a las mujeres emigrantes gracias a las restricciones impuestas por las políticas de emigración, en las que también se comprueba la existencia de una discriminación por género, que se añade a la de raza y origen geográfico. En los Estados Unidos, se produjo un fenómeno similar de precarización con las mujeres de las minorías raciales que trabajan en el sector informal sometidas a condiciones de superexplotación, lo que explica, junto con la mayor prevalencia del *glass ceiling*, el que los salarios medios de las mujeres negras cayeran del 83 al 74% con respecto a los de las mujeres blancas entre 1980 y 1990.

CONSIDERACIONES FINALES

¿Qué enseñanzas podemos sacar de estos datos y de las críticas de la economía feminista posmoderna a la consideración del género como una clase social? Desde el punto de vista teórico el debate sobre si el género debe subordinarse a un esquema más amplio de relaciones sociales y de poder, o debe ser interdependiente con aquéllas, está y seguirá estando abierto. Pero desde el punto de vista práctico, lo que el movimiento feminista necesita urgentemente es abrirse a la reivindicación del feminismo posmoderno en favor de la diversidad. Y esta necesidad no es simplemente una imposición de una moda intelectual venida de Estados Unidos. En un país como España, donde persisten experiencias de género muy diferentes en función de las desigualdades de clase, origen regional o tradición cultural, esta necesidad de atender a las diferentes experiencias de las mujeres es cada vez más acuciante ahora que se superponen a las diferencias de niveles culturales y de ingreso las intolerables diferencias entre las españolas legales y las mal llamadas ilegales. Desde la Universidad nuestra misión debe ser la de criticar esa situación y también orientar nuestros programas de investigación hacia este nuevo y prioritario problema con el fin de crear una conciencia social que presione para resolverlo.

⁴⁴ J. MATTHAEI, *op. cit.*, p. 597; M.K. CHAMBERLAIN, «Glass Ceiling», *ECFE*, pp. 396, 398; M.C. KING, «Labour Market Segmentation», *ECFE*, p. 507.

UNA HISTORIA CULTURAL DE LAS MUJERES EN LA TETRALOGÍA DE A.S. BYATT*

Pilar Hidalgo Andréu
Universidad de Málaga

RESUMEN

En la tetralogía inacabada que se inicia en 1978 con la publicación de *The Virgin in the Garden*, A.S. Byatt presenta a una mujer con ambiciones intelectuales en los años de la hegemonía de la mística de la feminidad. La historia de Frederica y Stephanie Potter está enmarcada en un contexto histórico que va de la coronación de Isabel II en 1953 a los primeros años del gobierno de Harold Wilson, y el estilo narrativo pasa de la relativa sencillez de la primera novela de la secuencia, a la experimentación y complejidad intertextual de *Babel Tower*. Byatt combina la indagación sobre cuestiones de género con su interés en los problemas de la representación literaria y pictórica, las nuevas teorías sobre el lenguaje, los avances en la investigación genética, y la incidencia del cambio cultural en la vida personal.

PALABRAS CLAVE: A.S. Byatt; novela inglesa contemporánea; novela y mujeres; novela y cambio cultural.

ABSTRACT

In her unfinished tetralogy launched in 1978 with the publication of *The Virgin in the Garden*, A.S. Byatt chronicles the story of an intellectually ambitious young woman in the years when the domestic role for women was hegemonic. The historical background spans the 1953 coronation of Elizabeth II to the first Wilson government, and the narrative shifts from the comparative directness of the first novel in the sequence to the far-reaching intertextual play in *Babel Tower*. Byatt's distinctive feature remains her presentation of gender issues together with a wide-ranging interest in the problems of representation in literature and painting, new theories of language, developments in the study of DNA, and the ways in which cultural change impinges on the individual.

KEY WORDS: A.S. Byatt, contemporary british fiction, women and fiction, cultural change and fiction.

La obra narrativa de A.S. Byatt no ha merecido excesiva atención de la crítica feminista, a pesar de tratarse de una de las novelistas más brillantes del último cuarto de siglo, cultivadora también de la novela corta y el relato, autora de estudios críticos (sobre Iris Murdoch, los primeros románticos, George Eliot y Willa



Cather, entre otros), y de ser, en algunos aspectos, la representante contemporánea de una línea de novela de mujeres que tiene sus inicios en George Eliot. Puede que este distanciamiento sea el resultado del escepticismo de Byatt, compartido en Inglaterra por Iris Murdoch y Doris Lessing, respecto a determinados aspectos de la crítica feminista y el desarrollo de los estudios de la mujer en el campo de la literatura en los últimos veinticinco años:

I feel unhappy about the separation of women's studies courses from literature courses. I think writers like George Eliot and the Brontës and Virginia Woolf ought to be taught in mainstream literature courses. I don't write specially for women and I would be distressed if men didn't read my books. If women writers are studied exclusively in women's studies I think this seems like choosing a new kind of second-class citizenship... I have, however, nothing but admiration for a woman like Carmen Callil whose Virago Press is a necessary and very successful publishing venture as well as a women's organization¹.

Como espero demostrar en este trabajo, Antonia Byatt incorpora a un estilo narrativo caracterizado por la brillantez lingüística y la complejidad intelectual, cuestiones centrales del movimiento feminista, siempre desde una perspectiva creadora e independiente:

Although as an artist I don't want to be part of the women's movement, I am a back-to-the-wall feminist on things like tax, laws, divorce, equal pay, married women's property, even abortion, though I am more equivocal about that. I think the choice ought to be there, but I wouldn't go out and march for it².

No es extraño que Betty Friedan sea la feminista que Byatt más admira, ya que pertenece a la generación a la que se dirigía *The Feminine Mystique*³, y en la ambiciosa tetralogía que se inicia en 1978 con *The Virgin in the Garden* presenta la experiencia de dos hermanas de clase media baja cuya brillantez académica les facilita estudiar en la Universidad de Cambridge, en la época en que el matrimonio suponía la renuncia a cualquier aspiración profesional e intelectual. El estilo de Byatt es muy distinto del de la novela de emancipación feminista que se popularizó en los años setenta, en la que la representación naturalista de la experiencia femenina, singularmente la del ama de casa, primaba sobre otras consideraciones. Tampoco se encuadra en la metaficción centrada en su propio artificio narrativo y en las limitaciones comunicativas del lenguaje. La formación académica de Byatt, su trabajo como crítica y profesora de literatura inglesa y su propia inclinación intelectual

^{*} Este trabajo forma parte del proyecto financiado por la DGICYT PB98-1406.

¹ «A.S. Byatt interviewed by Juliet A. Dusinberre», en J. TODD (ed.), *Women Writers Talking*, Nueva York y Londres, Holmes and Meier, 1983, p. 187.

² *Ibidem*, p. 189.

³ B. FRIEDAN, *The Feminine Mystique*. Harmondsworth, Penguin, 1965 (1ª ed. 1963).

hacen que su narrativa combine un alto grado de sofisticación teórica con la dedicación a la representación de personajes, ideas y objetos. En un artículo publicado en 1979 en el que pasaba revista a tendencias de la novela inglesa de posguerra, Byatt mostraba su admiración por *The Golden Notebook* de Doris Lessing como novela que, utilizando una complicada y autoconsciente estructura narrativa, no renunciaba a la representación:

The splendid irony about all this obsessive narcissism and self-consciousness is that the realistic effect of the whole is amazingly reinforced. What Anna cannot do [write a novel], Ms Lessing does, by an effort of sheer intelligence, political, psychological, aesthetic. It must be added that Doris Lessing's advantage, in this novel, is that she is not necessarily or primarily «literary»... Communism is more important in this novel than the Great Tradition, and modern female sex than fictiveness⁴.

Es interesante la alusión a la Gran Tradición en la cita anterior, ya que, como estudiante en la Universidad de Cambridge en los años cincuenta, Byatt vivió el periodo de mayor influencia de F.R. Leavis, una influencia negativa para sus aspiraciones como escritora:

It was an incredible burden [the Cambridge tradition], and I know that that was true for most of my contemporaries. It was a burden because of the high value Leavis gave to writing novels as *the* way to understand the world. He would quote Lawrence: «The novel is the one bright book of life», «The novel is the highest form of human expression yet attained». Thus it became both imperative to write a novel, because otherwise you were not the best kind of human being, and at the same time it became almost impossible to start to *try* to write⁵.

Byatt negociará en sus primeras novelas el peso de la gran tradición y los problemas que para una mujer representa el transcendentalismo fálico de D.H. Lawrence, el único escritor que para Leavis continuaba en el siglo XX la gran tradición de la novela inglesa. La primera obra de Byatt, *The Shadow of the Sun* (publicada originalmente como *Shadow of the Sun*), escrita cuando aún estudiaba en Cambridge, se inscribe en la línea del rito de pasaje de una protagonista adolescente, pero presenta dos notas originales. La primera es que, frente a la tradición del artista joven en rebelión contra el ambiente familiar y social (de la que el ejemplo supremo en inglés es *A Portrait of the Artist As a Young Man*), el artista en *The Shadow of the Sun* es el padre de la protagonista. La segunda es que, en esta obra escrita a finales de los años cincuenta y publicada en 1964, Byatt incorpora el retrato de dos mujeres que viven dos versiones de la mística de la feminidad: Caroline

⁴ A.S. BYATT, «People in Paper Houses: Attitudes to 'Realism' and 'Experiment' in English Postwar Fiction», en M. BRADBURY y D. PALMER (eds.), *The Contemporary English Novel*, Londres, Edward Arnold, 1979, pp. 40-41.

⁵ «Antonia S. Byatt in Interview with Boyd Tonkin». *Anglistik*, vol. 10, núm 2 (1999), p. 15.



Severell, que ha dedicado su vida a que nada se interfiera con la labor creadora de su marido, y Margaret Canning.

Si Caroline ha encontrado una misión, por vicaria que sea, la experiencia de Margaret anticipa lo que será un tema recurrente en la novela de emancipación feminista de los años setenta, prefigurado ya en los sesenta por Doris Lessing: la vaciedad de una existencia sin autonomía ni agencia, en la que la autoestima depende de la aprobación masculina⁶. Es probable que para una lectora actual, las figuras de Caroline y Margaret tengan más interés que Anna y su crisis de adolescencia, lo que no deja de ser irónico ante la intención declarada de Byatt de no escribir sobre la frustración y depresión del ama de casa que había conocido tan de cerca en su madre:

My own mother had herself studied English at Cambridge and I might, in the 1960s, had felt I should have written about the generation of women who faced the same problems. As it was, I avoided approaching her perpetual rage, depression, and frustration, which were, in fact, the driving force that made that none of her daughters became housebound⁷.

Esta afirmación tiene especial interés ya que, a diferencia de un buen número de escritoras de su generación (incluida su propia hermana Margaret Drabble), Byatt elude en su narrativa la confrontación con la madre que para Rosalind Coward estaba en la raíz del movimiento feminista de la década de los sesenta:

Feminism is almost invariably seen as a struggle —or head-on collision— with men. But the truth is that the deep struggle of feminism was with the previous generation of women. Feminism could be called the daughter's revolt, so central has been the issue of women's defining themselves against the previous generation and distancing themselves from their mothers⁸.

En sentido estricto, Caroline Severell en *The Shadow of the Sun* no se ajusta al arquetipo de la madre que provoca la rebelión de la hija en una novela dominada por la figura del padre/genio masculino, a la sombra de cuya luz (como indica la metáfora del título) se desenvuelve la vida de la familia:

The study was the centre of the house and round what went on in it everything else was ordered —by Caroline, because she had decided that this is as her life should be, by the children, because they had never supposed it could be otherwise, by friends and visitors because they were almost always in awe of the idea of Henry

⁶ He analizado este aspecto de Lessing y otras autoras en «Narrativas de emancipación feminista», en P. HIDALGO, *Tiempo de mujeres*, Madrid, Horas y horas, 1995, pp. 13-32.

⁷ A.S. BYATT, «Introduction», *The Shadow of the Sun*. Londres, Vintage, 1991 (1ª ed. 1964), p. IX.

⁸ Citada en L. SAGE, *Angela Carter*. Plymouth, Northcote House, 1994, p. 7.

Severell, and assumed that his needs must be different from and more pressing than those of others, a feeling which Caroline did her best to encourage⁹.

Con la tetralogía que abre la publicación en 1978 de *The Virgin in the Garden*, y de la que han aparecido hasta la fecha en que escribo tres títulos, Byatt emprende un ambicioso proyecto literario y cultural que tiene como uno de sus ejes la experiencia de una mujer joven con aspiraciones intelectuales (aunque no creativas) en la Inglaterra de los años cincuenta y sesenta. El desarrollo de la tetralogía nos lleva (hasta el momento) de 1953 a 1967, y cubre por lo tanto los años del apogeo de la mística de la feminidad y del retorno al hogar de las mujeres que habían tenido acceso a la educación superior en las décadas anteriores. En las dos primeras novelas son varias las mujeres que han realizado estudios universitarios y han trabajado antes de casarse, pero cuya vida profesional e intelectual se corta con el matrimonio. El grado de aceptación de esta situación varía, y la nota de protesta más clara la pone Jennifer Parry en un momento de especial significación para el futuro de las dos hermanas protagonistas, Stephanie y Frederica Potter: la fiesta que celebra las extraordinarias buenas notas que Frederica ha conseguido en los exámenes de «A Level» (y que le permitirán acceder a Cambridge con una beca), y en el curso de la cual se anuncia el embarazo de Stephanie (que ha estudiado en Cambridge y se ha casado recientemente):

‘Though if I were Stephanie, I don’t know, *entre nous*, that I’d have embarked on motherhood with such gay expedition. Too late to tell her, my dear, and I shall of course put a smiling face on it, but let me tell you, Frederica, for what’s worth, don’t. Don’t give up, don’t stop, don’t turn into a cow and a mopper-upper, don’t suppose that the death of the mind can be avoided by a little rushed reading between two lots of nappies and dishes, because it can’t¹⁰.

Ésta es una nota de protesta que se oye con frecuencia en la novela de mujeres de los setenta; la originalidad de Byatt radica en que la acción se sitúa en un año de gran significado simbólico para Inglaterra, la coronación de Isabel II en 1953, y en que el estilo de la novela está muy lejos del realismo testimonial. Byatt ha declarado su intención de reemplazar en *The Virgin in the Garden* el mito masculino de la muerte y la resurrección por un mito femenino de nacimiento y renacimiento¹¹. La novela se estructura sobre un doble eje; por un lado, la recreación del mundo de la niñez y juventud de la autora en el norte de Yorkshire en los años de austeridad tras el final de la Segunda Guerra mundial. Por otro, el universo poético e histórico del Renacimiento inglés en la obra de teatro en verso de Alexander

⁹ A.S. BYATT, *The Shadow of the Sun*, p. 5.

¹⁰ A.S. BYATT, *The Virgin in the Garden*. Harmondsworth, Penguin, 1981 (1ª ed. 1978), p. 384.

¹¹ «A.S. Byatt interviewed by Juliet A. Dusinberre», p. 193.



Wedderburn que tiene a Isabel I como protagonista. La virgen en el jardín del título es tanto la llamada Reina Virgen como Frederica Potter, que con diecisiete años interpreta el papel de la Reina cuando joven en la pieza de Alexander, y que pierde su virginidad casi al final de la novela.

Aunque toda la acción se desarrolla en el año 1953, *The Virgin in the Garden* se abre con un prólogo situado en 1968 en la Galería Nacional de Retratos de Londres. Es éste un recurso que Byatt volverá a utilizar en la segunda novela de la serie, *Still Life*. La cita en un museo de tres de los personajes centrales, Frederica, Alexander y Daniel Orton cuando han transcurrido quince años, no es un dato casual. El doble punto de vista de presente y futuro es una característica de la serie, de forma que mientras los personajes experimentan un momento significativo, personal o colectivo, la voz narradora comenta que, pasado el tiempo, percibirán ese momento de manera distinta. Esta doble visión se acentúa en el capítulo 27, en el que los personajes siguen la ceremonia de la coronación de Isabel II a través de la televisión (entonces un fenómeno nuevo). En realidad habría que hablar de triple visión, puesto que el acontecimiento está sometido a la perspectiva no sólo de 1953 (cuando ocurre) y 1973 (cuando Alexander hará una disección crítica de la presentación televisiva de la ceremonia de la coronación), sino también de la del reinado de la primera Isabel. En 1953 la voz narradora nos ofrece, no sólo la futura reacción de Alexander, sino el comentario de Frederica ante esa reacción, y los cambios culturales que ambas perspectivas implican:

Frederica, in 1973, thought he [Alexander] oversimplified. What he said was part of the media's pervasive receding narcissism, mirror on mirror mirrored and their peripheries endlessly commented on by commentators. In 1953 Alexander tried to write, to discourse, in verse, about history and truth. In 1973 he criticised, in prose, modes of communication¹².

Los ensayos y la posterior representación de la obra de Alexander, *Astraea*, en los jardines de una mansión aristocrática, multiplican las referencias intertextuales con la literatura renacentista. Stephanie y Frederica Potter, hijas de un profesor con ideas como las de Leavis acerca de la función de la literatura inglesa en la comunidad, poseen una imaginación que se ha nutrido desde la infancia con imágenes y personajes literarios. Stephanie se ha licenciado en Cambridge y es ahora profesora de literatura en un instituto; Frederica se prepara para el ingreso en la Universidad. Byatt incide de forma implícita en algo que había señalado Betty Friedan: que cuando ella era joven, no había conocido a ninguna mujer que tuviera un trabajo profesional, y a la vez la relación con un hombre y los hijos a los que pocas mujeres de su generación estaban dispuestas a renunciar. La raíz del problema no es sexual. Frederica, que se pasa la novela enamorada de Alexander Wedderburn, pierde finalmente su

¹² A.S. BYATT, *The Virgin in the Garden*, p. 241.

virginidad con un conocido por quien no siente nada especial, y descubre que la sexualidad activa no limita su autonomía:

You could sleep all night, with a strange man, and see the back only of his head, and be more self-contained than anywhere else. This was a useful thing to know. It removed the awful either/or from the condition of women as she had seen it. Either love, passion, sex and those things, or the life of the mind, ambition, solitude, the others¹³.

El dilema de la mujer universitaria inglesa en los años cincuenta no escapa a la observación de las hermanas Potter. He citado ya el estallido de Jennifer Parry, y en el mundo de *The Virgin in the Garden*, como en el de Betty Friedan, las mujeres casadas son amas de casa aunque hayan realizado estudios superiores. Está la experiencia personal de Byatt y de su hermana Margaret Drabble de la frustración de su propia madre, que fue determinante para que ninguna de las tres hijas se quedara en casa (la tercera es historiadora del arte). Con estos antecedentes, no es extraño que cuando Stephanie le comunica a su hermana que va a casarse con Daniel Orton (uno de los personajes más interesantes de la trilogía, y uno de los pocos sin conexiones ni aspiraciones literarias), Frederica se sienta amenazada: «If Stephanie, having tasted freedom, could settle for domestic bliss with a fat curate, defeat was horribly possible»¹⁴.

The Virgin in the Garden combina la observación precisa de la vida provinciana inglesa en los años de posguerra con un marco simbólico e intertextual extremadamente rico y complejo. De ahí que las opciones vitales que se abren ante Frederica aparezcan en el plano mimético (la experiencia de las mujeres casadas de su entorno, la decisión de Stephanie) y en el imaginario (el paralelismo implícito cuando interpreta el papel de Isabel I, la Reina que jugó políticamente con su anómala posición genérica, y que supo que su poder exigía que no se sometiera a ningún hombre en el matrimonio)¹⁵. Aunque Stephanie está más encuadrada en el plano mimético, la renuncia que su próximo matrimonio supondrá (al trabajo, a la lectura, en última instancia al lenguaje complejo e imaginativo de la literatura) se prefigura en un sueño (en el capítulo «On the Interpretation of Dreams») que debe mucho al libro V de *The Prelude* de Wordsworth, uno de los poetas, con Coleridge, favoritos de Byatt.

El final de la novela es apresurado e insatisfactorio si no se reconoce la continuación en *Still Life* (1985), que cubre los años de 1954 a 1957 y se abre también con un prólogo en el que Frederica, Alexander y Daniel se encuentran en

¹³ *Ibidem*, p. 421.

¹⁴ *Ibidem*, p. 189.

¹⁵ Sobre la compleja presentación de la realidad en la novela, véase J. DUSINBERRE, «Forms of Reality in A.S. BYATT'S *The Virgin in the Garden*». *Critique: Studies in Contemporary Fiction*, vol. 24, núm. 1 (1982), pp. 55-62.



un museo de Londres, esta vez la Royal Academy of Arts en 1980. La cita para ver una exposición de pintores postimpresionistas no es casual; si la pintura es uno de los grandes intereses de Byatt, ya a partir de *Still Life* va a ir unida a la ficcionalización de los problemas de la representación mediante el lenguaje. Byatt ha comentado este aspecto de su pasión por la pintura en la entrevista con Tonkin:

I have come to see painting as, in a sense, the opposite of literature. I think almost all writers who write about painting write about it as if it were narrative, or at least poetry, yet what I like about it is *that element in the visual which completely defeats language*¹⁶.

La importancia de la pintura queda recogida en el título de la novela, el único de la trilogía que no incorpora la metáfora espacial del jardín y la torre, aunque jardines y torres desempeñan un papel tan importante como en el resto de la secuencia.

Alexander Wedderburn también escribe una obra de teatro en *Still Life*, pero en lugar de Isabel I, el protagonista es ahora Van Gogh, cuya correspondencia con su hermano se cita en varias ocasiones. Si la pieza teatral sobre la Reina Virgen introducía un paralelismo entre la Inglaterra renacentista y la de posguerra, el tema pictórico provoca diversas reflexiones metaficcionales sobre la representación narrativa:

I had the idea, when I began this novel, that it would be a novel of naming and accuracy. I wanted to write a novel as Williams said a poem should be: no ideas but in things. I even thought of trying to write without figures of speech, but had to give up that plan, quite early¹⁷.

La historia sigue centrada en los mismos personajes que en *The Virgin in the Garden*, aunque la acción se desplaza a Cambridge, donde Frederica estudia ahora, y Londres, donde Alexander trabaja en la programación cultural de la BBC al tiempo que escribe *The Yellow Chair*, su pieza sobre Van Gogh. Stephanie y Daniel siguen en Yorkshire, y aunque la conciencia dominante de la novela es Frederica (una decisión arriesgada por parte de Byatt, ya que son pocos los lectores a quienes el personaje resulta atractivo, al menos en las dos primeras novelas), de hecho Stephanie protagoniza los dos acontecimientos más dramáticos. El primero es el parto de su hijo Will, un episodio que se inscribe por parte de diversas novelistas de la representación del parto desde el punto de vista de la mujer¹⁸. La principal diferencia entre la experiencia de Stephanie y las otras mujeres estriba en el factor literario: lleva consigo varios libros al hospital, y piensa en las estrofas de la «Immortality Ode» entre contracción y contracción.

¹⁶ «Antonia S. Byatt in Interview with Boyd Tonkin», p. 17. La cursiva es mía.

¹⁷ A.S. BYATT, *Still Life*. Harmondsworth, Penguin, 1986 (1ª ed. 1985), p. 301.

¹⁸ Véase P. HIDALGO, «De parto», en *Tiempo de mujeres*, pp. 67-96.

Los personajes de Byatt piensan, por lo general, en la literatura, la pintura y la ciencia, y lo que piensan incide en sus vidas. Para Stephanie, madre de dos niños pequeños que tiene también en su casa a una suegra impertinente y a un hermano adolescente con problemas emocionales, el cambio que ha experimentado su vida desde que se casó se traduce en la pérdida de vocabulario. La mayoría de las palabras que habían sido esenciales para una estudiante y profesora de literatura, no tienen cabida en la existencia de una modesta ama de casa cargada de responsabilidades domésticas. La voz narradora resume con claridad y con dos irónicas referencias a Shakespeare el dilema de Stephanie, característico de la mujer universitaria en los años cincuenta y sesenta:

In bed they were happy, they knew each other, they loved each other. And the words wandered loose and unused. Peripateia. Anguish. Morphology. Infinite in faculty. In apprehension how like a god. Men have died and worms have eaten them, but not for love, not yet for constriction of vocabulary. She slept under the weight of his arm¹⁹.

Mientras Stephanie lamenta la pérdida de su vida intelectual, a pesar de su felicidad conyugal y maternal, Cambridge alimenta la voracidad mental y sexual de Frederica (tanto la voz narradora como Byatt en algunas entrevistas utilizan la palabra *greed* al referirse a este aspecto del personaje), y al mismo tiempo reafirma la separación entre sexualidad/maternidad y vida intelectual que Frederica ya había percibido en Yorkshire. Byatt ha hecho explícita la base autobiográfica del dilema de Frederica en una Introducción a *The Shadow of the Sun* escrita en 1991:

I tried to write a thesis at Oxford under Helen Gardner, who believed, and frequently said, that a woman had to be dedicated like a nun, to achieve anything as a mind. I didn't want to be, and wasn't capable of being, an unsexed mind. I meet women now who work in different places from their husbands, and meet at weekends, to talk, and I envy them what I believe to be their certainty that they have a right to this²⁰.

La historia de las dos hermanas Potter en la época en que la mística de la feminidad estaba plenamente vigente difiere en varios aspectos de la narrativa emancipatoria al uso. La matrofobia, tan característica de la novela de mujeres en esos años, y que, como vimos en la afirmación de Rosalind Coward que ya he citado, respondía a una rebelión contra la madre, está ausente de Byatt. Tanto en *The Virgin in the Garden* como en *Still Life*, Winifred Potter es una mujer sometida a la fuerte personalidad y al temperamento irascible de su marido, y es evidente que no ofrece una opción vital que sus dos hijas puedan seguir, pero nunca se interfiere en las

¹⁹ A.S. BYATT, *Still Life*, p. 307.

²⁰ A.S. BYATT, «Introduction», *The Shadow of the Sun*, p. ix.



aspiraciones de Stephanie y Frederica, asume un papel central en la preparación de la boda de Stephanie ante la hostilidad de su marido, y recobrará su papel maternal con los hijos de Stephanie en la tercera novela de la secuencia. Un detalle interesante es la presentación en Winifred de los problemas de una mujer menopáusica. La vida sexual de Frederica y Stephanie es bastante más satisfactoria de lo habitual en la ficción, y como señala Olga Kenyon, en Stephanie y Daniel tenemos una de las mejores descripciones modernas de un matrimonio feliz²¹. Es fácil que estos aspectos pasen a segundo plano ante el final trágico de la novela, pero no son en absoluto desdeñables en una visión de conjunto.

Entre diversos momentos metaficcionales, *Still Life* incorpora en boca de Raphael Faber, un brillante profesor y escritor de origen centroeuropeo de quien Frederica se enamora en Cambridge, la crítica de la tradición de novela inglesa en la que se inscribe Byatt, y que en los cincuenta (como también más tarde) se consideraba superada por la novela francesa y Beckett: «Art surely can't any longer be thought of as inventing people and giving them names and social backgrounds and amassing descriptions of clothes and houses and money and parties. All that is over»²².

Byatt no sólo ofrece una descripción precisa de interiores, jardines, modas, comidas, usos sociales, y del aspecto físico de los personajes, sino que se inscribe en la tradición que en Inglaterra representa George Eliot, e incorpora a la narrativa ideas artísticas, filosóficas y científicas. La vida universitaria en Cambridge da ocasión a conversaciones técnicas acerca de la poesía, y la conciencia de Frederica registra corrientes intelectuales y políticas (éstas en mucho menor medida) y acontecimientos como la invasión de Hungría y la crisis de Suez. La composición de la pieza de Alexander sobre Van Gogh introduce diversas apreciaciones sobre la pintura, así como descripciones de obras del artista. Finalmente, la elección que Marcus hace de una disciplina científica desarrolla los temas de biología y botánica que ya estaban en *The Virgin in the Garden*, que continuarán con mayor intensidad en la sección situada en Yorkshire de *Babel Tower*, y que se centrarán en la entomología en *Angels and Insects*²³.

La amplitud y complejidad del marco intelectual que acabo de diseñar a grandes rasgos no debe oscurecer la carga emocional de la novela. *Still Life* contiene uno de los momentos más desgarradores de la narrativa contemporánea: la muerte de Stephanie Potter en un accidente doméstico. La muerte de un personaje joven y bueno es difícil de presentar en literatura sin caer en el sentimentalismo. El caso de Stephanie tenía el peligro añadido de tratarse de una joven madre cuyas relaciones con su marido y sus dos hijos pequeños han ocupado buena parte de la novela, y cuya vida modesta y enteramente doméstica ha sido el contrapunto de las experiencias de Frederica y Alexander en Francia, Cambridge y Londres. La manera en que

²¹ O. KENYON, *Women Novelists Today*. Brighton, The Harvester Press, 1988, pp. 79-80.

²² A.S. BYATT, *Still Life*, p. 215.

²³ A.S. BYATT, *Angels and Insects*. Nueva York, Vintage, 1994 (1ª ed.1992).

muere hace el episodio todavía más insoportable: un pájaro se introduce en su casa, revolotea por varios sitios, y finalmente se esconde detrás de la nevera. Al intentar sacarlo para ponerlo en libertad, Stephanie recibe una descarga y muere electrocutada. En el momento del accidente, Stephanie está en casa con sus dos hijos y su hermano Marcus, quien es incapaz de actuar con rapidez y desenchufar el aparato a tiempo. El final del capítulo describe el revuelo en la casa, la llegada de Daniel, que ignora lo que ha sucedido, y sin que nadie se dé cuenta, la salida del pájaro causante de la tragedia:

The little house filled with people. Ambulance men turned Stephanie —Marcus did not look— and attempted artificial respiration. Gideon Farrar brought a bottle of brandy and gave Marcus some in a teacup. It was no good, the ambulance men said. They would get her to the hospital, but it was no good. A key turned in the front door and Daniel came in, frowning with surprise, suspicion, irritation at seeing Gideon and Marcus, *over whose head a sudden sparrow plunged into the night*²⁴.

La muerte de Stephanie no es la primera muerte accidental en Byatt, ni será la última. En *The Virgin in the Garden*, la señora Thone, mujer del director del internado donde enseñan Bill Potter y Alexander Wedderburn, había perdido a su único hijo, de diez años de edad, tras una caída. Resulta inevitable relacionar la muerte en accidente de personajes jóvenes con la experiencia personal de la autora, quien en 1972 perdió en accidente a un hijo de once años. La narrativa de Byatt, con su combinación de inteligencia y sensualidad para captar el atractivo de las ideas y de los objetos, muestra también el conocimiento de que la vida puede ser trágica.

Más de diez años separan *Still Life* de la tercera novela de la secuencia, *Babel Tower*, publicada en 1996. En el intermedio Byatt había logrado el mayor éxito de su carrera con la publicación en 1990 de *Possession: A Romance*, obra que obtuvo el premio Brooker de novela y otros galardones, y que logró unas cifras de ventas desacostumbradas para una autora que había sido apreciada hasta entonces por un público minoritario. *Babel Tower* es una obra de enorme ambición y originalidad, la más experimental entre las novelas de Byatt, y a la que no se puede hacer justicia sin prescindir de conceptos como el de que la principal función de una novela es contar una historia. Es interesante recordar que E.M. Forster, un escritor que había aparecido como personaje histórico en *Still Life* y que en *Babel Tower* figura a través de uno de sus textos centrales, *Howards End*²⁵, se había referido resignadamente a esta necesidad genérica de la novela. Aunque *Babel Tower* continúa a partir de 1964 la historia que se había iniciado con *The Virgin in the Garden* en 1953, y Frederica

²⁴ A.S. BYATT, *Still Life*, p. 335. La cursiva es mía.

²⁵ A.S. BYATT es también autora de un relato titulado «On the Day That E.M. Forster Died», incluido en *Sugar and Other Stories*. Londres, Vintage, 1995 (1ª ed. 1987).





(ahora casada y con un hijo), Daniel, Alexander y otros personajes de las novelas anteriores (los padres de Frederica, su hermano Marcus, amigos de Frederica de los años de Cambridge) siguen siendo importantes, sería absurdo centrar el interés narrativo en el argumento, afirmación que se puede extender a prácticamente todas las novelas de Byatt con la excepción de *Possession*.

Si en su título *Babel Tower* recoge la imagen espacial de *The Virgin in the Garden*, de las torres de Cambridge y de la Nueva Universidad de North Yorkshire en *Still Life*, y la mezcla con la cuestión lingüística de la historia de la torre de Babel, en el aspecto formal incorpora una historia, impresa en un tipo de letra diferente de la del texto central, cuya autoría no se descubre hasta bien avanzada la novela. Esta narración, cuyo título *Babbletower* juega con el de la novela principal, y cuya acción se desarrolla literalmente en una torre, supone una rara incursión de Byatt en la literatura utópica. En la década de los noventa la autora cultivó en *The Djinn in the Nightingale's Eye* (1994) y en algunos de los relatos incluidos en *Elementals: Stories of Fire and Ice* (1998), un tipo de narrativa fantástica que denomina «fairy stories» y que supone una actualización del cuento de hadas de la tradición europea y, en el caso de *The Djinn*, del cuento oriental de *Las mil y una noches*²⁶.

En cierto sentido, *Babel Tower* es tan literaria como *Possession* (con la que por otra parte tiene escasos puntos de contacto) al incorporar los informes sobre diversas novelas que Frederica escribe para una editorial, varias de sus clases sobre obras de D.H. Lawrence, E.M. Forster y otros novelistas del siglo xx, y muy especialmente los comentarios que varios expertos en literatura hacen en el juicio por obscenidad contra *Babbletower*, y que sitúan en primer plano el abismo entre el lenguaje de la literatura y el de la vida corriente. De hecho, *Babel Tower* ficcionaliza una nueva teorización del lenguaje, y Byatt ha explicado así este aspecto central de la novela:

Babel Tower is the most peculiar object because I did mean to write it in about 1970, but then I wouldn't have understood it. I knew it was going to be about language... In fact, the structure of the being about language of *Babel Tower* depends on reading things that weren't written when I finally did write *Babel Tower*. But because *Babel Tower* was a historical novel I had the further obligation of not putting in or not making my characters know things that were said after the time of the novel²⁷.

El carácter histórico del que habla Byatt está más explícito en *Babel Tower* que en *The Virgin in the Garden*, en la que el subtexto sobre una nueva época isabelina

²⁶ A. CARTER y E. DONOGHUE han abordado el cuento tradicional desde una perspectiva desmitificadora que está ausente en Byatt. Véase A. CARTER, *The Bloody Chamber*. Harmondsworth, Penguin, 1981 (1ª ed. 1979), y E. DONOGHUE, *Kissing the Witch*. Harmondsworth, Penguin, 1998 (1ª ed. 1997).

²⁷ «A.S. BYATT in Interview with Boyd Tonkin», p. 21.

que no llegó a producirse tras las expectativas de la Coronación de 1953 no incidía directamente en los personajes. El contexto es ahora la elección del primer gobierno de Harold Wilson en 1964, y la vuelta al poder del laborismo tras largos años en la oposición. Las expectativas de cambio se centran en la modernización de la sociedad británica a través de la revolución tecnológica, y de reformas sociales de alcance como la abolición de la pena de muerte, la despenalización de las relaciones homosexuales entre adultos, la legalización del aborto, y la liberalización de la legislación sobre el divorcio. A diferencia de los cincuenta, los años sesenta fueron un periodo de grandes transformaciones culturales, algunas de las cuales recoge la novela, aunque es dudoso que quienes acogieron con esperanza la elección de Wilson vislumbraran el cambio de rumbo de la sociedad, en muchos casos independientemente de la acción de gobierno.

La densidad del contexto histórico de la novela puede sorprender si pensamos en la afirmación de la autora, citada más arriba, en el sentido de que *Babel Tower* es una novela sobre el lenguaje. De hecho, uno de los epígrafes de la obra (los otros son varias estrofas del poema de W.H. Auden «Circe» y el fragmento de una carta de Madame de Sade a su marido) es la frase de Nietzsche: «I fear we are not getting rid of God because we still believe in grammar». La reflexión acerca del lenguaje está presente en toda la narrativa, desde el poema que Hugh Pink compone al principio, hasta la dificultad de traducir la experiencia de maltrato que Frederica ha sufrido en su matrimonio al lenguaje legal. Cuando Alexander es nombrado para formar parte de una comisión encargada de elaborar un informe sobre la enseñanza del inglés en las escuelas (Byatt fue miembro entre 1987 y 1988 de la Comisión Kingman, que cumplió el mismo cometido en la vida real), la reflexión teórica se mezcla con las condiciones en las que los niños acceden al dominio de su lengua materna. Wijnnobel, rector de la Universidad de North Yorkshire y lingüista (un personaje que había aparecido ya en *Still Life*), es el único teórico de la comisión. La discusión entre los miembros se centra en la necesidad o no de enseñar gramática, y tras asistir al debate en un instituto en el que alumnos seleccionados defienden diferentes puntos de vista, y al final el voto es mayoritariamente contrario a la gramática, Alexander comenta el resultado con Wijnnobel:

Why do they so hate grammar?

It is something we must try to understand. It is a phenomenon we must analyse. Of course, the grammar of which they are complaining is hopelessly out of date, it is Latinate, it has something to do with modern thinking. But I do not think that is at the root of the problem. Perhaps a reluctance of the brain to contemplate its own operations²⁸.

En una nota al final de la novela, la autora reconoce su deuda con diversos especialistas cuyos conocimientos la ayudaron en aquellas partes de *Babel Tower* que

²⁸ A.S. BYATT, *Babel Tower*. Vintage, 1997 (1ª ed. 1996), p. 180.





inciden en aspectos legales, culturales y científicos. Señala también la influencia que en los años sesenta ejercieron en ella Iris Murdoch, Doris Lessing y George Steiner. Resulta tentador rastrear conexiones con *The Golden Notebook* en tanto que la obra de Lessing había sido la crónica de una crisis de la representación literaria. De hecho, hay rasgos formales de *Babel Tower* que traen a la memoria aspectos de *The Golden Notebook* (igualmente ciertos aspectos temáticos, como la presencia de trastornos mentales y de la nueva psiquiatría), especialmente la incrustación en la narrativa de fragmentos procedentes de otros discursos (de *Waiting for Godot*, de *The Marriage of Heaven and Hell* de Blake, de *The Divided Self* de R.D. Laing, cartas del abogado de Frederica, etc.). El hecho de que Frederica acumule materiales en *Laminations* se parece al uso de los cuadernos en *The Golden Notebook*²⁹. Pero incluso si dejamos a un lado los estilos radicalmente distintos de ambas novelistas, está el dato esencial de que Frederica Potter, a diferencia de Anna Wulf, no es escritora, y de que la indagación acerca del lenguaje en Byatt sobrepasa los límites de lo literario.

La incorporación a la narrativa de nuevos avances y líneas de investigación en genética no es una excrecencia (como no lo es la inclusión del darwinismo en «Morpho Eugenia», la primera novela corta de *Angels and Insects*), sino que añade otro punto de vista sobre lo que significa ser humano. En una conversación con un científico danés que trabaja con su hermano Marcus, Frederica le pregunta si los nuevos conocimientos sobre genética han modificado su actitud hacia la conducta humana:

I was going to say, no. But I think, yes, when I think about it. Love, and all that, is human, like language, which is purely human. I've never liked the idea of teaching apes human language... But when you begin to understand how we are all constructed by the coded sequences of the DNA —hermaphrodite slugs, sexed slugs, *Helix hortensis* and ourselves— when you realise all the things that go on busily in your cells all the time with which your language-consciousness appears to have nothing to do —I think it does change you, yes. I think it does diminish your sense of your own importance rather comfortably³⁰.

Byatt ha declarado que en las tres novelas de la tetralogía (la cuarta, todavía no publicada, tiene el título provisional de *A Whistling Woman*) está presente la cambiante relación entre el lenguaje y la realidad, el lenguaje y la vida social, el lenguaje y las ideas. En el diseño de la tetralogía, la primera y la última novela son realistas en la línea de los dos novelistas a quien Byatt más admira, George Eliot y Proust, y la segunda y la tercera, experimentales. Bien entendido que en Byatt, como en Lessing en *The Golden Notebook*, la experimentación con la forma de la novela y el reconocimiento de la crisis en la representación no implican la renuncia

²⁹ Creo que hay una alusión explícita a la novela de Lessing en el dato de que el cuaderno en el que Frederica recoge sus experiencias sea de color dorado.

³⁰ A.S. BYATT, *Babel Tower*, pp. 463-4.

a la complejidad moral y estética que Eliot y Proust incorporaron a su obra en circunstancias históricas distintas.

Si por un lado las experiencias de la Comisión Steerforth sitúan en primer plano tanto las nuevas teorías sobre el lenguaje como los problemas prácticos de la enseñanza a niños, los dos juicios al final de *Babel Tower* demuestran de manera dramática los conflictos entre diferentes lenguajes, en tanto que el lenguaje legal encuentra inaceptable tanto el lenguaje en el que Frederica describe la experiencia privada de su matrimonio (en el juicio que decide su divorcio de Nigel Reiver, y más tarde la custodia de su hijo Leo), como el lenguaje en que los especialistas en literatura se expresan sobre el hecho literario (en el juicio por obscenidad contra *Babbletower*). Un extracto del testimonio de Alexander Wedderburn a favor de *Babbletower* puede dar cierta idea de lo que está en juego en la larga secuencia del juicio:

Alexander says that *Babbletower* is not part of a genre that requires subtle characterisation. Hefferson-Brough [el abogado defensor] asks him to explain «genre» to those members of the jury «who do not know any technical literary terms»... Alexander says that the point about the characters in *Babbletower* is that they are *types*, like the characters in an allegory, or a satire, or a comedy of manners. He is asked to explain allegory, satire, comedy of manners. He is asked to say that to say that characters are «types» is not to say that they are vulgar or crude. He replies «Of course not», and hears a ripple of laughter, laughter against either him or Hefferson-Brough with whom he is meant to be agreeing. They *represent* qualities, says Alexander. Good qualities? Not necessarily. Many qualities. As in life³¹.

El juicio del divorcio de Frederica es crucial desde el punto de vista de la historia de las mujeres; sitúa en primer plano cuestiones como el maltrato doméstico, la construcción social de la maternidad, y la dificultad de obtener el divorcio antes de las reformas de los años sesenta. Como suele ser habitual en Byatt, las cuestiones femeninas no aparecen aisladas del acontecer social en una época determinada. Además del juicio del divorcio de Frederica, *Babel Tower* incorpora, como ya he señalado, el juicio contra *Babbletower* (que traerá a la memoria el juicio al comienzo de los años sesenta contra la publicación íntegra de *Lady Chatterley's Lover*, pero que en realidad está inspirado por el juicio contra *Last Exit to Brooklyn*), y hay referencias en la novela a diversos juicios famosos en la época, los relacionados con los escándalos sexuales que precipitaron la caída del gobierno de Harold Macmillan y prepararon el terreno para la victoria laborista en 1964, y el que se siguió contra los llamados «Moors Murderers», un hombre y una mujer jóvenes que torturaron y asesinaron a varios niños.

Del mismo modo que *The Virgin in the Garden* y *Still Life* incorporan la perspectiva que los personajes tendrán en el futuro de los acontecimientos de los años cincuenta, *Babel Tower* combina una aguda sensibilidad hacia los cambios cul-

³¹ *Ibidem*, p. 534.





turales con el análisis que permite la distancia desde los noventa. Byatt presenta los inicios de la revolución cultural de los sesenta en Londres bajo el dominio de dos figuras contrapuestas, Tolkien y el Marqués de Sade. En una novela en la que el desarrollo de la imaginación infantil a través del lenguaje ocupa un lugar destacado, Tolkien aparece en el plano mimético cuando Frederica lee *The Hobbit* a su hijo Leo, y en el plano simbólico en la infantilización que fue un componente de la contracultura y que se manifiesta en aspectos de la moda de la época, y en la apropiación festiva de personajes y situaciones de Tolkien. La influencia de Sade se deja sentir en productos culturales como el teatro de la crueldad (especialmente el *Marat/Sade* dirigido por Peter Brook), en el juicio contra los «Moors Murderers», ya que Ian Brady era un apasionado de los escritos del marqués, y naturalmente en *Babbletower*, la historia-dentro-de-la-historia que incorpora en su título tanto la metáfora espacial de *Babel Tower* como la metáfora lingüística.

Aunque en apariencia las circunstancias son diferentes, el juicio sobre la vida privada (el divorcio de Frederica) y la cuestión pública de la permisividad social ante la distribución de material que algunos consideran puede corromper a los lectores (la demanda contra los editores de *Babbletower*) ponen de relieve la naturaleza opaca del lenguaje y su capacidad de crear y distorsionar la realidad. He citado más arriba el diálogo de Alexander y el abogado a través de la barrera entre el especialista y el público en general. En el proceso de divorcio de Frederica (a quien su marido ha golpeado y herido con un hacha y le ha contagiado una enfermedad venérea), el abogado que representa los intereses de Nigel Reiver insiste en que Frederica era una mujer sexualmente experimentada cuando se casó, y tanto él como testigos favorables al marido mencionan repetidas veces la afición de Frederica por la lectura. Tras la vista, Frederica comenta con su abogado:

I feel I'm on trial for reading books.

You are. Partly.

I wouldn't be if I were a man.

Perhaps not. I know a couple —early thirties, can't have children, desperate to adopt. The social worker concerned in vetting them sent in a report saying «Plausible couple, well intentioned. Too many books in the house. Wife reads»³².

La acción de *Babel Tower* concluye en diciembre de 1967, antes de que la segunda ola del movimiento feminista tuviera fuerza organizativa y se situara en el primer plano de la actualidad política. En teoría, la última novela de la tetralogía situará a Frederica en los años de concienciación feminista, con resultados difíciles de prever. En *Babel Tower* Frederica sigue siendo una mujer cuyos mejores amigos y mentores intelectuales son hombres. La solidaridad femenina no existe (aunque había aparecido brevemente entre mujeres maduras en el capítulo «Good Wives» de

³² *Ibidem*, p. 501.

The Virgin in the Garden), y las mujeres que viven dentro de los patrones tradicionales se sienten amenazadas por la independencia y la inteligencia de Frederica (algo que parece tener un componente autobiográfico, aunque por otro lado se trata de un fenómeno que Betty Friedman había señalado ya en *The Feminine Mystique*). La anomalía que Frederica representa provoca tensiones en una fiesta a la que asisten varios profesores de la nueva universidad de North Yorkshire. Las esposas forman un círculo aparte mientras los hombres hablan de asuntos profesionales, y la voz narradora indica que el tema central de la conversación entre las mujeres (todas las cuales han sacrificado sus aspiraciones intelectuales ante las exigencias de la vida doméstica) es la depresión. Tras un pequeño incidente en el que la mujer del rector, una mujer con graves problemas psíquicos, le reprocha a Frederica el que trabaje para mantener a su hijo, la socióloga Brenda Pitcher se retira al cuarto de baño y cambia la cinta magnetofónica en la que ha estado grabando a las mujeres:

She has embarked on an interesting research project on the lives and conversational preoccupations of university wives, which she will extend to a larger one, she thinks, on the motherhood and married lives of educated women, in due course. She collects their speech habits, their sentences, their regrets, their hopes, their circular discussions, their pregnant silences, as Lyon Bowman collects patterns of dendrites and glia. She will write a book, in the early 1970s, called *Hen Parties*, which will be a huge bestseller and change many lives, including her own³³.

Es preciso señalar que la representación de las relaciones de género es una pequeña parcela dentro del ambicioso mosaico de *Babel Tower*. La construcción de la feminidad y la maternidad a través del lenguaje a la que Frederica se enfrenta en el juicio, la disparidad entre su experiencia e identidad y la traslación al lenguaje legal, son inseparables de los lenguajes cerrados que la novela incorpora y cuyo inicio la autora sitúa en los años sesenta: la teología de la muerte de Dios, la anti-psiquiatría de R.D. Laing, el lenguaje científico de los estudios sobre el ADN, las nuevas teorías lingüísticas. El intento de representar e interpretar la experiencia con el lenguaje literario parece imposible, y Frederica, como había hecho Anna Wulf en *The Golden Notebook*, intenta describir lo que sucede en un día de la forma más literal posible, y descubre que la aparente fidelidad a la experiencia es falsa e insostenible de leer.

La experimentación con el lenguaje de Frederica la lleva a recortar y pegar fragmentos de dos novelas claves sobre las relaciones personales dentro de la tradición inglesa del siglo XX, *Women in Love* y *Howards End*, junto con retazos de la carta del abogado de su marido en la que expone los planes que éste tiene para la educación de su hijo Leo. Con su habitual lucidez, se da cuenta de que no es justo culpar a Lawrence y Forster de su desastroso matrimonio, y procede a pegar en

³³ *Ibidem*, p. 254.





Laminations citas de Thomas Mann, Laing, Nietzsche, Beckett y Blake; siguiendo también a Anna Wulf, añade dos historias: la primera se la ha contado un alumno de su curso de literatura para adultos y no parece guardar conexión con Frederica o *Babel Tower*, la segunda es más cercana y tiene puntos de contacto con la primera narración de *The Matisse Stories*³⁴.

Aunque no puedo detallar aquí de manera exhaustiva la incorporación de narrativas literarias, científicas, pedagógicas, infantiles, artísticas, legales que *Babel Tower* despliega a lo largo de sus más de seiscientas páginas, y que hacen de ella una de las novelas más ambiciosas de la década de los noventa, sí tengo que referirme a un aspecto que resulta intrigante en una primera lectura: la inclusión de forma intermitente a partir de la página 10 y con un tipo de letra diferente, de una historia situada en Francia en la época del Terror, y cuya relación argumental con *Babel Tower* no se descubre hasta bien avanzada la novela. La relación temática está más difusa e involucrada en las diferentes claves intertextuales. Ya ha señalado la conexión entre ambos títulos; si *Babel Tower* alude a la historia bíblica sobre el comienzo de la confusión de las lenguas (y posiblemente a *After Babel* de George Steiner, uno de los autores cuyas ideas influyeron en Byatt en los sesenta), *Babbletower* incide en el balbuceo típico de los niños, en una novela en la que la infancia está en un primer plano temático: la lucha por la custodia de Leo entre Frederica y su marido, la investigación de la Comisión Steerforth sobre la enseñanza de la lengua materna, la evolución de los hijos de Stephanie y Daniel, la presencia de textos de literatura infantil, o el abuso sexual en la comunidad utópica de *Babbletower* y en la historia personal de Jude Mason y de otros personajes secundarios.

Los dos títulos recogen la imagen de la torre, que ya había aparecido en *Still Life* en las torres de Cambridge y las de la Nueva Universidad de North Yorkshire, y que ahora se multiplica con la torre de la iglesia de St Simeon bajo la que Daniel Orton atiende las llamadas de personas desesperadas, las Torres del Lenguaje, la Evolución, las Matemáticas, etc., en el campus de la Universidad de North Yorkshire, y obviamente la Tour Bruyarde en la que los fugitivos del Terror revolucionario inician una nueva vida bajo la dirección de Culvert en *Babbletower*. Estoy en desacuerdo con Richard Todd cuando postula una correspondencia casi exacta entre la historia de *Babbletower* y la experiencia de Frederica en *Babel Tower*; en su lectura, la Tour Bruyarde y Culvert serían versiones fantásticas de Bran House (la mansión en el campo del marido de Frederica) y del propio Nigel Reiver, respectivamente³⁵.

Las ideas del Marqués de Sade tienen una posición central en *Babbletower* (junto con las de Charles Fourier) y lateral en *Babel Tower*, y la historia-dentro-de-la-historia reitera, dentro de un contexto fantástico y utópico, algunas de las cues-

³⁴ Cf. A.S. BYATT, «Medusa's Ankles», en *The Matisse Stories*, Londres, Vintage, 1994 (1ª ed. 1993), pp. 3-28.

³⁵ Véase R. TODD, *A. S. Byatt*. Plymouth, Northcote House, 1997, pp. 71-2. Todd reconoce que los paralelismos que traza no son completamente exactos.

ciones que aparecen en el marco realista e histórico de la Inglaterra de los años sesenta.

He intentado dar una somera idea de la complejidad intelectual y literaria de *Babel Tower* porque me parece, no sólo una de las novelas más importantes de la Inglaterra de los años noventa, sino un ejemplo paradigmático de cómo cuestiones feministas pueden salir del gueto de la literatura convencionalmente «de mujeres» (algo que, por otra parte, ya habían hecho, con estilos muy distintos, George Eliot y Doris Lessing). Con la audacia que la caracteriza, Byatt ha escrito una crónica de la mujer universitaria inglesa desde el apogeo de la mística de la feminidad hasta las vísperas del movimiento feminista, en la que la figura central, Frederica Potter, despierta escasas simpatías. El concepto de identificación con el sufrimiento femenino, que fue tan importante en las narrativas de emancipación feminista de los años setenta, está ausente de Byatt, quien sin embargo presenta con notable empatía una figura tan poco estimada en literatura (y en la vida real) como la de la mujer madura. Hay que relacionar este aspecto con otro que llama la atención de cualquiera que esté familiarizada con la novela de mujeres contemporánea, y que he mencionado ya en este trabajo: la forma consciente en que Byatt evita ficcionalizar la confrontación con la madre, algo que Margaret Drabble ha hecho repetidas veces a lo largo de su carrera³⁶.

En *Possession: A Romance* (singularmente en la figura de Mortimer Cropper), en el relato «Precipice-Encurled», y en su última obra *The Biographer's Tale*, Byatt muestra desconfianza hacia la interpretación biográfica de la literatura y el excesivo interés por la vida de los escritores³⁷. De ahí su disgusto ante el uso que Drabble hace de la vida de la madre de ambas en su última novela³⁸. En el caso de las escritoras, el temor está en que la atención se centre en cuestiones convencionalmente «femeninas» y se pase por alto aspectos estilísticos, intelectuales e intertextuales que en Byatt son centrales. Byatt suele poner como ejemplo a George Eliot, que tenía mucho que decir sobre las mujeres, pero también sobre la ciencia y la historia. Espero haber mostrado cómo en la tetralogía inacabada de Byatt, la historia cultural de la mujer inglesa en los años del predominio de la mística de la feminidad se enmarca en una ambiciosa ficcionalización del pensamiento actual en torno al lenguaje, la representación, la pintura, la biología, la utopía, y en última instancia, la presencia del mal en un mundo en cuyas formas, colores y significados la escritora se recrea.

³⁶ Cf. M. DRABBLE, *Jerusalem the Golden*. Harmondsworth, Penguin, 1972 (1ª ed. 1967); *The Realms of Gold*. Harmondsworth, Penguin Books, 1982 (1ª ed. 1975); *The Radiant Way*. Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1987.

³⁷ A.S. BYATT, *Possession: A Romance*. Londres, Chatto and Windus, 1990; «Precipice-Encurled», en *Sugar and Other Stories*, pp. 185-214; *The Biographer's Tale*. Londres, Chatto and Windus, 2000.

³⁸ M. DRABBLE, *The Peppered Moth*. Londres, Viking, 2000. Véase R. BROOKS, «Literary Sisters Fall out as Drabble Attacks Mother». *The Sunday Times*, November 19 (2000), p. 13.



TO BE OR NOT TO BE: LA ANSIEDAD DE LA ANDROGINIA EN VIRGINIA WOOLF

Elena Gascón-Vera
Wellesley College

RESUMEN

En este texto se rinde homenaje a la obra pionera de Virginia Woolf por su denuncia del encasillamiento genérico y a su reivindicación, a través de la escritura, de la androginia como forma de desestabilizar la injusta esterotipia de lo femenino y lo masculino. La creatividad literaria de Woolf presagió numerosas interpretaciones feministas y postmodernas respecto al modelo heredado de sujeto. *Orlando* y *Las Olas* son las obras elegidas para ejemplificar que la llamada «política de la identidad» es rechazada desde el discurso de la ambigua androginia que propone Woolf.

PALABRAS CLAVE: Virginia Woolf, androginia, escritura, creatividad, ambigüedad.

ABSTRACT

This paper highlights the insights Virginia Woolf pioneered. Her work not only challenged gender stereotypes but the author's vindication of androgyny offered a way to destabilise delimiting depictions of both the feminine and the masculine. The literary creativity of Woolf presaged the feminist, including its postmodern version, questioning of conventional concepts of subjectivity. The work of Woolf, especially *Orlando* and *The Waves*, allows us to address the problematic of so-called «identity politics».

KEY WORDS: Virginia Woolf, androgyny, writing, creativity, ambiguity.

I will go on adventuring, changing,
opening my mind and my eyes,
refusing to be stamped and stereotyped.
Virginia Woolf,
Diary, 1933¹

Si quisiéramos resumir en dos palabras las constantes epistemológicas y existenciales de Virginia Woolf a través de toda su producción novelística, ensayística y autobiográfica podríamos llegar a la conclusión de que toda su obra es un deseo de explicarse a sí misma como mujer y como escritora. Esencialidad y actividad a la que dedicó toda su vida en un constante esfuerzo por capturar y solidificar la reali-



dad del significado de ser mujer que ella creía sólo podría alcanzar a través de la escritura².

Como mujer tenía primero que matar al Ángel de la Casa, aquella idea de mujer sacrificada y entregada que encontraba su razón de ser en el servicio al hombre y a la familia³ y, segundo, destruir el espacio interior y exterior donde ésta había habitado hasta ahora⁴. Es decir, tenía que cambiar la percepción colectiva de la mujer como madre doméstica y pilar del patriarcado, por una nueva mujer independiente y capaz de crear su propio espacio interno y externo y, al mismo tiempo, hacerlo real y con prestigio.

Como escritora era consciente de las dificultades de elección y de posibilidades que tenían las mujeres de su época y sabía que, ante todo, era necesario construir un nuevo discurso femenino. Para ello, además de superar las dichas limitaciones de la condición femenina sometida a censuras y autocensuras culturales, había que desafiar a sus predecesores eduardianos⁵, al mismo tiempo que tenía que luchar contra las posturas elitistas y cuasi-fascistas de sus contemporáneos modernistas, Wells, Eliot y Yeats⁶.

Inmersa en el patriarcado cultural de su distinguida familia y en la compulsiva heterosexualidad de su clase y de su época, Virginia Woolf sólo veía la posibilidad de auto-expresión a través de la novedad y originalidad de su escritura. En ella vertía el esfuerzo constante de analizar, a fin de controlar y superar, los miedos y las luchas, las aspiraciones y los logros de las mujeres como productoras de cultura, saber y conocimiento. Asimismo, su rechazo a la violencia sexual masculina que había ex-

¹ «Continuaré aventurándome, cambiando, abriendo mi mente y mis ojos y negándome a ser encasillada y estereotipada», en V. WOOLF, *Diary 1933*. Dedico este trabajo a María José Guerra.

² C. SUTHERLAND, «Substantial Men and Transparent Women: Issues of Solidity y *Jacob's Room*», en M. HUSSEY & V. NEVEROW, *Virginia Woolf: Emerging Perspectives*, Pace University Press, 1994, pp. 59-65; P. WAUGH, *Feminine Fictions: Revisiting the Postmodern*. Londres, Routledge, 1989.

³ «You may not know what I call the Angel in the House. I will describe her as shortly as I can. She was intensely sympathetic. She was immensely charming. She was utterly unselfish. She excelled in the difficult arts of family life. She sacrificed herself daily. If there was a chicken, she took the leg; if there was a draught she sat in it—in short she was so constituted that she never had a mind or a wish of her own, but preferred to sympathize always with the minds and wishes of others. Above all—I need to say it—she was pure.» V. WOOLF, *Killing the Angel of the House*. Londres, Penguin Books, 1999, p. 3.

⁴ G. BACHELARD, *Poetics of Space*. Boston, Beacon Press, 1969.

⁵ R. MAJUMDAR & A. MCLAURIN (eds.), *Virginia Woolf: The Critical Heritage*. Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975, y G. TUCHMAN, N.E. FORTIN (eds.), *Edging Women Out: Victorian Novelists, Publishers and Social Change*. New Haven, Yale UP, 1989; E. SCHOWALTER, *The Female Malady: Women, Madness, and English Culture, 1830-1980*. Nueva York, Pantheon, 1985; M. HUSSEY, *The Singing of the Real World: The Philosophy of Virginia Woolf's Fiction*. Columbus, Ohio State University Press, 1986.

⁶ En su horror al fascismo que ella veía prevalente en sus contemporáneos modernistas, Virginia Woolf se inspiró en el libro de Hilary Newitt, *Women Must Choose: The Position of Women in Europe To-Day*. Londres, Victor Gollanz, 1937.

perimentado siendo niña por el abuso sexual de sus hermanastros, y el horror al convencionalismo de un matrimonio burgués, la llevan a definirse como un sujeto alternativo dentro de la ambigüedad del ser o del no ser, de lo masculino y de lo femenino⁷.

Virginia Woolf busca una solución al maniqueísmo de poder que divide esencialmente a los seres humanos en una antítesis genérica y sexual. Para ello recoge y desarrolla en su obra y en su vida ideas que estaban latentes en Inglaterra desde las primeras feministas del siglo XVIII y sobre todo durante la lucha por el sufragio de las mujeres en los años 1870⁸. Desde entonces las mujeres inglesas estaban elaborando la estrategia de una construcción de prácticas sexuales que no fueran controladas por la economía patriarcal. «La Nueva Mujer», como entonces se decía, tenía que ser y comportarse como hermafrodita sexual y concebirse como un sexo intermedio que existiera entremedias o más allá del orden social y biológico. La androginia conceptual o la práctica bisexual permitía a las mujeres ir más allá de la presencia simultánea de los opuestos duales, masculino/femenino, que ellas concebían como antagonicos pero que era exigida como norma inamovible.

Esta estrategia de la Mujer Nueva estaba abocada a fracasar ya que no mostraba una verdadera alternativa para la mujer. En realidad sólo invertía e intercambiaba las mismas metáforas dominantes sin desconstruirlas. Sin embargo, contribuyó a que las mujeres de los años veinte y treinta se percibieran, por primera vez, como capaces de acción y fuerza política y social y como elementos subversivos y productores de desorden y de rebeldía en la sociedad. La Mujer Nueva, aunque limitada, empezaba a ser individualizada.

Más adelante, en la formación de su discurso andrógino Virginia Woolf se vio forzada a tomar una conciencia política mayor, como reacción intelectual y moral a la expansión destructiva del fascismo que se iba desarrollando paulatinamente en el período de entreguerras. Testigo de las soluciones unilaterales y miopes, extremadamente bélicas y patriarcales, a los problemas ocasionados por la Primera Guerra Mundial, se fue concentrando más intensamente en la lucha contra la impotencia y desigualdad genérica que había experimentado desde niña y fue definiendo cada vez más su preocupación por la injusticia que sufrían las mujeres.

En su libro de ensayos *Three Guineas* (1937) denuncia la tendencia de la sociedad a enfatizar la diferencia entre el hombre y la mujer, con la intención de humillar y despreciar a esta última. Al mismo tiempo, veía con lucidez la dimensión

⁷ L.A. DESALVO, *Virginia Woolf: The Impact of Childhood Sexual Abuse in her Life and Work*. Boston, Beacon Press, 1989.

⁸ C. SMITH-ROSENBERG, «The New Woman as Androgyne: Social Disorder and Gender Crisis, 1870-1936», en *Disorderly Conduct: Visions of Gender in Victorian America*. Oxford, Oxford University Press, 1985, pp. 245-96; «Discourses of Sexuality and Subjectivity, The New Woman, 1870-1936», en M.B. DUBERMAN, M. VINCINUS y G. CHAUNCEY (eds.), *Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past*, Nueva York, Penguin, 1989, pp. 264-280.



de profundo fascismo misógino que el patriarcado prevalente en su sociedad llevaba implícito. En algún momento pensó titular este libro como *On Being Despised* que se podría traducir, «Sobre el ser despreciadas». En esta obra escrita en 1937 se rebela también, contra las tendencias políticas y literarias de sus contemporáneos, Yeats, Wells, Eliot y les avisa de que también ellas están cargadas de fascismo⁹. Brillantemente enfatiza el paralelismo entre literatura y política y la semejanza «a priori» entre la práctica unilateral de la masculinidad y el fascismo, al mismo tiempo que declara su rechazo absoluto a adoptar, como mujer, la ideología pseudofascista y patriarcal de sus admirados contemporáneos¹⁰. Consciente de que no sólo era despreciada por ser mujer, sino también por no poder mantener, con conciencia, una ideología de poder mantenida por su país colonial y por su clase social, llegó a la conclusión de que para conservar su libertad de acción personal y política, «es esencial permanecer fuera y realizar mis propias creencias: o sobre todo no aceptar las de ellos»¹¹.

A pesar de todos los avances ocurridos en el último siglo, la mujer, como ha tratado de explicar Pierre Bourdieu en un libro reciente, todavía está sujeta a la violencia real y simbólica de la dominación masculina. Su ser carece de una posición estable, es un devenir constante porque está falto de una esencia aceptada como norma. La mujer todavía sólo está definida por sus funciones, por sus papeles, por sus actuaciones, y éstos, a pesar de ser imprescindibles para la supervivencia de la sociedad son, paradójicamente, considerados inexistentes y sin valor¹². En un mundo patriarcal que define a la mujer como «el otro» sin un espacio propio, como un cero a la izquierda, vacío de contenido, la mujer tiene que manifestarse detrás de una máscara que vacile convenientemente entre la apropiación de lo masculino y de lo femenino, a fin de conseguir un espacio simbólico, metafórico y real donde pueda realizar su ser.

En *A Room of One's Own* (1929) Virginia Woolf hace un paralelismo entre controlar el espacio de escribir y el espacio de ser mujer con posibilidad de elección.

⁹ Atacaba las ideas del fascismo sobre la mujer que ella veía calcadas en las posturas políticas de sus contemporáneos modernistas. Mary M. PAWLOWSKI, «All the gents, against me», en V. WOOLF, *Three Guineas*, y «The Sons of Educated Men», en M. HUSSEY & V. NEVEROW, *Virginia Woolf Emerging Perspectives*, Pace University, 1994; E. CULLINGFORD, *Yates, Ireland and Fascism*. Nueva York, New York University Press, 1981, pp. 44-51.

¹⁰ M^a.A. MACCIOCHI, «Female Sexuality in Fascist Ideology». *Feminist Review*, vol. 1 (1979), pp. 67-82; B. SILVER, «Virginia Woolf: Cultural Critique», en B. KIME SCOTT (ed.), *The Gender of Modernism*, Bloomington, Indiana University Press, 1990; C. REED, «Through Formalism: Feminism and Virginia Woolf's Relation to Bloomsbury Aesthetics». *Twentieth-Century Literature*, vol. 38, Spring (1992), pp. 20-43; S.R. SULEIMAN, *Subversive Intent: Gender, Politics and the Avant-Garde*. Cambridge, Harvard University Press, 1990.

¹¹ «It is essential to remain outside; and realize my own beliefs: or rather not to accept theirs», en A. OLIVIER BELL (ed.), *The Diary of Virginia Woolf*, 5 vols., Londres, The Hogarth Press, 1977-1984, vol. v, p. 340.

¹² P. BOURDIEU, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 1999, pp. 12-13.

Su metaforización del espacio y la representación sexual son campos de poder donde se dilucida la libertad de la dependencia sexual y económica de las mujeres y se clarifica y cuestiona el conflicto de éstas ante sus distintos registros como productoras de niños o como productoras de cultura y de desarrollo.

El espacio propio que concibe la Woolf está cargado de reivindicación política porque intenta romper ante todo con el fascismo patriarcal que rodea y que generaliza a las mujeres como enemigos sociales. Es un espacio que intenta centrar a la mujer en un microcosmos propio e individual basado en el género y que desafía a la acusación de «locas», «brujas», «asesinas», «lesbianas», o «corruptas» cuando se define como un espacio de la diferencia que aleja a la mujer de las expectativas culturales y sociales de su época¹³.

Por otra parte, es un espacio que trasciende lo metafórico y lo físico y que requiere la solución de una complejidad casi irresoluble. Virginia Woolf exige que vayamos más allá de cualquier reivindicación de igualdad, porque para ella el enemigo está más allá de la práctica de ser y de poder. O se es o se actúa desde lo aceptado, es decir, como los hombres, o se llega a ser y a actuar desde la diferencia, ofreciendo un nuevo paradigma. Sin embargo, la diferencia no puede ofrecerse únicamente desde lo femenino, ya que ese espacio no existe porque está anulado y borrado y sólo es un reflejo distorsionado y esclavizado del poder masculino. Virginia Woolf veía la única posibilidad para conseguir una verdadera autorrealización femenina en la apropiación real y metafórica de los dos sexos. Primero a través de la práctica superficial del travestismo y, más en profundidad, a través de la androginia¹⁴. Su solución creativa y desesperada es la posibilidad de la androginia, creando con ello una nueva aporía en donde la androginia se vuelve un campo de lo femenino que tiene que contemporizar y alternarse con la apropiación de lo masculino que le ha sido denegado. Con ello intentaba mostrar la arbitrariedad de la forzada invisibilidad de las mujeres, y probar, como dice Kristeva, que es en el empeño de mantener una representación sexual definida donde más se encarna la arbitrariedad del signo sexual, su imposibilidad metafórica y su naturaleza retórica¹⁵.

Su autodefinición parece inmersa en una teoría de la autonomía diferencial del yo-femenino, y del ellos-masculino y sólo puede ser válida en la producción

¹³ J. MARCUS, *Virginia Woolf and the Languages of Patriarchy*. Bloomington, Indiana University Press, 1987.

¹⁴ N. TOPPING BAZIN, *Virginia Woolf and the Androginous Vision*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1973; C.G. HEILBRUN, *Towards a Recognition of Androgyny*. Nueva York, Harper & Row, 1973; E. SHOWALTER, «Virginia Woolf and the Flight into Androgyny», en *A Literature of Their Own: British Women Novelist from Bronte to Lessing*, Princeton, Princeton University Press, 1977, pp. 263-97; T. MOI, *Sexual/Textual Politics: Feminist Literary Theory*. Londres, Methuen, 1985, pp. 1-18.

¹⁵ J. KRISTEVA, *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art*. Nueva York, Columbia University Press, 1980.





creativa y literaria. Por eso, sus novelas rechazan lo autorial y no se impone en ningún momento a sus personajes, eludiendo con ello la posibilidad de un conocimiento autoritario en donde el consumidor cultural, autor y lector, se vean como poseedores exclusivos de la palabra escrita. El texto se re-escibe constantemente en sí mismo y es una apertura estable al ser y al no ser. Escritora implacable, su discurso literario resulta indefendible e inenarrable y requiere una esencialidad que ella resuelve en la posibilidad andrógina en donde se produce una unión estable, en donde los discursos masculino y femenino se entremezclan¹⁶.

Muchas de sus múltiples metáforas sobre la producción textual intelectual las enfrenta con el desarrollo del proceso creativo como feminidad —maternidad— en contra de la masculinidad —facilidad— del proceso autorial. En cuanto a la androginia como forma de vida, Virginia Woolf insiste en la metáfora maternal de la creatividad porque se sentía inquieta y ansiosa ante el proceso de la maternidad biológica¹⁷. Esta ansiedad le lleva a traducir y a re-imaginar obsesivamente el proceso biológico de ser mujer hacia el proceso artístico de trascender lo femenino. En la posibilidad de escribir, de crear, y en su proceso a la vez fálico y maternal, encuentra el único compromiso para la solución del conflicto de ser mujer: la ansiedad creativa de una androginia metafórica¹⁸.

El acto de crear a través de la pluma, del pincel o del cincel puede considerarse masculino porque sirve de vehículo para la auto-expresión del autor/a, tradicionalmente masculino. La pluma, *the pen*, es el yo autorial, expresado en el reflejo fálico del *I* inglés. Sin embargo, la mente produce la obra en un complejo proceso de años de pensamiento y de especulación y de gestación, y con ello hace el oficio de seno materno. El resultado, la obra, el texto, es un conglomerado de los dos y deviene cargado de una autonomía textual ideal. La obra maestra elude el ego —simbólicamente masculino— de su autor/a y está separada de su creador/a por medio de la mente —simbólicamente femenina— que es la amalgama de lo concebido. Al externalizarse, el texto asume una posición autónoma y corporeizada independiente del autor/a.

Su obra se impone simultáneamente como lectura, aparentemente receptiva, pasiva, femenina, y como autoría, activa, narcisista, masculina, donde se suprime conscientemente la presencia del *ego* que resulta de una vulgar facilidad inaceptable. «El estado de leer, [de escribir] —dice en una de sus cartas—, consiste en la

¹⁶ M. HUSSEY, *Virginia Woolf from A to Z*. Nueva York, Oxford University Press, 1995.

¹⁷ E. MOERS, *Literary Women*. Garden City, Doubleday, 1977; J. LILIENFELD, «Recentring Paradise: Cather, Collette, Woolf and their Mothers», en C.N. DAVIDSON & E.M. BRONER (eds.), *The Lost Tradition: Mothers and Daughters in Literature*, Nueva York, Frederick Ungar, 1980, pp. 160-75; J. GALLOP, *The Daughters Seduction: Feminism and Psychoanalysis*. Ithaca, Cornell University Press, 1985; E. BAYUK ROSENMAN, *The Invisible Presence: Virginia Woolf and Mother-Daughter Relationship*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1986.

¹⁸ E. ABEL, *Virginia Woolf and the Fictions of Psychoanalysis*. Chicago, The University of Chicago Press, 1989.

eliminación completa del ego; y es ego el que alza a sí mismo como otra parte del cuerpo que no me atrevo a nombrar»¹⁹.

Las autoras, las lectoras, necesariamente, tienen que tomar, asimismo, una actitud metafóricamente andrógina, porque en su proceso creativo y en su resultado los textos escritos por mujeres, ya sean literarios o artísticos, son siempre andróginos²⁰. El ego del que parten está basado en la auto-identificación autorial con el falo, que debe ser eliminado y transcendido a través de la aceptación de un proceso de creatividad biológica, esencialmente femenino. Su rechazo al falicismo de lo autorial, de lo normativo, es paralelo a su rechazo del discurso patriarcal, político y social mantenido por sus contemporáneos modernistas²¹. En estas ideas Virginia Woolf se antepone al postmodernismo y a las teorías de *l'écriture féminine*, de Hélène Cixous o la *jouissance féminine* de Jacques Lacan²².

Todos sus ensayos y novelas, directa o indirectamente, se presentan como un manifiesto de denuncia de la realidad de la manipulación violenta que sufren las mujeres. Su intención era meditar sobre esta situación para ofrecer una alternativa discursiva que forzara a las mujeres a superar los obstáculos que la sociedad patriarcal les pone en su producción y auto-realización. En ellos resuenan múltiples obsesiones hacia la ambigüedad de la mujer que se debate entre las restricciones que sufre su sexo y la posibilidad de conseguir una completa autonomía.

Pero es en *Orlando* (1928)²³ donde más claramente aparece la idea de la androginia como metáfora del proceso creativo y como forma de vida. Virginia lo construye como homenaje y espejo hacia su amante, Vita Sackville-West, en un proceso doble de narcisismo mutuo que es integral al acto amoroso y al acto creativo. Sin embargo, su narcisismo no es fálico, porque el personaje es proteico, cambiante, y, como texto y como símbolo de una alternativa de los géneros, permanece preso en sus contradicciones.

Orlando como texto literario rompe con la determinación de los géneros literarios, es conjuntamente novela, biografía y ensayo, y amplía y cuestiona los períodos históricos porque va desde la época isabelina hasta la moderna. Como

¹⁹ «The state of reading consists in the complete elimination of the *ego*; and it is the ego that erects itself like another part of the body I don't dare to name.», en N. NICHOLSON & J. TRAUTMANN (eds.), *The Letters of Virginia Woolf*, Nueva York, Harcourt, 1979, vol. V, p. 2.915.

²⁰ S. ROE, *Writing and Gender: Virginia Woolf's Writing Practice*. Nueva York, St. Martin P., 1990.

²¹ M. VICINUS, *Independent Women: Work and Community for Single Women, 1850-1920*. Chicago, University of Chicago Press, 1985.

²² A. GIBALDI CAMPBELL, «Virginia Woolf and Hélène Cixous: Female Fantasy in Two of Woolf's Short Stories», en M. HUSSEY & V. NEVEROW, *op. cit.*, pp. 71-76; P.L. CAUGHIE, *Virginia Woolf and Postmodernism: Literature in Quest and Question in Itself*. Urbana, University of Illinois Press, 1991; J. GALLOP, *Reading Lacan*. Ithaca, Cornell University Press, 1985; E. GROSZ, *Jacques Lacan: A Feminist Introduction*. Nueva York, Routledge, 1990.

²³ V. WOOLF, *Orlando*. Nueva York, Penguin, 1946.





historia de un personaje, Orlando es la posibilidad de un proyecto vital nuevo en donde el sujeto se desliza por distintas identidades sexuales literarias e históricas destruyendo los límites ontológicos para destrozarse las clasificaciones rígidas y las polaridades fijas que prescriben unas normativas diferenciales entre los sexos. Para Virginia Woolf el sexo femenino es paralelo a la construcción de un discurso, de un texto, nuevo, distinto. Orlando puede definirse mejor como mujer porque se enmascara en hombre. Sólo así y con la posibilidad de la libertad artística y retórica de escribir que cubre un periplo de distintas épocas históricas podrá encontrar el reflejo de una feminidad suprimida que se define más correctamente a través del amor bisexual, heterosexual y lesbiano. La búsqueda de la mujer sólo es posible a través de la desconstrucción del mito burgués de la heterosexualidad del matrimonio. La androginia aquí se erige como fantasía, pero, al mismo tiempo, cuestiona el papel de la metáfora de la representación figurativa no sólo de los sexos sino también de la construcción de un texto verdaderamente femenino, alejado de la ansiedad de una influencia tradicionalmente masculina. La androginia de Orlando la hace lo que Nietzsche denominaría una mujer afirmativa, una mujer que tiene el referente en sí misma y no en el hombre. Esta mujer es a la vez masculina y femenina, su situación social es múltiple, heterogénea y en esa indeterminación puede afirmar su propia sexualidad a través de la aceptación de una sexualidad inestable y maleable.

En *Orlando*, Virginia Woolf va más allá de estas ideas bastante simplistas de las sufragistas y de muchas de las feministas más modernas porque su cuestión es más conceptual y retórica que práctica. Ataca sobre todo la necesidad masculina de perdurarse en su postura incuestionable e inamovible de un ego único masculino y normativo. Antepone a esta seguridad estéril la necesidad de equivocarse de vacilar entre el ser y el no ser, entre la verdad y la mentira, la fantasía y la realidad. Su Orlando, hombre, descubre que es madre de tres hijos, y esta ironía la utiliza como una verdadera estrategia femenina contra la preponderancia patriarcal controlada por los hombres. Con un personaje andrógino, Virginia Woolf niega la posible integración de la mujer en la elección de una identidad fija. Anima a una nueva construcción ambigua basada en la disolución de la unicidad del ser. Requiere que Orlando, reflejo la dualidad de Vita y de ella misma, fluya y navegue en la posibilidad de la equivocación de sus distintas identidades sexuales que las hace maleables, y con ello siempre leales y constantes consigo mismas y con la aceptación de su impotencia ante la forzada referencialidad de ser mujeres.

La ambigüedad sexual y textual de la novela propone una indeterminación de los significados aceptados. Con su juego andrógino, transexual y transvestido, Orlando desafía asunciones convencionales sobre la sexualidad, pero, sobre todo, asunciones convencionales sobre el poder y el valor del conocimiento. Nos muestra que todo lo aceptado como *doxa*, las costumbres, la cultura, las ideas filosóficas, la identidad sexual, los períodos históricos, los estilos literarios, son construcciones sociales sujetas a cambio y a cuestionamiento.

Con el cambio de vestuario —apariencia— parece cambiar la identidad inamovible. En su famoso texto sobre la androginia, Virginia Woolf dice que el transvestismo, el simple hecho de vestirnos con la ropa de otro sexo, marca la identidad sexual de la persona, nos cambia también la forma en que percibimos el mun-

do y en que somos percibidos. «El cambio de trajes, dirán algunos filósofos, tiene mucho que ver con ello... cambian nuestra visión del mundo y la visión que el mundo tiene de nosotros»²⁴.

Sin embargo, este cambio que se efectúa primero en la superficialidad de la apariencia, penetra en el interior de cada persona, al establecer a través de lo superficial un cambio más profundo en la ruptura proteica de un ser y un parecer que se aleja de las limitaciones impuestas por la cultura, la clase y las costumbres: «La diferencia entre los sexos es, felizmente, de una gran profundidad. La ropa es sólo el símbolo de algo oculto muy dentro. Fue el cambio de la misma en Orlando lo que le exigió su elección de un traje de mujer y de un sexo de mujer»²⁵.

Virginia Woolf propone hacer uso de la libertad de no elegir, de huir de la determinación propuesta por una identificación fabricada por el hombre. La androginia es pues la única solución ontológica de la mujer que decide crear un espacio del ser que vaya más allá de los vestidos e incluso más allá de la diferenciación de los sexos. El modelo que ella propone es dinámico, no dual, y radica en la necesidad de la mujer de vivir en la ambigüedad, en la no determinación, a fin de poder existir como entidad propia²⁶. La identidad femenina, negada por el poder masculino, tiene que enmascararse y está forzada a trascender el género, la apariencia. Tiene que oscilar entre múltiples posiciones y rechazar activamente cualquier identificación prescrita. Su única situación viable es una constante oscilación entre las múltiples posibilidades del ser. El contexto mítico, fantástico del personaje andrógino se presenta en su forma más natural y aceptable y, como tal, trasciende lo cotidiano y la norma y coincide con el proyecto de una identidad femenina nueva, verdaderamente autónoma de cualquier estereotipo exigido.

La posibilidad de androginia está latente en todo el mundo y sólo es la dictadura axiológica de las costumbres, de la vestimenta y del «¿qué dirán?» lo que impide la exploración de la verdadera identidad sexual de las personas. Porque aquí, de nuevo, llegamos ante un dilema. Por muy diferentes que sean los sexos, éstos se entremezclan. En todo ser humano existe una vacilación entre un sexo y el otro. Y, a menudo, es la ropa la que determina la apariencia de las personas, aunque por debajo el sexo sea muy distinto de lo que es por encima²⁷.

²⁴ «The change of clothes had, some philosophers will say, much to do with it... they change our view of the world and the world's view of us.», en *Orlando*, p. 187.

²⁵ «The difference between the sexes is, happily, one of great profundity. Clothes are but the symbol of something hid deep beneath. It was a change in Orlando herself that dictated her choice of a woman's dress and a woman's sex », *ibidem*.

²⁶ M. MINOW PINKNEY, *Virginia Woolf and the Problem of the Subject*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1987; L.A. PORESKEY, *The Elusive Self: Psyche and Spirit in Virginia Woolf's Novels*. Newark, University of Delaware Press, 1981.

²⁷ «For here again, we come to a dilemma. Different though the sexes are they intermix. In every human being a vacillation from one sex to the other takes place, and often it is only the clothes that keep the male or female likeness, while underneath the sex is the very opposite of what it is above.», en *Orlando*, p. 189.





Así pues, parece ser que la androginia en Woolf consiste en afirmar la opción de vivir en contra de lo estereotípico. Mantenerse en la ambigüedad, en la no elección, en la ausencia de lo prescrito y de lo determinado. Sin embargo, la misma autora es consciente de que el modelo andrógino no resulta viable como alternativa que desbanque la opacidad del modelo masculino. La ambigüedad dual, aunque más certera y real que lo unificadamente determinado, no puede ofrecerse como universal, porque en su oscilación entre el ser y el no ser anula la realidad del sujeto. Tal vez radique en ello la imposibilidad de que lo femenino, aunque objetivamente más adaptable evolutivamente, se haya establecido como norma. Es posible que sea en el hecho de que la potencialidad de lo femenino de expandirse en esta multiplicidad de opciones con las que se puede anular la elección de ser o no ser, donde radica la dificultad de alcanzar la verdadera igualdad a la que aspira la mujer y que el predominio de la preponderancia de lo masculino como norma impide.

Sin embargo, Virginia Woolf fue consciente de esta trampa teórica de la androginia e intentó plantearse una nueva teoría que permitiera reintegrar de nuevo lo femenino y lo masculino ampliándolo hacia la multiplicidad de otros sexos que trasciendan esta dualidad. En *A Room of One's Own* (1929) se anticipa a los debates teóricos y críticos de los años 90 sobre la relación de género y la sexualidad, con estas palabras:

Sería una grandísima lástima si las mujeres escribieran como los hombres, o si vivieran como los hombres y si se parecieran a los hombres, porque si la división en dos sexos es ya extraordinariamente inadecuada, considerando la vastedad y la diversidad del mundo, ¿cómo podríamos manejarnos con un sólo sexo? ¿No debe la educación resaltar y fortalecer las diferencias más que las semejanzas? Porque, tal como están las cosas, ya tenemos demasiadas semejanzas, y si un explorador volviera y nos trajera información sobre la existencia de otros sexos que nos miran desde otras ramas de otros árboles y de otros cielos, nada traería mayor servicio a la humanidad...²⁸

Contra el patriarcalismo, no es suficiente el feminismo; es necesario «fortificar las diferencias» y concebir la posibilidad de «otros sexos» múltiples, porque sólo a través de ellos podrá alcanzarse la ruptura del paradigma femenino/masculino que atrapa a los seres humanos en la injusticia genérica. La complejidad del género en su incidencia en el sujeto y en la lengua que lo define no puede reducirse en una dicotomía simplista. Tiene que adaptarse a la realidad de que el sexo y el género están sumergidos en una infinita serie de posibilidades.

²⁸ «It would be a thousand pities if women wrote like men, or lived like men, or looked like men, for if two sexes are quite inadequate, considering the vastness and variety of the world, how should we manage with one only? Ought not education to bring out and fortify the differences rather than the similarities? For we have too much likeness as it is, and if an explorer should come back and bring word of other sexes looking through the branches of other trees at other skies, nothing would be of greater service to humanity.», en V. WOOLF, *A Room of One's Own*, Nueva York, Harcourt Brace, 1957 (1ª ed. 1929), p. 15.

La teorías posteriores del feminismo, como las de Alice Jardine y su modelo de *gynesis* o la de «desplazamiento» de Jacques Derrida y de Gayatri Spivak, o la de *mimesis* de Luce Irigaray, o la de «mascarada» de Judith Butler, o el *devenir femme* de Deleuze y Guattari²⁹, se pueden ver como notas al pie de página de lo que ya apuntaba nuestra Woolf en *The Waves* (1931). En esta novela reintegra lo masculino y lo femenino en su expresión de discurso literario, más allá del acto andrógino. Aquí también está realizado a través de un personaje ambiguo; exige su autoidentificación de hombre por medio del discurso femenino que se halla inscrito en el interior del ser despreciado y no aceptado de la mujer³⁰. Este discurso se expresa a través de lo fragmentario, de lo íntimo, de lo corporal, que denominará *some little language*, y que se opondrá a aquel otro aceptado como normativo, que cuenta, sin conflicto, «los designios ordenados de vida» que ella identifica con los hombres.

¡Qué cansado estoy de historias, qué cansado estoy de frases que se deslizan perfectamente con todos los pies en el suelo! También cuánto desconfío de los designios ordenados de vida que se dibujan en media hoja de papel de notas. Empiezo a sentir el deseo de la formulación de una lengua pequeña como aquella que usan los amantes, de palabras rotas, de palabras inarticuladas, semejantes al arrastrar de los pies en el pavimento³¹.

En esta novela Woolf trata de integrar lo femenino repudiado con lo masculino normativo, a través de la asimilación de lo femenino, por parte del personaje Bernard que tiene el papel de escritor de la novela. Éste comienza su proceso de anomía y de realización de su ser, apropiándose del discurso femenino. «*I do not always know if I am man or woman*» (*The Waves*, 281). En su vacilación y confusión, reflejo consciente de la fantasía de Orlando, Woolf pretende restañar el ataque sufrido por la mujer a la que se le ha impedido el desarrollo de una identidad³². Al mismo tiempo, desea desjerarquizar y reconectar entre sí otras dualidades también

²⁹ A. JARDINE, *Gynesis: Configurations of Woman and Modernity*. Ithaca, Cornell University Press, 1985; J. DERRIDA, *Of Grammatology*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1975; G. CHAKRAVORTY SPIVAK, «Displacement and the Discourse of Woman», en *Displacement: Derrida and After*. Bloomington, Bloomington University Press, 1983, pp. 169-95; L. IRIGARAY, *Speculum of the Other Woman*. Ithaca, Cornell University Press, 1985; J. BUTLER, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York, Routledge, 1990; G. DELEUZE & F. GUATTARI, *El anti-Edipo*, Paidós, 1985.

³⁰ A.L. HARRIS, *Other Sexes: Rewriting Difference from Woolf to Martinson*. Albany, State University of New York, 2000.

³¹ «How tired I am of stories, how tired I am of phrases that come down beautifully with all their feet on the ground! Also, how I distrust neat designs of life that are drawn upon half sheets of notepaper. I begin to long for some little language such as lovers use, broken words, inarticulate words, like the suffling of feet on the pavement.», en V. WOOLF, *The Waves*, Nueva York, Harcourt Brace, 1959 (1ª ed. 1929), p. 238.

³² H. HARPER, *Between Language and Silence: The Novels of Virginia Woolf*. Baton Rouge, Louisiana State University, 1982.



aparentemente diferenciadas: forma/caos; mente/cuerpo; intelecto/sensaciones; identidad/no identidad, porque en todas estas dualidades, lo desdénado es la base de lo privilegiado. La forma nace del caos; la mente del cuerpo; el intelecto de las sensaciones, la identidad de la no identidad y naturalmente lo masculino de lo femenino maternal. Sin embargo, esta integraci3n, por una parte tan obvia, s3lo puede ser aceptada a trav3s de una gran lucha y de interminables debates.

Para poder integrar lo femenino, Virginia Woolf propone un primer estadio de la p3rdida de la identidad de lo masculino, que ella identifica con la p3rdida del discurso normativo, para que se ponga al mismo nivel de la identidad femenina, que nunca ha sido aceptada ni formulada. Es decir, el discurso masculino deja de ser aquello que se distingue del «pequeño» discurso femenino y que define al hombre en su superioridad:

¿Cu3l es la frase para la luna? ¿Y la frase para el amor? ¿Con qu3 nombre podemos llamar a la muerte? No lo s3. Necesito una lengua pequea como la que usan los amantes, palabras de una s3laba tal como los ni os hablan cuando llegan al cuarto y encuentran a su madre cosiendo y recogiendo pedazos de lana brillante, una pluma o retazo. Necesito un aullido, un grito...³³

Ante su anom3a e incapacidad de expresi3n, el personaje Bernard se siente acorralado en la ontolog3a viciada e in3til de lo masculino. Su 3nica liberaci3n est3 en la ruptura de una forma de ser que ha perdido el verdadero significado de la vida. El discurso del hombre est3 acabado, s3lo es una repetic3n agotada y est3ril de lo ya dicho. Bernard opta por aceptar la necesidad de reconectar la lengua pequea con la grande y a trav3s de ella feminizarse, porque la feminizaci3n del hombre s3lo puede resultar de la apropiaci3n del lugar de la mujer, que en realidad es la falta de un lugar propio. Los ni os, la madre, en la pr3ctica de lo cotidiano y de lo 3ntimo, poseen la verdadera esencia del ser. Lo mismo que Orlando, Bernard no se quiere sentir ni plenamente hombre ni plenamente mujer. La androginia se establece en la fluidez del g3nero, en la negaci3n del mantenimiento de una identidad fija.

Las pol3ticas de la identidad, tan de moda hoy d3a, no son v3lidas en la obra de Woolf. En el desarrollo de su pensamiento y en su b3squeda de libertad como mujer y como escritora, se suspende la diferencia y, por tanto, su primera intenci3n de solucionar la injusticia con la androginia resulta anulada. Ya no es necesario ser ni masculino ni femenino. Existe la posibilidad de construir otro sexo en el que no haya ni espec3fica identidad, ni lengua, ni concepto y donde la diferencia ya no exista en el sujeto individual sino que s3lo sirva como posible base para la actividad permanente de una creatividad colectiva.

³³ «What is the phrase for the moon? And the phrase for love? By what name are we to call death? I do not know. I need a little language such as lovers use, words of one syllable such as children speak when they come into the room and find their mother sewing and pick up some crap of bright wool, a feather, or a shred or chintz. I need a howl; a cry», en *The Waves*, p. 295.

SIMONE DE BEAUVOIR: DOS APROXIMACIONES

C. Margarita Santana de la Cruz
Universidad de La Laguna

RESUMEN

Este artículo presenta dos aproximaciones a Simone de Beauvoir, una a través de su autobiografía y otra a través de *El segundo sexo*, intentando mostrar cómo ambas, a pesar de tratarse de diferentes registros, pueden articularse en una unidad: la derivada de participar en un mismo proyecto.

PALABRAS CLAVE: perspectiva, existencia, trascendencia, proyecto, immanencia, situación.

ABSTRACT

This article approaches Simon de Beauvoir from her autobiography and her most famous work, *The second sex*, in an effort to elucidate how both, albeit from different registers, can be perceived as a unified vision.

KEY WORDS: perspective, existence, transcendence, project, immanence, situation.

1. PRIMERA APROXIMACIÓN, QUE ES NARRATIVA

Sé que uno nunca puede conocerse, sólo narrarse.
El yo no es sino un objeto probable y el que dice *yo*
sólo toca los perfiles; el otro puede tener una visión
más neta o más justa.

Simone de Beauvoir¹

Idólatra y convicta del Verbo, absoluto inicial y reducto final de la trascendencia, Simone de Beauvoir aprehende la complejidad del mundo y pretende salvarla de la contingencia a través de la universalidad, solidez y eternidad de las palabras: ese logos común que nos ancla en nosotros mismos y que nos permite comulgar con ese Otro genérico que configura para ella el horizonte de su proyecto, la humanidad. Mujer, escritora, filósofa y feminista, Beauvoir misma representa una arquitectónica compleja que difícilmente se presta a definiciones o categorizaciones exhaustivas y excluyentes. Totalmente entregada al proyecto de hacerse y de contarse —hasta el punto de que ambas tareas parecen imbricarse en una unidad

indisoluble—, su pensamiento asume y refleja esa riqueza que aprecia en la existencia sin volverse por ello fragmentario en la medida en que incorpora como punto de partida la imposibilidad de lo omniabarcante: «nunca se ha terminado de aprender porque nunca se ha terminado de ignorar»². El sentido de esta frase, tal como ella lo expresa, trasciende lo intelectual, porque en Beauvoir lo intelectual es un terreno fértil donde florecen, entremezclados, el pensamiento, la existencia, el mundo, la vida: «cuando más ando tanto más entra el mundo en mi vida hasta hacerla estallar»³. Su voluntad no es una voluntad de sistema, sino una voluntad de comprensión.

Esta pluralidad de facetas se origina y confluye, por la razón aducida, en una unidad que es síntesis pero también resultante de la perseverancia en un mismo proyecto: decir o comunicar al hilo de la vivencia, de la experiencia y de su aprehensión. Vivir y pensar lo vivido: ser capaz de expresión; ser capaz de decir. Dicho de otro modo: Beauvoir aglutina y liga una diversidad de facetas como expresiones de un mismo núcleo cuya posibilidad viene dada por el hecho de ser a la vez vivencial y conceptual: pensar es aprender y no estar segura, anhelar la comprensión; comprender el mundo y hacerse comprender. En este sentido siempre opone a una carencia —la carencia de conocimiento— la voluntad de pensar⁴, y en tal contexto es en el que deviene central la noción de «perspectiva». A mi modo de ver, ésta sería la noción fundamental que articula la obra y el proyecto beauvoirianos: «la literatura aparece cuando algo en la vida se descompone; para escribir [...] la primera condición es que la realidad haya dejado de *darse por sentada*; entonces solamente uno es capaz de verla y hacerla ver»⁵. Esto es, «[...] Sólo cuando se había producido una ruptura en mi experiencia, yo podía adquirir perspectiva y hablar de ella»⁶. Esta afirmación, por tanto, no se circunscribe al ámbito de la literatura: «todo lo que escribí en lo sucesivo confirma la importancia de esta noción de perspectiva»⁷. La perspectiva, por tanto, es un punto de vista o la adopción o toma de una postura teórica que se aplica a un ámbito determinado de la experiencia cuya existencia es previa a tal aplicación. Ahora bien, este movimiento es posible en la medida en que la realidad incuestionable de esa experiencia ha dejado de darse por sentada y es por tanto susceptible de análisis o exploración.

La importancia de este concepto se ve confirmada en toda la obra de la autora: sus novelas y sus ensayos son materializaciones concretas de la aplicación del mismo. En concreto, *El segundo sexo* es quizá el más alto exponente de la significación y trascendencia que adquiere dicha noción en el contexto de su obra. Sin em-

¹ *La plenitud de la vida*. Barcelona, Edhasa, 1980 (1ª ed. 1960), p. 320.

² *La fuerza de las cosas*. Barcelona, Edhasa, 1980, p. 272.

³ *Ibidem*.

⁴ ¿Ha sido la filosofía algo distinto de esta confrontación?

⁵ *La plenitud de la vida*, p. 318.

⁶ *Ibidem*, p. 529.

⁷ *Ibidem*, p. 318.

bargo, sería simplificador e insuficiente limitar su alcance y su importancia a este registro. Como la misma autora señala:

la existencia [...] no se reduce a ideas, no se deja enunciar; sólo se puede evocarla a través de un objeto imaginario y entonces captar su fuerza, sus remolinos, sus contradicciones. Mis ensayos reflejan mis opciones prácticas y mis creencias intelectuales; mis novelas, el asombro al que me empuja, en general y en los detalles, nuestra condición humana. Corresponden a dos órdenes de experiencia que no pueden comunicarse de la misma manera. Tanto las unas como las otras tienen para mí igual importancia y autenticidad. Me encuentro tanto en *El segundo sexo* como en *Los mandarines* y viceversa. Si me he expresado en dos registros distintos, es porque esa diversidad me era necesaria⁸.

Nuestra tesis sería que, en efecto, ambos registros participan de una misma «perspectiva». En este sentido creo que el conjunto de sus Memorias constituye un lugar de privilegio a la hora de mostrar en qué medida esta afirmación es válida. La elección de esta narración, en lugar de sus novelas o ensayos, en este contexto obedece al hecho de que, en tanto que registro, repaso, recuento y exploración de su vida y de su obra no sólo constituye un testimonio de los mismos sino, y sobre todo, el ejercicio o la aplicación más rigurosa de dicho concepto. Expresado de otra forma: a mi modo de ver las Memorias constituyen la simbiosis perfecta de ambos tipos de expresión porque una vida también es una obra. Ser no es otra cosa que hacerse ser. Nótese, a su vez, que no es posible hablar —contar— la propia vida, o dar cuenta de una obra que lleva nuestra impronta, al tiempo que la vivimos o la realizamos. El testimonio exige, en sí mismo, una distancia: aquella desde la cual contemplamos una y otra realidad. Esta distancia, a su vez, exige un tiempo: el que configura nuestro pasado como algo distinto del presente en el que nos ubicamos. Estos dos factores, sin embargo, por sí mismos sólo parecen condiciones necesarias para la realización de esa tarea, sus condiciones básicas de posibilidad. Lo importante entonces es el modo o manera en que la reconstrucción tiene lugar; esto es, cuáles son las coordenadas precisas en las que nos situamos —ya desde una distancia y un tiempo concretos— para abordarla. En Beauvoir este proyecto es un proyecto de indagación —porque la existencia no es algo dado— que trata de responder a un interrogante fundamental: cómo se *hace* una vida. Este «cómo» presupone un relato en el que va apareciendo configurada la propia existencia, pero no se trata sólo de una labor descriptiva. La descripción misma está guiada por valores, lo que implica que ese «cómo» debe incorporar también, y de manera esencial, la reflexión y el análisis. Esto es, contar una vida no se reduce a transcribirla. Para nuestra autora esta tarea tiene una significación específica y concreta:

Haber contado la mía me ayuda a reflexionar sobre ella [...]. De acuerdo: la narración y la experiencia vivida transcurren en campos distintos; pero aquella se refiere

⁸ *La fuerza de las cosas*, p. 315.



a ésta, y permite aislar ciertos rasgos. La experiencia implica lo infinito aunque se resuelve en una cantidad de palabras que con un poco de paciencia podemos contar: pero esas palabras remiten a un saber que sí encierra lo infinito. [...] Suele objetarse que narrar es sustituir la fluida ambigüedad de lo vivido por los contornos inmóviles de las frases escritas. Pero, en los hechos, las imágenes sugeridas por las palabras son cambiantes y fluidas; el saber que comunican no está nítidamente circunscrito. De todos modos, mi propósito no es conducir al lector a través de una ensoñación que rescite mi pasado, sino examinar mi historia *a través de ciertos conceptos y de ciertas nociones*⁹.

Simone de Beauvoir inicia el relato de sus Memorias en 1958 con *Memorias de una joven formal*; tiene entonces cincuenta años. En 1960 se publica *La plenitud de la vida*, en 1963 *La fuerza de las cosas*, y en 1972, con sesenta y cuatro años, *Final de cuentas*. ¿Cuáles son esos conceptos y esas nociones que constituyen lo que con anterioridad denominábamos las coordenadas precisas desde las cuales Beauvoir aborda la tarea de narrar su vida? O de otro modo, ¿qué elementos configuran su perspectiva? El concepto nuclear es el concepto de sujeto, en torno al cual se imbrican y articulan los de existencia, libertad, y trascendencia del modo siguiente¹⁰:

1. Todo sujeto se afirma de modo concreto a través de los proyectos como una trascendencia.
2. Sólo hace culminar su libertad cuando la supera constantemente hacia otras libertades.
3. La única justificación de la existencia presente es su expansión hacia un futuro indefinidamente abierto.
4. Cada vez que la trascendencia recae en la inmanencia tiene lugar una degradación de la existencia «en sí», de la libertad en facticidad. Esta degradación es una falta moral si es consentida por el sujeto, mientras que si le es infligida se convierte en una frustración y una opresión; en ambos casos es un mal absoluto.

Esta articulación, que se corresponde con los presupuestos básicos de la moral existencialista, parte del marco más global de la filosofía que lleva el mismo nombre; el existencialismo, que, como apunta López Pardina, se define como una filosofía del sujeto cuyos análisis parten de la experiencia vivida de los individuos a investigar, se plantea como una filosofía que «ve en lo singular de la contingencia del sujeto la universalidad de su condición»¹¹.

Ahora bien, el existencialismo como filosofía que desde una concepción concreta del sujeto se aplica al análisis y conceptualización de la realidad, surge con

⁹ *Final de cuentas*. Barcelona, Edhasa, 1984. Mi cursiva.

¹⁰ Vid. T. LÓPEZ PARDINA, Prólogo a la edición española de *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, 1998.

¹¹ *Op. cit.*, p. 8.

ambición de *sistema* y se estructura como tal. En este sentido la afirmación de que Beauvoir asume y parte de los presupuestos citados exige una aclaración fundamental: esta adopción no se realiza en términos de sistema, sino, insisto, de perspectiva. La diferencia radica en que mientras que en el trabajo sistemático el objetivo consiste en la articulación de categorías y conceptos, el método de la perspectiva supone la tarea de delimitar contornos, sustrayendo al objeto de que se trate de la indeterminación en que se encuentra desde el momento en que su incuestionabilidad se ha puesto en entredicho. Este trabajo teórico modifica el objeto de que se ocupa, pero a su vez —y en ello reside su enorme relevancia a mi modo de ver— «cuando se adhiere a algo, el pensamiento mismo se transforma»¹². En el caso de Beauvoir esta transformación adquiere un alcance específico: proporcionarle un contenido material al pensamiento, y más en concreto, al pensamiento existencialista: corporeizarlo.

Así, las Memorias no sólo constituirían la simbiosis perfecta de lo que podríamos denominar las expresiones literaria e intelectual. Su valor también viene dado, y muy especialmente, por el modo explícito, vivo y apasionado en que muestran que el pensamiento *acerca* del mundo debe ser un pensamiento *del* mundo *en* el mundo. Es decir, no bastan las categorías abstractas: el absoluto requiere concreción, y la obtiene de la realidad. El pensamiento, a su vez, no es ni estático, ni compacto, ni impermeable: es dúctil. Armados con esa ductilidad nos asomamos a la vida, aprehendemos la existencia, arrojamos luz sobre ella; pero a su vez tanto la una como la otra pueden iluminar el propio pensamiento, mostrar sus limitaciones, desvelar sus defectos. Sólo de este modo el conocimiento adquiere un cuerpo; sólo así puede ayudarnos a vivir. No basta con pensar: hay que saber ver, hay que saber mirar. El sujeto no es un sujeto abstracto y absoluto, sino un sujeto corporeizado y situado.

Sintetizar el testimonio que la autora ofrece de su vida es una empresa imposible¹³. Sin embargo, creo que sí es posible intentar trazar las líneas principales de su evolución una vez establecido el núcleo fundamental de su perspectiva y la manera en que ésta se desarrolla.

Beauvoir ama apasionadamente los libros; le gusta, más que ninguna otra cosa, aprender, y aprender es descubrir. Poseedora de una curiosidad insaciable, desde estas coordenadas la vida aparece como una aventura dichosa: un encadenamiento infinito de descubrimientos. Pero estas mismas coordenadas exigen una conciencia: la conciencia de estar en el mundo, la conciencia de existir, que en ella además es conciencia, sobre todo, de su propia singularidad. Esta singularidad, lejos de aislarla, la ponía en comunicación con el todo: «no tenía más que mirar, leer, razonar, para tocar el absoluto»¹⁴. Dos son los elementos básicos en este proceso de existencia y comunión: la mirada y las palabras. Y uno, el objetivo: conducir su vida

¹² M. LE DOEUFF, *El estudio y la rueca*. Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, p. 139

¹³ Para ello remito a la lectura directa del mismo.

¹⁴ *Memorias de una joven formal*. Barcelona, Edhasa, 1980, p. 71.



a alguna parte, justificándola al hacerla necesaria. Despunta en el horizonte un proyecto nunca abandonado: el de escribir¹⁵. Como señalaba al comienzo de esta segunda aproximación, Beauvoir aprehende la complejidad del mundo y pretende salvarla de la contingencia a través de las palabras. Éstas cumplen funciones diversas dentro de su universo —diversidad que es solidaria con su propia evolución—. En un primer momento el proyecto de escribir significa justificar la existencia, ser consciente de su singularidad: «quería comunicar lo que había de original en mi experiencia: para lograrlo, sabía que tenía que orientarme hacia la literatura»¹⁶. Esa singularidad, que se asume como libertad absoluta, idea proyectos y asume misiones: «mi misión era prestar mi conciencia al múltiple esplendor de la vida y tenía que escribir a fin de arrancárselo al tiempo y a la nada»¹⁷. De este modo el proyecto de conocer el mundo permanece estrechamente ligado al de expresarlo, porque la escritura lo salva de la contingencia, del olvido, de la erosión del tiempo.

Ahora bien, la literatura o, más específicamente, la escritura no tiene sólo esta dimensión individual y subjetiva; no es sólo un estar en el mundo de un cierto modo elegido y asumido por una individualidad así materializada. Posee, por el contrario, una dimensión que la hace preciosa y única a los ojos de la autora: ser el lugar de la intersubjetividad: «por el lenguaje se materializa la presencia en cada hombre de los demás hombres, y es una de las razones que me hacen considerar la literatura irremplazable»¹⁸; o también «¿De dónde proviene, a los cincuenta y cinco años lo mismo que a los veinte, ese extraordinario poder del Verbo? [...] Indudablemente las palabras, universales, eternas, presencia de todos en cada uno, son lo único trascendente que reconozco y que me emociona; vibran en mi boca y mediante ellas comulgo con la humanidad. Arrancan del instante y la contingencia a las lágrimas, a la noche, hasta a la muerte, y las transfigura. Quizá mi más profundo deseo hoy es que se repitan en silencio algunas palabras que yo he entrelazado»¹⁹.

La presencia de los otros tiene en estos primeros momentos una dimensión de generalidad y abstracción: la humanidad. Empeñada en asumir la singularidad de su existencia y la de los proyectos que le permiten ejercer su libertad en la trascendencia, había esquivado, sin embargo, una verdad que debía afrontar: la existencia incontestable de otras singularidades, de esos otros que existen de la misma manera que una misma y con la misma evidencia. La ilusión de que la verdad absoluta de las cosas sólo se daba a su conciencia se desvanece; la humanidad adquiere cuerpos y rostros y voces concretas. Pero no se trata sólo de que aparezca la conciencia de otras personas tomadas individualmente: con el estallido de la Segunda Guerra Mundial la Historia se precipita sobre ella, y este hecho va a suponer un giro

¹⁵ Beauvoir declara explícitamente en varios lugares que *Mujercitas* fue un libro en el que, desde pequeña, creyó reconocer su rostro y su destino; en concreto, en el personaje de Joe.

¹⁶ *La plenitud de la vida*, p. 194.

¹⁷ *Ibidem*, p. 16.

¹⁸ *Final de cuentas*, p. 185.

¹⁹ *La fuerza de las cosas*, p. 627.

importante en la concepción de todo su universo: «yo admitía, por fin, que mi vida no era una historia que me contaba a mí misma, sino un compromiso entre el mundo y yo»²⁰. El descubrimiento de la historicidad ponía el acento en la dependencia (de los otros): no más absoluto ni más eternidad; su vocación de escritora había sido una vocación «abstracta». Apremiaba anclarla a la tierra: «un individuo se define tanto, y a veces más, por lo que se le escapa que por lo que abarca. [...] Sabía ahora que el curso del mundo era la textura misma de mi vida, y seguía con atención sus movimientos»²¹.

Este giro tiene implicaciones fundamentales para la concepción precedente del sujeto. Esta noción ha de incluir, inevitable y necesariamente, la de «situación», a partir y a través de la cual queda asegurada la posibilidad de definir de modo concreto a los conjuntos humanos sin atarlos a una fatalidad intemporal. Pero esto significa que no es posible entender la libertad en términos absolutos. Ser es, efectivamente, hacerse ser, asumir la trascendencia a través de los proyectos propuestos; es superación constante hacia otras libertades desde las que se idearán nuevos proyectos; es expansión hacia un futuro siempre abierto, siempre pleno de posibilidades. Ahora bien, el hecho de que la libertad, en tanto que fundamento de todo valor humano, sea el único fin capaz de justificar las empresas que los hombres y las mujeres emprenden no significa que con independencia de cuáles sean las circunstancias —sean éstas cuales sean— poseamos una libertad que nos permita superarlas. Beauvoir distingue entonces dos aspectos de la libertad: la libertad es la autonomía del sujeto, y en este sentido es siempre absoluta: «es la modalidad misma de la existencia que, por las buenas o por las malas, de una u otra manera, toma por su cuenta todo lo que le viene de fuera; ese movimiento interior es indivisible, por lo tanto, total en cada uno»²²; pero las posibilidades concretas que se abren a los distintos individuos son desiguales: «yo sostenía que, desde el punto de vista de la libertad [...] como superación activa de lo dado, las situaciones no son equivalentes: ¿qué posible superación hay para la mujer encerrada en un harén?»²³. Esto es, la conciencia ha de realizar su libertad, pero las posibilidades que se le ofrecen para ello son finitas y además desiguales. La libertad absoluta se difumina en la medida en que las situaciones ejercen sobre ella una influencia directa que se puede traducir o bien en canalizarla, o bien en limitarla o incluso en impedir²⁴.

La introducción de la noción de situación —o en terminología beauvoiriana, la distinción de estos dos aspectos de la libertad— resulta enormemente relevante

²⁰ *La plenitud de la vida*, p. 422.

²¹ *Final de cuentas*, p. 31.

²² *La plenitud de la vida*, p. 479.

²³ *Ibidem*, p. 382.

²⁴ Nótese en este sentido la importancia que adquiere la distinción entre la trascendencia que cae en la inmanencia cuando es elegida o cuando es impuesta o infligida. En esta distinción ya se prelude la importancia fundamental de los otros en la realización satisfactoria de nuestros proyectos.

no sólo porque confiere concreción y materialidad a ese sujeto abstracto y absoluto inicial, sino por el modo en que apunta directamente hacia los otros:

el individuo sólo recibe una dimensión humana por el reconocimiento del otro; no obstante, [en sus consideraciones anteriores] la coexistencia aparece como una especie de accidente que debería superar cada ser existente; éste empezaría por forjar solitariamente su proyecto y pediría luego a la colectividad que lo convalidara: en realidad la sociedad me cerca desde mi nacimiento; es en su seno, en mi relación con ella, donde me defino²⁵.

O también: «Decidí que, por las buenas o por las malas, intervenimos en los destinos ajenos y que debemos asumir esa responsabilidad»²⁶. Los otros inciden, con su actitud, en la configuración de nuestra situación, y a la inversa. Los fines que se traza una conciencia son suyos, pero los otros, las otras conciencias, en la medida en que inciden en la configuración de nuestra situación, pueden condicionar el alcance de aquéllos. El sujeto en Beauvoir es, por tanto, intrínsecamente libre —autónomo—, pero también situado en su acción y en su actuación; esto es, intrínsecamente libre e intrínsecamente interdependiente de los otros sujetos. Inmerso en la sociedad, definido en virtud de su relación con ella, es también parcialmente construido.

Las palabras tienen un valor único: nos sirven para afrontar la realidad. El pensamiento, si ha de ayudarnos a vivir, ha de ser dúctil y flexible: pegado al mundo, nutriéndose de él, puede disipar engaños, desenmascarar la hipocresía, mostrarnos la verdad —porque la autora está convencida de que existe la verdad—, y que la verdad puede servir. En esto consiste la autenticidad: realizamos nuestra libertad a través de la forja y consecución de proyectos encadenados en virtud de los cuales somos una trascendencia; asumimos esta tarea en tanto que asumimos nuestra libertad, asumimos nuestra presencia en el mundo y asumimos la presencia de los otros, porque sólo en la reciprocidad del reconocimiento nos es posible realizarla y alcanzarla.

Armada con una perspectiva que, como he tratado de mostrar, es común a su obra y a su vida —quizá su mejor y más lograda obra—, Beauvoir expresa inequívocamente el valor de la existencia:

Quería materializarme en libros que fueran como los que amaba, cosas existentes para otros, pero habitados por una presencia: la mía. [...] Deseaba participar en la eternidad de una obra en la cual me encarnaría, pero antes que nada deseaba hacerme oír por mis contemporáneos. Han sido mis relaciones con ellos —cooperación, lucha, diálogo— lo que durante toda mi vida ha tenido más valor a mis ojos²⁷.

²⁵ *La plenitud de la vida*, p. 479.

²⁶ *Ibidem*, p. 530.

²⁷ *Final de cuentas*, p. 33.

2. SEGUNDA APROXIMACIÓN, QUE ES COMBATIVA

No se nace mujer: se llega a serlo.

Simone de Beauvoir²⁸

Esta frase, escandalosa en su tiempo y controvertida posteriormente, condensa y ejemplifica a la vez el pensamiento de Simone de Beauvoir acerca de la femineidad. Ésta, del mismo modo que la masculinidad, es una construcción cultural —no un dato cultural—. La mujer no está caracterizada ontológicamente como tal: no existe una esencia femenina. Hombres y mujeres participan igual y plenamente de la categoría de seres humanos y en tal medida constituyen conciencias dedicadas al ejercicio de la trascendencia. La cuestión radica en que, en el caso de la mujer, no se le reconoce la participación e inclusión en esa categoría: no es conciencia, no es sujeto, no es un Mismo; por el contrario, la sociedad y la cultura han hecho de ella —en su consideración de la misma— un ser diferente del hombre, un otro que él. La mujer es la Otra: no existe reciprocidad en el uso de la categoría de sujeto cuando de ella se trata. Pero éste es un hecho determinado por la sociedad y la cultura.

«No se nace mujer» significa entonces que no se nace con los supuestos atributos de la femineidad. Ésta, como la masculinidad, es una forma de conducta adquirida: «se llega a serlo» a través del aprendizaje y de la educación: «es un sin sentido suponer que su pudor [como ejemplo de uno de esos atributos] pueda ser segregado por las hormonas: ha sido enseñado y aprendido como lo serán después todas las demás cualidades consideradas específicamente femeninas»²⁹. Ahora bien, aunque tanto la femineidad como la masculinidad sean formas de conducta adquiridas, en el caso de la mujer esta adquisición tiene como consecuencia perversa la negación de su trascendencia: su libertad consustancial y constitutiva se ve coaccionada y cercenada. Sin embargo, en tanto que esa libertad también la define, en algunos casos podrá luchar activamente contra ese papel que se le ha adscrito, podrá luchar por su liberación. Para Beauvoir esta liberación tiene un significado concreto: lograr o alcanzar la igualdad con los hombres; esto es, lograr o alcanzar la reciprocidad en el reconocimiento; somos un otro para el otro, en el otro reconoczo una conciencia igual a la mía y a la inversa.

Beauvoir publica *El segundo sexo*, cuya idea rectora y nuclear es la que acabamos de exponer, en 1949: tiene 41 años. Esta obra representa, de acuerdo con el enfoque adoptado y desarrollado en este relato, un ejercicio concreto, particular y riguroso de la noción de «perspectiva». La investigación, que parte de la propia experiencia, remite sin embargo a la generalidad. La intención inicial de hablar de lo que había supuesto para ella ser mujer la conducía a hablar de las otras mujeres,

²⁸ *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, 1998, vol. II, p. 13.

²⁹ *Ibid.*, p. 441.

de la condición femenina. Hay una realidad que de pronto salta a la vista —aunque hasta ese momento haya pasado inadvertida—, una realidad que se pone en entredicho, que deja de darse por sentada:

casi fortuitamente. Al querer hablar de mí me di cuenta de que tenía que describir la condición femenina; ante todo consideré los mitos que los hombres han forjado sobre ella a través de las cosmologías, las religiones, las supersticiones, las ideologías, las literaturas. Trataba de poner orden en el cuadro, a primera vista incoherente, que se me ofrecía: en todo caso el hombre se colocaba como el Sujeto y consideraba a la mujer como un objeto, como la Otra. Esta pretensión se explicaba evidentemente por circunstancias históricas [pero] debía indicar también las bases fisiológicas. [...] En efecto, mi estudio sobre los mitos quedaba en el aire si no sabía qué realidad cubrían. [...] Me había puesto a mirar a las mujeres con unos ojos nuevos e iba de sorpresa en sorpresa. Es extraño y estimulante descubrir bruscamente a los 40 años un aspecto del mundo que salta a la vista y que uno no veía³⁰.

El primer y más sorprendente resultado de la investigación es el hallazgo de una consideración: la mujer, negada como sujeto, aparece siempre como objeto, como la Otra. Pero si en realidad, en cuanto ser humano, es sujeto, urge averiguar de dónde procede esta atribución, las razones que explican la ausencia de reciprocidad, que den cuenta del mal absoluto que supone caer en la inmanencia cuando esta inmanencia no es elegida sino infligida —esto es, cuando es frustración u opresión—.

Mi propósito en esta última parte de mi relato no es, sin embargo, exponer detalladamente las respuestas que la autora obtiene de su investigación³¹. Convencida, como estoy, de la validez y vigencia de la misma, lo que me gustaría destacar son algunos aspectos relacionados con la tradición en la que se sitúa la autora al abordarla³², con su método, con su recepción, y con la reflexión que ella misma realiza acerca de esta obra veintitrés años después de su publicación.

Simone de Beauvoir plantea una filosofía y un feminismo ilustrados: «No creo en el valor universal y eterno de la cultura occidental, pero me he nutrido de ella y le soy adicta. Deseo que no se aniquile y que en gran medida pueda transmitirse a las generaciones venideras»³³. Alimentarnos de una cultura, reconocer nuestros ascendentes y nuestras fuentes no significa asumirlos acríticamente. Beauvoir toma de la Ilustración «precisamente sus aspectos positivos, emancipatorios; ante todo, una concepción igualitaria de los seres humanos según la cual la diferencia de sexos no altera su radical igualdad de condición»³⁴. Expresamente deudora de esta tradi-

³⁰ *La fuerza de las cosas*, p. 188.

³¹ Para ello remito a la lectura de la obra, que por lo demás considero imprescindible.

³² Una tradición de la que se reconoce deudora tanto en este análisis como en el resto de su obra.

³³ *Final de cuentas*, p. 201.

³⁴ T. LÓPEZ PARDINA, *op. cit.*, p. 7.

ción, la autora asume como coordinadas aquellos valores que le parecen irrenunciables: la libertad, la igualdad, la autenticidad; los valores que, por otra parte, van a guiar y dirigir lo descriptivo y que, a su vez, van a permitir identificar en el orden de lo supuestamente objetivo la presencia de aspectos que no son más que valores y consideraciones enmascarados: reificados. El pensamiento ilumina la realidad al analizarla, pero sobre todo posibilita su desenmascaramiento. Así sucede con la realidad de la mujer, pero también con la realidad humana en general. Cada experiencia se torna universalizable, y la propia situación, así analizada, dicta el horizonte de la solución: una transformación de la sociedad en la que mujeres y hombres, conciencias plenas y libres, se reconozcan recíprocamente como sujetos.

En cualquier caso conviene subrayar que *El segundo sexo* es un trabajo teórico, no un libro militante; en tanto que trabajo teórico puede resultar insuficiente si buscamos en él respuestas y soluciones prácticas, pero su lucidez, y piénsese que estamos en 1949, puede suplir esa insuficiencia que, en mi opinión, sólo lo es retrospectivamente. Como señala la propia autora a propósito de esta cuestión, «la lucidez no constituye la felicidad, pero la favorece y da valentía»³⁵.

La consideración del método empleado por Beauvoir en esta obra me parece pertinente y necesaria básicamente por su adecuación: si el ser la Otra de la mujer no es un dato ontológico, sino una construcción social y cultural, habrá que indagar en ese marco socio-cultural en el que aquélla se sitúa y analizar los distintos discursos que configuran e informan dicho marco con sus conceptualizaciones específicas. Sólo de este modo será posible desenmascarar o mostrar explícitamente los elementos ideológicos presentes en cada uno de ellos, así como llevar a cabo el análisis crítico de los presupuestos sobre los que se fundamentan. Armada con y guiada por su concepción del sujeto, por los valores que ha asumido respecto al ser humano, y por el hallazgo de ese supuesto dato ontológico, Beauvoir se asoma entonces a la biología, al psicoanálisis, al materialismo histórico, a la historia y a los mitos. De este recorrido, que constituye la primera parte de su investigación, se obtienen distintos resultados, de entre los cuales yo subrayaría dos: en primer lugar, la conclusión de que la opresión de la mujer, del mismo modo que su liberación, son cuestiones culturales, esto es, cuestiones de valores, porque han sido la misma cultura y la misma sociedad patriarcal las que, por una parte, han atribuido a la mujer las características que la definen como la Otra y, por otra, han establecido que dichas características no son un valor. En segundo lugar, la idea de que los hombres no sólo han escrito la Historia, sino que además han sido ellos los que han realizado también toda la historia de las mujeres porque éstas, ni han creado los valores ni han detentado nunca el poder. Ahora bien, y esto es lo que quería subrayar, «no es la inferioridad de las mujeres lo que determina su insignificancia histórica: su insignificancia histórica las condena a la inferioridad»³⁶. Esta conclusión, según creo, es una invitación

³⁵ *La fuerza de las cosas*, p. 195.

³⁶ *El segundo sexo*, p. 215.



a la acción; las mujeres deben asumir la tarea de intervenir activamente en el mundo a fin de poder escribir no sólo su historia, sino crear su presente y articular su porvenir: «Sólo se exige cuando se cuenta con obtener de los demás y de uno mismo lo que se reclama; sólo se lo puede obtener si se lo reclama»³⁷. En este sentido es un hecho innegable que ha habido mujeres —aisladas— que han protestado contra su destino³⁸, y también ha habido algunas manifestaciones colectivas, como las encarnadas por las sufragistas anglosajonas, pero lo que señala Beauvoir es que: a) esta intervención en el curso de la historia o en la marcha del mundo se realizó de acuerdo con los hombres y desde perspectivas masculinas, y b) ha sido, en su conjunto, una intervención secundaria y episódica. Esta última consideración me parece fundamental porque si bien la autora toma las excepciones como la demostración de que esa inferioridad no es la causa, sino el efecto de la insignificación histórica de las mujeres —en la medida en que muestran, como en el caso de Rosa Luxemburg o de madame Curie, que es posible no serlo—, considera que la historia de las mujeres no puede limitarse a ser una historia de esas excepciones.

En cualquier caso, la adecuación de su método va más allá de los logros obtenidos en el contexto específico de *El segundo sexo*. Hoy hablamos de género —curiosamente, de la perspectiva de género— y seguimos insistiendo en la constitución social y cultural de los roles masculino y femenino; pero, además, se insiste en la necesidad de analizar los discursos propios de cada una de las disciplinas y áreas de conocimiento que fundamentan, explícita o implícitamente, la concepción de lo femenino. No quiero decir con esto que toda la investigación y teorización feminista posterior a esta obra hayan recibido directamente su influencia; lo único que quiero destacar es que su adecuación justifica su vigencia³⁹.

Por último, querría finalizar con dos comentarios, el relativo a la recepción que en su momento tuvo esta obra, y el referido a la reflexión que Beauvoir hace retrospectivamente de ella. El interés por la primera de las cuestiones responde al interés por mostrar, más allá de lo anecdótico, cómo en la mayor parte de las ocasiones la lucidez y la objetividad de un discurso —entendida en este contexto como aquello distinto a la expresión subjetiva, herida e incluso salvaje de una rebelión emocional— sólo obtienen como respuesta la ausencia de argumentos y la prodigalidad en los insultos. Pero no sólo esto: también se trata de mostrar cómo, a pesar de ello, se puede seguir siendo absolutamente fiel a un proyecto.

En efecto, Simone de Beauvoir escandalizó con su obra, y de escritora pasó a ser insatisfecha, frígida, ninfómana, lesbiana, cien veces abortada; pero también, como señala en *La fuerza de las cosas*⁴⁰:

³⁷ *Final de cuentas*, p. 12.

³⁸ La autora cita, entre otras, a Safo, Christine de Pisan, Mary Wollstonecraft, y Olympe de Gouges.

³⁹ Y ello con independencia del acuerdo o desacuerdo con las coordenadas elegidas por la autora para realizar su investigación.

⁴⁰ p. 191.

yo era una pobre muchacha neurótica, una rechazada, una frustrada, una desheredada, una *virago*, una insatisfecha sexual, una envidiosa, una amargada repleta de complejos de inferioridad ante los hombres, ante las mujeres; el resentimiento me roía. Jean Guilton escribió, con mucha compasión cristiana, que *El segundo sexo* lo había afectado penosamente porque en él se descifraba en filigrana «mi triste vida». Armand Hoog se superó: «Humillada por ser mujer, dolorosamente consciente de estar cercada en su condición por las miradas de los hombres, rechaza simultáneamente esta mirada y esa condición».

El Vaticano también contribuyó: la obra pasaba a formar parte del honorífico Índice de Libros Prohibidos. Sin embargo, esta obra fue, de entre todos sus libros, la que procuró a la autora una de las satisfacciones más sólidas: «[las mujeres] Divididas, desgarradas, inferiorizadas, para ellas existen, más que para los hombres, apuestas, victorias, derrotas. Me interesan; y me gusta más tener a través de ellas un alcance limitado, pero sólido, sobre el mundo, que flotar en lo universal»⁴¹.

La fidelidad a un proyecto —que no es otra cosa que la autenticidad, el valor de no renunciar, de no mentirse—, despunta en la serenidad —por otra parte no exenta de perplejidad— con la que Beauvoir asume la incapacidad argumentativa de estos lectores al tiempo que se reafirma en sus logros. Pero quizá más importante sea el hecho de que esta fidelidad no implica negar la propia evolución, y en este aspecto la autora es, por decirlo de algún modo, más fiel que en ningún otro caso.

En 1963 señala que el único juicio que puede emitir acerca de *El segundo sexo* es que, veintidós años después, está a favor de él. En este momento sólo añade que introduciría en el primer volumen una toma de posición más materialista; esto es, realizaría la fundamentación de la categoría de Otra sobre la escasez y la necesidad —sobre la base económica de la escasez— en lugar de sobre una lucha a priori e idealista de las conciencias. No obstante, esta modificación no alteraría los desarrollos subsiguientes.

En 1972 la reflexión no sólo afecta a la obra en sí misma. Desde un punto de vista teórico Beauvoir insiste en que los únicos cambios que introduciría son los reseñados anteriormente: dotar a la obra de bases materialistas. Pero se reafirma en su idea rectora: «No se nace mujer, se llega a serlo». Sin embargo, se aprecia claramente una evolución en el plano práctico —y también táctico—. Durante los años sesenta viaja, entre otros lugares, a China, Egipto e Israel. En China realiza reportajes para la televisión sobre el trabajo asalariado realizado por mujeres: cargaban y descargaban mercancías —llenaban y vaciaban sacos de abonos químicos— en zonas industriales. La situación a describir era una jornada de ocho horas en condiciones agotadoras, todos los días incluidos los domingos, y con un salario inferior al de los hombres —más la carga adicional del trabajo doméstico. Durante su estancia en El Cairo y en Tel Aviv, uno de sus intereses centrales es la condición femenina. Así, por ejemplo, imparte una conferencia en El Cairo donde acusa a los egipcios de

⁴¹ *Ibidem*, p. 195.

comportarse con las mujeres como feudales, colonialistas y racistas. Una de las respuestas que obtiene es que esa desigualdad de la mujer es algo que está escrito en el Corán.

Beauvoir se compromete en una acción propiamente feminista, y desde este nuevo compromiso analiza su propia evolución y la de las mujeres. En 1968, después de otros movimientos precedentes, nace el Movimiento de Liberación de la Mujer —EEUU, Italia, Francia—, que adquiere una gran extensión. A su juicio esta explosión se debe a dos motivos principales: el hecho de que en la sociedad capitalista avanzada el estatus de las mujeres representa a sus ojos una contradicción y, sobre todo, la comprobación, por parte de éstas, de que los movimientos de izquierda y el socialismo no hayan resuelto sus problemas; esto es, los cambios en las relaciones de producción no parecen suficientes para transformar las relaciones de los individuos entre sí —además, en ningún país socialista se ha logrado la igualdad entre mujeres y hombres⁴²—. Ambos factores constituyen instancias desde las que abordar la autorreflexión.

Beauvoir reconoce que hasta ese momento —1972— sólo se había movido en un plano teórico. En primer lugar, frente a su idea de que la mujer debía confiar en el porvenir mantiene que le da la razón a aquellas que consideran, por el contrario, que hay que hacerse ya con ese destino; en segundo lugar, frente a su convencimiento de que la condición femenina evolucionaría al mismo tiempo que la sociedad, que sólo un cambio en la producción —que garantizaría el futuro del trabajo en el mundo— podría solucionar los problemas inherentes a la misma⁴³, afirma que en realidad no se ha ganado la partida —desde 1950, en realidad, no se ha ganado casi nada—. La revolución social no resolverá los problemas de las mujeres: la lucha de clases y la lucha de sexos deben acometerse conjuntamente. Así, Beauvoir se declara ahora feminista, y entiende por feminismo «el hecho de luchar por reivindicaciones propiamente femeninas, paralelamente a la lucha de clases»⁴⁴.

Ahora bien, estos cambios reseñados no suponen en ningún momento la renuncia a sus convicciones «ilustradas»: su feminismo es un feminismo de la igualdad. Urge redefinir la relación entre hombres y mujeres, urge redefinir el amor y la sexualidad, pero esta redefinición no tiene que implicar la negación del papel que aquéllos tienen en la vida de éstas; esto es, ante la posición adoptada por algunas feministas, que consideran que es necesario expulsar a los hombres del ámbito de sus vidas a fin de lograr una verdadera emancipación, Beauvoir afirma que la idea de encerrar a la mujer en un gueto femenino no es la meta. La mujer está fabricada por la civilización, no biológicamente determinada; la femineidad es construida, pero también la masculinidad. Así, el objetivo de la lucha de las mujeres debe ser llegar a

⁴² El socialismo, en efecto, no ha liberado a las mujeres. Quizá pueda hacerlo un socialismo igualitario, pero lo cierto es que mientras eso es una utopía, la situación que padecen las mujeres es una realidad.

⁴³ Este convencimiento justificaba, además, que hubiera evitado encerrarse en el feminismo.

⁴⁴ *Final de cuentas*, p. 445.

convertirse en seres humanos completos, no afirmarse como mujeres. Admitir que existen valores, cualidades o modos de vida específicamente masculinos significa admitir que también los hay intrínsecamente femeninos, y ello significa, a su vez, comulgar con el mito inventado por los hombres para encerrar a las mujeres en su condición de oprimidas.

La cultura —la ciencia, el arte, la técnica— ha sido creada por los hombres; esta cultura, con su aspiración a la universalidad, refleja su posición ideológica —refleja su machismo—, pero este hecho no debe implicar un rechazo total y absoluto de aquélla: «las mujeres deben apropiarse de los instrumentos forjados por los hombres y servirse de ellos según su interés. [...] Al recuperar tales riquezas debemos distinguir, con mucho cuidado, lo que tiene carácter universal de lo que lleva la marca de la masculinidad. [...] Desde nuestro punto de vista me parece necesario hacer una revisión del saber, pero no repudiarlo»⁴⁵.

Podemos estar de acuerdo, o no, con este planteamiento, pero creo que late en él algo indiscutible: toda la teorización y la praxis feminista está orientada por valores, y son estos valores los que determinan tanto la crítica y el análisis como las posibles respuestas o soluciones. Ser conscientes de este hecho es tener, al menos, parte del terreno ganado.

Por último, quisiera cerrar este relato con una última cita de la autora:

No he sido una virtuosa de la escritura. No he resucitado, como Virginia Woolf, Proust o Joyce el tornasol de las sensaciones y no he captado en palabras el mundo exterior. Pero no era ése mi designio. Quería existir en los demás comunicándoles, de la manera más directa, el gusto de mi propia vida: casi lo he logrado. Tengo sólidos enemigos, pero también me he hecho entre mis lectores muchos amigos. No he deseado otra cosa⁴⁶.

En mi opinión, sin embargo, ha logrado ambas cosas.

⁴⁵ *Final de cuentas*, pp. 448-449.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 453.



«MADRE DE FUEGO, DÉJAME ESTAR JUNTO A TU PUERTA DEVORADORA»: UN ACERCAMIENTO A LA POESÍA DE ANNE SEXTON

Dentro de la poesía norteamericana, ninguna mujer anterior a la poeta Anne Sexton había escrito de una forma tan abierta y franca acerca del mundo de la mujer, de su cuerpo y enfermedades, de su vida íntima y familiar como lo hizo esta poeta. Sexton fue una poeta que consiguió una popularidad casi instantánea al escribir con una intimidad sin precedentes sobre sí misma «ribeteando sus poemas con la lencería sucia de sus colapsos nerviosos, locura, culpabilidad y sexualidad»¹.

¿Qué clase de mujer era ésta? Su biógrafa la describe como: enérgica, bien parecida, alta y delgada como una modelo; un ama de casa de clase media alta que se llamaba a sí misma Ms. Dog (Señorita Perro); una hija, una madre; una WASP de Nueva Inglaterra; como Emily Dickinson «medio rota». ¿Y qué clase de poeta? Íntima, confesional, cómica, insistente y desgarradoramente femenina; una hechicera de la palabra; una artista del espectáculo; alguien a quien le gustaba complacer a la masa. Una de sus actividades más conocidas y disfrutada por ella misma era la lectura de sus poemas en público, lectura que comenzaba con una actitud algo displicente diciendo: «Voy a leer un poema que os va a decir qué clase de mujer soy, si no os gusta os podéis marchar»². Mas tras esa apariencia altanera y fascinante se escondía una poeta seria y disciplinada cuyo trabajo fue admirado por sus colegas desde el principio.

Sus comienzos como poeta no fueron los tradicionales; de hecho Sexton tuvo que enfrentarse al *handicap* que supuso su falta de formación intelectual, a la vez que padecer sus periódicas depresiones nerviosas y brotes de locura. Sin embargo tuvo la fortuna de participar en seminarios y talleres de escritura creativa con poetas y profesores de la talla de John Holmes, W.D. Snodgrass, Robert Lowell y James Wright, quienes reconocieron su originalidad y poder expresivo, aunque Holmes tenía ciertas reservas respecto a una poesía tan cruda y desnuda, posiblemente hiriente para una audiencia fundamentalmente puritana.

Sexton nació en una familia de clase media-alta en la que se sentía rechazada por una madre celosa de su talento como futura escritora y por un padre que bebía demasiado. Desde muy niña comenzó a mostrar una personalidad rebelde y una cierta inestabilidad emocional. A los diecinueve años abandonó la casa paterna para casarse con Alfred Sexton, con quien tuvo dos hijas. La solidez de la pareja y de la familia siempre estuvo amenazada por esa inestabilidad emocional de la que padecía, reflejándose en sus varios intentos de suicidio, con las consecuentes hospitalizaciones requeridas para su recuperación. Fue precisamente a raíz de una de sus depresiones y posterior intento de suicidio, en 1956, cuando comenzó a escribir a los veintiocho años animada por su psiquiatra, lo que según ella se convirtió en una especie de terapia.

Poeta auténticamente confesional —aunque ella se resistía a ese tipo de etiquetas—, sus poemas no distorsionan la realidad, sino que reflejan la complejidad de su vida y su lucha en medio de una enfermedad que la privaba de la cordura. Sexton sufría igualmente por los efectos de unos tratamientos médicos que, según ella, le robaban la inspiración, quedando en un estado algo letárgico que le producía terror al ver su capacidad creativa mermada. Sin ningún deseo de ocultar o velar las expe-



riencias más íntimas, aquellas que siempre se habían considerado tabú, Sexton las proyectaba en su poesía a través de un lenguaje tan directo que a veces resulta chocante, y quizás por eso mismo atrayente.

A lo largo de su producción poética se observa una evolución. Inicialmente su poesía expone de forma abierta su fragilidad psicológica y su interés por el cuerpo, su biología, de tal forma que su poesía está plagada de imágenes corporales donde exhibe pechos, útero, vagina, sangre, aborto, enfermedad, dolor y muerte; imágenes que rezuman la necesidad de ser aceptada y amada, de tal forma que, al ser tan transparente, su posición se hacía más vulnerable. En palabras de la poeta y crítica Alicia Ostriker: «exponer así la fragilidad personal es una invitación al ataque»³. Y ésta era precisamente la posición de Sexton, una poeta que en poco tiempo había adquirido notoriedad y que no dejaba indiferente a nadie, ya fuera por los ataques que provocaba o por la atracción que ejercía. Su poesía es desgarrada, dejando el *yo* a la intemperie y totalmente desvalido por la inseguridad que produce el exponer todas sus fragilidades y miserias.

A esta primera etapa pertenece su primer libro *To Bedlam and Part Way Back* (1960), donde refleja sus crisis nerviosas y posterior recuperación. Con su segundo libro, *All My Pretty Ones* (1960), ya gana el premio Pulitzer, al que le sigue *Live or Die* (1966) y *Love Poems* (1969). A esta época sigue una nueva etapa que comienza con su libro de poemas *Transformations* (1971), que viene a ser una especie de iniciación que va en una dirección diferente, donde pasa de centrarse en el *yo* a la interpretación y relectura de tradiciones culturales a partir de los cuentos de los hermanos Grimm. Con ello Sexton se aleja un tanto de una temática que tocaba estrictamente el ámbito personal y se encuentra con un material sobre el que escribir que, aun perteneciendo a la tradición popular, ella hace propio a través de una reinterpretación subversiva. Le siguen *The Book of Folly* (1972), chocante y perturbador, *The Death Notebooks* (1974) y *The Awful Rowing Toward God* (1975), altamente dramáticos.

Los temas que toca, como ya apuntábamos, están fundamentalmente relacionados con lo personal, abarcando el plano de las relaciones familiares, amorosas, temas religiosos, la enfermedad, el dolor y la muerte. Las figuras parentales, y aquéllas por quienes eran sustituidas, cobran un protagonismo especial en su producción poética, al igual que las relaciones con sus hijas. Sexton nos presenta en sus poemas una galería de personajes que van desde el modelo arquetípico de «Buena Madre/Mala Madre», un padre atraído por la emergente sexualidad de su hija, personajes de los cuentos de Grimm que encubren unas relaciones homosexuales e incestuosas, amantes que reconstruyen a golpes de pasión el cuerpo inerte de la amada, una madre demasiado interesada en el cuerpo floreciente de su hija, una mujer abrumada porque llega «el noviembre de su vida», hasta una mujer fascinada por la visión del sufrimiento del Crucificado, todo ello aderezado con fuertes sentimientos de culpabilidad y un profundo deseo de ser aceptada.

A través de su poesía Anne Sexton hace partícipe al lector de sus angustias y miedos: de la necesidad de un Dios que la comprendiera y la perdonara, de una madre divina que le diera ternura y de su pasión por la vida mezclada con una atracción obsesiva y fatal por la muerte. Tal atracción fue más fuerte que su instinto vital, suicidándose en 1974 al aspirar el monóxido de carbono de su propio coche en el garaje de su casa.

Anne Sexton, con su forma de hacer poesía, ha ido más allá de las fronteras convencionales reflejando, con frecuencia, un paisaje de ansiedad, de horror y de muerte. Cuando esta mujer transitó

¹ A. OSTRIKER, «Being Nobody Together: Duplicity, Identity, and Women's Poetry». *Parnassus*, vol. 12, núm. 2 - vol. 13, núm. 1 (1985), pp. 201-202.

² D.W. MIDDLEBROOK, *Anne Sexton: A Biography*. Nueva York, Vintage, 1992, p. xix.

³ *Writing like a Woman*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995, p. 59.

el espacio demoníaco de su propio mundo, creó algunas de las imágenes más explosivas de la poesía norteamericana de estas últimas décadas al transmutar sus luchas personales en arte. Sin duda, Sexton nos dejó un legado literario en el que se ratifican muchas de sus tensiones y dolores personales, recreando en su poesía mucho dolor y poco gozo; la creación de ambos sentimientos es el legado que esta poeta dejó al canon literario.

Elegir algunos poemas para su traducción, dentro de la amplia gama de la producción poética de Anne Sexton⁴, no es tarea fácil; sin embargo, intentaremos hacer una selección significativa de las diferentes etapas de su creación literaria.

TÚ, DOCTOR MARTIN

Tú, Doctor Martin, caminas
del desayuno a la locura. Final de agosto,
me apresuro a través de túneles antisépticos
donde los patéticos muertos aún hablan
de empujar sus huesos contra el choque
de la cura. Y soy reina de este hotel de verano
o la abeja sonriente sobre un tallo

de muerte. Estamos de pie en filas
deshechas y esperamos mientras ellos abren
la puerta y nos cuentan junto a las puertas congeladas
de la cena. Se dice la consigna
y nos acercamos a la salsa con nuestras batas
de sonrisas. Masticamos en filas, nuestros platos
arañan y gimen como tiza

en la escuela. No hay cuchillos
para cortarte la garganta. Hago
mocasines toda la mañana. Al principio mis manos
permanecían vacías, desligadas de las vidas
para las que solían trabajar. Ahora aprendo a
recuperarlas, cada dedo furioso que pide
remiendo lo que otro romperá

mañana. Por supuesto, te quiero;
te inclinas sobre el cielo de plástico,
dios de nuestra manzana, príncipe de todos los zorros.
Las coronas que se rompen son nuevas
que llevaba Jack. Tu tercer ojo
se mueve entre nosotros e ilumina los compartimentos

⁴ Los poemas originales son tomados para esta traducción de la edición de las obras completas de SEXTON: *The Complete Poems*. Boston, Houghton, 1981.



separados
donde dormimos o lloramos.

Qué niños tan crecidos estamos
aquí. Crezco muy alta por todas partes
en la mejor sala. Tu negocio es la gente,
tú llamas al manicomio, un ojo
oracular en nuestro nido. Fuera en el vestíbulo
te llaman por megafonía. Entretejes el tirón
de los niños astutos que caen

como riadas de vida en la escarcha.
Y somos magia hablando a sí misma,
ruidosa y sola. Soy reina de todos mis pecados
olvidados. ¿Aún estoy perdida?
En un tiempo fui guapa. Ahora soy yo misma,
contando esta fila y esa fila de mocasines
que esperan en la repisa silenciosa.

(To Bedlam and Part Way Back, 1960)

EL MUSGO DE SU PIEL

«A menudo, niñas de la antigua Arabia eran enterradas vivas
junto a sus padres muertos, aparentemente como en sacrificio
a los dioses de las tribus...»

H. Feldman, «Niños del desierto».

Psychoanalysis and Psychoanalytic Review, otoño 1958.

Sólo era importante
sonreír y mantenerse quieta,
yacer junto a él
y descansar un rato,
plegarnos juntos
como si fuéramos seda,
ocultarnos de los ojos de madre
y no hablar.
La negra habitación nos engulló
como una cueva o una boca
o un vientre interior.
Aguanté la respiración
y papaíto estaba allí,
sus pulgares, su gordo cráneo,
sus dientes, su pelo creciendo
como un prado o un chal.
Yacía junto al musgo
de su piel hasta
que se volvió extraño. Mis hermanas

nunca sabrán que me
abandoné y fingí
que Alá no vería
cómo abrazaba a mi papaíto
como un viejo árbol de piedra.

(*To Bedlam and Part Way Back*, 1960)

EL ABORTO

*Alguien que debió haber nacido
se fue.*

Precisamente cuando la tierra plegaba su boca,
cada brote hinchándose desde su protuberancia,
me cambié de zapatos, y luego conduje hacia el sur.

Pasadas las Montañas Azules, donde
Pennsylvania se encorva perpetuamente,
llevando, cual gato coloreado, su pelo verde,

sus caminos hundidos como una piedra de lavar gris;
donde, a decir verdad, el terreno se cuarteaba perversamente,
una cuenca oscura de la que el carbón ha brotado,

*Alguien que debió haber nacido
se fue.*

la yerba tan erizada y robusta como cebollinos,
y yo preguntándome cuándo se rompería el suelo,
y yo preguntándome cómo sobrevive algo frágil;

arriba en Pennsylvania, me encontré con un hombrecito,
no era Rumpelstiltskin, en absoluto, en absoluto...
cogió la plenitud que inició el amor.

De regreso al norte, incluso el cielo se hizo tenue
como una ventana alta mirando a ninguna parte.
El camino era tan plano como una hojalata.

*Alguien que debió haber nacido
se fue.*

Sí, mujer, tal lógica te llevará
a la pérdida sin muerte. O di lo que querías decir,
cobarde... esta criatura que sangro.

(*All My Pretty Ones*, 1962)



PARA DIOS MIENTRAS DUERMO

Durmiendo en la fiebre, soy incapaz
de saber exactamente quién eres:
colgado como un cerdo en exposición,
las delicadas muñecas,
la barba babeando sangre y vinagre;
colgado a tu propio peso,
traqueteando hacia la muerte bajo tu letrero.

Todos necesitan un baño en esta multitud.
Estoy vestida de harapos.
La madre va de azul. Tú rechinas los dientes
y con cada nueva respiración
tus mandíbulas se abren y tu pañal se afloja.
No soy culpable
de todo esto. No sé tu nombre.

Hombre enjuto. Tú eres la culpa de alguien.
Cabalgas sobre postes oscuros—
un pájaro de madera que un mercader construyó
para algún tonto que creía
que podía volar. Ahora te revuelves
en tu sueño, mareado
en tu propio aliento, pobre viejo convicto.

(All My Pretty Ones, 1962)

ASOCIARSE CON ÁNGELES

Estaba cansada de ser una mujer,
cansada de cucharas y cacharros,
cansada de mi boca y de mis pechos,
cansada de cosméticos y sedas.
Aún había hombres que se sentaban a mi mesa,
giraban alrededor del cuenco que les ofrecía.
El cuenco estaba lleno de uvas negras
y las moscas revoloteaban tras el aroma
e incluso mi padre vino con su hueso blanco.
Mas yo estaba cansada de esa clase de cosas.

Anoche tuve un sueño
y dije...
«Tú eres la respuesta.
Tú sobrevivirás a mi marido y a mi padre».
En ese sueño había una ciudad hecha de cadenas
donde Juana fue obligada a morir vestida de hombre
y la naturaleza de los ángeles quedó sin explicar,
ni un par de ellos era de la misma clase,

uno con una nariz, uno con una oreja en la mano,
uno masticando una estrella y marcando su órbita,
cada uno un poema obedeciéndose a sí mismo,
ejecutando las funciones de Dios,
una gente aparte.
«Tú eres la respuesta»,
dije, y entré,
acostándome a las puertas de la ciudad.
Luego ataron las cadenas a mi alrededor
y perdí mi género común y mi aspecto último.
Adán estaba a mi izquierda
y Eva a mi derecha,
ambos completamente inconsistentes con el mundo de la razón.
Entrelazamos nuestros brazos juntos
y cabalgamos bajo el sol.
Ya no era una mujer,
ni una cosa ni la otra.

Oh hijas de Jerusalén,
el rey me ha traído a su habitación.
Soy negra y bella.
He sido abierta y desvestida.
No tengo brazos ni piernas.
Soy toda de una sola piel como un pez.
Ya no soy una mujer
tanto como Cristo no fue un hombre.

(Live or Die, 1966)

MENSTRUACIÓN A LOS CUARENTA

Estaba pensando en un hijo.
El útero no es un reloj
ni una campana que tañe,
mas en el undécimo mes de su vida
siento el noviembre
del cuerpo tan bien como el del calendario.
Dentro de dos días será mi cumpleaños
y como siempre la tierra está lista con su cosecha.
Esta vez busco afanosamente la muerte,
la noche por la que me inclino,
la noche que quiero.
Bueno—
¡habla de ello!
Ocurría en el útero todo el tiempo.

Estaba pensando en un hijo...
¡Tú! El nunca conseguido,
el nunca sembrado o liberado,



tú el de los genitales que yo temía,
 el tallo y el aliento del cachorro.
 ¿Te daré mis ojos o los suyos?
 ¿Serás el David o la Susan?
 (Esos dos nombres que escogí y a los que estaba atenta.)
 ¿Puedes ser el hombre que son tus antepasados—
 los músculos de la pierna de Miguel Ángel,
 manos de Yugoslavia,
 en alguna parte el campesino eslavo y decidido,
 en alguna parte el superviviente pletórico de vida—
 y podría ser posible aún,
 todo esto con los ojos de Susan?
 Todo esto sin ti—
 Dos días desangrándome.
 Yo misma moriré sin bautismo,
 una tercera hija que no les importaba.
 Mi muerte vendrá en mi onomástica.
 ¿Qué tiene de malo la onomástica?
 Es sólo un ángel del sol.
 Mujer,
 tejiendo una red sobre ti misma,
 un veneno tenue y enmarañado.
 Escorpión,
 mala araña—
 ¡muere!

Mi muerte por las muñecas,
 dos pulseras de identificación,
 sangre llevada cual ramillete
 que florece
 uno a la izquierda y otro a la derecha—
 Es una habitación cálida,
 el lugar de la sangre.
 ¡Deja la puerta abierta sobre sus goznes!

Dos días para tu muerte
 y dos para la mía.

¡Amor! Esa enfermedad roja—
 año tras año, David, ¡me volverías loca!
 ¡David! ¡Susan! ¡David! ¡David!
 Pleno y desmelenado, silbando en la noche,
 sin envejecer nunca,
 esperándote siempre en el porche...
 año tras año,
 mi zanahoria, mi repollo,
 te hubiera poseído antes que todas las mujeres,
 pronunciando tu nombre,
 llamándote mío.

(*Live or Die*, 1966)

EL BESO

Mi boca florece como una herida.
He estado equivocada todo el año, tediosas
noches, sólo codos ásperos en ellas
y delicadas cajas de Kleenex gritando *llorona*
llorona, ¡boba!

Antes de hoy mi cuerpo era inútil.
Ahora está desgarrándose en sus cuadradas esquinas.
Está desgarrando los vestidos de la vieja María, nudo a nudo
y ves —Ahora está herido por esas flechas excitantes.
¡Zing! ¡Una resurrección!

Érase una vez una barca, toda de madera
y sin negocio, sin agua salada bajo ella
y con necesidad de pintura. No era más
que un conjunto de tablas. Mas tú la alzaste, la encrespaste.
Ha sido elegida.

Mis nervios están afinados. Los oigo como
instrumentos musicales. Donde había silencio
los tambores, las cuerdas están tocando incurablemente. Tú lo conseguiste.
Puro genio trabajando. Amor, el compositor se ha metido
en el fuego.

(*Love Poems*, 1969)

CANCIÓN PARA UNA DAMA

En el día de los pechos y de las caderas pequeñas
la ventana se ahoyaba con intensa lluvia,
lluvia avanzando como un ministro,
copulamos, tan cuerdas y tan locas.
Nos acoplábamos como cucharas mientras la lluvia
siniestra caía cual moscas sobre nuestros labios
y nuestros ojos satisfechos y nuestras pequeñas caderas.

«La habitación está tan fría con la lluvia», decías
y tú, femenina tú, con tu flor
decías novenas a mis tobillos y codos.
Eres un producto y un poder nacional.
¡Oh! Mi cisne, mi esclava, mi querida rosa ensortijada,
incluso un notario certificaría nuestra cama
cuando tú me amasas y yo me levanto como el pan.

(*Love Poems*, 1969)



Piensa en
una niña que está entrando siempre,
los brazos flojos como zanahorias viejas,
en un trance hipnótico,
en un mundo espiritual
hablando con el don de lenguas.
Está atrapada en la máquina del tiempo,
de pronto tiene dos años y se chupa el dedo,
tan hacia dentro como un caracol,
aprendiendo a hablar de nuevo.
Está en un viaje.
Está nadando más allá y más allá,
hacia arriba cual salmón,
avanzando hacia la bolsa de su madre.
Pequeña niña muñeca,
ven aquí con Papá.
Siéntate en mi rodilla.
Tengo besos para tu nuca.
¿En qué piensas? Princesa.
Cazaré tus pensamientos como una esmeralda.
Ven y sé mi amante
y te daré una raíz.
Esa clase de viaje,
rancio cual madre selva.

Una vez
un rey tenía un bautizo
para su hija Briar Rose
y como sólo tenía doce platos de oro
sólo invitó a doce hadas
al gran acontecimiento.
La decimotercera hada,
sus dedos tan largos y delgados como pajas,
sus ojos quemados por cigarrillos,
su útero una taza de té vacía,
llegó con un regalo perverso.
Hizo esta profecía:
La princesa se pinchará
en una devanadera cuando tenga quince años
y luego se caerá muerta.
¡Aniquilada!
La corte se quedó en silencio.
El rey parecía como el *Scream* de Munch.
Las profecías de las hadas,
en tiempos como aquellos,
eran lógicas.
Sin embargo la duodécima hada

tenía una especie de borrador
y así mitigó la maldición
cambiando la muerte
por un sueño de cien años.

El rey ordenó que todas las devanaderas
fueran exterminadas y exorcizadas.
Briar Rose creció y se convirtió en una diosa
y cada noche el rey
mordía el vuelto de su vestido
para tenerla segura.
Sujetó la luna
con un imperdible
para iluminarla perpetuamente.
Forzó a todo varón en la corte
a fregarse su lengua con Bab-o
no fuera que envenenaran el aire en el que ella moraba.
Así ella moraba en su olor.
Rancio cual madreSelva.

Al cumplir los quince años
se pinchó un dedo
en una devanadera chamuscada
y los relojes se pararon.
Sí por cierto. Se durmió.
El rey y la reina se durmieron,
los cortesanos, las moscas en la pared.
El fuego en el hogar se inmovilizó
y el asado dejó de chisporrotear.
Los árboles se volvieron de metal
y el perro se convirtió en porcelana.
Todos yacían en un trance,
cada uno catatónico
atrapado en la máquina del tiempo.
Incluso las ranas estaban zombis.
Sólo un ramo de rosas salvajes creció
formando una gran pared de tachuelas
alrededor del castillo.
Muchos príncipes
intentaron atravesar las zarzas
pues habían oído mucho acerca de Briar Rose
mas no habían fregado sus lenguas
así que fueron atrapados por las espinas
y fueron crucificados.
En su momento
pasaron los cien años
y un príncipe consiguió pasar.
Las zarzas se dividieron como para Moisés
y el príncipe se encontró el cuadro intacto.



Besó a Briar Rose
y se despertó llorando:
¡Papaíto! ¡Papaíto!
¡Rápido! ¡Está fuera de la prisión!
Se casó con el príncipe
y todo fue bien
excepto por el miedo—
el miedo a dormirse.

Briar Rose
era una insomne...
No podía sestear
o dejarse dormir
sin que el boticario de la corte
le mezclara algunas gotas que la desmayaran
y nunca en presencia del príncipe.
Si tiene que venir, decía ella,
el sueño me ha de coger desprevenida
mientras estoy riendo o bailando
de forma que no sepa de aquel lugar brutal
donde yacía con los agujones del ganado,
el agujero en mi mejilla abierto.
Es más, no debo soñar
pues cuando lo hago veo la mesa servida
y una bruja titubeante en mi lugar,
sus ojos quemados por cigarrillos
mientras come traición como un trozo de carne.

No debo dormir
pues mientras duermo tengo noventa años
y creo que me estoy muriendo.
La muerte resuena en mi garganta
como un mármol.
Llevo tubos como pendientes.
Yazco tan inmóvil como una barra de hierro.
Puedes meter una aguja
a través de mi rótula y no retrocederé.
Estoy acribillada por Novocaína.
Esta niña en trance
es toda tuya.
Puedes dejarla en una tumba,
un paquete horrible,
y tirar tierra sobre su cara
y nunca volverá a decir: ¡Hola!
Mas si la besas en la boca
sus ojos se abrirán
y exclamará: ¡Papaíto! ¡Papaíto!
¡Rápido!
Está fuera de la prisión.

Hubo un robo.
 Eso me dijeron.
 Fui abandonada.
 Eso lo sé.
 Fui forzada hacia atrás.
 Fui forzada hacia adelante.
 Me pasaron de mano en mano
 como un cuenco de fruta.
 Cada noche estoy clavada en el sitio
 y olvido quién soy.
 ¿Papaíto?
 Ésa es otra clase de prisión.
 No es el príncipe en absoluto,
 sino mi padre
 borracho alongado sobre mi cama,
 rondando el abismo cual tiburón,
 mi padre espeso sobre mí
 como cualquier baboso adormilado.
 ¿Qué clase de viaje es éste, niña?
 ¿Esta salida de la prisión?
 Dios nos asista—
 ¿esta vida después de la muerte?

(*Transformations*, 1971)

CÓMO BAILÁBAMOS

La noche de la boda de mi primo
 yo iba de azul.
 Tenía diecinueve años
 y bailábamos, Padre, dábamos vueltas.
 Nos movíamos como ángeles bañándose.
 Nos movíamos como dos pájaros candentes.
 Luego nos movíamos como el mar en un cántaro,
 más y más despacio.
 La orquesta tocaba
 «Oh, cómo bailamos en la noche que nos casamos».
 Y tú me valsabas como un tornio,
 y nos queríamos,
 nos queríamos mucho.
 Ahora que estás amortajado,
 inútil como un perro ciego,
 ahora que ya no acechas,
 la canción suena en mi cabeza.
 Oxígeno puro era el champán que bebimos
 e hicimos sonar nuestras copas, una contra la otra.
 El champán respiraba como un submarinista
 y las copas eran de cristal y la novia
 y el novio se apretaban uno contra el otro soñando



como diecinueve-treinta bailarines maratonianos.
Madre era una belleza y bailaba con veinte hombres.
Tú bailabas conmigo sin decir palabra.
En cambio la serpiente habló al tú retenerme cerca.
La serpiente, esa burlona, se despertó y presionó contra mí
como un gran dios y nos arqueábamos juntos
como dos cisnes solitarios.

(The Book of Folly, 1972)

MADONA

Mi madre murió
sin arrullar, sin arrullar.
Semanas junto a su lecho de muerte
viéndola golpearse contra las barras de metal,
debaténdose como un pez en el anzuelo
y yo abatida junto a su gran escenario,
dejando que la sacerdotisa bailase sola,
deseando colocar mi cabeza en su regazo
o incluso cogerla en mis brazos de alguna manera
y acariciar su trenzado pelo gris.
Mas su caballito mecedor era el dolor
con el vómito emanando de su boca.
Su barriga estaba hinchada con otro niño,
el bebé del cáncer, grande como una pelota de fútbol,
no la podía calmar.
Con cada crisis y crujido
quedaba menos Madona
hasta que aquel parto extraño se apoderó de ella.
Entonces la habitación se quebró.
Ése fue el final de su deuda.

(The Death Notebook, 1974)

MADRES (PARA J.B.)

Oh madre,
aquí en tu regazo,
tan bueno como un cuenco de nubes,
a mí tu niña avariciosa
le dan tu pecho,
el mar envuelto en piel,
y tus brazos,
raíces cubiertas de musgo
y con nuevos brotes sobresaliendo
para cosquillear y hacerme reír.
Sí, estoy casada con mi osito

mas él tiene tu olor
tanto como el mío.
Tu collar que manoseo
es todo ojos de ángel.
Tus anillos que brillan
son como la luna en el estanque.
Tus piernas que me arrullan arriba y abajo,
tus queridas piernas enfundadas en nylon,
son los caballos que cabalgaré
en la eternidad.

Oh madre,
después de este regazo de infancia
nunca saldré
al mundo de la gente grande
como una extraña,
una invención,
o titubearé
cuando alguien
esté tan vacío como un zapato.

(*The Awful Rowing Toward God*, 1975)

ALIMENTO

Quiero leche materna,
esa buena sopa agria.
Quiero pechos cantando cual berenjenas,
y una boca en lo alto ofreciendo besos.
Quiero pezones cual tímidas fresas
pues necesito mamar el cielo.
También necesito morder
como en un tallo de zanahoria.
Necesito brazos que arrullen,
dos conchas de almejas limpias cantando *océano*.
Además necesito comer algas
pues son las espinacas del alma.
Estoy hambrienta y tú me das
un diccionario para descifrar.
Soy una criatura arropada por su rojo grito
y tú viertes sal en mi boca.
Tus pezones están cosidos cual suturas
y aunque mamo
mamo aire
e incluso el azúcar se aleja.
¡Dime! ¡Dime! ¿Por qué ocurre?
Necesito alimento
y tú te alejas leyendo el periódico.

(*45 Mercy Street*, 1976)



Me estoy divorciando de papaíto —¡Alma en pena! ¡Alma en pena!
Lo he estado haciendo diariamente toda mi vida
desde que su semen lo abandonó
horadando hacia arriba y se agarró a un huevo.
Feto, feto-brilla y brilla en esa casa,
y estalla, eléctrico, exigiendo polillas.

Durante años era de mujer a mujer,
pecho, cuna, retrete, muñecas, composturas.
¡MUJER! ¡MUJER!
Papaíto el de los güisquis, papaíto el del aliento arrogante,
me visitaba y luego se iba deprisa
como si yo fuera una enfermedad.

Más tarde,
cuando sangre, huevos y pechos
cayeron sobre mí,
Papaíto y su aliento de güisqui
me hizo una larga visita nocturna
en un sueño que no es un sueño
y entonces llamó a su abogado rápidamente.
Papaíto divorciándose de mí.

Me he estado divorciando de él desde entonces,
yendo al juzgado con Madre como testigo
y ambos muertos o no hace tiempo
aún me estoy divorciando de él
sumando los crímenes
de cómo venía a mí
cómo me dejó.

Estoy paseando por la habitación.
Abriendo y cerrando las ventanas.
Haciendo la cama y deshaciéndola.
Estoy desparramando las plumas de las almohadas,
esperando, esperando que Papaíto vuelva a casa
y me impregne tan saturada de nuestro hijo infectado
que me hago invisible, pero casada,
al fin.

(45 Mercy Street, 1976)

DULCE MARÍA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna

RECENSIONES

LEAH OTIS-COUR, *Historia de la pareja en la Edad Media*. Madrid, siglo XXI, 2000

La antropología resulta una ciencia dura de roer, una espina postrema en la garganta femenina. Antropología indigesta desde el principio de los tiempos, caracterizada por una finalidad no sólo euro sino androcéntrica, como sugiere su propio nombre. El feminismo mostró pronto su recelo ante la posibilidad de que, como la nuez adánica, la generalización antropológica acabara asimilándose al organismo de las mujeres y condenándolas a seguir confundidas, ignoradas en el ojo y en la lengua masculina. Por ello, tras su encuentro con el feminismo, esta ciencia ha buscado su renovación no sólo en la reinterpretación de antiguas teorías sino en la aplicación de nuevos métodos que abren vías propias para las voces femeninas. Si bien viciada de antemano por su voluntad de comparación etnocéntrica, la vocación antropológica de señalar las diferencias estimuló una autonomía disciplinar femenina, que se amplió hacia los estudios del género. A partir de aquí se han desvelado los procedimientos por los que la antropología secundó el uso de una nomenclatura basada en la ordenación genérica, con categorías como la de «mujer», que ha cristalizado y mantenido a las mujeres como esencias, y ha extendido esa homogeneización a los condicionamientos históricos que las rodeaban. Por ello surgen hoy reformulaciones sobre los conceptos de «familia» o «matrimonio» desde otros puntos de vista. Con ellas, el feminismo se arriesga a quebrar el cristal esencialista, liberando a las mujeres de esa uniformidad abstracta, y mostrándolas como

diversas, aun a pesar de que esa fragmentación representa un magnífico reto para el propio feminismo.

Algunas de las variables en las que se ha fijado la antropología demandan un análisis y cotejo histórico, el ser trasladadas para su estudio, desde el contexto de las pautas y comportamientos aún existentes hacia el de las culturas precedentes mediante un enfoque diacrónico. Así, el libro que nos ocupa, meteórica traducción del original alemán, tiene la virtud de mostrar perfectamente el mar de fondo que las relaciones entre los sexos vadearon en el occidente medieval. Internándose en la historia, Otis-Cour no habla de las mujeres como entes disociados de la realidad, sino que las emplaza valientemente en contextos concretos y tan disímiles que a veces resulta difícil confirmar ninguna hipótesis sobre ellas. Analiza en detalle la interacción que se dio entre hombres y mujeres, pero también la inestabilidad implícita de una época en que se fundieron herencias tan marcadas como la germánica, la clásica o la árabe. La propia época, de hecho, habría sido víctima del afán humanista por reglamentar y designar al otro. De alguna manera, pues, la condena de la Edad Media procede de su carácter tibio, no marcado, y quizás por ello sea éste el campo idóneo para analizar cómo se superponen y operan simultáneamente los condicionamientos sociales, económicos y políticos con los genéricos.

Partiendo de documentos de todo tipo y de estudios especializados previos, la autora delinea la compleja evolución de las instituciones y la realidad de estas gentes hacia modelos vivenciales distintos. La tentación teleológica que

la inspira convierte el matrimonio en el referente cuya evolución servirá de excusa para describir la lenta e imperceptible metamorfosis que tenía lugar en la laxitud de esos siglos. En un elogiado esfuerzo de síntesis, Otis-Cour estudia la historia de la pareja, exponiendo sin rubor las incertidumbres que arrastran aún la historia y la antropología, mostrando los debates abiertos sobre cuestiones tan cruciales como el parentesco y el sistema de nomenclaturas o de dote. Pero su valor no sólo deriva de su documentación sino de un casi virtuosismo exponencial, un gusto narrativo por el que consigue que el libro se vaya extendiendo armoniosa y placenteramente. El único peligro, de hecho, radica en que esa misma facilidad de la lectura y la secuencialidad del relato pueden hacernos creer que esta evolución histórica fue tan coherente y lógica como la propia narración indica.

El libro sintetiza magistralmente el complejo paso de los sistemas de parentesco horizontal, con rasgos de bilateralidad, heredados principalmente del modelo familiar germano, a un sistema vertical, fruto de una decidida política eclesiástica y de la aspiración dinástica que fue abriéndose paso como ideal entre la realeza y la nobleza durante la alta edad media, y que se tradujo en la pujanza de los linajes y sobre todo en prácticas hereditarias que beneficiarían al primogénito a costa de los parientes colaterales, trastocando así las formas anteriores. Aunque Otis-Cour no puede presentar una época germánica de idílica paridad entre hombres y mujeres, sí reflexiona sobre lo que este cambio supuso para las últimas. Sensible a las diferencias de estamento y geográficas, repara en el vigor que cobra entre la nobleza el matrimonio con una joven de mayor alcurnia que el aspirante, o en el aumento del control sobre la herencia de las hijas toda vez que la dote de éstas no retorna tan fácilmente a su familia de origen; incluso en la mayor relevancia que adquiere el vínculo maternofilial cuando la mujer logra transformarse en protectora de sus hijos frente a los parientes del marido. La figura de la heredera, entre las familias donde no hay varones, se transforma en un tópico que pudo dar lugar incluso a cierta evolución de los modelos misóginos, pues, como constata Otis-Cour a partir del análisis literario,

de la representación femenina como símbolo de tentación y caída, se pasa a otra figura a la que se critica sus ansias de poder y dominio. En fin, la autora describe la convivencia durante siglos de rasgos procedentes de ambos modelos y repara sobre todo en la transformación radical que desde la legislación eclesiástica y la aquiescencia de la autoridad civil van sufriendo las formas de convivencia de la pareja.

Otis-Cour muestra cómo el modelo matrimonial va siendo elevado al rango de sacramento y deshaciéndose de aspectos como la poligamia, o incluso de la incuestionada monogamia secuencial, al tiempo que destierra del panorama social el tan socorrido divorcio. Asimismo se intenta eliminar la práctica del concubinatio como alternativa válida al matrimonio o al celibato eclesiástico, y se limita extraordinariamente la capacidad de los cónyuges para repudiar o anular la unión, así como el casamiento entre parientes consanguíneos e incluso espirituales. Fruto de todo ello es un matrimonio monógamo y una unidad familiar donde prima la noción de indisolubilidad y legitimidad, modelo éste que se refleja, entre otros aspectos, en la decadencia de la figura del bastardo, que de ser el héroe épico atomeieval pasa a representar el ocaso de los valores nobiliarios de la baja edad media. También el adulterio o la prostitución quedan afectados por la unilateralidad del modelo matrimonial, suponiendo válvulas de escape que encajan perfectamente en el engranaje social, si bien al final de la edad media la autora constata que estas prácticas, junto a la homosexualidad, están más controladas y en ocasiones son reprimidas o enmarcadas en una sofocante atmósfera moralizadora.

A partir del estudio de los penitenciales, de correspondencia privada, de las tardías actas notariales, de los tratados jurídicos canónicos y civiles, de actas de juicios señoriales y eclesiásticos, de textos literarios y de otras tantas fuentes, Otis-Cour deduce además un lento movimiento hacia el modelo matrimonial por consentimiento mutuo, al tiempo que describe cómo la Iglesia ritualiza la ceremonia en sí para evitar los matrimonios clandestinos; de esta forma se cuestiona la repercusión del intervencionismo canónico sobre la situación de las mujeres a la luz de

las medidas descritas anteriormente. Se nos da cuenta de diatribas teológicas que se saldan con la preeminencia de la voluntad de los cónyuges como requisito indispensable de las nupcias, todo ello enmarcado en el auge generalizado de la economía y la política contractual y coincidente asimismo con el reforzamiento del individualismo que los diversos géneros literarios reflejan. La autora hace un recorrido por las figuras femeninas en estos géneros y por los tópicos más comunes, coligiendo del estudio que tal literatura entraña una defensa de la institución matrimonial tal y como fuera diseñada por los juristas y teólogos del siglo XII a partir de los modelos patrísticos, y a la cual la sociedad medieval se había adaptado extraordinariamente. En efecto, en esta literatura se celebra la apoteosis de un amor heterosexual que se ha apropiado además de la noción de amistad clásica y que en la mayoría de las ocasiones se corona y bendice con el matrimonio y los hijos. Otis-Cour desatiende las llamadas que sobre el adulterio en el modelo de amor cortés se han producido en el pasado, y relativizando el eco de Andreas Capellanus definiendo un amor cortesano influido por la herencia oriental y ovidiana. A continuación se centra en toda una serie de romances que expresan

el apogeo individualista bajomedieval precisamente mediante el motivo de la reinserción del aventurero errante en el grupo, que se produce gracias al recurso nupcial. Con todo ello, se cuestiona si a lo largo de estos siglos surgió una nueva sensibilidad social hacia la relación de pareja y hacia el amor, la cual reforzaría el modelo de familia nuclear como un ideal derivado de la idealización previa de las mujeres, bien como damas superiores al hombre, bien como seres sexualmente insaciables y únicamente atajables mediante la institución matrimonial. Sea como fuere, Otis-Cour presenta un estudio de lo más sugerente, que nos sitúa en una encrucijada cultural en la que muchas de nuestras premisas actuales apenas empezaban a insinuarse mediante un aparato teórico que acabó haciendo mella en las conciencias, y que la autora nos invita a seguir estudiando. A pesar de lo reducido de sus dimensiones y del carácter divulgativo de la colección en que se inserta, esta historia supone un óptimo comienzo para acercarse a la Edad Media y a la condición de sus mujeres.

MARÍA BEATRIZ HERNÁNDEZ PÉREZ
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna



LONDA SCHIEBINGER, *Has Feminism Changed Science?* Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1999

La cuestión del género en la ciencia ha sido tratada desde multitud de disciplinas y perspectivas y la producción ha sido ingente en los últimos veinte años. Las historiadoras han mostrado las claves del desalojo de la mujer del ámbito del conocimiento y de los contextos de organización de la vida profesional, las sociólogas analizan las vías del acceso al entramado de la ciencia y cómo las jerarquías de las comunidades imponen la lógica de la presencia de las mujeres en los niveles más bajos de ésta, las biólogas siguen asombrándose de cómo las hipótesis acerca del comportamiento de las mujeres están más plagadas de prejuicios provenientes de la cultura en vez de constituir un reflejo de prácticas científicas adecuadas, y las historiadoras y filósofas de la ciencia han analizado la influencia del género en los contenidos y métodos de la ciencia.

El planteamiento inicial de Londa Schiebinger, profesora de Historia de la Ciencia en Pennsylvania State University y autora de relevantes trabajos de los cuales uno de los más tempranos es *The Mind has no Sex?: Women and the Origins of Modern Science* (Harvard University Press, 1989), es valorar o preguntar por los cambios que ha producido el feminismo en la ciencia más que contribuir al debate en alguna línea o perspectiva particular. Ha llegado también el momento de plantear, afirma, qué nuevas perspectivas, qué nuevas prioridades, qué nuevos proyectos de investigación ofrecen los estudios de género.

El compromiso de la autora con un feminismo no esencialista se revela desde las primeras páginas de su obra. Afirma que no hay un «estilo feminista o femenino» preparado para ser puesto en práctica en algún laboratorio o cualquier otro contexto de producción científica. Cree que las metas feministas en ciencia no pueden ser conseguidas a través de la invocación de principios-cliché dibujados desde una mítica «feminidad perdida». Por el contrario, subraya que es hora de distanciarnos de concepciones de una ciencia feminista aliada con conceptos como

«empatética» o «no-dominante», y centrarnos en las herramientas de análisis por medio de las cuales una investigación científica puede desarrollarse tanto como criticarse según líneas feministas. Estas herramientas, insiste Schiebinger, no crean una ciencia feminista especial «esotérica», sino que incorporan una crítica consciente de género en la educación de las jóvenes generaciones de científicos y científicas y en las prácticas cotidianas del mundo de la ciencia.

El texto está dividido en tres capítulos que reflejan los tres grandes problemas que la autora señala como los más relevantes hoy: que la incorporación de las mujeres a la ciencia sea más igualitaria, la necesidad de reformar las culturas de la ciencia y contribuir a la inauguración de nuevas líneas prioritarias de investigación.

El capítulo 1, titulado «*Women in Science*», es un análisis histórico y sociológico de la presencia, o mejor, de la ausencia o invisibilidad de las mujeres en la ciencia. Acudiendo a los relevantes estudios de Margaret Rossiter, *Women Scientists in America: Struggles and Strategies*, de 1982, y *Women Scientists in America: Before Affirmative Action*, de 1995, ambos publicados por la John Hopkins Press, y a los conceptos de «segregación jerárquica, territorial e institucional» para interpretar las claves de la localización estadística de las mujeres en ciencia, ofrece un análisis actualizado de la situación. Así, por ejemplo, el primer tipo de segregación se refiere al bien conocido fenómeno de que a medida que ascendemos en la jerarquía de las cotas de poder y prestigio aparecen cada vez menos mujeres. Esta noción, sugiere Schiebinger, es más útil que la del «techo de cristal», esa supuestamente invisible barrera que impide a las mujeres ascender hasta lo alto, porque la noción de disparidad jerárquica presta más atención a cómo se va produciendo esa disminución significativa a través de las diferentes etapas que definen una carrera académica y profesional. La segregación territorial y la segregación institucional reflejan la máxima ya ampliamente contrastada de que cuanto más prestigiosa es una institución o campo académico más tiempo tarda una mujer en ser promocionada. Estos fenómenos se presentan de forma invariante también en las instituciones europeas y asiáticas, tal como reflejan los estu-

dios que han sido elaborados a lo largo de los últimos veinte años. Tal homogeneidad sólo puede ser socavada desde el cambio profundo del funcionamiento de las estructuras, instituciones y la práctica de la ciencia. En otras palabras, es necesario reformar las culturas de la ciencia. A ello se dedica el capítulo II, «*Gender in the cultures of science*». La pregunta ¿tiene género la ciencia?, fue ya contestada en el siglo XVII por Francis Bacon al proponer el «nacimiento masculino del tiempo» refiriéndose al surgimiento de la nueva ciencia y el nuevo hombre de ciencia. El análisis de estas metáforas de género en la construcción de la ciencia moderna es llevado a cabo magistralmente por Schiebinger en uno de sus trabajos más conocidos. Nos referimos a *Nature's Body* (Beacon Press, Boston, 1993).

En nuestra época sigue siendo un hecho innegable que tanto el público en general como los propios científicos profesionales ven la ciencia como un asunto de hombres e identifican las capacidades intelectuales necesarias para tal tarea con aquellas capacidades representadas fundamentalmente por la mente masculina. La imagen del científico varón en el laboratorio construyendo y usando complejos instrumentos es, además, reflejo de la necesaria devoción a la ciencia para alcanzar el éxito. Esta imagen del genio científico es parte de la ideología del moderno racionalismo que invocaba la trascendencia de lo corpóreo y la concentración en la mente. Londa Schiebinger cita a Russell y vale la pena reproducir el texto para ilustrar esta cuestión: «La actitud científica de la mente implica suprimir todos los otros deseos de interés del deseo de conocer —ello implica la eliminación de ilusiones y temores, amores y odios, y toda la vida subjetiva, emocional». Así lo afirma en 1913. Huelga señalar que si lo propio del comportamiento femenino según los estereotipos de nuestra cultura es la incapacidad de eliminar estas cuestiones emocionales del trabajo profesional, la ciencia les está, en gran medida, vetada.

Este complejo de imágenes heredadas y que son lugar común en nuestra cultura aún en nuestros días, contrasta con el hecho de que las representaciones pictóricas de la ciencia y los más altos ideales abstractos durante muchos siglos acudían a las figuras de mujeres. El matrimo-

nio, el enamoramiento entre el varón científico y la mujer ciencia contribuyó al desarrollo de la idea de que mujer científica era una contradicción de los términos. El análisis de estas imágenes es propuesto por la autora en un conocido artículo del que existe traducción al castellano. Nos referimos a «Cuando la ciencia era mujer», en Ordóñez y Elena (comps.) *La ciencia y su público*. Madrid, CSIC, 1990.

No es éste más que un aspecto de los muchos que se analizan en este capítulo. Otros ejes de análisis, más allá de las imágenes o estereotipos, son las relaciones que establecen ambos géneros entre la vida profesional y la vida privada, las reglas no escritas del comportamiento verbal y no verbal en el contexto de las relaciones profesionales, las actitudes competitivas o los eventos sociales del grupo profesional, todos los cuales son núcleos de la presencia de las asimetrías generadas.

Sin embargo, tal como muestra en el capítulo III, «*Gender in the Substance of Science*», las mujeres están siendo reconocidas como líderes en campos como el de la Primatología y las Ciencias de la vida. Un campo en el que se doctora un porcentaje cercano al 80% de mujeres en esta disciplina, fruto de la reconocida labor de una primera generación de científicas que fue capaz de revolucionar las bases epistemológicas tradicionales y proporcionando nuevas interpretaciones de la conducta de los primates y procurando así nuevos modelos teóricos y de investigación a las jóvenes científicas.

La historia de otras disciplinas como la Medicina, la Biología, y la Física y Matemáticas, el análisis de la organización de estas comunidades de científicos, pero también el análisis atento de cómo el género ha moldeado ciertas interpretaciones en Medicina y fundamentalmente en Biología son cuestiones que la autora señala certeramente como grandes núcleos de investigación feminista. Señala también que así como es ésta una cuestión que empieza a ser admitida de forma general, aunque sólo respecto a la historia pasada de esas disciplinas, es generalizada también la impresión de que ello no sucede con la Física y Matemáticas. Es obvio que una crítica adecuada de la noción de objetividad asociada a estas disciplinas «duras» es necesaria. Aun-





que no es menos obvio que la influencia feminista no ha sido la misma en toda la ciencia.

Es el momento de integrar la crítica feminista, la comprensión crítica del género en la ciencia. El primer paso, a juicio de Londa Schiebinger, es la incorporación de cursos de historia del género en la ciencia en los *currícula* de cada vez mayor número de estudiantes. Los cursos de ciencia y género tienen el potencial de proporcionar a los estudiantes tanto una comprensión histórica del papel de las mujeres en ciencia como las herramientas del análisis de género que pueden abrir nuevas vías de investigación futura. He aquí algunas de esas herramientas que la autora señala a modo de conclusiones teniendo en cuenta que las herramientas analíticas a disposición del análisis de género son también todas aquellas que permiten hacer buena historia: la agudeza del pensamiento crítico, el uso preciso del lenguaje, etc. Es necesario señalar las prioridades que dan sentido a las investigaciones y a las inversiones en investigación y preguntar ¿cómo se toman las decisiones acerca de lo que queremos conocer en el contexto de los recursos limitados? Es necesario también analizar los planes o medidas institucionales, sean «colegios invisibles» informales o rigurosamente formales universidades y sociedades científicas, y cómo estructuran el conocimiento que difunden, ello ilumina algunas relaciones de proporcionalidad inversa entre prestigio y número de mujeres que admiten. El análisis de las culturas de la ciencia refleja los procesos de regulación del comportamiento de sus practicantes fomentando estilos

intelectuales que guían programas de investigación. La referencia a Helen Longino y al papel que el «*background* de asunciones» juega en el marco de las comunidades científicas es central. Es necesario también decodificar el lenguaje y la representación iconográfica de esas culturas científicas ya que éstas son las vías más efectivas de la transmisión de estereotipos y de un universo conceptual en el que la mujer científica es considerada una extraña. Es necesario, finalmente, reconsiderar las definiciones de ciencia, hoy día no emplear el género como categoría de análisis en un curso de historia, por ejemplo, afirma Londa Schiebinger, puede ser considerado claramente irresponsable.

Estas nuevas herramientas de la investigación académica están contribuyendo a cambiar la ciencia, la imagen de ella y, por extensión, nuestra comprensión crítica de la ciencia y del marco cultural en que estas prácticas son definidas. El feminismo está cambiando la ciencia porque propone nuevas concepciones del conocimiento y de las prioridades de investigación, porque propone un cambio en las actitudes en los niveles preescolares y escolares, en las estructuras de las universidades, en las prácticas en clase, en la relación entre nuestra cultura y las otras y en la interpretación de nuestra propia historia. Es, por todo ello, un texto clave y central en los actuales debates en Ciencia y Género.

INMACULADA PERDOMO REYES
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna

CAROLINA MARTÍNEZ PULIDO, *También en la cocina de la ciencia. Cinco grandes científicas en el pensamiento biológico del siglo XX*. La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2000

La historia de la ciencia se ha constituido tradicionalmente excluyendo la autoría femenina aun en los casos en que ésta va asociada a los grandes descubrimientos científicos, contribuyendo a afianzar un tópico profundamente asentado en nuestra cultura: «la ciencia no es cosa de mujeres». El ocultamiento sistemático e invisibilidad de la participación de las mujeres las deja sin mediación histórica, sin tradición ni genealogía en un espacio que aparece así como exclusivamente masculino. Por tanto, cada generación de mujeres que se acerca a la ciencia se encuentra con, y ha de situarse en, un territorio que se manifiesta extraño a su género, respecto al cual ellas son una excepción, viéndose obligadas a partir de un continuo punto cero basado en la asociación conocimiento-ciencia-masculinidad.

Esta situación ha llevado a algunas mujeres a indagar en el pasado científico femenino. Como señala Montserrat Cabré, «sin duda muchas mujeres, siglo tras siglo, han escrito libros en los que estudiaban o recordaban a mujeres científicas»¹. Pero tal intento recurrente de descubrir y escribir una historia de la ciencia que incluya la obra de las mujeres ha quedado fuera de los canales en los que se legitima el conocimiento, constituyéndose, por tanto, como una historia sin reconocimiento que transita en los márgenes del saber dominante.

Cambiar este estado de cosas exige elaborar una historia de la ciencia normalizada que incluya la autoría científica femenina como una parte inexcusable de esa historia y que la narra-

ción del pasado científico de las mujeres forme parte de la historia académica que se trasmite y se legitima socialmente. La constatación de ambas cuestiones ha promovido el desarrollo sistemático de investigaciones históricas que dan cuenta de las contribuciones de las mujeres mostrando el alcance y la importancia de las mismas, haciendo visible y reapreciando un trabajo que, como señala Sandra Harding, ha sido en muchos casos ignorado, trivializado, desacreditado o apropiado por otros². Ello ha supuesto la producción de relatos historiográficos que renuevan la historia de la ciencia, lo que ha significado avanzar en la normalización de la misma historia de la ciencia que había dejado de lado una parte sustancial de su pasado dando paso a una historia más respetuosa con la forma en que la ciencia se ha producido y los sujetos y condiciones implicadas en su producción. No se ha tratado sólo de añadir las figuras femeninas al lado de las masculinas ya existentes, lo que en sí mismo es importante, sino de desarrollar una historia de la ciencia no excluyente con los que han participado en su elaboración, con planteamientos, métodos y estrategias de investigación e interpretación renovados.

El libro de la profesora Carolina Martínez Pulido *También en la cocina de la ciencia. Cinco grandes científicas en el pensamiento biológico del siglo XX* se sitúa en esta línea de investigación. Su trabajo es una importante aportación a la historia reciente de la biología a través de las contribuciones de cinco insígnis científicas (algunas de ellas premios Nobel), sin las cuales esta historia no habría podido ser escrita. En él se da cuenta de un apreciable tramo del desarrollo de la biología del siglo XX al hilo de las investigaciones de primera línea realizadas por mujeres en campos tan centrales como la genética (con el descubrimiento de la transposición génica de Barbara

¹ M. CABRÉ i M. PARET, «Mujeres científicas e historias 'científicas'. Una aproximación al pasado desde la experiencia femenina», en T. ORTIZ y G. BECERRA (eds.), *Mujeres de ciencias: mujer, feminismo y ciencias naturales, experimentales y tecnológicas*, Granada, ed. Universidad de Granada, Instituto de Estudios de la Mujer, 1996, p. 15.

² S. HARDING, «Introduction: Is There a Feminist Method?», en S. HARDING (ed.), *Feminism and Methodology: Social Science Issues*, Indiana University Press, 1987, p. 4. Véase también S. HARDING, *Ciencia y Feminismo*. Madrid, ediciones Morata, 1996, p. 77.

McClintock y las aportaciones de Rosalind Franklin al conocimiento de la estructura del ADN), la biología del desarrollo (con los hallazgos de Christiane Nüsslein-Volhard), la evolución humana (con los descubrimientos de Mary Leakey en paleoantropología y las teorías de Lynn Margulis acerca de la cooperación microbiana y el papel de la simbiosis en la evolución)³.

La investigación llevada a cabo por Carolina Martínez muestra de forma fehaciente que ocuparse de los grandes descubrimientos de la biología del siglo pasado obliga a adentrarse en el trabajo de las científicas mencionadas, o lo que es lo mismo, que dar cuenta de sus contribuciones supone acercarse a la biología, con mayúsculas, de ese periodo. La autora nos introduce, con una prosa amena y concisa, asequible a pesar de los temas que toca y con un profundo conocimiento de la materia (ella es bióloga), en las grandes cuestiones y principales problemas de la biología del siglo XX siguiendo la investigación de estas cinco mujeres.

El resultado es una obra que queda muy lejos de las historias tradicionales de la ciencia, no sólo por su objeto de estudio, sino por el enfoque y estrategias que en ella se desarrollan. La historia que se nos narra no se limita a abordar el hecho científico como algo cerrado que empieza y acaba en sí mismo, abstractamente considerado, resultado de la genialidad de personalidades científicas desencarnadas de cualquier mediación histórica, social, institucional, personal. Al contrario, los acontecimientos científicos

son enfocados como campos de investigación abiertos en los que confluyen diferentes tratamientos e interpretaciones, mostrándose la genealogía del problema y el estado actual. A partir de ello se sitúa la aportación de cada una de las científicas estudiadas exponiendo detalladamente el recorrido investigador efectuado en cada caso, las dificultades que tuvieron que resolver y los logros finalmente alcanzados.

Esta historia interna a la problemática científica en cuestión aparece entreverada por otros hilos narrativos en los que se muestra su dependencia de diversos factores que influyen sobre ella, desde los que tienen que ver con la comunidad científica a los relacionados con el marco institucional, social e histórico en el que se desarrolla cada investigación, sin olvidar la historia intelectual y personal de las científicas. La investigación científica y su autora aparecen así situadas en la intersección de estos diversos ámbitos, lo que permite dar cuenta de la forma en que incide cada uno sobre el trabajo realizado y, por tanto, mostrar las condiciones en las que este trabajo es llevado a cabo. Carolina Martínez consigue de esta manera hacer emerger la intrincada relación que se da entre actividad científica y comunidad, y entre ésta y el entorno social, histórico y personal, dándole peso explicativo a cuestiones como, entre otras, la importancia de las relaciones en el interior de la comunidad y de los grupos, la trascendencia de las actitudes de la comunidad y de su valoración de lo que se está investigando y los resultados obtenidos, las dificultades que implica realizar investigación de élite siendo mujer.

Esto queda reflejado en la estructura de los capítulos del libro en cuya exposición la autora transita por los distintos contextos señalados utilizando diversos niveles narrativos según esté abordando la investigación elaborada, las complicaciones científicas del tema, las relaciones institucionales, académicas, sociales o personales. La complejidad propia del quehacer científico es así hábilmente expuesta, mostrando que ni la historia de la ciencia es una cuestión puramente interna ni la historia de los que hacen ciencia es la crónica de personajes excepcionales al margen de las experiencias y condicionamientos humanos. Al contrario, la ciencia aparece

³ Su libro además puede entenderse como un interesante trabajo de divulgación científica que nos introduce en los entresijos de las principales teorías y descubrimientos de la biología del s. XX haciendo asequible a los legos un área del conocimiento científico compleja, de enorme interés y actualidad. La divulgación científica es un género ampliamente desarrollado en otras latitudes con obras de excelente calidad y que sin embargo apenas ha recibido atención en nuestro medio científico e intelectual. El trabajo de Carolina Martínez Pulido constituye un excelente ejemplo del alto nivel y rigurosidad que puede alcanzar esta clase de obras.

como un producto de la actividad humana dependiente de individuos cuya excepcionalidad reside en su pasión por la ciencia y su entrega constante a un trabajo al que dedican buena parte de su vida. Las científicas consideradas son buen ejemplo de ello, son mujeres que alcanzaron los más altos niveles de la ciencia de su momento siendo investigadoras de élite, con una clara y temprana vocación científica que van desarrollando durante toda su vida y que marca esa vida misma a través de la entrega a su labor.

Al proceder de esta manera, Carolina Martínez pone en evidencia lo que supone, a lo largo del siglo xx, realizar trabajo científico de primera línea siendo mujeres. Muestra cómo la combinación *mujer y científica* sitúa a las investigadoras en el seno de su comunidad y en el desarrollo de su actividad profesional de forma diferente a sus compañeros varones. Ello afecta a las condiciones en que desempeñan su trabajo, al reconocimiento y valoración de la labor efectuada y a su inserción como profesionales e investigadoras de élite en el medio científico y académico. A pesar del exquisito cuidado con que Carolina Martínez expone todo lo que refiere a estas cuestiones, sus palabras ponen en evidencia las dificultades específicas que tuvieron que afrontar por ser mujeres en un espacio de hombres. Las biografías de las científicas muestran los impedimentos que encontraron para lograr un puesto estable y remunerado como investigadoras y/o docentes, incluso cuando ya habían conseguido el reconocimiento de la comunidad acerca de la calidad e importancia de su trabajo. Los puestos que alcanzaron estaban, por lo general, muy por debajo de su valía científica. Desarrollaron su labor gracias a las becas que lograron, tuvieron generalmente que abandonar el lugar y el equipo con el que estaban realizando sus investigaciones cuando éstas acababan, debiendo empezar de nuevo en otro sitio en los mismos términos de provisionalidad (esta situación no era la misma que la de los científicos varones de igual o menor valía que ellas). Encontraron obstáculos para ser contratadas por las universidades o los laboratorios de forma estable y tuvieron problemas de relación personal con superiores o compañeros que dificultaron su permanencia y el logro de estabilidad profesio-

sional. En el medio en el que ejecutaban su actividad eran frecuentes las tensiones que tenían que ver con su ser mujeres en un contexto altamente competitivo y elitista que además era masculino.

La reacción de las científicas frente a esta situación se centró en destacar la neutralidad de la ciencia y de la investigación científica. La ciencia no tiene sexo en ningún sentido, es una actividad independiente basada en las capacidades y los logros de cada uno, el ser mujer carece de importancia. Su experiencia, sin embargo, les mostraba que esto no era así del todo, lo que las llevó a reconocer, al mismo tiempo, las dificultades y obstáculos específicos que tenían que afrontar y que no atañían a sus compañeros varones (aunque manifestaban que ello era secundario para la auténtica tarea científica). La respuesta fue demostrar la neutralidad de la ciencia llevando a cabo una práctica científica modélica, adoptando el ideal de «científico» puro, riguroso, entregado a la ciencia, centrado en la investigación, sin atender a cuestiones externas de tipo personal, social (como la popularidad o el reconocimiento público y el éxito), haciendo de la ciencia una forma de vida. Son científicas, exigentes en grado sumo con su propio trabajo, meticulosas con la metodología que utilizan, minuciosas y cuidadosas con los resultados obtenidos y su interpretación, estrictas con los que trabajan con ellas, íntegras, austeras, sin concesiones al éxito y la popularidad. Cuando alcanzan el reconocimiento y el éxito público manifiestan un claro desapego al respecto considerando que éstas son cuestiones poco importantes, sin valor y opuestas a la pureza de la actividad científica. Mantienen actitudes casi hostiles hacia esa dimensión de su trabajo. Con la excepción de M. Lynn, todas manifiestan su desagrado ante la popularidad y las obligaciones que conlleva. Son ejemplos de independencia de pensamiento y de integridad científica. Esto tuvo en algunos casos como consecuencia que otros menos escrupulosos se les adelantasen en el descubrimiento (le pasa a Franklyn) o se llevasen la fama y la popularidad (como en el caso del marido de Leakey).

Esta respuesta tiene que ver en buena medida con las consecuencias que tiene estar situa-



das en un territorio en el que eran extrañas, excepcionales, cuando no consideradas intrusas. Las científicas eran enormemente visibles, experimentaban la presión de su excepcionalidad, estaban sobreexpuestas, su trabajo era sistemáticamente más observado y enjuiciado por ser trabajo-femenino. Ganarse el reconocimiento de su comunidad científica exigía un proceder impecable, una práctica escrupulosa y un éxito incuestionable en su investigación (lo que además no se traduce inmediatamente en reconocimiento y autoridad, ambos llegan más lentamente que en el caso de sus equivalentes masculinos, aparecen tardíamente). Ellas representan la veta más ascética y alejada de las exigencias mundanas de la investigación científica, terminan siendo solitarias, misántropas, de carácter considerado arisco, poco políticas o condescendientes. Franklin tiene una leyenda de mujer difícil y con autoridad. Leakey dirigió en solitario las excavaciones en varios puntos de África; entregada a su trabajo su figura se vuelve legendaria,

adquiere fama de solitaria misántropa enormemente exigente con la gente que trabaja con ella y de dura. McClintock representa la independencia, casi el ascetismo, la libertad de pensamiento y la integridad científica.

Todo lo señalado muestra la riqueza y complejidad del estudio llevado a cabo por Carolina Martínez, la diversidad de cuestiones que aborda y las que sugiere la lectura de su trabajo. Su libro nos sitúa en el entramado de importantes consideraciones que el análisis de la relación entre las mujeres y la ciencia plantea a la historia de la ciencia actual. Al mismo tiempo nos adentra en los grandes problemas científicos de la biología del siglo XX mostrando la trascendencia que las investigaciones consideradas tienen para algunos de los grandes temas que esta disciplina plantea a nuestro presente.

AMPARO GÓMEZ RODRÍGUEZ
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna



MARÍA LUISA FEMENÍAS, *Sobre sujeto y género: Lecturas feministas de Beauvoir a Butler*. Buenos Aires, Catálogos, 2000

Sobre sujeto y género: Lecturas feministas de Beauvoir a Butler constituye un ejemplo de erudición filosófica y feminista en la que María Luisa Femenías aborda, en un estilo sencillo y cuidado, la tarea de revisar las aportaciones más importantes realizadas por las distintas corrientes del feminismo durante las últimas tres décadas. El problema del sujeto, como el título indica, será el eje en torno al que la autora hace pivotar su análisis.

El libro está estructurado en seis capítulos además de una introducción y un «balance provisorio» a modo de conclusión. En el primer capítulo, «El problema del sujeto», Femenías plantea el asunto en términos de si la constitución del sujeto ha de seguir girando en torno a claves modernas o, por el contrario, ha de hacerlo en torno a claves postmodernas. En el capítulo dos, «Filosofía y conciencia feminista en Cèlia Amorós», da cuenta del pensamiento de Cèlia Amorós, cuya contribución ha sido la de examinar los modos en que se ha articulado el sesgo sexista entre la política y la ontología, esto es, la de mostrar que los supuestos ontológicos que maneja la filosofía constituyen los niveles teóricos más profundos que legitiman las discriminaciones en el orden socio-político, desde la premisa de que el feminismo supone una radicalización del proyecto ilustrado. El capítulo tres, «El contractualismo y los orígenes modernos de la exclusión», está dedicado a la revisión del análisis llevado a cabo por la politóloga feminista Carole Pateman de las teorías contractualistas clásicas donde se pone de manifiesto que el «contrato sexual», que sella la sumisión de las mujeres en la esfera privada, es condición de posibilidad del «contrato social», que garantiza las libertades públicas de los hombres.

En el capítulo cuatro, «La irrupción de la diferencia», Femenías da cuenta de lo que se ha denominado «feminismo de la diferencia», prestando especial atención al pensamiento de Luce Irigaray. Irigaray parte del rechazo de la filosofía tal y como ha sido elaborada, que cataloga como «logofalocéntrica», y propone un nuevo giro en el pensamiento basado en el idea de «diferencia

sexual» entendida como alteridad radical. Esto la conduce a criticar los planteamientos feministas igualitaristas en la medida en que, al no cuestionar los fundamentos logofalocéntricos del pensamiento, su propuesta se resuelve en la homologación al modelo normativo del varón. Femenías critica la ontologización que esta autora lleva a cabo de la noción de diferencia al vincularla a la alteridad radical, negando que constituya un concepto relacional.

En el capítulo cinco, «Feminismo, postfeminismo y giro lingüístico», aborda las corrientes de inspiración estructuralista y, sobre todo, deconstructivista a través de las figuras de Julia Kristeva y Judith Butler, respectivamente. Dedica la mayor parte del capítulo a la exposición y discusión de la «teoría performativa de género» butleriana que dicha autora elabora a partir de la deconstrucción de la metafísica de la sustancia y de la materialidad del cuerpo. Finalmente, en el capítulo seis, «Sujeto-mujer y otros espacios contrahegemónicos», trata someramente el feminismo postcolonial y las corrientes multiculturalistas así como el estado de la cuestión en Latinoamérica. En él, Femenías indica ya algunas propuestas para atajar el problema de las diferencias existentes entre las mujeres de manera que éstas no signifiquen inevitablemente la división política y que se resumen en la idea de tomar la democracia como punto de partida y como marco de referencia.

A lo largo de estos capítulos, la autora insiste en dos ideas que, a mi juicio, podrían considerarse como las rectoras del trabajo en su conjunto, pues operan como criterio desde el que se evalúan los análisis elaborados por las distintas corrientes del feminismo citadas, a saber: (1) la necesidad de pergeñar una noción mínima de sujeto, y (2) la defensa de una identidad democrática plural tal que permita el reconocimiento de las diferencias sin prescindir de la lucha por la igualdad jurídica.

1. LA DEFENSA DE UNA NOCIÓN MÍNIMA DE SUJETO

Ante las críticas postmodernas a la noción de sujeto, María Luisa Femenías defiende la constitución de un «sujeto mínimo», emparen-

tado con la noción de «sujeto verosímil» acuñada por Cèlia Amorós.

La crítica postmoderna se ha encargado de mostrar hasta qué punto la noción de sujeto no responde más que a una ficción metafísica, pues era definido como un sujeto absoluto e incondicionado. Pero, además, ha puesto de manifiesto la ecuación que la modernidad estableció entre sujeto y varón. El feminismo no ha permanecido ajeno a lo planteado por esta corriente de pensamiento. Ahora bien, para el feminismo, señala Femenías, el problema del sujeto es, si cabe, aún más controvertido porque «¿cómo destruir el tema del sujeto de la historia si las mujeres ni son sujeto ni tienen tradicionalmente historia?» (p. 71).

Ante tal problemática, las teóricas feministas han adoptado posturas diversas. María Luisa Femenías señala que, al menos, tres han sido las alternativas planteadas a la cuestión del sujeto-mujer: «(a) homologación del sujeto masculino; (b) rechazo de la construcción sujeto, y sustitución (o no) por otra construcción; (c) constitución de un sujeto-mujer» (p. 84). La autora muestra la necesidad de no disolver la noción de sujeto como único modo de no renunciar a la memoria de la invisibilización histórica de las mujeres y a la de sus causas; y defiende, consecuentemente, la idea de un sujeto mínimo, constituido por su apertura a la contingencia histórica, cuya característica definitoria será el de adquirir «su espesor al hilo de sus prácticas políticas» (p. 91). De manera que, siguiendo a Femenías, «sin necesidad de rechazar la construcción sujeto se puede instalar una nueva relación poder/política, que refuerce los elementos críticos y democratizantes tanto de las formas organizativas cuanto representacionales» (p. 91). En el caso de las mujeres, sus prácticas políticas tienen la virtud de ampliar la democracia, desbordando los límites formales y convirtiéndola en democracia social. De aquí la importancia que Femenías concede a la democracia.

2. LA DEFENSA DE UNA IDENTIDAD DEMOCRÁTICA PLURAL: IGUALDAD Y DIFERENCIA

Femenías sostiene que en la apuesta por la constitución de una «identidad democrática plu-

ral» (p. 288) radica la solución que permitiría solventar el problema de las divisiones materiales, culturales y políticas entre las mujeres. Si bien, entonces, «entre los extremos del voluntarismo *mágico* y de la *parálisis preformativa* se abre una amplia gama de posibilidades de negociación y construcción políticas» (p. 261), esta amplia gama de posibilidades ha de insertarse en el marco de la democracia. Siguiendo a Femenías, la democracia, en tanto que sistema formalmente igualitario, constituye tanto el punto de partida como el marco de referencia que es preciso ampliar. De manera que el reconocimiento de las diferencias sería sólo posible en este marco.

La razón que conduce a Femenías a apostar por una identidad democrática plural es doble: por un lado, el constatar que la disyunción entre igualdad y diferencia responde a una falsa antítesis; y, por otro, el desacuerdo con la ontologización que desde el pensamiento de la diferencia se ha hecho de este concepto. La disyunción igualdad y diferencia responde a una falsa antítesis porque, como ya es sabido, el antónimo de la igualdad es la desigualdad, no la diferencia, y el de diferencia es la identidad, no la igualdad. Y la ontologización, junto a una ingenua valoración positiva de las diferencias, llevada a cabo por el pensamiento de la diferencia oculta que tal concepto es una noción relacional y que, por tanto, exige criterios que permitan distinguir entre diferencias significativas e irrelevantes así como entre diferencias dignas e indignas de ser reconocidas. El modo de superar ambos problemas consiste, a juicio de Femenías, en poner en práctica una doble estrategia, a saber: «la lectura deconstructiva de la distinción igualdad-diferencia como filosóficamente inestable, y el análisis pragmático de la eventual utilidad política de que grupos específicos de mujeres reclamen la una o la otra, como puntos extremos de un dialéctica» (p. 285). Superar entonces la disyunción excluyente entre igualdad y diferencia significa ganar todo el terreno para el movimiento de liberación de las mujeres: ni igualdad ni diferencia, sino igualdad y diferencia, porque «las articulaciones socio-históricas de las diferencias y de la igualdad dependen de los modos y de los significados políticos de las

luchas, las estrategias y la agenda de reivindicaciones que pretenda ese conjunto de mujeres» (p. 286). Ésta es la dirección de la apuesta por la constitución de una identidad democrática plural.

En este último sentido, echamos de menos la referencia al periplo recorrido por los feminismos materialistas (feminismo marxista y socialista, y neomarxista y neosocialista). En relación con este asunto, la autora sólo alude brevemente al viraje pragmático llevado a cabo en los últimos años que ha conducido a los proyectos socialistas a redefinirse en términos de democracia radical y reinscribir sus objetivos en conjunción con las instituciones del liberalismo político. En la coyuntura actual se hace necesario recuperar tal tradición para poder enfrentar el fenómeno que se ha dado en llamar «globalización» desde una perspectiva de género, en especial, la dimensión de la feminización de la pobreza y los problemas que la marginación social, económica y política de las mujeres introduce en la agenda de un feminismo global en construcción. A nuestro entender, el atender a las consecuencias que se derivan de esta situación global y desfavorecedora para las mujeres es fundamental para garantizar la factibilidad de su ideal democrático.

No obstante, consideramos que la mayor riqueza teórica de este imprescindible libro está contenida en la rigurosa labor crítica realizada por Femenías, especialmente, en lo que al pensamiento de la diferencia se refiere: el modo en que muestra la ontologización que desde esta corriente se ha hecho de la noción de diferencia resulta brillante. Es de señalar, también, por lo inhabitual, el esfuerzo dedicado a la interpretación de la «teoría performativa del género». En cuanto a sus propuestas, dos ideas resultan, a mi juicio, sumamente atractivas en *Sobre sujeto y género*: (1) el intento de conciliar las nociones de igualdad y diferencia, generalmente presentadas de manera antitética, y (2) la afirmación de que las prácticas políticas de las mujeres contribuyen a ampliar el marco formal de la democracia hasta el punto de convertirla en democracia social. El poder de atracción de estas dos ideas reside, sobre todo, en las posibilidades que abren a la hora de buscar soluciones al problema de la división política entre las mujeres, problema que viene atenazando en las últimas décadas al feminismo en tanto que movimiento social y teoría política.

ARÁNZAZU HERNÁNDEZ PIÑERO
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna

PIERRE BOURDIEU, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000

En su libro, *La dominación masculina*, Pierre Bourdieu denuncia la persistencia de valores androcéntricos que perpetúan la subordinación femenina. Lejos de mantener una concepción triunfalista con respecto a los logros alcanzados por los movimientos feministas, señala la necesidad de insistir en que tales logros no son más que espejismos o cambios superficiales que no deben apartar nuestra vista del gran problema de base, esto es, una sociedad patriarcal que se transmite de una generación a otra modificando su forma pero jamás su contenido.

Este juicio, ajeno al júbilo propio de quienes celebran el siglo de las mujeres, responde a los procesos de deshistorización, eternización y, consecuentemente, de naturalización, que el autor achaca a las instituciones como la Familia, la Iglesia, el Estado o la Escuela. En efecto, Bourdieu señala la situación particular de discriminación de la mujer en la Historia como el producto de una supuesta inferioridad natural fruto, a su vez, del proceso de deshistorización que ha sufrido la división sexual.

¿Cómo derrocar, entonces, la dominación masculina? Si ésta, como parece, es consecuencia directa de la violencia que, tras ser arrojada fuera del contexto de la Historia e introducida en el determinismo de lo natural, pasa de ser explícita a ser implícita y, por lo tanto, simbólica, la respuesta está en devolver protagonismo a la acción histórica que ha generado la relación entre los sexos negada por las visiones naturalista y esencialista —ya sean biologicistas y/o psicoanalíticas—. O, en otras palabras, en volver a historicizar la división sexual. Pero hacer esto supone algo más que organizar manifestaciones y propuestas; supone recurrir a unas «armas simbólicas», o dotadas de los mecanismos simbólicos, tácitos e implícitos, de los que la división entre los sexos se alimenta. No obstante, frente a aquellos y aquellas que, desde posiciones deconstructivistas, niegan el poder moldeador del género, Bourdieu los ataca por su ingenuidad política. En concreto, refiriéndose a la tesis de Judith Butler, quien sostiene que el género es una actuación, una representación teatral, comenta:

«*happenings* discursivos [...] sobre rupturas heroicas de la rutina cotidiana, como los *paradigmatic performances* [...] que exigen un resultado demasiado pequeño y demasiado inseguro».

Bourdieu se plantea que semejante intento por derrocar la dominación no contaría con otros modos de pensamiento que no fueran el producto de la dominación misma. Estamos conformados por esa dominación que respira en las rutinas institucionales y en los esquemas de apreciación de la realidad que compartimos, esquemas que desvalorizan todo lo relativo a las mujeres mientras que confieren autoridad y credibilidad a todo lo masculino. Estamos inmersos en el juego, con lo que es difícil objetivar la situación de dominación. A este respecto, la estrategia metodológica del sociólogo francés es la de extrañarse al llevar a cabo un análisis etnográfico de una sociedad concreta y organizada conforme al principio androcéntrico como es la sociedad cabileña sita en Argelia. Veamos qué saca Bourdieu de esta maniobra de distanciamiento social que tiene por objetivo el volver a nuestra propia sociedad con algo más de distancia reflexiva.

1. RODEO POR LO EXTRAÑO PARA ATISBAR LO PROPIO

La sociedad cabileña es dualista; en ella todo se encuentra dividido en función de la oposición binaria femenino / masculino. Tanto en los cuerpos como en las hábitos se reflejan esas divisiones que «funcionan como esquemas de percepciones de pensamiento y de acción». La diferencia biológica o diferencia sexual funciona como justificación natural de la diferencia social, sobre todo de la división sexual del trabajo. La mujer simboliza la parte subordinada, mientras que el hombre simboliza la parte dominante, y todo ello es percibido como algo natural. Relaciones, como la de la erección fálica con el vientre de la mujer embarazada, conllevan una carga simbólica que otorga al esperma, asociado con la leche, el principio de vida, quedando el vientre femenino como mero depositario o cuenca que almacena dicho principio de vida creado por el hombre —nada muy diferente a lo que ya barruntaba Aristóteles—. Esquemas como éste,

resultado de la dominación, se encuentran en el interior mismo de los actos de conocimiento de hombres y mujeres teniendo, como consecuencia, los primeros una visión positiva de su sexo, y las segundas, por el contrario, una visión negativa del mismo.

El cuerpo es así el producto de un trabajo social de construcción; el mundo físico se encuentra simbólicamente estructurado: los unos arriba, las otras abajo, los unos lo lleno, las otras lo vacío, etc. Por el lado de lo femenino, la vagina aparece como fetiche, sagrado, secreto y tabú. El gesto o la palabra de la mujer expresan pasividad y sometimiento. Por el lado de lo masculino tenemos que diferenciar entre la parte delantera, frontal o parte pública, donde quedan vinculados el falo y el *logos* (donde el hombre tiene el monopolio de la palabra); y la parte trasera, asociada a una sexualidad indiferenciada y potencialmente femenina, sometida (ligada a la homosexualidad).

Por supuesto existe un mito originario que permite a los cabileños legitimar la dominación masculina al relacionar, por una parte, mujer con naturaleza y, por otra parte, hombre y cultura. El mismo mito que, a través del acto sexual, reduce la identidad femenina a lo no masculino y, así, al polo subordinado.

La violación del cuerpo femenino se realiza a través de toda una serie de imposiciones sociales que hacen que la mujer aprenda una manera subordinada de comportarse con su cuerpo (cabezabajo, sonriente, silenciosa...) a la vez que se le atribuyan tareas consideradas socialmente bajas y mezquinas. El mismo movimiento de su cuerpo, las posturas corporales, conllevan en sí mismas una ética, una política y una cosmología, una significación moral, dice Bourdieu, que se traduce en invisibilización.

La tan denostada relación entre mujer y mal viene a ser, entonces, confirmada por ellas mismas debido a las estrategias que han de desarrollar para defenderse frente a la violencia masculina dual, física y simbólica.

Pero no hay magia, astucia o mentira que consigan frenar la violencia simbólica que es ejercida sobre sus cuerpos al margen de toda coacción física, esto es, de una manera invisible e insidiosa. No hay posibilidad alguna de ven-

cer esa violencia simbólica únicamente desde la conciencia, pues sus raíces no se encuentran en ésta, no son conscientes, sino que se hallan fuertemente ancladas bajo la forma de disposiciones y hábitos. Además, las mujeres aparecen como símbolos cuyo sentido es constituido al margen de ellas para perpetuar el capital simbólico de los hombres, a quienes les toca ser los dueños de la producción. Así las cosas, la mujer es el objeto de intercambio, tal como ya había visto Lévi-Strauss, y el matrimonio la perpetuación del patriarcado. Sin embargo, no por ser el polo dominante se encuentran los hombres en un estado de dicha plena; la misma virilidad que les otorga poder exige de ellos un «estar a la altura» en la esfera pública. Cualquier signo de debilidad implica una pérdida de identidad, la exclusión de su privilegiado grupo de pertenencia. Aparece aquí el miedo a la mujer a la vez que el miedo a sí mismos.

En las expectativas colectivas inscritas de manera implícita en el mismo seno familiar «bajo la forma de oposición entre el universo público, masculino, y los mundos privados, femeninos», se alecciona a las mujeres utilizando la lógica de la «vocación» como medio de hacer que ellas realicen las tareas subordinadas de forma, no sólo voluntaria, sino también «dichosa», bajo la actitud paternalista de sus jefes masculinos. Tanto en la actitud, como en el peinado o el comportamiento, las mujeres reflejan el signo de su diferencia negativa con respecto a los hombres. Por medio de la violencia simbólica en un nivel inconsciente, se expulsa a las mujeres de las posiciones de autoridad reduciendo sus reivindicaciones a meros caprichos o a sus mismas características corporales feminizadas. Las mismas tareas se convierten en nobles o triviales dependiendo del sexo de aquellos que las realizan.

En un momento dado, Bourdieu engloba a ellos, los cabileños, y a nosotros, los occidentales modernos, en el mismo saco. Por ejemplo, dice que ante una estructuración social semejante, la mujer independiente, aquella que deja de existir únicamente para el otro, es discriminada y atacada. Aquellas mujeres que se afirman en una independencia intelectual, las deportistas, etc., son tachadas de no femeninas, incluso de lesbianas, grupo éste al que repudian.

2. CRÍTICAS Y PROPUESTAS

Atendamos, pues, a cómo nuestra sociedad perpetúa la dominación masculina. La literatura dará el relevo a la mirada antropológica. Bourdieu hace un pequeño recorrido por la obra de Virginia Wolf, *Al faro*, rescatando de ella esa mecánica de separación entre lo femenino subordinado y lo masculino dominante. Ellos realizan juegos serios, como la política y la guerra, mientras que ellas permanecen como frívolas espectadoras. Su labor queda reducida a la protección del niño, el anciano y el hombre. Ejercen un papel fundamental como es el de apoyar incondicionalmente, desde su enorme capacidad de comprensión, al hombre jugador.

La dominación masculina se realiza así de forma permanente. Bourdieu señala que ante esto el feminismo ha de penetrar en ese trabajo constante de aseguración de la perennidad de la primacía masculina; investigar las instituciones de la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela, etc., para sacar a la luz el trabajo histórico de deshistorización que hace ver como eterna y natural la subordinación masculina. A esta luz, considera no válidos tanto el feminismo universalista como el diferencialista por entender que ignoran el efecto de dominación.

Bourdieu insiste en que los cambios visibles, como el que la dominación masculina haya dejado de ser percibida como obvia, ocultan las diferencias reales persistentes. Se mantiene la estructura de las separaciones y se siguen asignando los puestos más nobles a los hombres, dejando a las mujeres tareas menos prestigiosas y más prácticas. Ello por no hablar de que son las mujeres las más afectadas por el paro y el trabajo a tiempo parcial y que en muchos casos reciben un sueldo menor que su compañero masculino por realizar el mismo trabajo. El simple hecho de ser mujer comporta un coeficiente simbólico negativo, el nivel cultural, económico, etc., es lo de menos. Ante este análisis el mito del mérito sucumbe.

Una posibilidad de atacar la relación estructural de dominio está, según el autor, en la capacidad del amor que, desligado de esa invención histórica de «amor puro» que exige imposibles, permita el «reconocimiento mutuo». El amor debe ser reinventado como «un estado de fusión y comunicación», de entrega al otro, sin que tenga lugar la pérdida de uno mismo, y, por lo tanto, donde la intención de dominio se abandone.

Finalmente, Bourdieu resalta la importancia del movimiento de gays y lesbianas en tanto que ponen en evidencia y cuestionan el orden social androcéntrico vigente que trata de negar su existencia pública y visible. Los homosexuales sufren una forma especial de violencia simbólica. La homosexualidad, a diferencia del color de la piel o de la feminidad, puede permanecer oculta. Abolir esta forma especial de violencia simbólica supone, para el autor, la necesidad de que estos grupos, antes que limitarse a reivindicar el estatuto de gay o de lesbiana, reivindiquen que podría conllevar el peligro de la «guetización», realicen un trabajo de construcción y de «construcción simbólica» que imponga unas categorías de percepción y de apreciación completamente nuevas. De esta forma, podrían erigirse en un grupo o, como él mismo señala: «más radicalmente, destruir el principio de división que produce tanto los grupos estigmatizados como los estigmatizados».

Ante la perspectiva de que el poner sobre la mesa el orden social pueda conllevar el riesgo de justificarlo, Bourdieu sigue adelante. Confía en que, a pesar de que no podamos desligarnos de la misma sociedad que criticamos, sea posible una «extinción progresiva de la dominación masculina» mediante una acción política que tenga en cuenta todos los efectos de dominación anclados en la estructura social.

LUCÍA ACOSTA MARTÍN
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna

TERESA DE LAURETIS, *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid, Horas y horas, Cuadernos inacabados, 2000

Estar juntas las mujeres no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres gay no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas negras no era suficiente, éramos distintas. Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y sus objetivos y alianzas muy diversas. La supervivencia nos advertía a algunas de nosotras que no nos podíamos permitir definirnos a nosotras mismas fácilmente, ni tampoco encerrarnos en una definición estrecha... Ha hecho falta un cierto tiempo para darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia particular.

Audre Lorde

El presente libro es una compilación de ensayos escritos entre 1986 y 1996, reunidos por su propia autora en función de una temática común: la *diferencia*. Éstos no se encuentran recogidos en orden cronológico porque, como afirma en el prólogo, el pensamiento no es lineal.

A pesar de tratar cuestiones muy distintas, podemos ver a lo largo de todo el libro una intencionalidad clara. Teresa de Lauretis intenta salvar el concepto de diferencia que ha sido (y está siendo) acusado de haber roto la posibilidad de una teoría feminista radical. Para ello defiende que sólo si admitimos y aceptamos nuestras diferencias internas, podremos entender y aceptar las diferencias internas a las otras mujeres y así perseguir un proyecto político común de re-conocimiento e intervención en el mundo. Así, dice: «parece necesario revalorizar las diferencias que existen entre nosotras y en nosotras, y dejar de pensarlas como obstáculo para entenderlas como estímulo de una renovada creatividad política y personal» (p. 9).

Así, al rescatar la categoría de *diferencia* de su tradicional asociación a la negatividad, Teresa de Lauretis parece simpatizar con la apuesta derridiana por la ambigüedad. Partiendo de la polémica Irigaray-Felman acerca del lenguaje de las mujeres, del lenguaje de la alteridad, nuestra autora nos muestra, a través de un largo recorri-

do por la genealogía feminista, cómo hablamos el lenguaje de los hombres y el silencio de las mujeres. Esta «contradicción interna» es precisamente la «contradicción» específica del discurso feminista. El discurso válido, el discurso del que disponemos, está organizado por y en función de una sola categoría: la identidad. Esta lógica de lo Mismo, y, por tanto, excluyente, nos sitúa a las mujeres en el par del «disvalor», de lo que no es lo mismo, de lo no-masculino. Por esto, para hacernos escuchar y poder hacer tambalear el *fallogocentrismo* denunciado por Irigaray, tenemos que hacer uso de la ambigüedad, de la ambivalencia (o de la contradicción, desde la lógica no-inclusiva de lo Mismo). Desde la teoría feminista no hablamos el lenguaje de los hombres porque no somos hombres, pero tampoco hablamos el silencio de las mujeres porque no somos como nos ha construido el discurso heteropatriarcal, hacemos ambas cosas: sólo de este modo lograremos situarnos fuera del logos dominante para poder apostar por una manera no dualista —exclusivista— de ver el mundo y de relacionarnos entre nosotras, y con ellos.

De este modo, Teresa de Lauretis piensa un sujeto del feminismo en un inacabable proceso de definición. Se trata de un sujeto que está al mismo tiempo dentro y fuera de la ideología del género y es consciente de esta doble tensión. Para que el feminismo desarrolle una teoría radical y una práctica de transformación socio-cultural radical, la ambigüedad del género debe seguir manteniéndose: no podemos resolver o suprimir la incómoda condición de estar dentro y fuera del género asexualizándolo (haciendo de él una mera metáfora, una cuestión de *différance*, de efectos puramente discursivos) o convirtiéndolo en andrógino (reivindicando la misma experiencia de las condiciones materiales para ambos géneros de una clase, raza o cultura dada).

Por otro lado, Teresa de Lauretis nos muestra cómo no sólo el género ha sido definido, y por tanto, valorado, en función de la masculinidad, sino que también ha ocurrido lo mismo con la sexualidad. Así, por ejemplo, Foucault no concibe la sexualidad como radicada en el género, con una forma masculina y otra femenina, sino que la considera como única e igual para *todos*, y por tanto masculina. Y aunque la sexualidad



(no la libido freudiana) como construcción y (auto)representación tiene una forma femenina y otra masculina, lo cierto es que en la concepción hetero-patriarcal la forma femenina es una mera proyección de la masculina, su opuesto complementario, su extrapolación, la costilla de Adán. Así, incluso cuando se sitúa en un cuerpo de mujer, la sexualidad se percibe como atributo o propiedad del macho.

«Diferencia sexual» es el término de una paradoja teórica que corresponde a una contradicción real, práctica, de la vida de las mujeres: nombra, al mismo tiempo, una diferencia (las mujeres son, o quieren, algo distinto que los hombres) y una indiferencia (las mujeres son, o quieren, lo mismo que los hombres). Lo femenino carece de lugar si no es dentro de modelos y leyes emanados de los sujetos masculinos. Lo que implica que realmente no existen dos sexos, sino sólo uno. En la estructura teórica de esta indiferencia sexual, el deseo femenino por «la igual» no está contemplado; es simplemente incomprendible en el régimen fálico de una afirmada diferencia sexual entre el hombre y la mujer, pero que se basa en lo contrario, esto es, en la completa indiferencia frente al «otro» sexo, el de la mujer. Es aquí donde la llamada diferencia sexual se convierte en indiferencia: una única práctica y representación de lo sexual.

De acuerdo con Mackinnon, Teresa de Lauretis defiende que la heterosexualidad es la estructura de la opresión de las mujeres. La institución de la heterosexualidad no es simplemente uno entre los diversos mecanismos de dominación masculina, sino que está íntimamente implicada en cada uno de ellos: se trata de una estructura sustentadora del pacto social y fundamento de las normas culturales. La diferencia de género se reproduce en las interacciones cotidianas de las parejas heterosexuales a través de la negación de carácter no unitario, no racional y relacional de la subjetividad. Pero entonces, dice Teresa de Lauretis, ¿qué podrá convencer a las mujeres para que inviertan en otras posiciones, en otras fuentes de poder apropiadas para cambiar las relaciones de género, si han asumido la posición actual de hembra de la pareja en primer lugar porque esa posición les ofrecía, como mujeres, un cierto poder relativo? Para imaginar

el género (hombres y mujeres) de forma diversa y (re)construirlo en términos diversos de los dictados por el contrato heteropatriarcal, debemos salir de este sistema de referencia en el cual género y sexualidad se (re)producen a través del discurso de la sexualidad masculina o, como ha señalado Luce Irigaray, de la hom(m)osexualidad. Lo que necesita en este momento histórico el feminismo es un punto de vista excéntrico respecto al monopolio masculino (heterosexual) del poder/saber, una posición discursiva en exceso, es decir, no reasimilable por la institución socio-cultural de la heterosexualidad.

Así es como Teresa de Lauretis dedica gran parte del libro a dar cuenta de que *lesbiana* es el único concepto que está más allá de las categorías del sexo, porque la sujeto lesbiana no es una mujer en el sentido económico ni político ni ideológico. La lesbiana no es una mujer, no es el sujeto social mujer, sino el sujeto de una particular «práctica cognoscitiva» que permite rearticular las relaciones sociales y las condiciones mismas del conocimiento desde una posición excéntrica respecto a la institución de la heterosexualidad. En este sentido propone con Wittig la desaparición de las mujeres como objetivo del feminismo. La lucha contra los aparatos ideológicos y las instituciones socio-económicas de la opresión de las mujeres consiste en rechazar los términos del contrato heterosexual, no sólo en la práctica del vivir, sino también en la práctica del conocer. Consiste en concebir un sujeto social en modo excéntrico, en términos autónomos o excedentes a las categorías del género. Una lesbiana «debe ser» otra cosa, no-mujer y no-hombre. *Sociedad lesbiana* y *lesbiana* son términos conceptuales, teóricos, de una forma de conciencia feminista que puede existir históricamente sólo en el «aquí y ahora» como conciencia de otra cosa.

De este modo, partiendo de que hoy en día una teoría o proyecto político feminista no puede dejar de tener en cuenta no sólo las diferencias entre mujeres, sino también las construcciones externas e internas al sujeto, los límites del yo y las necesidades que lo sostienen, la productividad y la refractariedad del deseo, el sujeto del feminismo por el que apuesta Teresa de Lauretis está constituido, como el sujeto postmoderno,

marginal, imaginado por Samuel Delany, de fragmentos cuyos aspectos constitutivos incluyen siempre otros objetos, otros sujetos, otros sedimentos, por lo que la noción de «otro» (otro que uno mismo) se resquebraja bajo la misma presión del análisis que el yo aplica para localizarlo. Esta figura, de una posición crítica alcanzada a través de prácticas de desplazamiento político y personal, atravesando los límites entre identidad y comunidad socio-sexual entre cuerpos y dis-

ursos, sólo puede generarse en la nueva etapa del feminismo. La lesbiana, el sujeto del feminismo, el sujeto excéntrico es un sujeto generado en una continua interacción con las tecnologías del género: no inmune o externo al género, pero autocrítico, distanciado, irónico, excedente.

MERCEDES LÓPEZ JORGE
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna



MIGUEL LORENTE ACOSTA, «*Mi marido me pega lo normal*». *Agresión a la mujer: realidades y mitos*. Barcelona, Editorial Crítica, 2001

Miguel Lorente Acosta, médico forense, doctor en Medicina y Cirugía, nos presenta *Mi marido me pega lo normal*, dentro de una línea de trabajo que inició con su obra *Síndrome de agresión a la mujer*, premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada.

El prólogo de Victoria Camps sirve de portal a un discurso de denuncia sobre la brutal normalidad de la agresión. Denuncia Lorente la existencia de elementos que hacen que la agresión aparezca como algo que puede ocurrir dentro de la normalidad, sin aceptar que se trata de un problema. Este fenómeno, la normalización de lo anormal, es el faro conductor que nos guía a lo largo del análisis de un problema que afecta al conjunto de la sociedad. Lorente nos presenta el escenario donde se sucede esa normalización, los factores que la motivan y alimentan, y los grupos a los cuales beneficia, por un lado, y perjudica por otro. Nos introduce, con lenguaje sencillo pero severo, a través del mundo oculto y occultado de la agresión a la mujer. El esqueleto formal de la obra está compuesto por once capítulos, prólogo y apartado para una extensa bibliografía específica. La estructura discursiva presenta dos espacios: la exposición del discurso como tal y la presentación de los elementos que protagonizan esta triste y gris historia de la agresión a la mujer. La exposición del discurso está integrada por el análisis del estado de la cuestión y acercamiento al tema, el posicionamiento y la denuncia, las respuestas dadas por los distintos agentes sociales, las propuestas, medidas y soluciones del propio autor, y, por último, los datos y cifras. Los elementos que orquestan el adagio de la agresión a la mujer son, según el autor, el escenario, es decir, el entorno social político, jurídico-legal, policial, médico y mítico; la víctima, el agresor, los descendientes y las personas que actúan como espectadoras (familia, amistades...), con la posibilidad de una corta y fatídica aparición en escena.

La cuestión de la agresión a la mujer se debe entender de forma integral, donde se pueda observar cómo todos los factores y todos los agentes

juegan su papel. A partir de esto se entiende mejor un problema que ha sido abordado desde muy distintos puntos de vista y muy diferentes enfoques, pero es ahora, «gracias» a Lorente, que se presenta desde todos ellos a un mismo tiempo.

«El análisis nos muestra que la agresión a la mujer ha estado presente desde el inicio de la sociedad patriarcal como forma de sumisión de la mujer» (p. 28). La agresión no es un problema reciente, ni aislado; ha estado presente a lo largo de los siglos y, como ahora, ha sido justificada, ocultada y considerada como algo que encuadraba dentro de la normalidad. Las funciones atribuidas a la mujer pasan por establecer y perpetuar una situación de sumisión, dependencia, falta del reconocimiento de ser independiente al hombre, ya sea el padre o el marido. La lucha de las mujeres es terminar con esta situación de desigualdad que sirve de base a la columna de la agresión a la mujer. Lo que demuestra que las transformaciones y cambios impulsados por el feminismo están aún muy lejos de conseguir la igualdad es la existencia hoy del maltrato, la agresión sexual, el acoso laboral... E incluso más significativo es que la respuesta social a la agresión pase por la justificación al agresor, la minimización de los hechos o responsabilización de la mujer. Ante esto, es evidente que no podemos afirmar que se haya alcanzado la igualdad.

Normalizar, justificar o minimizar la agresión a la mujer, por cualquier vía o sirviéndose de cualquier argumento, es la respuesta *lógica* de un entorno hetero-patriarcal que se beneficia del estado de discriminación, maltrato y desventaja de la mujer. Este proceso pasa por la creación de mecanismos que convierten el problema en circunstancial, lo emborronan con mitos de origen patriarcal, eliminan el castigo por lo que hacen desaparecer la gravedad del delito, etc.

Aislar los casos de agresión a determinadas circunstancias de marginación social (alcoholismo, bajo nivel social, educación deficiente...) es un intento académico y social de minimizar el problema de la agresión. Un problema estructural se convierte en circunstancial, superando la consecuencia lógica que es la quiebra social y la crisis de los valores morales que sustentan esa sociedad. Con este falso planteamiento circuns-

tancial nadie podrá admitir que la violencia contra las mujeres puede ser un mecanismo de control y poder; el propio lenguaje otorga a la violencia contra las mujeres una terminología resultado de este intento de suavizar el problema y convertirlo en circunstancial: «violencia doméstica» o «violencia familiar». «No es violencia doméstica porque es salvaje, ni es familiar porque no sólo se produce en las relaciones o en el ambiente familiar» (p. 38). La mujer es agredida por el hecho de ser mujer; «La mujer sufre determinadas agresiones por el hecho de ser mujer» (p. 37). Ser mujer es un hecho universal, no circunstancial ni accidental, por lo tanto las causas no pueden ser, ni son, circunstanciales ni accidentales, son estructurales. Hay que entender la agresión a las mujeres como el Síndrome de Agresión a la Mujer:

Este síndrome hace referencia a todas aquellas agresiones que sufre la mujer como consecuencia de los condicionamientos socioculturales que actúan sobre el género masculino y femenino, situando a la mujer en una posición de inferioridad y subordinación al hombre, y manifestadas en los tres ámbitos básicos en los que se relaciona una persona: en el seno de una relación de pareja en forma de maltrato; en la vida en sociedad como agresiones sexuales; y en el medio laboral como acoso sexual. (p. 39)

La violencia contra las mujeres es así una violencia estructural. Si la mujer no puede evitar ser una mujer, pero por ello es víctima de la agresión, será pecado el simple hecho de ser mujer.

Sostiene Lorente que la agresión a la mujer, por ser estructural y parte del orden social del patriarcado, se debe abordar teniendo en cuenta sus especificidades. La agresión a la mujer tiene características diferenciales respecto de otro tipo de agresiones. Aparecen tres fases típicas en la agresión a la mujer: 1) fase de tensión creciente, violencia psicológica y verbal; 2) agresión física; 3) amabilidad y falso arrepentimiento / justificación del agresor. Éste es un ciclo que se va repitiendo, pero donde la violencia va en aumento y se hace más corto el espacio que separa una agresión de otra. La mujer presenta una serie de

rasgos denominados por Leonore Walker como «síndrome de la mujer maltratada», por el que a pesar de su grave situación la mujer no es consciente de ello, y se sigue culpando de su propio estado. Su entorno tampoco le es propicio, las personas que la rodean no son conscientes de su estado crítico, y este círculo se cierra cuando el agresor consigue aislarla del exterior y recluirla entre los muros del «hogar». El agresor utiliza la violencia porque eso le permite conseguir su objetivo: controlar y someter a la mujer sin que ello le resulte costoso desde el punto de vista social y judicial. Obtiene una situación de privilegio sin entregar nada a cambio. Del uso de la violencia y de la agresión a la mujer Lorente establece tres efectos fundamentales:

- 1) A corto plazo, el agresor impone su criterio y se ve reforzado.
- 2) A medio plazo, el agresor consigue la sumisión y control sobre la mujer.
- 3) A largo plazo, se establece un tipo de comunicación donde predomina la violencia y donde el hombre posee privilegios de dominación sobre la mujer.

La importancia de los mitos entra no sólo en el ámbito de lo socio-cultural, sino que viola el espacio de la «racional justicia». Dentro de esos mitos se desarrollan las justificaciones sociales más comunes a la agresión: los celos y el alcohol. En ambos casos se presupone que la agresión es circunstancial, debida a un arrebato pasional o al trastorno provocado por la ingestión del alcohol, evitando reconocer que es una situación contextualizada en un medio violento, donde la agresión va precedida de la amenaza, la coacción, el maltrato psíquico y verbal; que tiene, además un objetivo: perpetuar la subordinación y sumisión de la mujer y el estatus privilegiado del hombre. Utilizar como atenuante los celos en un caso de agresión a la mujer ante un juez, y que éste lo admita, es un triunfo del mito «si te pega es que está celoso porque te quiere». Los mitos se convierten en argumentos fundamentales de tal forma que ante su desaparición son sustituidos por otros. Los avances en el análisis de la agresión y el maltrato han servido para desmitificar muchos aspectos que son tradicio-





nalmente medio de contención y minimización del problema. No obstante, ante el derrumbe de ciertos mitos se crean e inventan otros nuevos; uno de los mitos más recientes es el de la mujer agresora (recordemos que el rasgo común entre todos los agresores es ser hombre, y el de la víctima el ser mujer). El mito de la mujer agresora se centra por lo general en el maltrato psicológico, para así hacerlo más creíble; aunque en algunos casos se recurre incluso a la figura de la agresora física, imagen ésta muy alejada de la realidad. La mujer no es agresora porque no hace un uso similar al hombre de la violencia. La mujer parte de un binomio de desigualdad donde ella es la parte inferior y discriminada; por lo tanto no poseen los recursos de superioridad para hacer del uso de la violencia una acción rentable. Lorente expresa una opinión confusa sobre la posibilidad de que exista la mujer agresora. En un primer momento afirma que se trata de una construcción, un invento, un mito; más tarde critica que a los casos de mujeres agresoras se les dé una mayor publicidad en los medios de comunicación, estableciendo que sí existen.

Sobre el agresor, Lorente nos advierte: si la agresión se desarrolla dentro de la normalidad, el agresor será una persona normal. Los estudios que se realizan sobre los agresores son en exceso sesgados, ya que se denuncia sólo el 10% de los casos de maltrato, y de este 10% sólo el 30% va a tener procedimiento judicial; y de éstos, no todos van a tener condena para el agresor. Del reducido número de maltratadores denunciados es menor el de los que están dispuestos a ser entrevistados. Pero es cierto que de cualquier estudio realizado, o que se pueda realizar, la conclusión incuestionable es que lo que tienen en común todos los maltratadores-agresores es su condición de hombres. Si la mujer es agredida en última instancia por ser mujer, el agresor maltrata en última instancia por ser hombre.

La agresión a la mujer no es obra de enfermos ni de hombres con trastornos de personalidad, ni de individuos que llevan a cabo sus agresiones bajo los efectos del alcohol o de otras sustancias tóxicas. Los agresores son personas «normales» que deciden recurrir a la violencia y a la agresión para conseguir su objetivo (controlar y someter a la mujer), haciéndolo cuando perci-

ben que dicha conducta no les va a suponer ningún perjuicio (inician y aumentan de intensidad la agresión cuando la relación se refuerza, de modo que la dependencia afectiva de la mujer es mayor), y mostrando un elevado control durante la agresión, lo cual les permite dirigir los golpes hacia determinadas zonas donde las lesiones no van a ser visibles cuando la mujer salga a la calle, controlando la intensidad y utilizando toda una argumentación verbal paralela que responsabiliza a la propia víctima de la agresión y justifica sus conductas violentas.

Según la consideración que se tenga del agresor, si se le justifica, e incluso se le desprende de cualquier tipo de responsabilidad en la agresión, se presenta el debate sobre los programas destinados a su tratamiento. Sobre esta cuestión Lorente plantea que existen tres grupos de razones por las cuales se defienden este tipo de programas:

- 1) Basadas en la actitud de la víctima de la agresión que, atrapada en una relación de supuesta afectividad, no quiere que el agresor sea condenado por la justicia. Simplemente quiere que el agresor deje de maltratarla. La mujer se siente responsable del maltrato, y considera por ello que el agresor no debe ser condenado. El resultado es un agresor que refuerza su situación de privilegio, pues se le reconoce que su conducta no merece condena, sino una terapia dirigida a consolidar la relación de pareja que él domina a través de la violencia.
- 2) Basadas en la idea de que hay que corregir una conducta determinada del agresor generada por alguna situación circunstancial por la cual no es capaz de controlar la violencia: patología, alcoholismo, celos, pasión... Supone defender que el agresor es irresponsable de sus actos, que es una víctima de las circunstancias.
- 3) Basadas en cuestiones políticas, que consideran que crear mecanismos para ayudar a la mujer víctima de la agresión y no mecanismos para integrar al agresor es una actitud discriminatoria hacia el hombre. Esto no es más que el resultado de una política inmersa en un mundo patriarcal y andro-

céntrico, que supone que la agresión a la mujer es una cuestión privada con posibilidades de convertirse en instrumento politizado, donde no se plantea en ningún momento la responsabilidad moral y judicial del agresor.

Las tesis y argumentos de Lorente no son novedosas. Dice lo que todas las feministas han dicho siempre: que las mujeres son víctimas de la violencia por ser mujeres; que la violencia contra las mujeres es estructural; que existen muchos y poderosos mecanismos para deformar la violencia contra las mujeres y minimizar el problema convirtiéndolo en circunstancial, doméstico y familiar; que la sociedad es hetero-patriarcal; que se nace mujer o se nace hombre, pero que el «femenino» o «masculino» son construcciones socioculturales del género determinadas por la sociedad heteropatriarcal. La trascendencia del discurso de Lorente, que llega incluso al Parlamento de los diputados, donde fue presentado este libro, viene dada porque es un hombre y porque es médico, dos poderosos respaldos: el androcentrismo y la ciencia. Es por eso que cae en algunas trampas que él mismo denuncia. Por ejemplo la idea de familia, una de las principales instituciones que favorecen la perpetuación del hetero-patriarcado, que no recibe ni la más mínima crítica. La confusión en el uso del lenguaje no sexista, donde aparece en ocasiones la distinción entre femenino y masculino, y otras, donde no está claro si se refiere al masculino específico o genérico. Se presenta como un médico forense, pero su discurso no es un discurso médico, sino cercano a la sociología. Es así que la presentación como facultativo le sirve para respaldar su discurso, no para anunciar que nos hablará de la medicina legal en el ámbito de la agresión a la mujer. Su declaración, como miembro del cuerpo de la Medicina, es la de acusar la insensibilidad de sus compañeros (los médicos aparecen sólo en masculino) que no denuncian

a las autoridades policiales y judiciales los casos de maltrato que atienden en sus consultas, aunque la víctima intente esconder las causas reales de su estado. Lorente hace referencia a la sexualidad y cómo ésta es percibida de forma diferente según se trate de una mujer o de un hombre. Un hombre puede adquirir mayor prestigio cuantas más relaciones sexuales mantenga; por el contrario, una mujer tendrá una mala reputación si accede a mantener muchas relaciones. En este contexto habla de la agresión sexual a la mujer, la violación, y de cómo se puede absolver al violador argumentando que la víctima realmente no rechazaba la relación sexual, sino que dice no querer acceder al acto sexual por la reputación. «No obstante, hemos mejorado en este sentido, puesto que trabajos más recientes indican que las mujeres extrañamente dicen ‘no’ cuando quieren decir ‘sí’. Todo este juego de noes y síes en parte está en relación con un mecanismo sutil de controlar a las mujeres: la reputación» (p. 70). De alguna forma, Lorente respalda las sentencias que absuelven a los violadores cuando en el contexto no queda claro, según los jueces, si la víctima dice «no» porque no quiere o por razones culturales. La gravedad de lo expuesto por Lorente aquí es un ejemplo más de otros *patinazos* con los que se puede tropezar la persona que lea este libro. Demuestra que Lorente secuestra argumentos feministas pero sin terminar de creérselos.

Quizá son miles, o quizá son millones, los libros escritos por mujeres desde los albores del feminismo moderno. No han llegado al Parlamento; pero sí lo ha hecho la obra de Lorente, cuyo título, *Mi marido me pega lo normal*, sirve de perfecta síntesis para el horrible y continuado atentado contra las mujeres, lo que el autor llama la agresión a la mujer.

LEONOR CEBALLOS HERNÁNDEZ
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna



GEORGES VIGARELLO, *Historia de la violación (siglos XVI-XX)*. Madrid, Cátedra, 1999.

Georges Vigarello, catedrático de la Universidad de París-V y director de estudios de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, nos sumerge, con *Historia de la violación (siglos XVI-XX)*, en el universo de la violencia francesa a través de un recorrido temporal que abarca desde el siglo XVI hasta nuestros días.

El autor nos aproxima a la definición de la violencia, y concretamente de las violaciones, en la que descubriremos su íntima relación con la definición de sujeto en la mentalidad que cada sociedad potencia, determinada por el momento histórico en el que se manifiesta.

Nos adentramos en una impunidad casi teorizada por los tratados de materia penal y traducida en fórmulas precisas, todas ellas como equivalentes a leyes. La distancia social modula la escala de gravedad de los crímenes en una sociedad de orden, que distribuye ante todo el peso de las violencias en función de la categoría social de las víctimas.

El cambio primordial es el tránsito de esta caracterización de la persona como equivalente a bien material, a la persona como equivalente a sujeto, transformación forjada en cinco siglos de historia.

El primer concepto que debemos concretar es que la historia de la violación es ante todo la historia de una violencia indefinida, paralela a la historia de la sensibilidad, la que tolera o rechaza el acto.

Se trata de una violencia relativamente tolerada, con denuncias poco frecuentes y alusiones insistentes a la apropiación y la posesión de la víctima, manifestando esa equivalencia de la persona como bien o posesión material de su tutor.

Las instituciones, al igual que las herramientas mentales, marcan las diferencias con nuestra época, diferencias numerosas y decisivas que recuerdan hasta qué punto la violencia sexual y el juicio sobre la misma son indicios sociales de un universo colectivo y de sus cambios.

Necesitaremos una lenta enumeración de sus componentes para captar mejor, dentro del marco de la violencia sexual, la lógica que dobla, la que prohíbe y la que juzga.

Son elementos heterogéneos, pero ante todo, son la familiaridad de la violencia psíquica y la imagen de la falta y del pecado, cuya certidumbre encierra a la víctima en la humillación y la indignidad, la imagen de la conciencia, cuyo análisis rudimentario en la Francia antigua no ayuda nada a ilustrar la ausencia de consentimiento de la víctima, y por fin, el estado de la ciencia, cuyos elementos deficitarios respecto de los conocimientos actuales deben aportar las pruebas corporales y materiales.

La respuesta jurídica que se da a la violación es la repercusión, hasta cierto punto, de la respuesta jurídica que se da a la violencia ordinaria. Por ello Georges Vigarello dedica el primer capítulo a este paralelismo con la violencia familiar y cotidiana, porque la violación en la Francia antigua es coherente con el conjunto de un universo de violencia.

Son reiteradas las imágenes en las memorias, en los expedientes procesales y en los parlamentos, de individuos tendentes a la venganza inmediata, ya que el aparato procesal se figura lejano y flexible al mismo tiempo. La Ley no es equiparable a la Justicia y estos instrumentos procesales carecen de la confianza en su equidad por parte de la mayoría de la población, que es, por norma, la más desfavorecida.

No significa por ello que en esta sociedad antigua la vida sea una violencia constante o que los conflictos se resuelvan normalmente de forma brutal, pues en ese caso no se podría obtener ningún equilibrio colectivo. También existen arreglos amistosos y acuerdos. Sin embargo esta sociedad sostiene el paso al acto y la agresividad.

La violencia sexual se inscribe en un sistema en el que la violencia reina, por así decirlo, de tal forma que sería artificial aislar el delito sexual de otras formas de agresividad constantemente presentes en la vida cotidiana de la sociedad tradicional.

La mayor parte de las condenas se traducen en una multa o un destierro, revelando otro obstáculo: la ausencia de todo tipo de ayuda al magistrado responsable de instrucción, la inexistencia de una policía judicial, la falta de coordinación entre los responsables (villas, señores laicos o eclesiásticos).

La distracción del suplicio y el recurso al terror por la sangre son también testimonios de esta relativa parálisis del sistema judicial.

En este marco de dureza y tolerancia es en el que debemos situar las acciones judiciales por violación en el Antiguo Régimen.

La distancia social modula la escala de gravedad de los crímenes en una sociedad de orden, que distribuye ante todo el peso de las violencias en función de la categoría social de las víctimas. En realidad se definen en función de las redes sociales de que disponen los implicados, confirmando hasta qué punto la gravedad de estos actos nunca es realmente incuestionable, nunca está realmente instituida, es susceptible, según las circunstancias o los implicados, de ser inaceptable o excusable.

Aun así la violación plantea varios problemas específicos, más allá de sus correspondencias con el conjunto de los actos brutales: es objeto de una visión propia, una perspectiva que tiende a minimizar más todavía la imagen de la violencia, desviar o anular incluso lo que existe en ella de brutalidad.

Para empezar, provoca una herida que es semejante y diferente a las demás. Afín porque es la consecuencia de un acto brutal; incomparable porque el agresor suele ser escasamente consciente de la gravedad de su acto, cuya víctima es doblemente atacada, ahora por la intensificación de la vergüenza, transfigurada de esta forma a los ojos de los demás, ya que la víctima ve reducida su capacidad para acusar pues ella misma queda inmersa en un acto impuro.

La violación es ante todo una trasgresión plenamente moral en el derecho clásico, asociada por lo tanto a los delitos contra las buenas costumbres y no a los delitos de sangre. Pertenece al universo del deseo y se aleja así del de la violencia.

La víctima de la violencia sexual entra, aunque sea de forma turbia, dentro del mismo registro de rechazo, la duda se cierne en torno a la imposibilidad de diferenciar sus actos de conciencia de sus actos físicos, «*lo que piensa y lo que hace*». Se supone la ausencia en la mujer de conducta responsable; la duda recae pues sobre sus decisiones personales y privadas. Existe la certeza de una actitud de incitación por parte de la

víctima, concepto que halla sus raíces en la «*tesis de la provocación femenina*», lo que revela un clima susceptible de orientar el veredicto.

La historia de la violación «camina de la mano» de la historia de las representaciones de la conciencia y de la de las representaciones de la femineidad pues, al reiterar la negación de la violencia sexual, reproducen también la ocultación de la mujer como sujeto.

La jurisprudencia del Antiguo Régimen no contempla una serie de circunstancias como son el miedo, el pánico o la amenaza; su análisis no atisba más allá del deber, y no existe justificación para un comportamiento que se aleje de éste.

Se extiende la afirmación de la aceptación voluntaria por parte de la mujer, sospecha que mantienen los filósofos de la Ilustración, en cuyo análisis de la violación muestran su rechazo implícito a la correspondencia entre la condición de mujer y la de sujeto.

En cambio, los comentarios sobre la violación alrededor de 1770, las críticas a la arbitrariedad en algunos procesos y ciertos movimientos de opinión respecto a este delito, son las primeras voces que marcan diferencias, antesalas de las primeras condiciones que conducen a la justicia contemporánea. Una sensibilización mayor respecto a las amenazas específicas dirigidas contra las personas, en consecuencia, una merma de los conceptos de falta y pecado.

Se trata de actitudes y comportamientos prácticamente inéditos en estos años de 1770-1780, aunque no son suficientes para modificar las leyes ni el desarrollo de los procesos. El inicio de una nueva reflexión penal en la segunda mitad del siglo XVIII se acompaña de la siguiente distinción: los atentados contra las personas son un tipo diferente de delito que los atentados contra los bienes materiales.

La nueva reflexión penal reestructura las herramientas mentales y desplaza los criterios de juicio, desplazamiento fundamental aunque no vaya acompañado por un cambio inmediato en la práctica jurídica, ni por un cambio determinante en la percepción cultural de la violación.

Debemos plantearnos que lo que cambia no es la forma de considerar la violación (la violencia de un hombre sobre una mujer, su rela-



ción compleja con la amenaza y la vergüenza), sólo algunas circunstancias, algunos casos considerados detestables o algunas víctimas más frágiles. Es un cambio limitado, casi invisible, en el que la violencia se enfrenta con nuevas referencias y con nuevos objetos.

Ahora se habla de la impunidad del violador, con la insistencia en una violación considerada muy particular, la cometida en los pueblos y comarcas olvidadas.

La explicación es una novedad, juega con la ausencia de moralidad para documentar la ausencia de la violación, imaginando una supuesta libertad de costumbres para atestiguar la escasa incidencia de las brutalidades sexuales. De esta forma se considera que la violación no es habitual en las grandes ciudades, donde la prostitución se considera un mal necesario. Con lo cual el único indicio de mayor sensibilidad, según Vigarello, es la relegación de este crimen a una barbarie rural y lejana, junto con la petición de un castigo más firme. La opinión pública recoge, de este conjunto de transgresiones, una crueldad claramente circunscrita y específica.

Tendremos que esperar un poco más para que el objeto de la denuncia social extienda sus miras, generando un rechazo más global, aceptando que estos actos de brutalidad no son «coto reservado» de determinadas clases o estratos sociales. Los relatos de las gacetas de 1760 introducen un nuevo protagonista, la figura del señor que abusa de su «presa».

No modifica en nada los procedimientos judiciales (frase que se convierte casi en bandera de estos siglos) pero revela en esta segunda mitad del siglo XVIII indicios de un cambio cultural, como revela también la dificultad todavía evidente de censurar una violencia específicamente sexual.

Lo más interesante es que la visión de la violencia se amplía, atraviesa la frontera de los estratos sociales intocables y extiende su crítica más allá del ámbito rural, reconoce al enemigo en las «*filas de la ciudad*».

Las modalidades de una violencia sexual siguen siendo oscuras, ocultas por gestos más fácilmente perceptibles: los de las heridas y los cuchillos.

El tema de una anormalidad o los impulsos sexuales brutales no son sujeto de estudio; la hipótesis de una particularidad posible del violador no se concibe en la cultura clásica. Ni siquiera existe el término de violador; se denominan los *furiosos*, *bribones*, *homicidas*, *envenenadores*, *coléricos*, pero ningún tipo de violento sexual. La idea de desviaciones o perversiones, y los desórdenes del criminal, apenas se consideran, pues la atención se dirige hacia el crimen y el asesinato más que a la personalidad criminal.

A finales del siglo XVIII aparece sin embargo un cambio perceptible, una reacción más fuerte y más exigente ante las violaciones infantiles; es uno de los primeros cambios característicos en la sensibilidad ante las violencias directamente sexuales.

Los informes de medicina forense ganan en precisión anatómica, indicando con más frecuencia y de forma más explícita el himen. Aparece la exigencia de describir y de comprender mejor. La precisión anatómica se impone y las pruebas se renuevan. El juez dispone ahora de medios más seguros para condenar o exculpar.

El acto conmueve mucho más que antes, pero no desemboca, una vez reconocido, en una sanción clara. Está probada la violencia pero no la violación.

Los primeros jueces revolucionarios pretenden cambiarlo todo, dedicándose con preferencia a los procesos relacionados con las costumbres. Tratan de denunciar el orden antiguo, de condenar una moralidad degenerada e imponer una mayor severidad.

La originalidad del período revolucionario está, sin embargo, en una nueva visión del derecho, una profunda modificación de la forma de calificar a la víctima y de calcular la pena. El código revolucionario desplaza los puntos de referencia del fallo, sustituyendo el tema del pecado por el del peligro físico y la amenaza social, ocupándose menos de la blasfemia que del riesgo que pesa sobre la comunidad.

La violencia se percibe de otra manera.

Un primer desplazamiento se encuentra en la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789: «*Cada hombre es el único dueño de su persona y esta propiedad es inalienable*». Es la plena disposición de la persona por uno mismo y esto

puede cambiar totalmente la imagen tradicional de la violencia sexual: convertir definitivamente a la víctima en sujeto, concentrar su prejuicio en su ser y no en el de sus tutores, inclinar la violación hacia el daño físico y no hacia la apropiación indebida. La idea de secuestro o apropiación ya no está presente en el código, lo que denota un cambio fundamental.

El Código Penal de 1791 y su artículo sobre la violación llevan a la culminación de la igualdad relacionando la gravedad con las amenazas que pesan sobre el cuerpo íntimo y privado. La violación ha dejado de ser un robo y el prestigio del tutor ya no determina la importancia del delito, sólo cuenta la fuerza del atentado. Sin embargo, una vez más, el cambio es más teórico que práctico: el código de 1791 no puede establecer de entrada una brusca conversión de la autonomía de la mujer.

La certidumbre de que la defensa de la mujer corresponde únicamente a sus tutores, a pesar de la Declaración, marcan durante mucho tiempo los procesos de violación. Por otro lado, el Código Civil mantiene durante mucho tiempo diferentes formas de tutela masculina: la gestión de los bienes y la autoridad parental están ejercidas exclusivamente por el marido. La conclusión es que aún las mujeres no son vistas como «individuos autónomos».

Otro principio del código de 1791 confirma la voluntad de especificar la violencia; segunda originalidad del texto tras el reconocimiento de una libertad, este principio consiste en el abandono de cualquier referencia religiosa al juzgar un crimen, dando prioridad a la amenaza social sobre el contenido moral. Así se impone una ruptura definitiva entre el pecado individual y la amenaza colectiva.

Asistimos a la reordenación teórica de la imagen de la víctima y aparece la posibilidad de desvincularla a las víctimas de ese contagio moral al que estaban condenadas. Pero al igual que esto no garantiza un cambio profundo en las denuncias presentadas o en los fallos pronunciados, tampoco el cambio de las libertades individuales ha podido garantizar una renovación de las sentencias. La dependencia de la mujer no desaparece a pesar del nuevo código, como tampoco desaparece el daño moral a pesar de la

voluntad de limitarse al peligro social de la violación.

La sospecha sobre la mujer no desaparece con la negativa a implicarla en el acto moral y su degradación; la sospecha se desplaza, concentrada en un argumento que ya nos es conocido. Es esa seguridad siempre reiterada de que la violación de una mujer adulta es imposible si la realiza un hombre solo; es una forma muy «special» de decir que la mujer no es digna de crédito. El nuevo razonamiento jurídico sobre la autonomía y la individualidad agudiza la búsqueda de umbrales de conciencia.

Esta lógica tiende a identificar las violencias inferiores a la violación, aunque en realidad no se designan claramente. Se trata de actos múltiples, heterogéneos, pero sugieren cómo una sensibilidad nueva a fin de siglo está dispuesta a condenar un mundo de delitos hasta entonces olvidados o confusos. Más importante es la certidumbre de la severidad; los códigos permiten ampliar las condenas, aspiran a un rigor cada vez mayor.

Aparece la voluntad de definir con mayor exactitud los actos violentos, entre ellos la violación. Pero aún se mantiene la idea del Antiguo Régimen de que la trasgresión violenta es una escena, ante todo, del mundo de los pueblos y aldeas, lugares alejados del progreso. Es la incompatibilidad entre la existencia de determinados crímenes y la existencia de la civilización. Los lugares en los que reina la ignorancia y la superstición son fundamentalmente diferentes de aquéllos en los que penetran el progreso y la civilización.

Todo confirma que la violencia sexual no es dominante en estas alusiones al mundo del crimen. Sin embargo, están presentes en la prensa y también son objeto de nuevos interrogantes planteados por las estadísticas y sus comentarios. Se sugieren incluso diferentes enfoques sobre el tema (la referencia más profunda a la edad media del agresor y a la de la víctima, sobre las posibles diferencias entre la violación de una mujer adulta, consideradas más frecuentemente cometida por un hombre joven, y la violación de un niño, considerada más frecuentemente cometida por un anciano), son observaciones precarias, todavía parciales, siempre ajenas al reco-



nocimiento posible de desviaciones sexuales, pero es el principio de las primeras teorías sobre la violación.

También encontramos variaciones en las prácticas jurídicas, en la forma de designar los hechos y de tipificarlos, se profundiza en una gradación de los hechos, paralela a una gradación de las penas.

El código de 1810 está mediatizado por un hecho concreto: es la cultura la que define el contenido del pudor y no la ley. Se transforma en un hecho delictivo lo que no era, abriendo un nuevo territorio penal. Otra originalidad del texto es que profundiza en el tema de la intencionalidad, la relación entre la voluntad del autor y la culminación de los hechos. Sin embargo, el delito es tanto en cuanto se culmina, considerando sistemáticamente menos grave el hecho no realizado, con independencia de las intenciones. La realidad de la trasgresión depende de la culminación del gesto, la materialidad del hecho define su verdad.

Es una carencia primordial que revela una visión particular de los hechos. El factor que determina toda esta dinámica es que el hecho todavía se analiza desde la perspectiva del violento y no del de la víctima.

Las referencias médicas no se tienen en cuenta en los procesos de principio de siglo. Sin embargo su existencia está en vías de constitución, se están desarrollando categorías y formas posibles de trastornos, se estudia la persona del criminal. Los actos de violencia sexual se convierten por primera vez en objeto de estudio explícito para el médico. Lo que se modifica totalmente con el código de 1810 es en realidad el espectro de delitos y crímenes sexuales. Se constituye una nueva unidad criminal, creando una división penal.

Al especificar este tema del atentado, se establece un único capítulo penal relacionado con las transgresiones del espacio corporal. Pero la imposibilidad de aplicar una igualdad de derechos en 1810 se traduce con las normas aplicadas al adulterio, condenando con exclusividad a la mujer. La desigualdad queda ratificada, confirmada más que disculpada por el argumento definitivo que relaciona el peligro del adulterio femenino con el riesgo de introducir «bastardos»

en la familia. Las leyes de los primeros años del siglo XIX reafirman el predominio del marido y la dependencia de la mujer.

Todo indica que los cambios son de otro tipo, ya que es innegable que el código de 1810 desarrolló una jerarquía entre las violencias sexuales al tiempo que las diferenciaba mejor.

El nuevo derecho da la libertad individual en el siglo XIX, el cuestionamiento sobre sus fronteras y su alcance obligan a identificar mejor las amenazas que pesan sobre la pertenencia de la persona a sí misma. La definición jurídica de una disponibilidad de sí conduce a cuestionar de nuevo el efecto de las acciones. La toma de conciencia en las primeras décadas del siglo es muy lenta. Por ejemplo, no hay ningún cambio en la forma de definir la violencia hacia la mujer en las primeras décadas del siglo.

La revisión del código penal en 1832 muestra la ocasión para tener en cuenta otra violencia, trata de definir una vía de hecho. Es la primera fase en el reconocimiento jurídico de una presión diferente de la física (las amenazas, la coacción ejercida por el poder del agresor). Por otra parte, no utiliza explícitamente la palabra violación en este caso, confirmando el obstáculo de una designación. Sin embargo reconocía como violación la violencia que atenta contra un menor de doce años, así que es un reconocimiento parcial.

El interés histórico del texto está por completo en esta posibilidad, la de extender el territorio de la violencia, teniendo en cuenta una brutalidad no directamente física: por primera vez aparecen sentencias que designan como violencia comportamientos que no llevan ese nombre. Se especifica la distancia entre el atentado contra el pudor y la violación, pronunciando una pena de reclusión para el primero y de trabajo forzado para el segundo.

Las nuevas formas de movilización de la mujer en la segunda mitad del siglo favorecen estos procesos, por el desplazamiento masivo, a lo largo de todo el siglo XIX, de las actividades domésticas (urbanas o rurales, hogareñas, artesanales y agrícolas) hacia el empleo.

La teoría de la igualdad y de la justicia es aún una mezcolanza con la moral, los juicios sobre las costumbres y el orden social.

En el rechazo de un arreglo, más señalado en las ciudades a mediados de siglo, está el inicio de una nueva sensibilidad, sobre todo está naciendo una nueva imagen del niño. Por primera vez se habla de la justicia y la incompreensión de que son objeto. La cifra de las acciones y condenas por violación de menor en el siglo XIX expresan a su manera una vigilancia sin comparación posible con la que existía hasta entonces.

Aun así los contemporáneos, observadores o investigadores de los años 1840-1850, consideraron que el incremento de los atentados urbanos significaba únicamente un aumento de la lujuria y la depravación urbanas. Para ellos la ciudad es un contraejemplo en la que la promiscuidad reaviva todos los peligros. Los esquemas de principios de siglo tienden a invertirse a los ojos de los propios investigadores. Estamos frente a un desplazamiento de la opinión: la violencia ya no es coto reservado del ámbito rural.

Sin embargo, la indignación que provoca la violencia sexual sigue siendo comedida, ya avanzado el siglo XX, como para que la práctica penal corriente pueda hablar de la violación ya no como un crimen sino como un delito, sin que esto resulte chocante.

El primer cambio en los comentarios sobre la violación alrededor de los años 1880-1890 es la certeza de una particularidad definitiva de los delitos cometidos con menores. La agresión sexual contra él se convierte en específica, una violencia sólo explicable por una anormalidad. Curiosidad que se extiende también al criminal, aplicando una investigación más específica donde el elemento psiquiátrico es determinante. Se incluye a los criminales en categorías y clases psíquicas, aunque es una tentativa limitada: las categorías son las de los rostros y no las de los comportamientos, se estudian las anatomías y no los sentimientos. La explicación del delito se busca en el análisis del cuerpo.

Se impone así una nueva convergencia entre el criminalista y el psiquiatra, la tentativa de hacer corresponder el inventario del crimen y el de la psicopatología: se define y categoriza la brutalidad.

Las violencias sexuales se multiplican y clasifican. La personalidad del acusado es el eje, el

individuo se reafirma frente a la idea de un colectivo definidor.

Se extiende la idea de que las agresiones sexuales son el resultado de una pasión abortada por sus parejas respectivas. Ahora los violentos no se caracterizan por su fuerza sino por su debilidad o su deficiencia. Se plantea un sufrimiento masculino, el de *héroe fracasado*, el del *tirano tímido*. Es el resultado de una inversión de la imagen.

Faltan aún herramientas mentales que puedan caracterizar las experiencias psíquicamente perniciosas y permitan concebir su intensidad o duración. Será en el siglo XX cuando se conceptualice el espacio psicológico con sus equilibrios, desarrollos y posibles recesiones.

El siglo XX, en sus años más avanzados, recoge una novedad inédita: la gravedad del hecho se mide en función de la salud psicológica y mental de la víctima. Por otro lado la palabra que toma esta víctima, con la que expresa públicamente lo sufrido, contribuye a una sensibilización ampliamente renovada de la opinión pública.

Seguirán muchos cambios, incluido el de la imagen del agresor por ejemplo. En cualquier caso, la importancia que se da al sufrimiento psíquico, como la importancia que toma la iniciativa de las víctimas o de sus allegados, son determinantes, pues revela nuevos efectos de la violencia y nuevas relaciones entre los implicados y todo ello puede, a fin de cuentas, transformar el sentido de las brutalidades denunciadas.

El proceso por violación de adulto es el primero que sufre un cambio revelador en los últimos años. Se quiere entablar un debate social, luchar por un cambio profundo de las relaciones entre los hombres y las mujeres, y por ende, necesariamente de la sociedad. La lucha contra la violación adquiere un nuevo sentido: el de una liberación.

Las víctimas desempeñan un papel que no habían desempeñado hasta entonces, pues deciden orientar los debates, relacionar los hechos con un problema de costumbres, denunciar una sociedad de hombres cuyos valores parecen obstaculizar la apreciación de la violación. Y así se transforma el proceso contra los acusados en un proceso contra la violación en sí. Además, las



iniciativas colectivas y no individuales, alrededor de un proyecto de ley sobre las agresiones sexuales convierten en cuestión de principios un debate social.

La repulsa hacia la violación se convierte en un fenómeno social, la víctima está legitimada. No obstante, las imágenes recurrentes de violaciones, maltrato y asesinato cruento en prensa, televisión o Internet, nos remiten a la siguiente pregunta: si han sido necesarios cinco siglos de historia para alcanzar el reconocimiento de

la víctima, ¿cuántos siglos han de transcurrir para vislumbrar en el aparato judicial y penal una concordancia entre la gravedad del acto y la toma de decisiones al respecto? Más aún, por qué la actuación se materializa frente a las Consecuencias, si así ocurre, cuando lo que hay que erradicar es la Causa.

MARÍA VICTORIA CONTRERAS ORTEGA
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna